

LA BIBLIA de los CAÍDOS



FERNANDO TRUJILLO

Lectulandia

El mundo cuenta con un lado oculto, una cara sobrenatural que nos susurra, que se intuye, pero que muy pocos perciben. La inmensa mayoría de las personas no es consciente de ese lado paranormal... ni de sus riesgos.

A veces la gente se topa con esos peligros y desespera, se atemoriza, y no sabe qué hacer ni a quién recurrir. Pero no todo está perdido...

Dicen que en Madrid reposa una iglesia muy antigua, cuyo origen es desconocido. Allí, en su interior, frente a una cruz de piedra esculpida en uno de sus muros, se puede alzar una plegaria. También dicen que aquel que no tiene alma la escuchará, y si la fortuna acompaña, el ruego será atendido.

Pero exigirá un elevado precio por sus servicios, uno que no todo el mundo está dispuesto a pagar. Mejor será asegurarse de que se quiere contar con él antes de recitar la plegaria.

Eso es lo que dicen.

La respuesta está en La Biblia de los Caídos.

Lectulandia

Fernando Trujillo

La biblia de los caidos

ePUB v1.1

Verdugol 23.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *La biblia de los caidos*
Fernando Trujillo, 2011.
nandoynuba@gmail.com
<http://www.facebook.com/fernando.trujillosanz>
<http://eldesvandeddystodd.blogspot.com>
Edición y corrección: Nieves García Bautista

Editor original: Verdugol (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

SOBRE LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS

No importa cuántas veces haya muerto. Yo lo veo todo. Contemplé el inicio y contemplaré el final. Ese es mi camino y así ha de ser.

En el curso de mis incontables viajes he tomado una decisión que tal vez se aleje de mi propósito original. Me dispongo a dejar constancia de una de mis travesías, de la única que logró llamar la atención de mis ojos que todo lo han visto, aquella que concierne a La Biblia de los Caídos. Si esta resolución es o no un error no lo sé, pero así lo he decidido.

Podría resumir lo más importante que he tenido la ocasión de presenciar revelando el contenido de la Biblia de los Caídos, descubriendo el secreto enterrado en sus páginas. Sin embargo, no es así como ha de contarse una historia, ni sería posible comprender la grandeza del alcance de dicho secreto. Antes de llegar a ese punto es preciso relatar otros acontecimientos, tantos que la tarea se me antoja inmensa, incluso a mí, y me apartaría de mis obligaciones por un tiempo excesivo.

Por eso he resuelto contar con la ayuda de varios cronistas. Ellos serán los encargados de transmitir mis palabras. Les he pedido que las dividan en volúmenes que tengan sentido propio, que concluyan, pero que se complementen y desarrollen la historia global.

Mis cronistas escribirán cada relato en un tomo. Y los tomos a su vez se agruparán en testamentos. Es posible comenzar la lectura por el primer tomo de cualquiera de los testamentos, salvo que se indique lo contrario, pero no puedo dejar de recomendar a quien aspire al verdadero conocimiento que inicie su viaje por el tomo cero. Ese es el punto de partida correcto. Desde ahí estará en la mejor posición para proseguir por el testamento que más le atraiga, aunque todos contienen parte de la verdad.

Medité sobre la posibilidad de contar con un solo cronista para esta labor y no la consideré acertada. Los cronistas son simples mortales, y un solo punto de vista no es suficiente, pues no cubriría todas las necesidades de esta historia.

No obstante, yo supervisaré la labor de los cronistas, y llegado el caso, incluiré a nuevos colaboradores. Lo que no consentiré en modo alguno es que la verdad se tergiverse.

Todos ansiamos conocer nuestro destino, el sentido de nuestras vidas. Yo creo haber encontrado el de la mía. Debe saberse lo que encierran las páginas de La Biblia de los Caídos, su conocimiento y los sucesos que desencadenaron deben ser estudiados, para aprender sobre ellos, reflexionar y meditar sobre el mayor secreto de toda la creación. Ese es el objetivo que persigue mi obra y mi vida.

Y lo cumpliré, o no podré considerar justificada mi propia existencia.

LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS

TOMO 0

No me ha resultado sencillo escoger el inicio, el momento concreto y el protagonista para empezar a desgranar el gran secreto de la Biblia de los Caídos. Espero no haber errado al seleccionar a un hombre a quien no pude ignorar, que me atrapó inmediatamente. Es una persona única y especial en muchos aspectos, que destaca sobre todos los demás debido a un atributo singular: este hombre no tiene alma.

Al tratarse del primer tomo de esta historia, decidí contar con Fernando Trujillo para su redacción, un cronista con quien ya había coincidido en alguno de mis viajes, aunque de un modo fugaz, y que celebro que aceptara ayudarme en esta ardua tarea.

Aquí comienza la historia de aquel que no tiene alma y con ella se inicia la crónica de La Biblia de los Caídos.

Ramsey

VERSÍCULO 1



Mario Tancredo siempre ocultaba su desprecio antes de rematar a un adversario, lo reservaba para el momento preciso. Era más elegante de ese modo.

Le gustaba dar el golpe de gracia en su lujoso restaurante, durante una comida supuestamente informal, que en realidad era un campo de batalla para los negocios. No entendía por qué le atraía tanto aquel restaurante. Mucho tiempo atrás, cuando Mario solo tenía seis años, su padre le había dado una buena zurra allí mismo, delante de todo el mundo. Le había puesto sobre sus rodillas y le había azotado por haber protagonizado una rabieta en público. Mario no quería tomarse las espinacas. Años después adquirió el local, fustigado por un morboso sentimiento, y descubrió que le gustaba cerrar allí sus tratos, aplastar a sus enemigos. El que hoy se sentaba ante él era uno de los más odiados. Mario llevaba décadas soñando con este momento.

Degustó el caviar sin reflejar una sola emoción en su imperturbable rostro y alargó la pausa cuanto pudo antes de dar una respuesta.

—Me temo que voy a rechazar tu oferta —dijo al fin con tono indiferente—. No estoy interesado en tu dinero.

—Eres un maldito hijo de... —Ernesto logró dominarse y no terminó la frase.

Los comensales de las mesas adyacentes volvieron la cabeza hacia la pareja, atraídos por el elevado tono de voz de Ernesto.

—A tu edad deberías saber guardar la compostura —señaló Mario—. El restaurante está lleno y no creo que quieras montar una escena.

En realidad a Mario no le importaba en absoluto que se produjera un escándalo, ni aunque tuviesen que cerrar el local.

—¿Desde cuándo no te interesa el dinero? —preguntó Ernesto. Le costaba disimular el rechazo que sentía por Mario—. Te conozco y sé que no persigues otra cosa. No tienes moral ni decencia. Desde que creaste tu imperio solo sabes arruinar a los demás. De acuerdo, has conseguido el treinta por ciento de las acciones de mi empresa. Has jugado bien, lo admito, y has ganado. Pero te estoy ofreciendo el triple del dinero que valen mis acciones para recuperarlas. Es un trato más que justo y te hará más rico aún. No puedo entender por qué no lo aceptas. Si quieres más dinero...

—Te lo repito —le cortó Mario curvando ligeramente los labios. Eran pocas las personas que le habían visto sonreír, tal vez ninguna—. No quiero tu dinero.

Mario tomó la copa de vino y dio un sorbo con mucha calma. Escuchar de boca de un rival que él había ganado era una sensación deliciosa, embriagadora, imposible de igualar. Por muchas veces que la experimentara no se saciaría jamás. Era mejor que el sexo. Ni siquiera cuando nació su hija sintió algo comparable.

Ernesto resopló de mala gana.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Mi empresa? No me lo trago. Tú eres un destructor. Solo te apoderas de compañías que luego puedas despedazar para sacar dinero. La mía no es rentable y lo sabes. Levantarla de nuevo te llevaría, como poco, dos años de duro esfuerzo, y los dos sabemos que no eres de los que trabajan.

Mario no respondió. No tenía sentido negar lo evidente, y era cierto que los dos hombres se conocían perfectamente el uno al otro, tanto, que sus insalvables diferencias les distanciaban irremediablemente. La edad era una de esas diferencias, aunque probablemente la menor de ellas. Mario tenía cuarenta y tres años, mientras que Ernesto contaba con setenta y uno. Los dos veían el mundo y los negocios desde perspectivas completamente diferentes y, en la mayoría de los casos, los dos podían saber qué pensaba el otro con un leve vistazo a sus ojos.

La exposición de Ernesto había sido rigurosamente cierta, rebatirla sería perder el tiempo, así que Mario permaneció en silencio, esperando pacientemente a que su oponente lo entendiera por sí mismo. Él no tenía ninguna prisa.

—¿No hablas? —preguntó Ernesto, claramente molesto—. Estás disfrutando de tu posición, ¿no es eso? Regodeándote en tu victoria. Ya lo imagino, pero aún no sé qué pretendes. Si no quieres venderme las acciones, es porque vas a finalizar la operación y a absorber mi compañía. Sin embargo, no veo de qué te sirve si nadie te la va a comprar en su estado..., a menos que... ¡Oh, no, no lo puedo creer!

—Sí, por fin lo has entendido. Voy a desguazarla, sin más.

Ernesto tembló de rabia.

—Perderás una fortuna.

—Soy muy rico. Puedo permitírmelo, no te apures.

—Esto es algo personal...

—Por supuesto.

—He levantado esa empresa con mis propias manos, desde la nada. La he construido durante más de cincuenta años. No puedes hacerlo.

Mario despidió al camarero que se acercaba a la mesa con un gesto de la mano, y se inclinó levemente hacia adelante.

—Sí puedo, y lo voy a hacer. Y tú lo contemplarás todo impotente.

—Está bien, tú ganas —dijo Ernesto sin poder disimular su desesperación—. Dime qué quieres. ¿Que suplique? Lo haré. No te creí capaz de algo así, pero no puedo permitir que destruyas la obra de mi vida...

Mario le interrumpió con un gesto de la mano. Su teléfono móvil estaba sonando.

—Más vale que sea importante —contestó al aparato—. Estoy en una importante comida de negocios. —Dedicó a Ernesto un falso ademán de disculpa—. Es mi abogado —le explicó cubriendo el teléfono con la mano. Ernesto estaba a punto de estallar de indignación, pero no le quedaba más remedio que aguantarse—. Bien, date prisa, no puedo hacer esperar al actual dueño de mi futura empresa... Sí, le conoces... Es mi padre... De tu parte. —Mario tapó de nuevo el teléfono—. Te manda saludos —le dijo a Ernesto.

—No lo creo —bufó Ernesto. Conocía de sobra a su hijo para saber que lo había dicho solo para incomodarle aún más.

—¿La policía? —preguntó Mario frunciendo el ceño ante el teléfono—. ¿Estás seguro?... ¿Los cuatro?... ¿Mi hija está bien?... No me extraña. Como si no conociera a mi mujer. Estará dándose el tercer masaje del día, o perdiendo el tiempo de cualquier otro modo. Pregúntale a la niñera... Esos perros son peligrosos, atrapadlos... ¡Maldición! Siempre tengo que ocuparme de todo. Voy para allá.

Colgó el teléfono y se levantó.

—¿Le ha pasado algo a Silvia?

—Tengo que irme. Los malditos perros se han escapado...

Ernesto le agarró por el brazo.

—Olvida nuestras diferencias. Quiero saber si le ha pasado algo a mi nieta.

Mario se sacudió de encima la mano de su padre con un movimiento brusco.

—La niña está bien. Pero yo no me olvido de nada. Tú, en cambio, puedes ir olvidándote de tu empresa. Si quieres hacer algo por tu nieta, paga la cuenta.

Y se marchó.

Ni siquiera recogió su abrigo del ropero.

—A mi casa —le indicó al chófer cerrando la puerta de la limusina—. Y date prisa.

El tráfico de Madrid era un obstáculo que el dinero de Mario no podía sortear. Tardaría como poco media hora en llegar, a pesar de estar a un máximo de cinco minutos con las calles despejadas. Mario dio un puñetazo en el asiento y se sirvió una copa.

La situación podía empeorar mucho si no encontraban a los perros. Por lo visto se habían escapado del chalé. Según le había contado su abogado, uno se había colado en la casa del vecino, un tipo desagradable con el que ya había tenido altercados en el pasado debido a los perros; dos más estaban corriendo por las calles y el cuarto había desaparecido. Aquello distaba mucho de ser un problema sencillo.

Los perros los había comprado para su mujer. Mario se negó al principio, pero ella insistió hasta que lo consiguió. «Es por mi seguridad —había dicho ella—. Me siento desnuda con la niña sola en un chalé tan grande».

Las explicaciones de Mario respecto al sistema de seguridad de la casa no

sirvieron absolutamente de nada. Había más cámaras de vigilancia que en el Museo del Prado, pero eso daba igual. Su mujer quería perros guardianes, y los consiguió, aunque luego no les hizo el menor caso.

Lo verdaderamente peligroso era que esos condenados chuchos podían despedazar a un adulto en pocos segundos. Mario no quería ni imaginar lo que serían capaces de hacerle a un niño en plena calle. Según su cuidador, un viejo domador de leones que cobraba una fortuna por adiestrar a los perros, no atacarían a nadie si no se les gritaba una palabra concreta. ¿O era un gesto especial? Mario no lo recordaba. Pagaba mucho para no tener que ocuparse de ese tipo de cosas. El mundo real era un lugar complicado, imperfecto, y lo peor de todo, impredecible. Él se sentía mejor inmerso en su universo particular, donde solo importaban las finanzas, algo que dominaba a la perfección.

Y su mujer sin aparecer por ninguna parte. Mario la llamó pero no contestó al teléfono. Cuando recuperasen a los animales, cuando Mario pagara lo que hubieran trastocado, y cuando ya estuviera todo resuelto, entonces ella aparecería.

Pero esta sería la última vez. Averiguaría quién había sido el responsable de que se hubieran escapado y lo despediría. Luego sacrificaría a los perros y los convertiría en salchichas.

La limusina entró en la calle Parque Conde Orgaz, en el barrio de la Piovera, una de las zonas más caras y lujosas de Madrid.

Había un coche de la policía aparcado en doble fila, y varias personas frente a la puerta de su chalé. El vecino estaba despotricando, pero su abogado parecía controlar la situación. Los dos agentes mediaban entre ellos, mientras los curiosos revoloteaban en los alrededores.

—¿Qué ha sucedido? —exigió saber Mario saliendo de la limusina.

Su abogado se alegró de verle.

—¿Es usted Mario Tancredo? —preguntó un agente de policía demasiado joven para inspirar autoridad.

—El mismo.

—Uno de sus perros se ha colado en el chalé de...

—¿Ha causado algún daño?

—No, pero su vecino le ha denunciado...

—Mi vecino es idiota —atajó Mario, respirando tranquilo al saber que nadie estaba herido. Si había que pagar alguna multa le traía sin cuidado—. ¿Me ha denunciado porque se le ha colado un chucho en casa? Lo que hay que ver. Como si no tuvieran ustedes cosas más importantes de las que encargarse.

—¡Ni que fuera la primera vez! —gritó el vecino—. Estoy harto de esos sacos de pulgas que no paran de ladrar cuando alguien pasea por la acera a menos de veinte metros de tu parcela...

—Tu mujer también ladra y yo no me quejo —repuso Mario.

Su abogado se interpuso a tiempo de evitar una confrontación. Los policías impusieron orden, y poco a poco el vecino se tranquilizó.

—Señor Tancredo —dijo un agente—, por lo visto tres de sus perros siguen desaparecidos y eso podría ser peligroso.

Antes de que Mario dijera nada, otro coche se detuvo en doble fila. Se bajó un hombre mayor con la barba descuidada y una ropa excesivamente informal.

—Le he llamado yo —dijo el abogado a Mario—. Pensé que le necesitaríamos. Mario asintió.

—Tus perros se han escapado —le reprochó al viejo cuidador.

—¿Cómo es posible? —preguntó el hombre.

—Aún no lo sé, pero si le hacen algo a alguien...

—No lo harán, a menos que les ataquen.

—Bien, pues faltan tres. Vas a encontrarlos ahora mismo...

Un nuevo coche de la policía estacionó junto a ellos y tuvo que subirse a la acera para no bloquear la calle. Salieron dos agentes arrastrando a dos enormes dóberman. Los animales se negaban a salir del vehículo y los policías tuvieron que tirar de las correas con todas sus fuerzas.

—Yo no haría eso —gritó el cuidador con tono de preocupación—. Si estranguláis a los perros los podéis cabrear y no os lo recomiendo.

—¿Son sus perros? —preguntó el policía—. No creo que vayan a atacar a nadie. El cuidador llegó hasta el coche y echó un vistazo dentro.

—Son ellos—confirmó mirando a Mario y a los demás—. Pero solo hay dos. Venid aquí, ¡vamos!

Mario fue el que más se sorprendió de que los animales se negaran a obedecer. Había visto al cuidador manejar a aquellas máquinas de matar como si fuesen marionetas, con una sencillez que invitaba a pensar que cualquiera podía hacerlo. Esa era la única razón por la que le había contratado. De otro modo, no se hubiera atrevido a tener a esas bestias cerca de su hija de ocho años.

Tras mucho esfuerzo, uno de los perros salió del coche. Se acercó un poco al chalé, constantemente envuelto en una mezcla de palabras dulces y órdenes firmes del cuidador, pero al llegar junto a la puerta se giró como un rayo y salió disparado. El cuidador no se lo esperaba y se le escapó. El animal volvió a meterse en el coche.

—¿Qué les habéis hecho? —preguntó el cuidador—. Nunca les había visto comportarse de ese modo.

—Nada en absoluto —dijo el policía—. Les encontramos así, entre dos coches.

—Así, ¿cómo? —preguntó Mario.

—Asustados.

—Eso es absurdo —dijo el cuidador—. Nada puede asustar a esos perros. Les he

entrenado personalmente. Se pelearían contra un tigre si se lo ordenara.

—Mire, abuelo —dijo el agente sin vacilar—. Yo no sé gran cosa de chuchos, pero cuando miran hacia abajo y meten el rabo entre las piernas es que están cagados de miedo.

—Es imposible —insistió el cuidador.

—Yo no me invento nada. Todos lo han visto —dijo el policía—. Esos perros tienen miedo de entrar en el chalé.

Entonces les llegó un grito agudo, desesperado, que se prolongó varios segundos. Todos volvieron la cabeza hacia la casa. Los perros ladraron enloquecidos en el interior del coche de policía. Un estruendo reveló que se había roto una ventana.

Mario identificó la voz. Era la niñera. Debía de haberse topado con el cuarto perro. Si estaba herida, tendría problemas con la policía. Salió corriendo y abrió la verja de entrada a su parcela.

—¡Eh, espere! —le gritó uno de los agentes—. Vamos con usted. Puede ser peligroso.

Corrieron hacia él, pero Mario cerró la puerta antes de que ninguno pudiera entrar.

—¿Qué está haciendo? Déjenos pasar. Somos la policía y alguien podría necesitarnos.

—De ser así, les avisaré enseguida, pero si no es el caso, nadie entrará en mi propiedad.

—Tienes que dejarles pasar. Son la policía.

—Tú eres mi abogado. Inventa alguna excusa legal para retenerles.

Desatendió las demandas de los policías mientras cruzaba a toda velocidad el jardín, hacia la entrada más cercana. Al llegar, vio la nevera estampada contra el rosál, con la puerta desencajada y la comida desperdigada por el césped. La ventana de la cocina estaba unos metros por encima, completamente destrozada. Aquello no podía haberlo hecho un perro, ni siquiera un hombre corriente. Se necesitaba a alguien muy fuerte para arrojar una nevera por la ventana, probablemente más de uno, eso le hizo pensar que tal vez no hubiera sido buena idea dejar a la policía al margen. Se le pasó por la cabeza dar media vuelta, pero entonces se acordó de Silvia, su pequeña de ocho años. El grito que había escuchado era de la niñera, y ella nunca se separaba de Silvia, así que su hija estaba dentro de la casa, con lo que fuera que había destrozado la cocina.

—¡Silvia! ¿Dónde estás, cariño? —gritó casi sin aliento al entrar.

No obtuvo respuesta.

La puerta de la cocina cayó al suelo en cuanto Mario la tocó con la yema de los dedos. Prácticamente, no había un solo objeto en su sitio, era como si hubiera pasado un tornado por allí. Una de las paredes presentaba una telaraña de grietas con un

agujero del tamaño de una pelota de tenis en el centro.

Mario volvió a llamar a su hija con todas sus fuerzas. No era buena señal que no le contestara.

—Estoy aquí, papi —dijo una voz que definitivamente no era la de Silvia.

Más que sonar, había retumbado. Demasiado grave para pertenecer a una mujer, tenía que ser un hombre, y uno enorme, para tener un pecho capaz de emitir aquel sonido. Le recordó a la voz de un ogro que había visto en una película de dibujos con Silvia hacía poco. El problema era que, en la película, la voz estaba retocada para parecer inhumana.

Provenía del salón de lectura, de eso estaba seguro. En el pasillo vio dos piernas asomando tras una esquina. Se arrojó al suelo apresuradamente y encontró un cuerpo yaciendo boca abajo.

Era la asistenta. Mario no apreció signos de violencia en su cuerpo. Comprobó el pulso y suspiró aliviado al comprobar que estaba viva. Tal vez solo fueran ladrones y no hicieran daño a nadie.

—¿No vienes conmigo, papi? —tronó la misma monstruosa voz.

Mario descorrió las dos amplias puertas correderas y penetró en el salón de lectura resuelto a enfrentarse a un ladrón, probablemente uno muy gordo con una cicatriz horrible en la garganta que justificara ese estruendo.

La estancia era amplia, circular, completamente revestida de madera y libros, excepto por un ventanal por el que penetraba abundante luz natural. Había un elegante escritorio, que Mario nunca utilizaba, pero que quedaba bien, y dos sillones algo incómodos colocados para recibir el calor de la chimenea. En el centro había una alfombra y sobre ella estaba el cuarto perro. Nadie más.

Mario consideró haberse equivocado al ubicar la procedencia de la voz, pero entonces reparó en que le sucedía algo al animal. Estaba aplastado contra el suelo, sin moverse, y con la misma expresión de aquel que había sacado el cuidador del coche de policía. Estaba aterrado.

—¿Qué te pasa, chico? —le susurró Mario doblando las rodillas—. Tienes que levantarte y venir conmigo. Tu ayuda me vendría muy bien.

El perro no se movió.

Algo sonó por encima de su cabeza.

—Me alegro de verte, papi.

Mario miró hacia arriba y su corazón estuvo a punto de detenerse.

El techo era muy alto, y de él pendía una complicada lámpara hecha a base de piezas de cristal, más de trescientas si no recordaba mal. De la punta de la lámpara colgaba su hija, boca abajo... y le sonreía.

La mente de Mario sufrió un pequeño colapso intentando entender la imagen que le transmitían sus ojos. Dio un paso hacia atrás y cayó torpemente en el suelo, sin

dejar de mirar hacia arriba.

Silvia se soltó. Separó las manos y los pies, y se posó tan delicadamente en el suelo como lo hubiera hecho un gatito. Luego sonrió a su padre con los ojos abiertos al máximo.

Mario se fijó en que estaba extremadamente pálida y daba la impresión de haber perdido peso.

—Si... Silvia, ¿qué te ha pasado?

—Nada, papi —dijo su hija con esa voz que no era suya. Mario no pudo contener su miedo. Veía los labios de su pequeña moverse pero no podía creer que ese sonido saliera de su garganta—. Estoy mejor que nunca —continuó ella—. Mira lo que puedo hacer ahora.

Entonces su hija puso las manos alrededor de la cabeza del perro, y con un sencillo movimiento la giró. Mario escuchó el crujido con toda claridad y profirió un grito desgarrador. El cuello del perro se partió. La niña sostuvo la cabeza del animal sobre la suya, dejando que una sangre de color marrón oscuro se derramara sobre su boca abierta hasta que la desbordó y resbaló por su cuello. Silvia hizo gárgaras. El sonido fue grotesco, más de lo que Mario podía soportar.

Se tapó los ojos, convencido de que se volvería loco.

—¿Ya no me quieres, papi? A lo mejor tienes sed. ¡Toma!

Mario no contestó. Sollozó intentando aferrarse a la cordura. Sintió un golpe en el hombro, algo rebotó en el suelo. No necesitó abrir los ojos para saber que era la cabeza del perro.



El abogado de Mario Tancredo nunca había visto una iglesia de aspecto tan lamentable. Asomaba entre dos edificios antiguos, mal conservados, que amenazaban con derrumbarse y sepultarla. La pequeña parroquia se encontraba en medio de una red de callejuelas, flanqueadas por aceras tan estrechas que casi obligaban a caminar con un pie sobre la calzada.

El abogado se abrochó el botón de la americana mientras se acercaba a la puerta. No le extrañaba haber tardado tanto en encontrarla. Ahora solo quería terminar su encargo y largarse de ese barrio decrepito.

La puerta chirrió y el abogado temió que se le viniera encima. La luz era insuficiente en el interior. Había muchas velas y demasiadas columnas en un espacio tan reducido. Las telarañas eran tan espesas que podían pasar por cortinas, y el aire parecía lleno de polvo. No le gustó el lugar.

Un cura pasó a su lado sin mirarle. Leía un grueso tomo mientras caminaba. El abogado imaginó que se trataba de la Biblia, una lectura ideal para perder el tiempo.

Arrodillado frente al altar había otro sacerdote, escuálido y arrugado.

—Eh, tú, ven aquí. —Su voz retumbó ahuyentando el silencio y rebotando contra las sucias paredes de piedra. El cura alzó su rostro anguloso y le miró en respuesta a su llamada—. Sí, tú, quiero hablar contigo.

El sacerdote separó las manos con las que estaba rezando y se levantó. Tomó un cayado torcido, que le superaba en altura, y se apoyó en él para caminar. Al abogado le pareció que tardó más de una hora en recorrer los diez metros que les separaban.

—¿Qué deseas, hermano?

Su voz temblaba, titubeaba al formar las palabras, como si fuera una actividad a la que no estaba acostumbrada.

—He venido a elevar una plegaria —dijo el abogado.

—El Señor siempre escucha a sus fieles, hermano.

—Eso he oído —dijo sin disimular su cinismo—. Pero no es él quien quiero que me escuche, ya me entiendes. —La cara del cura no varió en absoluto—. Me han hablado de esta iglesia..., para casos especiales. Mi plegaria va acompañada de un donativo.

—Los donativos siempre se agradecen en estos momentos de necesidad.

Algo crujió. El abogado no supo si era la madera de aspecto podrido con que estaban hechos los bancos para los feligreses, si es que había alguno que acudiera a aquel antro, o los tristes muros que les rodeaban.

—Desde luego, necesidad hay —observó—. Pero no es ese tipo de donativo del que hablo. Este es mucho más generoso de lo habitual. Trabajo para Mario Tancredo. Él es quien me ha encargado elevar la plegaria. Sabes de quién hablo, ¿no?

El cura movió levemente la cabeza.

—El mundo exterior no es de nuestra incumbencia, hermano.

El abogado consideró haberse equivocado de iglesia. No podía creer que hubiera gente que no supiera quién era Mario Tancredo, sobre todo, personas relacionadas con el asunto que le había arrastrado hasta allí.

—Escúchame bien, cura. Estoy buscando una iglesia especial. Dicen que rezando en este lugar, él atiende las plegarias. Y no me refiero al Señor. Me han ordenado contratarle. Si no sabes de quién hablo, será que no estoy en el lugar correcto.

El cura asintió y dio unos pasos apoyándose en el cayado. El abogado le siguió hasta una cruz bastante grande esculpida en la pared, insuficientemente iluminada por dos velas. Estaba en un rincón algo apartado.

—Arrodíllate ahí, hermano, y reza tus oraciones. Espero que aquel que no tiene alma atienda tus ruegos.

Al abogado empezaba a cansarle el teatro religioso. Estaban realizando un negocio, un contrato. Al menos así lo veía él.

—¿El sobre te lo entrego a ti?

El cura negó con la cabeza. Señaló una repisa polvorienta al lado de la cruz.

—¿Cuánto tarda en venir ese tipo después de que rece la plegaria?

—No vendrá —contestó el cura—. Si tu caso le interesa, él se pondrá en contacto contigo. No hay modo de predecir sus acciones.

Al abogado no le gustó esa respuesta.

—Hay mucho dinero en este sobre. ¿Pretendes que suelte un par de oraciones y me marche sin ninguna garantía?

—Así es como funciona —dijo muy serio el cura.

El abogado reprimió un juramento. No, así no funcionaban los negocios. Dejar ahí el sobre sin más sería una estupidez. Sin embargo, Mario había sido muy explícito y él no cometería el error de enfadar a su jefe. En su opinión, algo había perturbado a Mario, algo que nublaba su juicio. Todo este asunto de los rezos y las supersticiones religiosas no era propio de un poderoso inversor internacional.

El cura se marchó caminando despacio.

Un maullido sobresaltó al abogado e interrumpió sus pensamientos.

—¡Largo de aquí, bicho!

Agitó la mano en el aire pero el gato no se apartó de la cruz. Se sentó y le miró con unos relucientes ojos verdes. Tenía el pelo negro, brillante.

El abogado se encogió de hombros.

—Qué demonios...

Y se arrodilló. Dejó el sobre en la repisa y recitó la plegaria al pie de la letra. Al fin y al cabo, su cometido era cumplir órdenes.

VERSÍCULO 2



Hay una magia indiscutible en saber qué nos deparará el futuro. Se aprecia en la particular sonrisa que ilumina el rostro de quienes descubren su porvenir.

Sara conocía muy bien esas sonrisas, pues eran sus palabras y su arte los que las causaban.

Las dos jóvenes que acababan de entrar no eran diferentes de la mayoría. Sus ojos brillaban con la misma expectación de todos los que acudían a su consulta. Independientemente de sus motivaciones personales, nunca faltaba ese destello de impaciencia, de querer saberlo todo cuanto antes.

La chica morena, la más alta y rellenita, dejó caer el telón que hacía las funciones de puerta y el bullicio de la feria quedó razonablemente amortiguado. Era imposible aislarse por completo de la atmósfera festiva que acompañaba a todas las ferias. Cada puesto tenía su propia música, los feriantes ofertaban sus atracciones o sus mercancías, y los visitantes cantaban, gritaban y reían. En resumidas cuentas, disfrutaban. Una feria silenciosa sería impensable, aburrida y sin ningún tipo de encanto.

Las dos chicas miraron con los ojos muy abiertos la infinidad de objetos que adornaban la tienda de Sara. Había frascos de diversos tamaños y formas, muñecos pequeños, multitud de libros en las estanterías y muchas figuras colgando del techo, casi todas de animales exóticos, como dragones. Observaron durante unos segundos la fiel representación del firmamento nocturno que estaba dibujada en el techo. La luz de la estancia era muy tenue, pero los planetas y las estrellas refulgían, mientras el aroma del incienso arropaba a las dos visitantes.

—Bienvenidas —dijo Sara.

—Hola —respondió la morena—. Veníamos a... consultar...

—Quiere saber si un chico está enamorado de ella —intervino su amiga.

La morena le dio un codazo.

—Ya veo —dijo Sara, divertida—. Sentaos y veremos qué se puede hacer.

Era una petición muy usual, y más tratándose de adolescentes. El amor suscitaba la mayoría de las consultas que recibía, y eso a Sara le encantaba. No se le ocurría una motivación mejor.

Por fortuna, prácticamente todos los que requerían sus servicios perseguían

buenos fines. Resolver conflictos con amigos o familiares, conocer el desarrollo futuro de una enfermedad y su posible curación, cosas así, siempre lideradas por el amor y las cuestiones económicas. También había gente interesada en la vida después de la muerte, pero en general nadie albergaba malas intenciones. Solo en un par de ocasiones, Sara tuvo que negarse a atender la consulta. Se trataba de un hombre que buscaba el modo de dejar lisiado a su jefe, y de un chaval que quería castigar a su novia por haberle engañado con otro. Por lo visto tenían la idea de que Sara era una especie de experta en vudú.

Las dos chicas se sentaron frente a la mesa del centro de la tienda. Sara apartó una bola de cristal, y encendió una vela blanca, alargada y gruesa, que descansaba sobre un platillo cubierto de pétalos de rosas, cuarzos y monedas herrumbrosas. Un hilillo de humo ascendió retorciéndose y se fue esparciendo por las lonas que hacían las veces de paredes.

—¿De verdad puedes ver el futuro? —preguntó la enamorada.

—No siempre —contestó Sara manteniendo el misterio—. Es un arte complicado y requiere mucho esfuerzo. Decidme vuestros nombres.

—El mío, no —dijo la amiga—. Yo no creo en estas cosas. Solo la acompaño para que deje de darme la paliza.

—Yo soy Carolina y ella es Marta. Le da vergüenza admitir que esto le gusta tanto como a mí.

—De eso nada. Yo no quería venir, no lo olvides.

—Pero ya que habéis venido, puedo intentar ayudaros —dijo Sara—. Carolina, dame tu mano. Extiéndela con la palma hacia arriba. Eso es, así.

Sara estudió con atención las líneas que surcaban la joven palma de Carolina. Repasó cada trazo con mucho cuidado y se concentró...

—Veo dos chicos muy importantes para ti... —comenzó a decir Sara sin despegar los ojos de la mano de la chica—. Pero no sabría decir a cuál quieres más.

—Solo me gusta un chico —le corrigió Carolina con cierto escepticismo.

—Ya te dije que esto es un timo —le recordó Marta.

—Uno de los chicos es muy alto —continuó Sara sin prestar atención a sus protestas—. Habéis discutido hace poco. Fue una discusión muy fuerte, pero os queréis a pesar de ello... No te sientes bien por lo sucedido. La culpa te corroe por dentro.

—Ese es mi hermano. Nos peleamos la semana pasada. Me ensució mi mejor vestido antes de la fiesta y yo le destrocé su cazadora favorita. Es alucinante, ¿cómo lo has sabido?

—Porque tú se lo acabas de decir —gruñó Marta.

Sara obvió el comentario.

—El otro es bajito y ha sufrido un accidente recientemente. Estuvo en el hospital.

—Sí, ese es Jaime —dijo Carolina muy contenta—. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque fuiste a verle —respondió Sara alzando la cabeza y mirándola a los ojos—. De modo que Jaime es la razón de tu visita.

Carolina asintió.

—¿Puedes ver si yo le gusto y si acabaremos juntos?

—Eso es ridículo —interrumpió Marta—. Nadie puede ver el futuro.

—¿Y qué hay de lo que acaba de adivinar? ¿Lo consideras suerte?

—No tengo ni idea, pero no me lo trago. Y eso era el pasado.

—Para responder a tu pregunta necesito algo que pertenezca a Jaime. Una prenda o...

—Tengo su libro de Matemáticas —dijo Carolina sacándolo del bolso y poniéndolo sobre la mesa. El humo de la vela iba ganando densidad poco a poco, impregnando el ambiente de una curiosa niebla—. ¿Bastará con eso?

—Ahora lo veremos.

Sara puso su mano derecha sobre el libro y cerró los ojos. Esperó unos segundos y entonces retiró la mano bruscamente.

—¿Qué has visto? —preguntó Carolina.

—A ese chico, Jaime —dijo Sara con un leve temblor en la voz.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Hay algún problema? No me quiere, ¿verdad?

Sara tardó en responder.

—¿El accidente fue una caída..., desde un árbol?

Marta abrió mucho los ojos, visiblemente sorprendida. Carolina se puso nerviosa.

—Fue una caída, pero por una escalera. Se pondrá bien, ¿no? —dijo sin disimular su temor.

—Sí. Solo se rompió una pierna —la tranquilizó Sara.

Carolina respiró aliviada.

—Es impresionante lo que puedes ver. ¿Solo con tocar el libro has visto su pierna rota? Alucino. —Carolina le dio un codazo a su amiga lleno de entusiasmo—. ¿Qué hay de sus sentimientos? ¿Saldrá conmigo?

—¿Por qué no le preguntas a Sara por vuestros hijos? —dijo una voz grave con un deje de indiferencia.

Las tres se volvieron hacia una esquina. Una figura emergió de las sombras cortando el humo que flotaba en la estancia. Era un hombre alto y estilizado, que ocultaba su figura bajo una gabardina negra que le llegaba por debajo de las rodillas. Calzaba botas altas de cuero, oscuras y silenciosas. Tenía los ojos entrecerrados y expresión seria. Su rostro estaba limpio de arrugas, lo que le confería cierto aire de juventud, que contrastaba claramente con su cabello corto y plateado.

—¿Quién es ese? —preguntó Marta, perpleja.

—¿Ha estado ahí todo el rato? —quiso saber Carolina.

Sara se quedó momentáneamente paralizada por la sorpresa. Iba a decir algo pero el hombre se adelantó.

—No importa quién soy. ¿Por qué no le preguntas a Sara por el nombre de tus hijos con Jaime? —le preguntó a Carolina.

—¿Cómo? No entiendo...

—Si tanto confías en sus dotes de adivinación, ¿por qué no hacerlo? También podrías preguntarle también por tu boda. Así sabrás si se corresponde con la de tus sueños. Luego por la luna de miel y te ahorras darle vueltas a los posibles destinos. Ya puestos, pregúntale si Jaime te engañará con otra mujer alguna vez, y si Sara te dice que sí, puedes evitar casarte con él...

—Ella ha visto cosas que no podía saber... —protestó Carolina.

—Seguro que sí —dijo el hombre con el mismo tono neutro—. Podemos preguntarle por el siguiente número de la lotería y así todos tendremos la vida resuelta. ¿Qué te parece? No, espera. Eso no funcionará a menos que le traigamos una de las bolas que ruedan en esa jaula gigante para que la toque... ¡Qué lástima! No nos queda más remedio que seguir con nuestras vidas. Tendremos que aprender a tomar decisiones solitos y a pensar por nuestra cuenta.

Las dos chicas se amedrentaron ante aquellas palabras que les arrojaba un desconocido con tanta dureza, sin tregua. Sara comprendió que la oscura estampa del hombre intimidaba a las dos adolescentes.

—Debéis disculparme. Este es mi ayudante —mintió, intentando tranquilizar a las chicas—. Ya se iba...

—No —atajó el desconocido—. Me quedo. Son ellas las que se marchan. —Su mano derecha desapareció entre las sombras de su gabardina y volvió a asomar con un par de billetes que les tendió a las dos amigas.

Carolina salió de la tienda claramente asustada. Marta la siguió pero cogió primero los billetes y el libro de Matemáticas de Jaime.

—¿Quién eres? ¿Y cómo te atreves a interrumpirme? —se enfadó Sara en cuanto cayó el telón de la puerta.

—¿No te asusta estar a solas con un desconocido? —preguntó el hombre.

Se acercó a la mesa y apagó la vela con un soplido. La tienda quedó iluminada por la escasa luz que derramaba una bombilla medio fundida que se balanceaba en el techo.

—No estoy sola —repuso Sara con determinación—. Hay miles de personas en la feria. Y no te tengo miedo. Quiero saber por qué has echado a las chicas.

—Porque ando escaso de tiempo y necesito consultarte. Pago muy bien.

—No me parece...

—Mil euros por una sola pregunta.

A Sara no le gustaba la voz de aquel hombre. Demasiado monótona, carecía de

pasión, de fuerza. No sucedía lo mismo con sus ojos. Eran grises, como su pelo, y aunque no brillaban, se adivinaba una gran determinación tras ellos. Se preguntó qué edad tendría ese semblante liso y severo.

—Tendría que ver primero el... —Sara no terminó la frase.

La mano del desconocido salió de nuevo de la gabardina y dejó dos billetes morados sobre la mesa. Sara los tocó. Eran dos billetes auténticos de 500 euros. Su situación económica era muy ajustada y no podía desperdiciar una ocasión tan fácil de ganar esa cantidad.

El desconocido tomó asiento y Sara se fijó en que los tacones de sus botas no resonaban sobre la madera del suelo.

—No me has dicho tu nombre —señaló Sara.

—Esa es precisamente la pregunta que quiero hacerte.

—¿No sabes cómo te llamas?

—Amnesia.

El hombre extendió la mano con la palma hacia arriba. Sara no percibía nada amenazador en el desconocido, pero había algo que la mantenía en guardia. Ese hombre tenía algo extraño, especial, tal vez único. Tomó su mano con mucho cuidado y la estudió.

Había un símbolo tatuado en la palma que no supo identificar, con trazos irregulares, como si fuera el resultado de una chapuza. Sara lo eludió y se concentró en los pliegues de la mano. El tacto de la piel era frío y suave.

Algo sucedió. Nunca antes había pasado por una experiencia similar. Repasó los trazos una y otra vez, como había hecho en tantas ocasiones. ¿Cuántas manos habría leído en su vida? Miles, sin duda. La que tenía ahora ante sus ojos la sorprendió más que ninguna desde que descubriera su facultad.

—No veo nada... —balbuceó, atónita. El hombre no dijo nada—. Es imposible. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes ocultar tu nombre? Y no me mientas. He leído las manos de gente con amnesia en otras ocasiones. Sé que no es eso.

—¿Puedes ver algo de mi pasado aunque no sea mi nombre?

Sara probó de nuevo. Fue como intentar derribar un muro a puñetazos. Jamás se había sentido tan frustrada.

—Nada en absoluto. Lo siento.

—Entiendo.

No sonó decepcionado, ni como un reproche. Sara no sabría juzgar el estado de ánimo del desconocido, pero estaba segura de una cosa: no se había ganado los mil euros.

—No soy una farsante. Yo...

—Lo sé. Una farsante se habría inventado algo. Pero tenía que comprobarlo, ya que mentiste a la chica.

—¿De qué hablas? —se enfadó Sara, y entonces reparó en algo que la asustó un poco—. ¿Cuánto tiempo llevas dentro de la tienda?

—El suficiente.

Entonces, ¿cómo era posible que no le hubiera oído? Sara se sintió desprotegida, y eso no le gustó.

—Ya basta. Quiero saber quién eres o te echaré de aquí.

—No tengo nombre, pero me llaman el Gris.

—Eso es absurdo, un cuento que no me trago.

—Pero has oído hablar de mí, ¿no es así?

—Aquel que no tiene alma... —recitó Sara con desgana—. Algunos dicen que eres único, pero la mayoría piensa que eres un demonio, una aberración de la naturaleza. Bobadas. Conocí a otro que se hizo pasar por el Gris. Era un indigente y contaba historias para mendigar. Incluso una vez vi a un niño normal diciendo a su madre que quería una gabardina como la del Gris. Supongo que por eso la llevas, porque has escuchado el mismo cuento, un buen detalle.

—¿Y cómo explicas que no puedas leer mi mano?

—¿Insinúas que es porque no tienes alma?

—No me gusta esa palabra.

—Tendrás que darme alguna prueba —dijo Sara.

—Enciende la vela.

Sara lo hizo. El hombre acercó la mano lentamente y la detuvo a un palmo de la llama. Sara no vio nada fuera de lo normal y se lo indicó con un gesto lleno de desdén. El hombre se limitó a mirar hacia abajo. Sara siguió la dirección de sus ojos y lo vio.

Se levantó de un salto involuntariamente.

—¡Cielo santo!

—No tienes por qué asustarte —aseguró el Gris.

—No puedo creerlo. ¡Es verdad! ¿Qué quieres de mí? Sé defenderme, te lo advierto.

El Gris permaneció inmóvil, sin reflejar emoción alguna.

Ahora Sara notó el miedo floreciendo en su interior pausadamente. De repente, todas las habladurías resultaron ciertas y descubrió que le incomodaba estar a solas con alguien de quien no se sabía gran cosa. Y lo poco que se comentaba no era bueno.

—Deberías sentarte —sugirió el Gris—. No he venido para nada que hayas podido escuchar en esas historias.

Sara volvió a sentarse, avergonzada. Había reaccionado como una niña asustada y el Gris no había hecho absolutamente nada amenazador. Sin embargo...

—Dicen que buscas almas, te comparan a un demonio. Haces tratos oscuros con

la gente. ¿Es cierto?

—¿Creerías mis palabras? Es mejor que veas por ti misma a qué me dedico.

—No entiendo...

—He venido a ofrecerte un puesto en mi equipo. Necesito tus facultades.

—¿Para qué? No voy a involucrarme en nada malo...

—Tengo poco tiempo —le cortó el Gris—. El bien y el mal son relativos. Necesito una respuesta.

Sara vaciló. El Gris era una leyenda, un misterio viviente. Solo se sabía de él que era un hombre sin alma que se encargaba de ciertos asuntos relacionados con temas sobrenaturales. La curiosidad natural de la vidente bullía de emoción en su interior, pero necesitaba tiempo para asimilar que lo que siempre había creído una leyenda estaba sentado frente a ella, repasando su pelo plateado con una mano tatuada, y pidiendo su colaboración.

Sin embargo no podía desechar los rumores.

—Dicen que te enfrentaste a un ángel, incluso que llegaste a pelearte con él —dijo Sara—. No quiero romper el código, ni hacer nada incorrecto.

—¿Has visto alguno?

—¿Algún qué?

—Algún ángel. Por tu cara entiendo que no. No son como imaginas, y lo que hayas podido oír dependerá de quién te lo haya contado.

—No estoy de acuerdo —repuso Sara, disimulando la emoción de escuchar a una persona que ha estado con un ángel—. Solo alguien malvado podría...

—Ya he oído ese argumento. Entonces, ¿por qué mentiste a la chica?

—¿De qué hablas?

—Su novio no se cayó por las escaleras. Lo viste el examinar el libro de Matemáticas.

Sara abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Mentiste, ¿es eso correcto?

—Tú las echaste. Se lo hubiera dicho. Era por su bien, trataba de ayudarla...

—¿De verdad lo habrías hecho? —dijo el Gris—. No te veo diciéndole a esa chica que su amorcito se rompió la pierna mientras estaba con su amiga, que esa otra chica que la acompañaba y fingía ser su amiga, estaba saliendo con el chico que la gustaba. En resumen, no te veo rompiendo el corazón de esa cría.

Sara apretó los labios. ¿Cómo podía saber tanto?

—Si no se lo había dicho era para evitarle el dolor...

—Es una adolescente —atajó el Gris—. Tiene que aprender, que experimentar por su cuenta. No recurrir a adivinos.

—No soy una adivina. Y como veo que ya lo sabes todo, dime por qué me pediste

que te leyera la mano.

—Era una prueba y la has superado. Ahora se acabaron las tonterías. Sabes perfectamente de qué va todo esto. Mi grupo investiga todo lo que siempre te ha apasionado. Estoy aquí para invitarte. ¿Aceptas o no?

Sara se quedó en blanco. Deseaba aceptar con todas sus fuerzas, su instinto se lo exigía. Tal y como había dicho el Gris, el mundo sobrenatural era su verdadera pasión.

—Quiero ser sincera contigo. Me encantaría aceptar, de verdad. Pero a menos que desmientas lo que se dice de ti, no voy a acompañar a alguien tildado de demonio. No voy a romper el código. Por no hablar de tu presentación, por ejemplo. Me has espiado, has interrumpido la consulta y espantado a mis clientes sin siquiera disculparte. No confío en ti.

—Aprecio tu sinceridad —dijo el Gris, imperturbable—. ¿Un «lo siento» habría cambiado las cosas? No contestes, me da exactamente igual. Voy a tranquilizarte en un aspecto. No tendrás que romper el código, de eso ya me encargaré yo. Y voy a corregirte en un error. No soy un demonio, sabes que no podría mentirte en eso mucho tiempo.

—Pero dicen...

—Tampoco estoy de parte de los ángeles. Pero eso no te atañe, venir conmigo no implica adoptar mis creencias, eres libre de pensar y actuar como quieras. Y no te salpicarán mis actos, me afectarán solo a mí, como debe ser.

—Aún no sé qué ganaría contigo.

—Deja de buscar excusas. Sí lo sabes. ¿Crees que contestar las dudas insulsas de los humanos es lo mejor que puedes hacer? Hay otro mundo ahí fuera y conmigo encontrarás respuestas.

Sara reprimió el impulso de preguntarle si no se consideraba un ser humano. Todo era muy confuso, se sintió desconcertada.

—Ayudar a los demás no es perder el tiempo —se defendió—. Todavía no sé qué pensar de ti.

—Tienes un día para pensarlo. —El Gris se levantó de repente. Sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa—. Si te interesa, preséntate en esa dirección mañana, al caer el sol. No te retrases.

—¡Espera! —grito ella. El Gris se detuvo frente a la salida, de espaldas a ella, pero no se volvió. Sara solo veía una capa negra cayendo sobre unas botas de cuero—. ¿Qué tendré que hacer?

—Tenemos un trabajo que realizar. Cuando lo terminemos podrás decidir si confías en mí o si te marchas. Es una oferta muy razonable.

—¿Veremos a algún ángel? —preguntó ella.

—Espero que no. No me llevo muy bien con esos idiotas últimamente.

—Entonces, ¿de qué se trata? Quiero saberlo antes de tomar una decisión.
El Gris se giró, la miró fijamente.
—Vamos a matar a un demonio.

VERSÍCULO 3



No fue por ninguna causa noble. El interés económico tampoco tuvo nada que ver, y ni siquiera consideró el hecho de que sin duda aprendería mucho. La verdadera razón era infinitamente más simple.

Sara caminaba por una solitaria calle, nerviosa y asustada por el inminente enfrentamiento con un demonio, porque en su interior ardía la llama de la curiosidad.

Se había pasado el día entero considerando la oferta del Gris, sopesando los pros y los contras de acompañarle. No sabía tanto de él como había creído y no pudo averiguar nada más. Era una figura enigmática, de la que nadie parecía conocer gran cosa, y de la que nadie quería hablar.

Sara también sopesó el peligro. Jugar con el mundo oculto no era sensato, conocía a gente que había salido muy mal parada, y empezar por pelearse con un demonio no sonaba a un entrenamiento precisamente. Entonces cayó el sol y se dio cuenta de que no había dejado de pensar en ello ni un minuto. Su curiosidad natural ya había decidido por ella hacía muchas horas. Acompañaría al Gris en este primer trabajo, como él lo había denominado, y luego tomaría la decisión definitiva.

—Odio los gatos, te lo juro —dijo una voz juvenil—. No podía simplemente frotarse contra mí para llamar mi atención, no, tenía que clavarme las uñas.

Dos siluetas se encontraban unos metros más adelante, parcialmente ocultas por la sombra de un árbol. Como no había nadie más en la calle y ya no circulaban coches, la conversación le llegaba a Sara con claridad.

—Algo le habrás hecho al animal —contestó otra voz más grave, de hombre.

—Qué va, tío —dijo el chico. Su figura era más baja—. Le he comprado todos los piensos del mundo y nada, ninguno le gusta. Ese gato me odia.

Cada vez estaban más cerca. A Sara le incomodó la idea de pasar a su lado sin que hubiera nadie más a la vista. ¿Qué hacía un niño a esas horas en la calle? ¿Sería el otro su padre? No lo sabía, pero algo en ellos no le gustaba. No encajaban con el barrio tan caro en el que se encontraban. Tal vez fuesen ladrones que estaban estudiando el mejor chالé para robar. O puede que se tratara de algo peor. La imaginación de Sara la situó en una comisaría de policía denunciando que había sido violada en plena calle por dos desconocidos sin que nadie la auxiliara...

Sacudió la cabeza y decidió cruzar a la acera de enfrente para evitarlos.

—Y siempre de noche —protestó la voz joven—. No es sano interrumpir el sueño, macho, se altera el ritmo metabólico, ¿sabes? ¡Pero qué vas a saber tú! Y encima tengo que esperar contigo. Siempre tan impuntual. ¡Eso no es serio! Es una falta de respeto. El Gris me va a oír esta vez...

Sara se detuvo en medio de la calle al oír la mención del Gris.

—Disculpad mi atrevimiento —titubeó acercándose a la pareja. Las dos cabezas se volvieron hacia ella—. Os he oído... No era mi intención... ¿Estáis esperando al Gris?

El más bajo, abandonó el cobijo del árbol y la luz de las farolas bañó un rostro de un chico joven, de unos catorce años como máximo, aventuró Sara, de pelo y ojos castaños, con un lunar bastante grande en la mandíbula, por debajo del labio inferior.

Le habría resultado mono de ser otras las circunstancias.

—Desde hace un buen rato, ¿vienes de su parte? —preguntó muy animado.

—¡Pero si no eres más que un niño! —exclamó Sara, involuntariamente.

—Ya empezamos —gruñó el chico—. Siempre la misma historia...

—¡Cierra el pico, crío! —le cortó el otro hombre saliendo a la luz—. ¿Quién eres?

El tono de la pregunta era claramente amenazador, violento. El hombre era alto, bastante más que el chico. Aparentaba poco más de treinta, cuerpo bien moldeado, como el de un deportista. Vestía con aire informal y era el hombre más guapo que Sara jamás hubiera contemplado en persona. Sus rasgos eran perfectos. Pelo moreno, labios carnosos, nariz chata y cejas estilizadas, un objeto de deseo para cualquier mujer.

—Me llamo Sara y he quedado con el Gris en un chalé de esta calle.

—¿Vienes a por el demonio? —intervino el chico—. Nosotros somos de su equipo...

—¡Cállate, Diego! No reveles nada hasta que sepamos quién es. No me fío.

Diego bostezó.

—Tío, estás un poco paranoico.

Sara no sabía qué pensar de la extraña pareja. El adulto la sometía a un severo escrutinio con sus hermosos ojos negros. Su mirada era fría, dura, no cabía duda de que no aprobaba la presencia de Sara. Pero lo que más le inquietaba a ella era que no mostraba el menor reparo en disimular, expresaba su desconfianza de manera tajante, sin suavizar la expresión de su cara. Le dio la impresión de que aquel hombre de rostro angelical podría estrangularla sin reflejar emoción alguna.

Diego era completamente diferente. Sus ojos castaños brillaban divertidos y se movían mucho. Se le veía excitado y no paraba de tocarse el lunar de su barbilla. Sara no podía evitar pensar en que...

—¿No eres demasiado pequeño para estar en el grupo del Gris?

El chico enrojeció de rabia y Sara supo inmediatamente que su pregunta no le había hecho ninguna gracia.

—¡Lo que me faltaba! ¿Te crees mejor que yo porque eres mayor? Seguro que piensas que el guaperas de Álex es mejor por ser un adulto, ¿a que sí? Pues te equivocas, todos os equivocáis conmigo. Ya me echarás de menos cuando esté en el infierno...

—¡Quieres cerrar la boca de una vez! —gritó Álex—. No sabemos nada de ella...

—Está con nosotros —dijo una voz.

Los tres se callaron. Una porción de oscuridad se separó de la pared y se movió silenciosamente hacia ellos. Enseguida se distinguieron los contornos de una figura alta, como Álex pero más delgada, envuelta en una gabardina negra.

—¡Gris! —exclamó Diego—. Ya era hora, llevamos un buen rato esperando, pero está bien, no me cabrearé. Me conformo con ver cómo regañas a Álex por gritarme. Me está rallando con ese mal rollo que tiene. Le va a curar su prima, porque lo que es yo paso bastante. ¡Lo juro!

—Se llama Sara —le dijo el Gris a Álex—. Y es parte del grupo. La he reclutado.

—Odio que pasen de mí. Me jode —refunfuñó Diego—. Me hace sentir como un vulgar adolescente. Ya me pedirán ayuda, ya. Ahí les espero...

Álex sostuvo la mirada del Gris sin inmutarse. Sara no sabía cuál de los dos podía ser más inexpresivo. Hubiera jurado que eran dos enemigos evaluando la situación antes de abalanzarse el uno sobre el otro, no dos supuestos compañeros que iban a cazar a un demonio.

—No parece gran cosa —dijo Álex refiriéndose a ella. Sara no se ofendió por el comentario, dado que no se consideraba una experta en el mundo oculto, pero le desagradó la forma tan descarada de menospreciarla. Aun así, no se atrevió a intervenir, prefirió comprobar si el Gris la defendía—. Deberías habernos consultado. Puede poner en peligro al equipo.

—Necesitamos a una rastreadora —aclaró el Gris.

—Conozco a varios muy buenos que podemos llamar, y de confianza. Ya he trabajado con ellos antes.

—La quiero a ella —dijo el Gris.

Diego rodeó a la pareja y se situó junto a Sara.

—¿De qué conoces al Gris? —le preguntó susurrando—. No es normal que se interese tanto por una persona.

Por alguna razón le encantó saber eso. Se sintió especial, durante unos segundos al menos, hasta que se dio cuenta de que ella tampoco conocía la razón de que el Gris la hubiera escogido. Tal y como Álex se había apresurado a señalar, había muchos rastreadores, no era una facultad escasa, y ella tampoco era de las mejores. Había conocido a personas capaces incluso de rastrear a otras sin necesidad de tocar un

objeto personal del objetivo, algo completamente fuera de sus posibilidades.

—Ya nos conocemos todos —dijo el Gris—. Ahora, a trabajar. Hay una niña poseída en ese chalé —dijo señalando a su espalda—. Y nosotros vamos a liberarla.

—¿Un exorcismo? —se extrañó el niño—. ¿Eso es todo? Yo me vuelvo a la cama, no me necesitas para tan poca cosa. No entiendo por qué has aceptado este caso, cualquier medio sacerdote podrá hacerlo. En cuanto llegue a casa voy a despedazar a ese condenado gato...

El Gris le sujetó por el cuello de la sudadera.

—Al gato, ni tocarlo —le advirtió—. Y tú te quedas. ¿Está claro?

—Sí, por supuesto —dijo Diego—. ¡Qué tonto soy! No me he dado cuenta de que me necesitas. ¿Podré preguntar al demonio por el infierno?

—Ya veremos.

VERSÍCULO 4



Miriam no era una persona temerosa de Dios, no mucho. A quien sí guardaba un respeto considerable era a los ángeles. Suscitar su ira no era una buena idea.

Por eso cruzó la estancia a toda prisa, corriendo, con su melena dorada flotando sobre su espalda y sin advertir siquiera a quienes tropezaban en su camino. Mejor no hacer esperar a un ángel sin una buena razón, y menos aún a Mikael.

Miriam caminó entre las imponentes columnas de mármol blanco hasta llegar a un espacio amplio y circular. Junto a la pared de enfrente había siete tronos plateados, sin patas, suspendidos a dos metros del suelo. Varias antorchas inundaban de luz la sala, antorchas que nunca se consumían, que ardían silenciosas. Una sección de la pared era un espejo que llegaba hasta el techo, y en el que solo se reflejaban los ángeles, o por lo menos donde no se reflejaban los seres humanos. Miriam no sabía exactamente qué función cumplía, pero estaba segura de que no era para que los ángeles se peinaran.

Sobre el resto de la pared circular estaba esculpida una infinidad de formas y criaturas. Cada vez que visitaba el templo, Miriam encontraba diferentes esculturas. Ya ni se molestaba en mirar.

Sobre uno de los tronos flotantes estaba Mikael. Alto, rubio, hermoso, como cualquiera imaginaría un ángel. Si permanecía inmóvil se le podía confundir con una estatua de mármol que un artista hubiera cincelado a la perfección.

Dejó el libro que sostenía en sus manos y descendió con un suave salto que apenas levantó un murmullo cuando se posó en el suelo.

Miriam se arrodilló y aguardó en silencio.

—Tengo una misión para ti —dijo Mikael.

—Por eso he acudido a tu llamada en cuanto la he recibido —dijo ella levantándose.

El ángel asintió, complacido.

—Vas a traer al Gris al templo, bajo mi autoridad.

No debería sorprenderse, pero la voz de Mikael sonaba mucho más suave de lo acostumbrado. Era una mala señal. Al instante quiso saber más, pero prefería no preguntar directamente, a Mikael no le gustaba. Mejor conformarse con lo que le quisiera contar, o tal vez con lo que le pudiera sonsacar...

—Por supuesto. Le traeré en cuanto termine mi actual cometido. Me han ordenado investigar unas muertes sin explicación en un pueblecito de...

—Cumplirás mis órdenes inmediatamente —sentenció Mikael sin variar el tono de voz. Caminaba en círculos alrededor de Miriam. Ella se mantenía quieta, consciente de que si andaba, sus pasos levantarían ecos entre las paredes, al contrario de los del ángel, que apenas eran perceptibles—. Quedas relegada de tu misión actual. Desde ahora no debes preocuparte por nada relacionado con ella.

El Gris estaba en un buen lío. Los ángeles presumían de orden y perfección. No era frecuente que interrumpieran una misión incompleta, y no les gustaba rectificar ni cambiar las cosas.

Miriam sintió un poco de lástima por el Gris. No se le ocurría una estupidez más peligrosa que tener a Mikael de enemigo.

—Le encontraré. Puedes confiar en mí.

—Lo harás antes de cuatro días —recalcó el ángel—. El cónclave se reunirá entonces y el Gris va a comparecer ante él. Si no es así, tú ocuparás su lugar, y no creo que te guste.

Miriam tragó saliva. Nunca habría imaginado que su misión sería tan transcendente. El cónclave incluía a los siete ángeles, que solo se reunían en ocasiones de la máxima importancia. Se rumoreaba que la última vez había sido hacía varios milenios, para solventar un asunto de orden mundial. Si ahora iba a convocarse un nuevo cónclave, tenía que ser por algo de un alcance incalculable. Solo se le ocurría una cosa.

—¿Tiene algo que ver con la muerte de Samael?

Mikael dejó de andar y la atravesó con sus ojos azules.

—Los detalles no son de tu incumbencia, pero, efectivamente, ese es el motivo que le tienes que transmitir a él cuando le detengas.

El Gris estaba acabado. Demasiado tiempo manteniendo tiranteces con Mikael solo podían llevar a ese final. Aun así, no terminaba de entender cómo había podido matar a un ángel. Era sencillamente imposible. Sin embargo, las malas lenguas confirmaban que había sido él, que había pruebas irrefutables en su contra. Miriam no lo había creído hasta ese momento.

Si era cierto, si un hombre sin alma había podido asesinar a un ángel, no le extrañaba que el cónclave se reuniera.

Y ella entregaría al reo para que le juzgaran. Miriam siempre cumplía el código, eso era lo bueno de su trabajo, que nunca había lugar para las dudas. Solo tenía una pregunta más.

—El Gris no es estúpido. Sabrá por qué me habéis enviado a por él. ¿Qué debo hacer si ofrece resistencia?

Mikael sonrió. Miriam no tenía miedo, jamás, el valor era una de las cualidades

que más apreciaba de sí misma, pero aun así la expresión del ángel le causó un leve estremecimiento.

—Si se resiste —dijo Mikael sin desprenderse de su sonrisa—, me traes su cabeza. Solo su cabeza.

VERSÍCULO 5



—Deberíamos llamar —susurró Sara. Su voz se perdió en la oscuridad de la noche—. Hay cámaras de vigilancia —añadió señalando una que apuntaba a la calle, justo enfrente del chalé.

El Gris caminó en silencio, sin que los tacones de sus botas emitieran el menor sonido, y se detuvo frente a la puerta, bajo el escrutinio del ojo electrónico que tanto preocupaba a Sara.

—Las cámaras no registran la imagen del Gris —explicó Diego rascándose el lunar de la barbilla—. ¡A que mola!

—¿Cuál es el truco? —preguntó ella.

—Ninguno, tía, te lo juro. Una vez le grabé con una cámara digital y solo conseguí un borrón. En otra ocasión estuve decidido a descubrir la causa. Le estuve filmando casi una hora y la cámara me estalló en la cara. ¿Ves está cicatriz? —preguntó señalando su mejilla.

Sara se acercó a su cara. La calle estaba insuficientemente iluminada.

—¿Ese puntito?

—¡Puntito! —se molestó el niño—. Pues se me clavó un cristal y no veas cómo sangraba. Por suerte no se infectó...

—Cerrad el pico —gruñó Álex—. Y entrad de una vez, nos vamos a congelar aquí fuera.

—Casi no hace frío —señaló Sara, extrañada por el comentario—. Es una noche estupenda para...

—¡Que entréis ya! El Gris nos espera.

—Tío, siempre de mal humor —dijo Diego—. Se pueden decir las cosas sin ladrar. Después de todo, somos un equipo. Vamos, Sara, antes de que nos muerda.

Sara y el niño cruzaron la puerta abierta y vieron al Gris andando hacia el chalé. El jardín estaba impecablemente cuidado. Los árboles y las plantas se mezclaban con la armonía que solo puede lograr un profesional de la decoración de exteriores. La parte trasera de un todoterreno asomaba en la rampa que daba al garaje. Había un parque infantil con todos los columpios imaginables, el paraíso de cualquier niño, y un poco más allá, se alzaba una enorme cristalera que cubría una piscina climatizada.

—¡Qué aberración! —exclamó Sara, asqueada.

—¿No te gusta? —se extrañó Diego. El niño lo observaba todo con un gesto de aprobación—. Esta todo muy chulo y muy limpio. Da gusto.

—Es injusto que el dinero permita a alguien vivir así mientras hay gente decente pasando dificultades para llegar a fin de mes. ¿Quién vivirá aquí?

—Y, claro, tú eres la persona adecuada para decidir quién es decente y quién no. ¿A que sí? —comentó Álex, que avanzaba detrás de ellos.

Sara no contestó. Era obvio que no había caído bien a Álex. No entendía cuál era su problema, pero desde luego se mostraba muy duro con ella.

El Gris pasó delante de tres dobermanes bastante imponentes que estaban atados a un árbol. Subió una pequeña escalera hasta la entrada. Los demás se apresuraron a alcanzarle.

Los tres perros explotaron en cuanto se aproximaron a ellos. Ladraron, gruñeron, babearon y estiraron la cadena al máximo, tanto que parecían a punto de estrangularse ellos mismos. Mordían el aire con ferocidad, les miraban con los ojos inyectados en sangre.

Sara dio un pequeño salto, sobresaltada, sin entender por qué no habían reaccionado a la presencia del Gris. Diego salió corriendo descontrolado en la dirección opuesta. Álex ni se inmutó, se detuvo detrás de ella y arrojó una mirada fría a los perros.

—Ahora tendremos que esperar al niño —protestó.

—Solo se ha asustado un poco, no es para tanto —dijo Sara, tratando de mantener la compostura.

—No le conoces —dijo Álex en tono despectivo—. Se negará a pasar por aquí, como si no le conociera...

Diego regresó despacio, mirando con desconfianza a los perros, que seguían ladrando enloquecidos. Se detuvo a varios metros de distancia.

—¡Ven! ¡Deprisa! —le llamó Sara—. Vámonos, así se callan.

—¿Estás loca? —se escandalizó Diego—. No pienso acercarme a esas malditas bestias.

—Te lo dije —le recordó Álex.

—Trepé por la barandilla, no me acerco a esas escaleras ni loco —dijo el niño—. Si se rompe una cadena... Es que no quiero ni pensarlo.

Diego empezó a rodear el camino cuando los perros se callaron de repente.

—Venid por aquí, deprisa —les ordenó el Gris.

Estaba junto a los perros, que ahora dormían plácidamente sobre el césped. Su figura no era fácil de distinguir en la oscuridad. Su gabardina negra se confundía con cualquier sombra, y al ser tan silencioso era fácil pasar por alto su presencia.

—Podías haber hecho tu truquito antes, tío —dijo el niño pasando lo más lejos posible de los perros—. Casi me cago en los pantalones.

—¿Habéis terminado de armar escándalo? —rugió una voz ronca.

Un hombre bajo y pasado de peso les hacía señas desde la puerta para que entraran.

El Gris fue el primero, sin saludar y sin quitarse la gabardina. Los demás le siguieron en silencio. El desconocido les sometió a una severa mirada, con un claro aire de desprecio mal disimulado. El Gris ni siquiera le vio al cruzar el umbral. Álex sostuvo la mirada del hombre sin pestañear, con un sutil brillo desafiante en sus penetrantes ojos negros.

—No gruñas tanto, enano —dijo el niño a pesar de que era de su misma estatura—. Si guardaras los chuchos, no pasaría esto...

Sara le dio un empujón y entraron en la casa. Le sorprendió un poco que ni Álex ni el Gris hubieran hecho amago de silenciar a Diego antes de que se creara un conflicto. No terminaba de reconocerse como parte de aquel extraño grupo en el que debía integrarse. Cada uno parecía completamente diferente a los demás, y sin embargo se relacionaban con soltura, no con la inseguridad de quien no conoce a sus compañeros. Saltaba a la vista que no era la primera vez que trabajaban juntos. Aunque si eran amigos, lo disimulaban a la perfección. Sara decidió estudiarles con más atención. Después de todo, la extraña era ella.

El recibidor era inmenso. Había una consola muy elegante de madera de cerezo, y enfrente, un espejo de cuerpo entero con un recargado marco de marfil. Le pareció que el Gris arrojaba una hosca mirada al espejo y evitaba reflejarse en él.

—Soy el abogado del señor Tancredo —dijo el hombre cerrando la puerta. Se dirigía al Gris—. Os espera en el salón principal, por la puerta de la derecha.

El apellido le sonó familiar a Sara. Lo había escuchado antes, estaba segura.

La estancia mantenía el estilo general de la vivienda, amplio y rebosante de lujo. Diego se quedó boquiabierto ante un televisor de plasma que debía de tener un millón de pulgadas, tirando por lo bajo.

De pie, apoyado sobre la mesa, encontraron a un hombre de aspecto sencillo, a pesar del traje tan caro que vestía. Sara le había visto en la televisión, le resultaba tremendamente familiar, pero no acababa de ubicarle. Era una sensación muy molesta.

Al lado del señor Tancredo había una mujer mucho más joven, de menos de treinta años, aventuró Sara. Era muy atractiva, con una bonita silueta y pechos de silicona. Lucía un vestido de noche, zapatos de tacón alto y abundante maquillaje. La pareja era la personificación del tópico del ricachón con la jovencita explosiva.

—Llegáis tarde —anunció el hombre con aire altivo.

Sara advirtió que los ojos de la mujer brillaron con un fugaz atisbo de deseo al ver el apuesto rostro de Álex, quien se escabulló en silencio hasta una esquina algo alejada.

Diego contemplaba maravillado la ostentosa decoración que les rodeaba.

—A este tipo me lo encontraré en el infierno seguro... —murmuró acariciando un león de oro que descansaba sobre un pedestal.

—Lo importante es que estamos aquí —dijo el Gris con su habitual tono indiferente—. Te dije que vendríamos al caer el sol.

El hombre desvió su atención a Diego.

—¿Has traído a un niño? —preguntó, atónito.

Diego suspiró.

—¡Ya estamos! Mira, tío corrupto, puede que aparente...

El adjetivo provocó un chispazo en la mente de Sara. Se trataba de Mario Tancredo. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto? Mario era un poderoso empresario internacional, tan rico como corrupto, en eso estaba de acuerdo con el niño. Era de dominio público su implicación en toda clase de estafas y fraudes, a pesar de que no le habían podido procesar. Incluso había rumores que le vinculaban con tráfico de drogas y armas. Sara sintió náuseas.

—El niño es parte de mi grupo —dijo bruscamente el Gris.

Sara dudó si el Gris intentaba defender a Diego o hacer que se callara.

—Pues que deje de sobar al león —gruñó Mario. Sara tiró del brazo de Diego y lo alejó de la figura—. Si es parte de tu grupo, te haré responsable de él. Más te vale vigilarlo.

El Gris ni se inmutó.

—No voy a dejar que este... engendro ponga una sola mano sobre mi hija —estalló de repente la mujer, levantándose con ímpetu—. No es de fiar.

A Sara le sorprendió la violencia de la mujer. Su voz resumaba odio, aversión. Al Gris no le afectó el insulto.

—No voy a tener esa discusión de nuevo, Elena—atajó Mario—. Lo hago por Silvia, nuestra hija, ¿o se te ha olvidado ese detalle? Y no cuestiones mis decisiones. Me he informado sobre él.

—Y yo —dijo Elena—. Aquel que no tiene alma. Alguien así no es un ser humano. ¿Qué eres?

—¿Acaso importa? —repuso el Gris.

—Mucho. No quiero que toques a mi hija. Eres un carroñero, lo sé.

Sara tuvo ganas de gritar. Aquella mujer se estaba ensañando con el Gris sin ningún motivo.

—Me han llamado cosas peores —se limitó a señalar el Gris.

—Ya basta, Elena —intervino Mario—. Es el mejor, y por eso está aquí. Haría lo que fuera por Silvia.

—El más caro quizá, pero no el mejor —repuso Elena con desdén—. Tú solo confías en lo que el dinero te proporciona, ese es tu poder, pero esta vez te equivocas.

—Yo por lo menos hago algo, me arriesgo. No podemos dejar así a la niña.

Elena miró al Gris con dureza.

—He oído hablar de ti. Te lo advierto, si le haces algo al alma de Silvia, si la rozas siquiera, lo lamentarás. ¡Lo juro!

Y se marchó dando un portazo.

Mario relajó la expresión de la cara, aliviado por la ausencia de su mujer.

—Hemos acordado un precio muy alto —le dijo al Gris—. Y no me importa pagarlo, pero yo nunca hago negocios a ciegas. Exijo una garantía de que a mi hija no le sucederá nada.

—Pues no la hay —atajó el Gris—. Tu hija está en peligro de muerte, no lo dudes, lleva un demonio en su interior. Que las cosas queden bien claras. Si quieres garantías de que pueda liberarla sin que muera y sin que sufra daños, te has equivocado al llamarme. Yo no doy falsas esperanzas. Pero hay muchos exorcistas charlatanes que te dirán lo que quieras por un buen precio. Estamos a tiempo de irnos.

—No me refería a eso. No soy estúpido, sé que nadie puede tratar con un demonio y asegurar que triunfará. Quiero garantías de que tú no utilizarás el alma de mi hija.

—Tienes mi palabra.

—¿Me tomas por tonto? No soy como mi mujer, pero no me fío de alguien que no se muestra a la luz del sol. No creerás que podríamos ser amigos y cenar juntos de vez en cuando. A mí también me gusta ser claro. Harás tu trabajo y luego desaparecerás. No me gusta tener bichos raros por aquí.

—¿Por qué me has llamado entonces?

—Ya lo he dicho. Dicen que eres el mejor exorcista, que empleas un método que nadie más conoce. Además, se supone que te acompaña un centinela, pero no lo veo por ningún lado. ¿O es el guaperas de la esquina? —preguntó refiriéndose a Álex.

—No, no es él. Mi centinela está atendiendo un concilio de su orden, vendrá en cuanto pueda.

—Que sea pronto. No pienso sellar el pacto sin que esté él delante.

—Me parece justo —convino el Gris.

¿Por qué no se defendía? Sara no entendía por qué el Gris permitía que le trataran de ese modo, con desprecio, casi con repulsión. Otra persona hubiera replicado a alguna de las ofensivas alusiones y habría tenido lugar un enfrentamiento. Ella estaba indignada. Y tampoco entendía la actitud de Diego y de Álex. Se suponía que formaban un equipo y no parecían molestos porque despreciaran al líder. Tal y como ella lo veía, si insultaban al Gris, indirectamente también les insultaban a todos, aunque solo fuera por acompañarle.

Anotó mentalmente preguntar por ese centinela al que se habían referido. No sabía a qué hacía referencia ese título, aunque le sonaba que guardaba alguna relación

con los ángeles.

—Ya que todos lo tenemos claro, es hora de empezar —anunció el Gris—. Yo voy a ver a la niña. Diego, interroga a Mario.

—No me fastidies, tío —protestó el niño—. Yo también quiero ver al demonio. —Mario le atravesó con la mirada—. Digo..., a la niña.

—La verás más tarde —dijo el Gris—. De momento, ya sabes qué tienes que hacer. No metas la pata.

—Yo te acompaño —le dijo Álex al Gris, dando un paso adelante.

—No. Ayuda a Diego y vigílale.

—Mejor le vigilo yo a él —sugirió el niño.

—Yo voy contigo —dijo Sara alcanzando al Gris en la puerta.

—No puedes. Necesitarán tu habilidad de rastreo para investigar.

—Por favor... —No acabó la frase. La expresión del Gris dejaba claro que no iba a cambiar de opinión. Pero se le ocurrió otra idea de repente—. ¿No es peligroso ir solo a ver a un demonio? Puedes necesitar ayuda.

—No te preocupes. No empezaré el exorcismo sin antes disponer de toda la información posible.

—Entonces...

—Solo voy a ver si me conoce, si sabe quién soy.



El timbre del chalé interrumpió los pensamientos del abogado de Mario Tancredo. El pequeño hombre fue al recibidor y comprobó la cámara de vigilancia.

No funcionaba. Pulsó el botón una y otra vez pero nada. Tendrían que avisar al técnico para que la reparara, pero no sería a las dos de la madrugada. Hasta la mañana no había nada que hacer. Y eso le llevó a preguntarse quién podía estar llamando a esas horas.

Sabía que a Mario no le gustaría ser interrumpido por una cuestión tan insignificante como una cámara estropeada, así que resolvió salir él mismo a abrir la puerta. Ya se lo mencionaría a su jefe cuando terminara de hablar con el dudoso grupo que había contratado.

Trotó hasta la puerta de la calle tratando de llegar antes de que llamaran de nuevo. Era una suerte que los perros no se hubieran puesto a ladrar, y no quería tener más problemas con el vecino. Pero su preocupación había sido innecesaria, ya que los perros estaban durmiendo profundamente. El abogado no recordaba haberlos visto nunca tan tranquilos. Lo normal es que su sueño fuera increíblemente ligero. Aún debían de estar afectados por la presencia del demonio, algo que no le extrañaba en absoluto.

Al otro lado de la verja, un hombre muy alto se apoyaba con una mano contra el muro. Medía dos metros como poco. Tenía el pelo alborotado y vestía con unos vaqueros raídos y una camisa que no era de su talla. Le vino a la mente la imagen de un indigente.

—¿Quién eres y por qué llamas a estas horas? —preguntó el abogado.

El desconocido volvió la cabeza y se tambaleó un poco, pero se ayudó con la pared para conservar el equilibrio.

—Buenas noches, caballero. He venido a echar una mano, naturalmente.

Lo que le faltaba. Un borracho dando la tabarra precisamente esa noche.

—Largo de aquí —le ordenó el abogado—. Vete o llamo a la policía.

—Una idea absurda, si me permites la observación. La policía no podrá ayudaros con vuestro particular problema. Yo, por otra parte, estoy altamente cualificado.

El abogado dudó. ¿Sería posible que ese individuo supiera qué estaba sucediendo realmente?

—¿De qué estás hablando?

—Del dragón, por supuesto. He venido a acabar con él. Se trata de eso, ¿no?

Ya había tenido suficiente. Sacó el móvil para llamar a la policía, y entonces apareció una mujer rubia, preciosa, de silueta estilizada y ágiles movimientos.

—No hay ningún dragón —dijo abrazando al borracho del pelo rizado—. Pero yo no llamaría a la policía.

VERSÍCULO 6



Más que caminar, se deslizaba. Las botas acariciaban el suelo el mínimo indispensable, con delicadeza, con suavidad, con fluidez. Los movimientos eran precisos y, al mismo tiempo, naturales, ejecutados con destreza y soltura, sin precisar de concentración alguna.

Se podía pensar que el Gris calzaba patines en lugar de botas con tacón grueso. Atravesó el recibidor en un suspiro y llegó a la escalera. Su pie derecho se detuvo en el aire antes de tocar el primer escalón.

—¿Dónde vas?

Se giró en redondo. Elena se acercaba balanceando su escultural silueta, arropada por el vigor de la juventud, y con sus finos tacones resonando a cada paso.

—Voy a ver a tu hija —respondió el Gris.

—Por ahí no es. ¿Te has perdido? No lo creo. —Elena se paró ante él, muy cerca, a un palmo escaso de su cuerpo. Aunque ella era alta, su cara quedó a la altura del pecho de él, así que tuvo que alzar el rostro—. ¿Qué buscas en nuestro sótano? Ahí es donde llevan las escaleras, pero, claro, eso tú ya lo sabías.

—No lo sabía —la contradijo el Gris—. Voy a evaluar el estado de Silvia, nada más.

—Tal vez —dijo Elena de mala gana—. Pero yo no quiero que lo hagas. No confío en ti, ni en tu grupo de gente rara.

El Gris dio un paso atrás, se separó un poco de ella.

—Deberías hablar con Mario entonces.

—Ambos sabemos que no serviría de nada. Además, no lo necesito; no, si tú le dices que has examinado a nuestra preciosa hija y que no puedes ocuparte de ella. Luego te largas por donde has venido.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque soy su madre. Yo decido. ¿No te parece razón suficiente? ¿Necesita una madre dar explicaciones sobre quién quiere que trate a su hija?

—No es a tu hija a quien voy a tratar, sino al demonio de su interior. No temas, no tocaré su alma.

—Y, sin embargo, temo. ¿Puedes culparme por ello? No sé qué eres exactamente, al parecer nadie lo sabe, pero no tienes alma. ¿En qué te convierte eso? Yo diría que

en un cascarón vacío, incompleto, incapaz de llenar su interior. Eso te hace solitario, lo veo en tus ojos. No congenias con nadie porque no hay nadie como tú. Eso duele, lo comprendo.

—A todo se acostumbra uno.

—Eres fuerte, también lo veo. Pero tu dolor te tortura, te separa de los demás. ¿Cuándo fue la última vez que te abrazaron, que una caricia te hizo estremecer? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que sentiste el calor de una mujer? Tus ojos te delatan. Pero no tiene por qué seguir siendo así. —Elena dio un paso y se pegó a él. Entrelazó las manos en su nuca, envolviendo su cuello. El Gris notó el peso de sus pechos contra su vientre, vio el brillo de sus ojos—. Tu agonía puede conocer un descanso, aquí y ahora. Puedo darte lo que tanto anhelas. Un dulce paréntesis en el que conectarás con un ser humano como nunca habías imaginado.

Ella le miró con los labios entreabiertos. Se apretó más contra él, se removió, suspiró.

—Tu oferta es tentadora. Eres una mujer de extraordinaria belleza. El mejor trofeo para cualquier hombre. Pero tú no me deseas. Únicamente te ofreces a mí para salvar a tu hija de mi contacto. Me repudias porque soy diferente.

—¿Y eso te importa? —preguntó con un destello de indignación.

—No puedo aceptar tu oferta.

—¡No te creo! Conozco tu necesidad, no me engañas. —Se separó de él con brusquedad—. Ahora lo entiendo. ¡Creías que hablaba de acostarme contigo! No tienes alma, pero piensas igual que todos. No te ofrecía mi cuerpo, maldito estúpido. Te dejaré mi alma. Podrás usarla como quieras. Sé qué andas buscando gente que te preste su alma. Me informé sobre ti.

—No funciona así. No es tan sencillo.

—Conozco los riesgos.

Esta vez el Gris la miró con atención. Hablaba en serio, sin titubeos.

—Me desprecias, ¿pero me ofreces tu alma?

—Es solo un préstamo. Un sacrificio por salvaguardar a mi hija.

—¿Tan segura estás de que quiero perjudicarla? ¿No te preocupa que un demonio la haya poseído?

—Los demonios se pueden combatir, se pueden vencer —respondió ella con furia—. Hay exorcistas, ángeles, brujos. Pero no sé de nadie especializado en luchar contra ti, aquel que no tiene alma, que nadie conoce.

—Entiendo. Déjame ver a tu hija y hablar con ella, solo un par de preguntas. Después te diré si acepto tu propuesta.

Elena torció el gesto.

—Está bien —accedió—. Pero te acompañaré. No te dejaré a solas con ella.



—¡Socorro! —chilló Diego con los ojos desencajados—. Me va a arrancar la cabeza. ¡Ayudadme!

Tenía el cuello rodeado por cuatro colmillos enormes, en las terribles fauces de una de las bestias más poderosas de la tierra. El niño agitaba los brazos desesperadamente pidiendo auxilio.

Álex le reprendió con la mirada.

—¿No puedes estar sin hacer el payaso más de diez minutos?

Diego dejó de moverse.

—Solo era una broma, tío —dijo sacando la cabeza de la boca del león de oro. Le gustaba mucho esa estatua—. El ambiente estaba un poco cargado. No tienes sentido del humor. Mucha cara bonita pero nunca sonríes.

Sara estuvo de acuerdo con esa apreciación. No había visto sonreír a Álex ni una sola vez. Era como si todo se lo tomara muy en serio.

El niño echó el aliento sobre el león de oro, lo frotó con la manga de la camisa y observó con mucha atención.

—¿Es oro auténtico?

—Yo no tengo nada de segunda mano —subrayó Mario Tancredo con aire altivo—. Y aléjate de él. No es un juguete.

Diego retrocedió y sonrió a Mario.

—Qué bien, macho. ¿Y a cuántas personas has estafado para poder pagarlo? Seguro que es oro de la mejor calidad, de un porrón de quilates de esos.

—¿Qué insinúas, mocoso?

—¿Insinuar? —se extrañó Diego, sacando un pañuelo y pasándolo por un sillón de cuero negro de aspecto confortable—. Nada en absoluto. Yo no insinúo, no puedo, es por mi maldición. Ese león debe costar una fortuna y me preguntaba a cuánta gente has robado para pagarlo.

Sara contuvo el aliento. Debía decir algo, intervenir, rebajar la tensión que sin duda generaría la actitud del niño, pero no reaccionó a tiempo.

Mario frunció los labios, pensativo.

—No sé cómo interpretar tu actitud —reconoció el millonario sin inmutarse—. Supongo que solo eres un crío que no entiende con quién está hablando.

Diego guardó el pañuelo y estudió el sillón con un gesto de aprobación. Le pareció suficientemente limpio.

—Entiendo que estoy hablando con un empresario multimillonario, corrupto y avaricioso, que se habrá mantenido dentro de la ley el mínimo indispensable para forjar su imperio —dijo sentándose y acomodando la espalda—. El clásico desecho

social que todo el mundo envidia por su éxito económico, y desprecia por su escasa calidad humana.

Sara se atragantó ante el desparpajo y la osadía del niño. Desde luego, Diego no se andaba con tonterías a la hora de expresarse, le salía con toda la naturalidad del mundo. No debía ser mucha la gente que podía hablar en ese tono a Mario. Seguramente el millonario lo consentía por tratarse de un chico de catorce años, y tal vez por las circunstancias en que se encontraba su hija.

No pudo evitar reflexionar que el niño no hablaba como alguien de su edad. Ningún chico de catorce años tendría la serenidad suficiente para plantar cara a Mario Tancredo, por no hablar del conocimiento general del mundo que se desprendía de sus palabras, no era propio de un adolescente.

—Has visto mucha televisión —dijo Mario. Sara se relajó al ver que el millonario permanecía tranquilo—. No importa. Un niño no me puede hacer perder la compostura, pero si crees que vas a seguir insultándome en mi casa, estás muy equivocado. Te daré unos azotes y te echaré.

Álex abandonó la esquina desde la que observaba y se acercó a ellos.

—¿Estás mal de la cabeza, niño? No me extraña que tenga que vigilarte. No puedes decirle todo eso...

Diego se sorprendió.

—¿Por qué no? ¿Crees que él no sabe que es corrupto? Curioso. Claro que haciendo lo que hace, tendría que ser un imbécil para no darse cuenta. —La idea no sonó del todo mal—. Un imbécil corrupto, eso sí. Rebuscado, pero es posible.

Sara notó cómo crecía el enfado en el interior de Álex. Apretaba los dientes y parecía a punto de saltar sobre el niño.

—Tal vez deberíamos centrarnos en el problema del exorcismo —propuso ella intentando rebajar la tensión.

—Estoy haciendo mi trabajo —se defendió Diego—. El Gris me ha pedido que le interrogué.

—¿Sobre el valor de mi león de oro? —preguntó Mario—. ¿Crees que un demonio ha poseído a mi hija para abrir una galería de arte en el infierno?

—No se me había ocurrido esa teoría —admitió el niño—. ¿Y si en el infierno cultivan algún tipo de arte? Podría llevarles algo cuando vaya por allí. Tal vez un cuadro... No, eso se derretiría. Una escultura...

—¿Quieres dejar de hacer el bufón? —le increpó Álex.

—Estáis completamente locos —dijo Mario sin dirigirse a ninguno en particular—. A lo mejor mi mujer tenía razón y todo esto es una pérdida de tiempo.

—Me estáis distraendo —protestó Diego—. Dejadme interrogar al corrupto y así podremos avanzar.

—A lo mejor no es buena idea que le llames así —le susurró Sara—. Puede que

responda mejor a las preguntas si no le provocas —agregó satisfecha de su argumentación.

—Está bien —concedió el niño—. Pero tengo que cumplir con mi deber. —Sara suspiró aliviada. Diego cruzó la mirada con la de Mario y dijo—: Cuénteme, señor Tancredo, ¿cómo de podrida tiene que estar una persona para arruinar la empresa de su propio padre?

Mario le miró con calma, se tomó su tiempo y finalmente sonrió.

—He contratado al Gris para salvar a mi hija —le dijo a Álex—. Tú pareces mentalmente equilibrado, guaperas. Quiero que echas a este niñato de mi casa o lo haré yo. Le daré una patada en el culo y luego llamaré a la policía para que se lo lleven a sus padres.

—La patada se la daré yo con mucho gusto —dijo Álex—. Pero ya has oído al Gris, es parte del grupo. Dame un segundo. —Se inclinó sobre Diego y endureció el tono de voz—. Estás complicando la situación, niño, y me estás cabreando. Vas a centrarte o yo mismo hablaré con el Gris.

—Estoy centradísimo, tío —insistió Diego—. El corrupto debe de tener muchos enemigos y es posible que alguno de ellos tenga algo que ver con la posesión. Puede que haya robado a quien no debe y esto sea una venganza.

Álex se tomó un momento para reflexionar.

—Tienes razón...

—¿Lo ves? —chilló Diego, triunfal.

—Pero no puedes seguir con ese método. Tardaríamos años en averiguar si ha sido por un ajuste de cuentas.

—¿Se te ocurre otra razón para odiar a este tío?

A Sara se le ocurrieron muchas, pero no las compartió con los demás. Había leído algo en los periódicos sobre la absorción de la empresa del padre de Mario por su propio hijo. Era una noticia financiera, pero cargada de una gran dosis de morbo que la hizo muy popular en los medios. Sara no entendía cómo alguien podía ser tan ruin de arrebatar a su padre la obra de su vida para ganar dinero, sobre todo cuando ya tenía tanto que podría comprarse un país pequeño.

—Entiendo por dónde vas, niño —dijo Álex pasando la mano por su pelo negro—. Pero no darás con el culpable con esas preguntas tan idiotas.

A Diego le sentó mal la reprimenda.

—El señor me perdone por intentar resolver este asunto. ¿Tienes una idea mejor?

—Que lo investigue Sara. Para eso ha venido.

—¡Pero si podemos preguntarle y ya está! Tú déjame a mí —insistió el niño.

Mario interrumpió la pequeña disputa.

—Estáis sugiriendo que alguien controla a un demonio y lo ha metido en el cuerpo de mi hija para vengarse de mí. ¿Lo he entendido bien?

—Hombre, así expresado, suena un poco estúpido —concedió Diego—. Pero por ahí van los tiros, tío.

—No es probable que tu hija tenga enemigos con solo ocho años —intervino Álex—. Es más lógico que los tengas tú.

Mario continuaba lejos de creer esa teoría.

—¿Pretendéis que crea que se puede controlar a un demonio?

—Se puede —contestó Álex—. Aunque son muy pocas las personas capaces de hacerlo. De todos modos, hay organizaciones financieras controladas por demonios y otras criaturas. Tal vez has interferido en sus operaciones y no les ha gustado. A los vampiros, por ejemplo, no les...

—Por poner un ejemplo —interrumpió Diego—. Uno sencillo, que puedas entender. Si yo fuera tu padre, habría metido tu cabeza en el infierno para que dejaras de tocarme las pelotas. ¿Imaginas cuánta gente pensará de un modo similar? Una persona decente tiene pocos enemigos, pero contigo no será nada fácil descubrir al culpable...

—Ya lo hemos entendido —le cortó Sara—. Habrá algún modo de dar con una solución, no vamos a abandonar a esa niña. Ella no tiene la culpa de los delitos de su padre.

Mario suspiró con los ojos desenfocados. Aceptar que todo podía ser por su culpa ensombreció su rostro. Sus hombros descendieron perceptiblemente. Abrió el mueble-bar y sacó una botella. Les ofreció de beber con un gesto.

—¿Darías alcohol a un niño? —se escandalizó Diego—. ¡Menudo elemento! Preferiría una botella de agua mineral, gracias. Y una pieza de fruta. Si puede ser una manzana, genial. El guapo tampoco bebe —añadió señalando a Álex.

—Ni yo —dijo Sara.

Mario se sirvió una copa y volvió a guardar la botella. Luego lo pensó mejor, la sacó de nuevo y la dejó sobre la mesa.

—Bien, prosigamos —sugirió el niño—. Que si no luego el Gris se enfada conmigo por no interrogar a fondo al delincuente. Señor Tancredo, ¿tienes más hijos?

Mario parpadeó, tomó un buen trago.

—No, solo Silvia.

—¿Ningún bastardo con alguna de tus aventuras?

—¡Diego! —le reprendió Sara—. No puedes...

—Tenemos que saberlo —repuso el niño sin dejar de mirar al multimillonario—. No irás a creer que este personaje no se ha cepillado a otras tías...

—No te preocupes —le dijo Mario a Sara—. El niño empieza a caerme bien. Me habla de manera desafiante, sin miedo. Eso me gusta.

Álex sonrió.

—Eso es porque no le conoces. Es el mayor cobarde del mundo.

—Me gustaría ver lo valiente que eras tú si fueses a terminar en el infierno —dijo Diego, enfadado—. No me dejáis hacer mi trabajo.

—¿Sus hijos son importantes? —insistió Sara.

Álex se adelantó en la respuesta.

—Lo son. Los modales del niño dejan mucho que desear, pero es importante saber si Silvia tiene hermanos. Normalmente los demonios prefieren al primogénito, pero no es seguro...

—Silvia es mi única hija. Más os vale salvarla... —El sonido de su teléfono móvil le interrumpió. ¿Quién podía ser a las tres de la madrugada? Vio el nombre de su abogado en la pantalla y contestó—. ¿Sí?... ¿Qué haces en la puerta?... Pues el sistema de seguridad cuesta un riñón como para que se estropee la cámara... Échale. No he pedido ayuda de nadie... —Mario hizo amago de apagar el teléfono, contrariado—... Pues será un borracho. Le he oído decir no sé qué de un dragón... Y no vuelvas a molestarme con estupideces.

—¡Espera, no cuelgues! —gritó Diego— Pregúntale si viene a cazar.

Mario le miró extrañado.

—Es un amigo nuestro —explicó Álex.

El millonario dudó.

—¿Qué pinta tiene el tipo ese? —preguntó Mario a su abogado, y luego se dirigió al grupo—: Bien, si es amigo vuestro, describidle, decidme cómo es.

Álex y el niño se miraron. Sara vio preocupación en sus rostros. Allí sucedía algo extraño.

—No es tan sencillo... —empezó a decir Álex.

—Se llama Plata —intervino el niño—. Y viene a ver si puede cazar un dragón, ¿a que sí?

Mario carraspeó, apretó los labios. Sentía que no dominaba la situación.

—Está bien —dijo al fin al abogado—. Tráelo al salón... ¿Dos?... Vale, que vengan. Deprisa. —Y colgó—. Espero que esto se aclare pronto. Ya viene vuestro amigo con una mujer. Os advierto que no estoy de humor para estupideces. Quiero saber qué está pasando.

Sara tampoco entendía nada. Solo Álex y el niño estaban al corriente, pero ambos parecían inquietos. Evitaron decir una sola palabra hasta que se abrió la puerta del salón.

El abogado de Mario Tancredo entró el primero. Le seguía un individuo muy alto, de pelo rizado. Tropezó con una mesilla y cayó al suelo de bruces. Una mujer rubia le ayudó a incorporarse. Vestía una chaqueta de cuero larga, que le cubría las piernas. Parecía muy seria. Sus ojos lo estudiaban todo con mucha atención, unos ojos relucientes, preciosos.

—Disculpenme, caballeros —saludó el hombre alto tambaleándose levemente—.

No soy bueno con un centro de gravedad tan elevado. Necesito práctica.

—¡Plata! —soltó el niño corriendo hacia él—. ¿Cómo nos has encontrado?

—He seguido el olor a carne de dragón —respondió Plata. Diego le ayudó a mantener el equilibrio, aunque con cierta dificultad, era mucho más bajo que él—. Se trata de eso, ¿verdad? ¡Hay un dragón en este chalé!

—Se trata de otra cosa —le contrarió Álex de mala gana.

—Tú siempre de mal humor —dijo Plata—. No te creo. Que lo diga el niño.

—Uhhh... No es un dragón. Lo siento, tío —confirmó Diego—. Me temo que es solo un exorcismo.

—¡Maldición! —Plata agitó el puño y cayó de nuevo al suelo, arrastrando al niño con él.

—Es mejor que te sientes un rato —dijo el niño—. Ahí, en el sillón estarás bien.

—Gracias, amigo —dijo Plata—. Una cosa. ¿Qué tal mi cuerpo? ¿Te gusta?

Diego cerró un ojo mientras le examinaba.

—No está mal. Demasiado alto para mi gusto. Tu expresión es un poco estúpida, pero no importa. Yo te quiero igual, ya lo sabes.

—Lo sé...

—Enternecedor —interrumpió la mujer rubia. Sara sufrió un pequeño pinchazo de envidia. Era muy bonita, demasiado, podría ser la pareja perfecta de Álex. ¿Todos eran modelos en aquel grupo?—. Vosotros podéis hablar de lo que os dé la gana, yo solo quiero saber dónde está el Gris...

—¡Ya está bien! —gruñó Mario. Todos se callaron—. Estamos en mi casa. Y me vais a explicar ahora mismo quiénes sois o se va a acabar todo este disparate.

Álex se apresuró a hablar. No quería ni imaginar la explicación que daría el niño.

—Plata es parte de nuestro grupo. Es complicado explicar su función, pero es muy útil, y trae suerte. Miriam es una centinela, te alegrará que haya venido, tú mismo dijiste que no cerrarías el trato sin que lo aprobara un centinela.

Sara se moría de ganas de saber en qué consistía el trabajo de un centinela. Fuera lo que fuese, beneficiaba a Mario, a juzgar por la expresión de tranquilidad que lucía desde que Álex había hecho las presentaciones.

—Una centinela —repitió Mario con un gesto de aprobación—. Excelente. Me sentiré mucho más seguro si alguien controla al Gris.

—No tendrás que preocuparte por él —aseguró Miriam—. He venido a detenerle y a llevármelo.

VERSÍCULO 7



Hacía mucho calor, demasiado, a pesar de que las ventanas estaban abiertas.

—¿No sudas con esa gabardina? —preguntó Elena, quitándose el chal que llevaba sobre los hombros.

El Gris no contestó. Estaba concentrado, con los ojos fijos en la criatura que tenía delante. Era una niña pequeña, de poca estatura para tener ocho años, y muy delgada. Tenía los ojos amarillos, verticales, como los de un reptil, y el pelo largo y sedoso. Estaba medio desnuda, con las ropas desgarradas y quemadas en varios lugares. La piel era tersa, tan blanca que se veían los huesos a través de ella. Un corte horrible deformaba la mejilla derecha, por donde expulsaba humo. Las uñas eran de color negro y producían un chillido insoportable cuando arañaban la pared.

Estaba en la esquina opuesta a la entrada de la habitación, doblada sobre sus rodillas, rugiendo, babeando, con actitud feroz. El Gris se acercó un poco y se arrodilló. Estudió los símbolos dibujados en el suelo que mantenían a la chica encerrada.

—No son gran cosa. ¿Quién los ha inscrito?

—Fue un exorcista que llamó mi marido —explicó Elena—. Era un inútil que no supo tratar a mi hija. Se llevó un buen zarpazo en el muslo.

El Gris asintió. Si el demonio cobraba fuerza, aquellas runas no bastarían para retenerle.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

La niña le miró y gruñó, enseñó los dientes.

—Un exorcista. —No era una voz de chica, ni siquiera era juvenil, sino grave y profunda, retumbaba—. Sois todos iguales.

—¿Conoces mi nombre? ¿Me habías visto antes?

El demonio se removió furioso, escupió, golpeó el suelo y pateó la pared, pero no dijo nada.

—Tal vez reconozcas esto —dijo el Gris.

Metió la mano por el cuello de su sudadera y tiró de la cadena que siempre llevaba colgando. Elena alcanzó a ver un extraño tatuaje asomando por su cuello. De la fina cadena pendía una larga pluma blanca, estilizada y hermosa, que se mecía suavemente.

La niña-demonio sacudió la cabeza, tuvo una arcada.

—¡Guárdala! —bramó—. ¡Apesta!

—¿Puedes identificar a su dueño? —preguntó el Gris acercando la pluma.

—Claro que sí —contestó el demonio con su voz de hombre. El rostro del Gris se iluminó—. Su dueño es un apestoso.

Elena seguía en silencio detrás, apoyada contra la pared. El Gris se irguió y se volvió hacia ella.

—Deberías dejarme a solas unos minutos.

—No pienso hacerlo —respondió ella.

—Es por tu propia seguridad.

—Déjanos a solas, mamá —pidió Silvia—. Ya estoy acostumbrada a los exorcistas. Este no será un problema. Vamos, «pelo plateado», ven a por mí. Quítate esa gabardina para que pueda devorar mejor tus tripas.

La niña pateó el suelo y saltó hacia delante. Se detuvo en el aire con un golpe seco y rebotó hacia atrás, contra la pared. Lo volvió a intentar. Con cada embestida las runas del suelo se iluminaban levemente, reflejando su poder al impedir que el demonio las traspasara.

—No aguantarán —dijo el Gris—. Voy a intervenir.

Su mano se perdió en la oscuridad de la gabardina, emergió un segundo después con un frasco polvoriento, del tamaño de una botella de medio litro, que contenía una sustancia similar a la arena. Lo dejó en el suelo.

Elena no supo qué podía ser esa especie de polvo negro, pero no le gustó. ¿De dónde lo había sacado? Era imposible que lo llevara en algún bolsillo y no se notara un bulto en su esbelta silueta. Y eso no fue lo único que sacó el Gris de los pliegues de la gabardina. También extrajo un libro, un tomo grueso, de tapa dura, antiguo, que debía tener más de mil páginas. Y por último, un puñal o una espada pequeña, Elena no estaba segura. La hoja medía al menos cuarenta centímetros, estaba oxidada y ligeramente curvada a la derecha, tenía un aspecto penoso y al mismo tiempo imponente. La empuñadura de cuero estaba desgastada por un uso prolongado.

Elena no iba a consentir que apuñalara a su hija delante de sus ojos. Se abalanzó sobre el Gris, que estaba reclinado sobre las runas con el cuchillo empuñado hacia abajo, cayó sobre su espalda y le desequilibró.

—¡No lo permitiré! —gritó.

—¡Cuidado, maldita sea! —se quejó el Gris rodando por el suelo—. ¡Apártate!

La pequeña Silvia arremetió enloquecida contra la contención mágica. La estructura de runas tembló y rechinó, se resquebrajó con un chirrido agudo, y finalmente reventó. El demonio pasó junto a su madre y fue directamente a por el Gris.

—Hola, exorcista. Vamos a bailar un poco —rugió.

El zarpazo arrancó varios fragmentos del entarimado. Habría sido muy doloroso, tal vez mortal, si el Gris no lo hubiera esquivado en el último instante. Recogió el puñal del suelo antes de incorporarse. Fue un error. La escuálida criatura previó ese movimiento y se anticipó. Esta vez no erró el golpe, le dio en el pecho, con una fuerza brutal. El Gris salió despedido, voló de espaldas hasta estrellarse contra la pared opuesta. Se desplomó sin aliento. Luchó para mantener la consciencia, para que la habitación dejara de dar vueltas a un ritmo frenético.

La niña se acercaba caminando despacio, segura de su victoria. Lucía una sonrisa grotesca por la que derramaba abundantes babas de color amarillento. El Gris se levantó con serias dificultades. Se apoyó en la pared, que estaba agrietada por el terrible impacto. Le llegó un remolino de voces confusas. Tenía que despejar su mente de prisa.

Resbaló, la mano se atascó en un agujero que antes no estaba en la pared. El Gris se preparó para defenderse y entonces cayó en la cuenta de que había perdido el cuchillo.

Ya era demasiado tarde. La muchacha-demonio estaba encima de él. Alzó las garras y atacó directamente a su cuello.



—No os entrometáis —advirtió Miriam agitando su melena rubia—. Es un asunto de los ángeles, no os concierne. Yo soy su representante e interponerse en mi camino es violar el código. Así que decidme, ¿dónde está el Gris?

Hablaba con autoridad, segura de sí misma. El salón se sumió en el silencio. Sara admiró el vigor y la energía que emanaban de la centinela. Era una mujer hermosa, que se imponía a todos los presentes.

Mario Tancredo estaba encantado con ella. Representaba la autoridad de los ángeles y al mismo tiempo era una preciosidad. Diego no parecía preocupado, permanecía junto a Plata, con quien parecía llevarse muy bien, como si fueran viejos amigos. A Sara le costaba entender que un adolescente estuviera involucrado en los asuntos del Gris, y que tuviese tantos amigos adultos. El abogado del señor Tancredo se mantenía serio y en silencio, sin intervenir.

Solo Álex mostraba su descontento.

—¿Por qué le buscan los ángeles? —quiso saber. Su habitual tono cortante se había suavizado un poco, pero sus ojos brillaban desafiantes—. No viola el código que nos digas el motivo.

—Esta vez es algo muy serio —contestó Miriam—. Solo estoy autorizada a revelarle a él la razón.

Diego dio un mordisco a una manzana verde y jugosa.

—No insistas, Álex —dijo pronunciando mal, había dado un mordisco demasiado grande. Masticó a toda prisa para poder vocalizar—. Miriam es tan estricta como guapa, ya la conoces. No traicionará el asqueroso código de sus superiores. Si esa panda de mariposones le han ordenado que no hable, no lo hará. Siempre leal, siempre fiel. Qué asco, ¿eh? —Mordió de nuevo, esta vez con cuidado de llevarse a la boca un pedazo de tamaño razonable—. Esta manzana es una pasada, por cierto. El delincuente compra comida de calidad. Le aplaudo por eso. Siento curiosidad, Miriam, ¿qué harías si los ángeles te ordenaran traicionar el código? Supongo que sería un dilema insalvable para tu moral recta e inquebrantable.

Sara volvió a sorprenderse. ¿No había nadie con quien el niño mantuviera la boca cerrada, o al menos con quien se comportase de un modo más comedido? Por lo visto, ni siquiera respetaba a los ángeles. Lo increíble era que nadie se escandalizaba, ni siquiera Miriam, que era una especie de embajadora de los ángeles. Sara hubiera imaginado que, como poco, se ofendería por el tono despectivo de Diego, pero no era el caso. Dedicó al niño una mirada de lástima, desganada.

—Ya conozco tu opinión, niño —dijo la centinela—. No des la tabarra o te...

—¿Qué me harás? —increpó Diego—. ¿Me detendrás a mí también? ¿Me castigarás?

—Te llevaré de las orejas a un hospital y te rebozaré con todos los enfermos que encuentre.

La sonrisa del niño se esfumó.

—Jo, tía —dijo agachando las orejas—. No es para ponerse así.

Era la primera vez que Sara veía al niño retroceder ante una amenaza. Su admiración por Miriam creció, y también lo hizo su desconcierto en torno a Diego. La amenaza no había sido tan terrible.

Plata tropezó con una mesilla al levantarse. El hombre se tambaleó, avergonzado, pero logró caminar sin perder el equilibrio.

—Vamos, mi querida Miriam, no te enfades con el niño. ¡Maldita altura! ¡Odio medir dos metros! —Se acercó a ella con paso vacilante. Sus rizos saltaban en su cabeza con cada pequeña rectificación de la postura para no caer al suelo—. Solo quieren saber por qué el cónclave ha reclamado al Gris.

—¡El cónclave! —se sorprendió Álex—. Eso es imposible. Hace milenios que no se reúne.

—¡Bah! Menuda panda son esos... —dijo Diego con desdén.

Miriam apretó las mandíbulas y aspiró lentamente, sus ojos relampaguearon.

—¿Cómo demonios sabes lo del cónclave? —preguntó a Plata.

—¿No me lo contaste tú? —Plata llegó hasta ella y se apoyó en el respaldo de un sofá. Mario tuvo que apartarse a un lado para que no tropezara con él. El millonario estaba tan perdido como Sara por la conversación—. ¡Qué raro! De todos modos, ¿a

quién iban a culpar de la muerte de Samael? Sí, sí, lo sé. El Gris estuvo allí, pero ¿qué hay del dragón? Yo les dije que había sido un dragón, pero no me hicieron caso.

Miriam enrojeció de rabia, resopló, deformó su bello semblante. Algo similar le sucedió a Álex. El cambio de su rostro fue menos marcado, pero imposible de pasar por alto. Sara no sabía qué había dicho Plata para fomentar tales reacciones. Ella solo entendió que un dragón había matado a un tal Samael, y semejante absurdez no podía ser la causa, tenía que haber algo más que ella no veía.

Y tenía que ser de la máxima importancia. Sara solo había visto expresiones similares ante malas noticias. Le vino a la memoria el rostro de su vecino de la infancia. Cuando ella tenía seis años, estaba en el parque con el chico de la casa de al lado. Agarró su brazo mientras jugaban a pelearse y le leyó la mano sin querer, ni siquiera sabía que podía hacerlo. Fue la primera vez que experimentó su don. Le dijo al chico que tenía una enfermedad mortal, incurable, y que no cumpliría los nueve años. La madre del chico la miró a ella del mismo modo que Álex a Miriam. Se enfadó muchísimo y prohibió a su hijo volver a jugar con Sara. Por desgracia, eso no cambió el hecho de que la lectura de Sara había sido correcta. El niño falleció un año después.

—No quiero escuchar historias, Plata —dijo Miriam echando fuego por los ojos—. Deja al dragón en paz. ¿Viste al Gris junto a Samael?

—¡Ahora lo he pillado! —gritó Diego—. No tienes ni idea del motivo, ¿no es eso, Miriam? Los angelitos te han ordenado detener al Gris pero no se han dignado a darte explicaciones, los muy prepotentes. Por eso te revienta que Plata sepa más que tú.

—¡Cállate y no te metas!

—Eso digo yo —intervino Álex—. Cierra la boca, niño. Si lo de Samael es cierto, no vas a llevarte al Gris, no lo consentiré.

—No nos corresponde a nosotros juzgarle —dijo Miriam—. ¿Quieres interponerte en el camino de un centinela? ¿Crees que puedes medirte conmigo?

Miriam apretó los puños. Álex endureció la mirada.

—¿Crees que tu código me importa, que significa algo para mí?

Habría pelea. Estaban a punto de saltar el uno contra el otro, Sara lo notaba en sus posturas corporales. Ambos tenían el peso del cuerpo en una pierna, con los músculos tensos y ligeramente inclinados hacia adelante.

—¿Acaso hay algo que tenga valor para ti? —preguntó Miriam—. Solo parece importarte el Gris. Siempre a su lado, protegiéndole. ¿Qué hay detrás de esa obsesión?

—No es asunto tuyo —repuso Álex.

—Lo es si te entrometes en mi misión. Ha muerto un ángel...

Un puñetazo sobre la mesa llamó la atención de todos.

—¡Esto es demasiado! —dijo Mario, alterado—. Quiero saber ahora mismo si mi

hija está con un asesino. ¿Es eso lo que estáis diciendo?

Miriam y Álex abandonaron su enfrentamiento. La centinela se volvió hacia Mario, un tanto sorprendida.

—¿El Gris ya está con tu hija? Si has consentido que comience el exorcismo sin contar con la presencia de un centinela, la responsabilidad será tuya.

—No me interesa tu código —increpó Mario—. Quiero saber si el Gris es un asesino.

La simple posibilidad de que fuera cierto golpeó a Sara. Recordó que el Gris le había hablado mal de los ángeles cuando se conocieron, sin disimular la mala relación que tenía con ellos. En aquel momento no le causó buena impresión. ¿Cómo podía alguien criticar abiertamente a los ángeles? ¿No era eso algún tipo de blasfemia? Y sin embargo no creía que el Gris fuese un asesino. Era serio y un poco frío, pero no podía ser un asesino, no cuadraba. El Gris se iba a enfrentar a un demonio para salvar a una niña poseída. ¿Por qué haría algo así un asesino? Además, nadie puede matar a un ángel, de eso estaba convencida. Por lo que se decía, solo unos pocos demonios extremadamente fuertes tendrían una posibilidad de lograrlo. Ningún hombre sería capaz de hacerlo, con o sin alma. Por tanto se trataba de un error. La conclusión de su último razonamiento la reconfortó.

—El Gris no ha empezado el exorcismo —dijo Sara, sentía el impulso de defenderle—. Me lo dijo él mismo. Solo iba a comprobar si el demonio le conocía o algo así...

Dejó de hablar, se sintió un poco tonta por su torpe defensa.

—Muy propio de él —comentó Plata. Se giró y miró a Sara, tropezó con sus propios pies. Ella le sostuvo por un brazo—. Muchas gracias, querida. Aún no nos han presentado formalmente. Mi nombre es Plata y celebro que una rastreadora tan bonita e inteligente como tú se haya unido a nuestro cálido grupo.

—¿Tú también eres parte del equipo? —Sara tuvo que usar las dos manos para sostenerle. Al final, Plata se apoyó en una pared y consiguió mantenerse erguido por sí mismo—. ¿Cómo sabes que soy una rastreadora?

Plata se encogió de hombros.

—Cuestión de suerte, supongo. O tal vez me lo dijeran tus ojos profundos, escrutadores, llenos de curiosidad, capaces de ver más allá. Son ojos de rastreadora, te lo digo yo. ¿Quiénes son tus padres? ¿O mejor aún, tus abuelos? Seguro que les conozco. Apuesto a que...

La charla incesante de Plata desorientó un poco a Sara. Se apoyó en la mesa, a su lado, y fingió escucharle mientras dirigía su atención a la discusión que tenía lugar en el centro de la estancia. Miriam, Álex y Mario enfrentaban sus respectivas posturas. Sara no entendía muchas de las cosas que decían, estaba perdida, y no sabía quién tenía razón. Le desagradaba sentir cierta empatía por Mario, pero el caso era que no

veía al repugnante delincuente que sin duda era, sino a un padre preocupado por su hija, y esa era una actitud razonable, fácil de entender. Miriam representaba a los ángeles y, por tanto, su palabra debería ser respetada. Eso le gritaba a Sara su instinto, su educación de toda la vida. Un ángel es bueno, un demonio es malo. No era complicado.

Sin embargo, Álex se oponía a Miriam. El apuesto miembro del grupo no vacilaba en hacer frente a la centinela. Álex tenía el peor carácter de todos. Desde que se habían conocido, no le había dirigido a Sara ni una sola palabra amable. No le caía bien, y a pesar de todo, Sara le apoyaba interiormente, en silencio, deseaba que él ganara la discusión. Le gustara o no, era parte de su grupo y la necesidad de sentirse integrada la colocaba, sin quererlo, junto a Álex, y le hacía ver a los demás como extraños. Además, era evidente que estaba defendiendo al Gris.

El niño se divertía con la situación. Estaba sentado, comiendo su manzana, y siguiendo atentamente la conversación con sus inquietos ojos castaños. A Sara le sorprendió que pasara tanto tiempo sin decir nada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Diego.

Sara también lo oyó. Un ruido amortiguado por la distancia, como si a alguien se le hubieran caído al suelo miles de copas de cristal. Se encogió de hombros.

Mario, Álex y Miriam prosiguieron absortos en su acalorada disputa. El niño se levantó y fue hasta la pared donde estaban Sara y Plata.

—Yo lo sé, lo juro —afirmó Plata—. Lo he oído antes... Lo tengo en la punta de la lengua... ¿Las puertas del infierno? No, retumbaría más, y apestaría... ¿Un eructo de dragón? No, habría durado el triple como poco y apestaría más aún que el infierno. Además, los dragones no eructan... ¿Un fantasma atravesando un cristal? Tampoco...

—Está bien, tío —le dijo el niño dándole palmadas en la espalda—. No te preocupes, ya te acordarás.

—Es que sé que lo he oído antes —dijo Plata bajando la cabeza para mirar a Diego. Su diferencia de estatura era considerable—. Vas a pensar que miento, pero no es así. Puedo identificarlo. ¿Me das tres oportunidades?

Sara vio auténtica preocupación en el rostro de Plata. Reflejaba tanto esfuerzo, que temió que le fuera a dar un infarto si no descubría qué había provocado ese ruido.

—A lo mejor solo ha sido un espejo roto —sugirió.

El sufrimiento desapareció del semblante de Plata.

—Una deducción asombrosa —concedió el extraño hombre—. Me inclino ante tu audacia. —Plata se arrodilló y tomó la mano de Sara—. Permíteme expresar mi admiración...

Entonces el salón entero tembló. Algo chocó contra la pared que estaba a la derecha de Sara y la resquebrajó. Los cuadros y las estanterías cayeron al suelo. Se abrió un boquete en el centro, del tamaño de un balón de baloncesto. Algo entró por

el agujero y voló por el aire en dirección a Plata.

—... y mi más sincera devoción por tu persona... —continuó Plata, aún sosteniendo la mano de Sara.

—Este ni se ha enterado —dijo el niño—. Y luego pretende reconocer sonidos extraños. Déjalo ya, Plata. Mira de la que te has librado.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué? —balbuceó Plata mirando en todas direcciones a la vez.

Sara se había quedado muda. Había un puñal enorme clavado en la pared, un palmo por encima de la cabeza de Plata. Si no se hubiera arrodillado...

—Es del Gris —dijo el niño extrayéndolo de la pared—. Hoja curva, en estado lamentable, empuñadura de cuero gastada... Inconfundible. Toma, Sara, cógelo tú. Está tan sucio que igual me contagia algo.

Un aullido inundó la estancia, ronco, grave, inhumano. Más golpes. La pared vibró de nuevo.

Los demás ya se habían ido corriendo. Sara dio un paso con intención de seguirles y miró al niño.

—¿No vienes?

—El Gris está luchando con el demonio —se espantó Diego—. Yo no me acerco ahí ni loco.

No tenía tiempo que perder discutiendo con el niño; si no quería ir, era su problema. Corrió en pos de los demás. Sonó otro golpe a su espalda, pero no se detuvo.

—¡Espérame! —gritó Plata—. Ayúdame a levantarme, me necesitaréis.

Sara alcanzó a los demás en el pasillo, frente a la puerta de la habitación contigua, desde la que habían llegado los ecos de la pelea.

—Yo entraré la primera —dijo Miriam, adelantándose.

—Es mi hija la que está ahí dentro —repuso Mario—. ¡Silvia, ya voy, cariño!

Miriam le apartó de un empujón, con facilidad. Sacó un martillo que llevaba anudado de alguna forma a su pierna derecha, a la altura del muslo.

—Puede ser peligroso. Detrás de mí —ordenó.

Derribó la puerta con un preciso golpe de su martillo. Parecía antiguo y pesado, aunque Miriam lo manejaba con soltura y delicadeza. Desde luego no estaba diseñado para clavar clavos, a menos que fueran del tamaño de un tubo de pasta de dientes como mínimo. La cabeza del martillo era muy grande y no se distinguía de la base, parecía estar formado de una sola pieza moldeada del mismo material. El arma entera era plateada, excepto por una espiral dorada que se enroscaba alrededor del mango, probablemente para conferirle algo de relieve y evitar que resbalara en las manos de Miriam.

Dentro hacía calor. Sara vio al Gris tirado en el suelo, inmóvil. Elena estaba sentada con la espalda apoyada en la pared, con el miedo pintado en la cara. En la

esquina opuesta, el demonio aullaba. Sara no podía creer que esos berridos deformados y atronadores brotaran de la garganta de una niña tan pequeña, tan delgada, de aspecto tan frágil. Pero entonces vio sus ojos amarillos de reptil, sus garras destrozando el suelo, y ya no le pareció frágil, le pareció horrible y peligrosa, y sintió miedo.

Aquella imagen terrible era la constatación de que los demonios existían, de que había seres temibles con un poder difícil de concebir. Sara había oído hablar de ellos, y a su vez, había hablado de ellos a otros, pero sin verdadera convicción, como quien sabe que nunca verá uno y que, por tanto, en la práctica, era como si no existieran. Sin embargo, existían. Sara comprendió por primera vez que se estaba adentrando en un mundo peligroso, sombrío, un mundo en el que una dulce niña podía ser infectada por un ser maligno y convertirse en una fuerza demoledora.

Debía repasar cuanto sabía de demonios y espíritus, averiguar cuánto era mentira, habladurías sin sustancia, y cuánto era cierto. Debía aprender y deprisa.

Observó que la niña-demonio estaba encerrada. Unos símbolos dibujados en el suelo la mantenían recluida en la esquina. Y arrodillado sobre uno de esos símbolos, repasándolo, tal vez reforzándolo, estaba...

—¡Álex! —chilló Miriam bajando el martillo—. ¿Cómo has llegado tan rápido?

—Tenía que ayudar al Gris —respondió sin alzar la vista de la runa que dibujaba.

—Eso no explica que llegaras antes que yo.

—Me importa muy poco lo que explique o deje de explicar.

Sara perdió el interés en la discusión que se avecinaba entre ellos. Por lo visto, Miriam y Álex eran incapaces de estar de acuerdo en algo.

Mario observó a su hija con una expresión indescriptible y luego acudió con su mujer. Sara fue directa a comprobar si el Gris estaba herido.

No había sangre, eso era bueno. El Gris yacía boca arriba, con el rostro ladeado. Su gabardina estaba abierta y Sara pudo ver un símbolo tatuado asomando en su cuello. Se alarmó al no ver su pecho subiendo y bajando. Buscó el pulso en la yugular. No lo encontró y se angustió todavía más. La piel estaba fría, todo indicaba...

—Está bien —dijo Álex detrás de ella.

—No respira —le contradijo ella sin esconder su preocupación.

—Está bien —repitió tajante. Sara le odió con todas sus fuerzas. Ella solo quería ayudar, pero Álex era tan... —Su respiración es débil, eso es todo —añadió con un tono discretamente más amable.

Una sucesión de golpes llamó la atención de todos.

—¡Maldición! —gritó Plata desde la puerta. Se había vuelto a caer y luchaba por levantarse—. ¿Qué me he perdido? ¿Qué? ¿Era un dragón?

VERSÍCULO 8



—Dicen que eres un engendro, una rareza. —La voz sonaba distorsionada. El Gris se removió, yacía en una superficie blanda—. Les he oído. Te comparan con las peores criaturas. Peor que un vampiro. Tú no robas la sangre, Gris, tu juego es infinitamente más peligroso, te atreves a comerciar con almas, como hacen los demonios. Practicas las artes del infierno. ¿Tal vez porque al no tener alma no aprecias su valor? ¿Es ese tu secreto? Consideras las almas como un bien intercambiable, con el que se puede negociar y hacer tratos. No eres capaz de comprender que son la esencia de todo ser vivo, su yo más íntimo y su inmortalidad. ¿O tal vez es la envidia lo que mueve tus actos? Tu vacío interno te diferencia de los demás, te mantiene separado, y te impide valorar un alma como lo que realmente es. Ambicionas una para poder comprender, saber qué es la vida. Algo que desconoces porque en realidad estás muerto. ¿De qué otro modo clasificar tu condición? Y por ello te desprecian, no te quieren a su lado. Toleran tu presencia porque te necesitan puntualmente, pero eso es todo. Luego te repudian. Todo eso cuentan de ti, Gris. ¿Es cierto? ¿Hay algo de verdad en esas palabras? Me gustaría saberlo.

El Gris consiguió alzar los párpados, no sin esfuerzo. Aún le dolía cada centímetro de su cuerpo, moverse era una tortura. No reconoció el lugar en el que se encontraba, pero la cama era confortable.

Dos ojos cálidos le observaban. Eran brillantes, sinceros, pero no podía ver su color. Aun así los reconoció.

—¿De veras quieres saber la verdad, Sara? ¿Podrás encajarla?

—¡No te muevas! Estás bien, pero debes descansar. Te trajimos a una habitación para que pudieras recobrarte a solas. Los demás esperan fuera. Vendrán pronto. Tenemos poco tiempo.

El Gris renunció a levantarse, continuó tumbado.

—¿Poco tiempo para qué?

—Para que me cuentes, para que me expliques si lo que he oído es cierto. —La voz de Sara sonaba triste—. Para eso he venido. Me ofreciste una prueba, una muestra de lo que me esperaba si decidía acompañarte, ¿recuerdas? ¿O acaso me mentiste?

—No te mentí, pero la prueba es para ti también. Tengo que saber si puedes venir

con nosotros, cuál es tu límite, y hasta dónde puedes llegar.

—¿Entonces dudas de mí?

—Se necesita de una gran fortaleza. Casi nadie es capaz de soportarlo. El anterior rastreador nos abandonó porque era demasiado para él.

—¿Qué hay del niño y Álex? Ellos llevan mucho tiempo contigo, lo sé, les he oído. Incluso Miriam dice haber coincidido contigo en numerosas ocasiones. ¿Son ellos más fuertes que yo?

—Es diferente. Les mueven otras motivaciones. Ellos no precisan de tanta fortaleza.

—¿Por qué no?

—Porque no son normales. Tú sí lo eres.

—¿Quieres decir...?

—No es lo que piensas. Tienen alma, en eso no se diferencian de ti, pero no son personas normales y corrientes, ya lo irás comprendiendo. No es fácil. Sus motivos son complicados de entender.

—¿Quieres decir que no son tus amigos? ¿Te acompañan solo por interés?

—Como te he dicho, tienen sus razones. Y son mucho más poderosas de lo que puedas imaginar. No, no son mis amigos. Y sin embargo tal vez sean mi única familia, o lo más parecido a una familia que yo pueda tener.

—No parecéis tener ese tipo de relación en absoluto. Es cierto que se nota que os conocéis desde hace tiempo, pero una familia es mucho más. ¿Por qué ellos?

—Porque nadie más puede serlo.

Se produjo un silencio incómodo. Sara no supo qué decir ante aquella afirmación tan categórica, pero no le sentó bien.

—¿Qué hay de ti? ¿Eres aquello de lo que te acusan? ¿Un monstruo más parecido a un demonio que a un ser humano?

—Algo hay de cierto.

La expresión de Sara cambió, se apagó y ensombreció su rostro.

—Esa no es una respuesta clara. —Su voz también se debilitó. Con toda seguridad, no esperaba la anterior contestación del Gris—. Más bien parece una evasiva, un modo de no revelar la verdad.

—Es cuanto puedo decirte por ahora. Sara, tienes que entenderlo. Vas a ver cosas increíbles, algunas de ellas, terribles. Si decides no acompañarme lo entenderé. En ese caso, cuanto menos sepas mejor, es por tu seguridad.

—Si me quedo, ¿me dirás toda la verdad acerca de ti?

—Al menos hasta donde yo sé.

Sara se tomó un momento para pensar.

—¿Por eso consientes que te traten de ese modo? ¿Por qué no replicaste a Mario o a su mujer cuando te insultaron?

—No lo hicieron. Ellos creen que soy un monstruo. Hay mucha gente que piensa lo mismo, no es para tanto.

—Eso explica que a Diego y Álex no les extrañara. Pero aun así, ¿no te molesta que otros te consideren algo que no eres?

—¿Crees que cambiarían las cosas si les dijera que no lo soy? Nada en absoluto. Discutir ese punto es una pérdida de tiempo.

—No has contestado a mi pregunta.

—No, no me molesta. Están en su derecho. ¡No, espera! Déjame terminar, y escúchame con atención. Hay un precio para que yo esté aquí...

—Lo sé. Yo también cobro por mis lecturas. Tenemos que vivir de algo, pero eso no implica que no ayudemos a los demás.

—Pero yo no cobro dinero. Bueno, la verdad es que sí, un poco, pero eso es solo una parte del pago, la más pequeña. Quien me contrata me paga con su alma. Por tu cara veo que ahora empiezas a entenderlo. No importa, es comprensible. He visto esa expresión muchas veces, demasiadas. Así reaccionan las personas ante mí, con rechazo, con desprecio..., con miedo. Estoy acostumbrado, es parte de mi mundo afrontar esa mueca cada vez que alguien me conoce. Pero no soy un demonio. No me entregan su alma como cuando sellas un pacto con auténtico demonio. Mi situación es diferente. En mi caso es una especie de préstamo.

—Pero... —A Sara le costaba asimilar lo que acababa de oír—. Eso es imposible. Va en contra del código, lo sé muy bien. Jugar con el alma de otra persona es un pecado imperdonable. Los ángeles te matarían si se enteraran de que...

No terminó la frase. Una idea empezó a formarse en su mente.

—Ya lo saben —dijo el Gris confirmando sus sospechas.

—Entonces, ¿cómo es que no...?

—Porque soy una excepción, una anomalía. Mientras no estén seguros de qué o quién soy no acabarán conmigo. Sé que es difícil de creer que los ángeles no sepan algo, pero así es. El tiempo apenas tiene significado para ellos, pues son inmortales, y por ello decidieron investigar mi caso, no precipitarse antes de tomar una decisión. Por eso, el código hace una excepción conmigo, por eso puedo tomar un alma por poco tiempo, siempre y cuando me la ofrezcan.

—Ahora comprendo por qué Mario pidió la presencia de un centinela antes de cerrar el trato contigo. No quería ofrecerte su alma sin que alguien vigilara que no habrá ningún problema, que no la perderá definitivamente.

El Gris asintió.

—Tenía miedo. Y no le culpo. Él odia hacerlo, me odia a mí por exigir ese pago y le aterroriza la idea de entregar su bien máspreciado a alguien que no se muestra al sol. Tú conoces la razón de mi rechazo a la luz natural, pero él no. Solo ha escuchado cómo me comparaban con un demonio roba-almas y no le queda más remedio que

aceptar el precio para salvar a su hija. Esa es la verdadera motivación de la mayoría de la gente que me contrata: la desesperación. Siempre han probado otro método antes de recurrir a mí. Siempre.

—Pero si los ángeles han retocado el código para contemplar tu situación, no debería preocuparle. Al fin y al cabo, está todo regulado.

—¿De veras? ¿Entregarías tu alma sin más a un desconocido? ¿Arriesgarías tu inmortalidad? No, no lo harías, lo sabes muy bien. Al menos, no sin haber agotado antes otras opciones más... digamos que más baratas.

—Entonces es culpa de los ángeles. ¿Por qué no hacen pública tu condición? Si hablaran de ti al mundo oculto, si la gente te conociera como alguien que está bajo su protección, desaparecerían esos rumores.

—No pueden hacer eso. No saben quién soy realmente y no pueden arriesgarse a apoyarme por si luego resulto estar del otro lado. Además, no lo has entendido. Ellos no me han aceptado. Han hecho un paréntesis hasta que averigüen la verdad, y puedes estar segura de que lo harán, es solo cuestión de tiempo. Es una forma de mantenerse neutros ante una de las escasísimas situaciones que no controlan. Eso se les da muy bien. Pero cuando llegue el momento de la verdad, se librarán de mí, cuando sepan que no corren ningún peligro al hacerlo, no dudarán. Y cuando eso suceda, será el fin para mí...

—Porque no tienes alma —terminó Sara.

—Exacto. Como ves, mi tiempo es limitado. Mi camino es una carrera. Debo alcanzar mi meta, antes de que ellos se decidan a actuar.

—¿Y cuál es esa meta? ¿Qué objetivo persigues?

—Eso no puedo revelártelo todavía. Pero no temas, si decides acompañarme lo sabrás, te lo prometo. No te pediría que lo hicieras sin saber dónde te metes.

—Está bien, esperaré. Pero hay algo que debo saber, que necesito saber. Es una idea un poco estúpida. No me importa reconocer que me da vergüenza preguntártelo, pero tengo que sacarme la duda de encima o me volveré loca. Es una tontería, pero cuando algo se mete en la cabeza, no puedo ignorarlo. Y esto lo tengo atravesado desde que escuché algo antes, a los demás. Hablaban de ti y de mí. No saben por qué me has pedido que me una a vosotros. Y he caído en la cuenta de que yo tampoco lo sé. Hay otros rastreadores, y con más experiencia que yo, algo sencillo ya que soy una novata. Así que solo quiero saber... ¿me has seleccionado para hacerte con mi alma?



—¡Bah! Al final no he tenido que hacer nada —refunfuñó Diego con cierta decepción—. El Gris se encuentra bien. Necesita reposo, pero no de mi talento.

Nuestra amiga está cuidando de él. Se ha puesto un poco tontita con lo de permanecer junto a su cama. Tierno, ¿verdad? —Hablaba para sí mismo, sin importarle que los demás no le prestaran atención—. En fin, ya tendré ocasión de lucirme —se lamentó—. ¿Dónde está la niña? Aún no la he visto.

Álex y Miriam la ocultaban con sus cuerpos. Estaban inclinados sobre ella, haciéndole algo que el niño no podía ver desde la entrada de la habitación. Mario y Elena observaban con gesto preocupado, mientras el abogado del millonario tomaba aire en una de las ventanas abiertas. Plata estudiaba con interés el boquete de la pared que ahora comunicaba con el salón. Se mantenía de pie sin apoyarse en nada.

—Si hubieras venido antes, la habrías visto perfectamente —dijo Álex sin volverse.

—Lo que me faltaba por oír—bufó el niño—. Cuando tú vayas al infierno, ya me contarás si te atreves a arrimar las narices donde hay un demonio suelto.

—Bien, esto ya está —dijo Miriam.

Ella y Álex se retiraron, salieron del círculo de runas y Diego por fin pudo ver a la niña con claridad.

—¡La hostia, qué bicho más feo! Quiero decir... niña —rectificó ante la amenazadora mirada de Elena—. No era mi intención... En realidad no es tan... Mierda, no puedo evitarlo, es que es muy fea. Es por mi maldición, de verdad...

—Cierra la boca, niño —dijo Miriam interponiéndose en el camino de Elena. La ofendida madre se había separado de Mario y avanzaba hacia Diego con la mano alzada—. No le hagas caso, Elena, por favor. Es cierto que no es culpa suya. Solo es un crío estúpido. Yo me ocupo de él.

Elena se calmó, asintió a la centinela y regresó con Mario. Su marido tenía la vista enterrada en el espantoso ser en que se había transformado su hija, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor.

—Me encanta que me defienda una centinela —dijo el niño sonriendo a Miriam. Soltó un bostezó largo—. Joder, qué sueño tengo. ¿Qué hora es?

—Diego, bonito —dijo Miriam con fingida dulzura—. Son las cinco de la madrugada y vas a empezar a portarte como un buen chico. No querrás verme enfadada, ¿a qué no? Ya nos conocemos, y sabemos cómo funciona esto. Controla esa lengua tuya tan afilada o...

—¿O qué? ¿Informarás de mí a los ángeles? Qué miedo. Te has equivocado en una cosa: sí que quiero verte enfadada, Miriam. Me gusta mucho, te lo juro. Es un placer difícil de describir, como cuando un profesor te castiga y luego consigues putearle delante de todo el mundo. Una delicia... Vale, vale, ya lo dejo, no te pongas así, contendré mi boca. Lo hago por ti, para que veas cuánto te aprecio...

Un estornudo resonó en la habitación. Diego palideció. Miriam no pudo esconder su alegría, sus ojos brillaron divertidos.

—¿Algún problema?

—¿Quién ha sido? —preguntó el niño, alarmado. El abogado estornudó de nuevo, dos veces seguidas—. Largo. Fuera de esta habitación.

—¿Cómo dices? —preguntó el abogado muy sorprendido.

—¡He dicho que te pires! —estalló Diego—. Estás acatarrado. No quiero tus gérmenes por aquí cerca.

—No estoy resfriado, no tengo fiebre. Es solo un poco de frío por haber estado junto a la ventana.

—Me importa un huevo, tío —ladró el niño con la tez cada vez más blanca, su voz temblaba—. Ahora mismo ese cuerpo rechoncho tuyo es un criadero de virus y bacterias. Si no te largas lo haré yo, y os prevengo a todos: cuando me necesitéis no acudiré en vuestra ayuda...

—Qué pesado eres, niño. —Álex le palmeó el hombro—. Solo es un estornudo —intercambió una mirada con Miriam.

—Está bien —accedió la centinela, y le pidió al abogado—: Es mejor que salgas de la habitación.

—¿Por un estornudo? Esto es absurdo —se quejó, indignado.

—El niño no parará hasta que te vayas, le conozco —explicó Miriam—. Lo siento. Hablaré con él a ver si se tranquiliza.

El abogado resopló y sacudió la cabeza, mientras miraba a Diego con una mueca de desaprobación. Elena le hizo un gesto con la cabeza y salió del cuarto.

El color regresó al rostro de Diego.

—Mucho mejor —afirmó—. Hay que cuidarse. Aprovecharé para examinar a la niña —dijo escogiendo bien la palabra—. Se la ve muy tranquila.

Estaba dormida, tumbada con la cabeza excesivamente inclinada a un lado. Su pecho apenas se movía, pero la respiración retumbaba como el motor de un camión.

—No la toques —le advirtió Miriam.

—¿Te crees que estoy mal de la cabeza? —repuso el niño—. Si estoy tan cerca es porque la habéis esposado. Eso es lo que hacíais cuando entré, ¿no? ¿Qué pasa? Que la niña se las trae. Si no, con las runas sería suficiente.

Las muñecas de la niña-demonio estaban rodeadas por dos gruesos brazaletes de plata. Tenían grabados muchos símbolos. De los brazaletes surgían cadenas que iban hasta la pared.

—Es fuerte —confirmó Álex—. Aún no sabemos cuánto, pero noqueó al Gris.

—No parece gran cosa —opinó Diego agachándose para verla más de cerca—. A lo mejor fue por el olor. ¡Qué pestazo, tío! Huele peor que el espectro que expulsamos de las cloacas hace seis meses. ¿Te acuerdas? Aquel sí imponía. Era muy tocho, cachas, y llevaba una maza tan grande como yo, pero esta niña es una esmirriada.

—Mira que eres ignorante, niño —dijo Miriam—. El físico es lo de menos en estos casos. ¡Sepárate de ella de una vez!

—Está dormida. Así no puedo preguntarle por el infierno. —Diego acercó más la cara, a un palmo de la de la niña, y alargó el dedo índice para tocarla.

—¡No lo hagas! —gritó Miriam—. ¡Apártate de ella!

—Tranquila, centinela —dijo Diego retirando el dedo un poco—. No te pongas nerviosa. —Volvió a acercarlo, casi tocó la mejilla de la pequeña Silvia. Miriam le lanzó una mirada feroz y el niño apartó la mano pero la mantuvo cerca, amenazando con aproximarla una vez más—. ¡Qué divertido!

—Condenado crío... —rabió la centinela.

Cada vez que el niño amenazaba con arrimar el dedo, Miriam hacía una mueca.

—Te veo muy tensa, rubita. —Diego señaló la otra mejilla, la de la cicatriz que expulsaba humo—. ¿Si toco aquí también te enfadas? ¿Y si la toco en un brazo? Siento curiosidad. ¿Qué sucedería si meto la pata con un demonio en presencia de una centinela de tu categoría? ¿Te regañarían los ángeles? Apuesto a que sí. ¿Tú qué opinas, Álex? Seguro que a esos estirados no les haría ninguna gracia...

Todo su cuerpo sufrió una violenta convulsión. Retiró la mano, tropezó, cayó al suelo. La niña acababa de abrir los ojos. Diego gateó hacia atrás, de espaldas, a un ritmo frenético, como si el suelo estuviera cubierto de brasas y no pudiera posar las manos más que una fracción de segundo.

—¡Atrás! —ordenó Miriam, sacó su martillo.

—¿Dónde vas, niño? —rugió el demonio.

—¡Joder, qué voz tiene el bicho! —Diego llegó a la puerta medio corriendo, medio gateando—. ¡Maldición, no se abre! —protestó tirando del pomo con todas sus fuerzas.

—Domina tu miedo, niño —le dijo Miriam—. La he cerrado yo. No voy a dejar que ese demonio escape.

—¿Estás loca? ¡Abre y déjame salir, lunática!

—No.

—Saltaré por la ventana —decidió Diego.

—El pánico le supera —dijo Miriam—. Álex, contrólale. ¿Pero qué haces? ¡Ve a por él! ¡Muévete, estás más cerca que yo!

Álex no obedeció, permaneció donde estaba, impasible. La niña abrió la boca superando el límite de la mandíbula. Vomitó un revuelto de rugidos desafinados, incomprensibles.

Diego enloqueció, aceleró al escuchar aquel gorgoteo del infierno, saltó y falló, se estrelló contra la ventana que estaba cerrada. Se desplomó en el suelo.

El demonio sacudió los brazos, tiró con todas sus fuerzas. La pared tembló, pero las cadenas resistieron. Miriam se relajó y volvió a enfundar el martillo en su muslo,

lo cubrió con su chaqueta de cuero.

La niña cayó al suelo de rodillas y enterró la cabeza en las manos.

—¡Papá! —sollozó. No era la voz ronca del demonio, era la de Silvia. Una voz dulce y desvalida—. Me has encadenado... ¿Por qué? ¿Estoy castigada? ¿Qué he hecho?

—¿Silvia? —El rostro de Mario se iluminó—. ¿Eres tú, hija? ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Me duele... —contestó la niña—. No me siento bien. Quiero irme, papá.

Mario dio dos pasos, se acercó.

—Se te pasará, cariño. Esta gente ha venido a curarte.

—¿Estoy enferma?

—Sí, pero no es grave.

—¿Por qué me has encadenado? Me aprieta. Quítamelas, papá. Llévame al médico —lloró, se sorbió la nariz.

—¡No! —intervino Miriam—. Es un truco. No es tu hija quien habla.

Mario dudó, buscó consuelo y consejo en los ojos de su mujer. Elena no se había movido, permanecía con la cabeza baja, como si no se atreviera a mirar.

—¿Estás segura? —preguntó Mario.

La centinela asintió.

—Tú mismo lo has visto hace un instante. ¿Crees que el demonio se ha ido así, sin más, en menos de un segundo?

Le costó, pero asimiló que era cierto. Mario no dijo nada, sus ojos se humedecieron.

—¿Qué demonio, papá? ¿De qué habla esa señora? Me estoy asustando.

—Es mejor que salgáis —les dijo Miriam a los padres—. Os confundirá, no la escuchéis. Todos deberíamos irnos. Ya hemos comprobado que las cadenas aguantan.

—No me dejes sola, papá, te lo suplico... —siguió rogando y llorando.

Miriam obligó al millonario a retroceder hasta donde se encontraba su mujer. La centinela abrió la puerta. El abogado estaba al otro lado, pálido, con los ojos desencajados.

—¿Qué ha sido ese estruendo?

—Llévatelos —ordenó Miriam señalando a Mario y a Elena—. Que descansen, lo necesitarán. Y tú, Álex, recoge al niño. Si se despierta aquí solo, se morirá del susto.

—A mí no me das órdenes, Miriam. No estás al mando.

—Empiezo a hartarme de ti. ¿Cuál es tu problema? No has ayudado a Diego y no me has explicado cómo pudiste llegar antes que yo a la habitación para ayudar al Gris. Escondes algo y no me gusta.

—¡No me toques! —gritó Álex. La centinela se puso en guardia en un acto reflejo, se llevó la mano al mango del martillo—. Cuidado, Miriam. No te metas en

mis asuntos, te lo advierto. Mantente dentro de tu código de mierda y déjame tranquilo. Y si algo no te gusta, te jodes.

Y salió de la habitación. Tuvo cuidado de no tocar a la centinela, la rodeó al pasar a su lado.

—¿Dónde está Plata?

Miriam ayudó al niño a levantarse.

—No lo sé. —Cayó en la cuenta de que no lo veía desde hacía un buen rato—. Se habrá ido a cambiar, pero volverá. Ya le conoces.

Diego se dejó llevar fuera de la habitación. La centinela cerró la puerta y trazó una runa sobre ella.

—¡Mierda! —se quejó el niño—. Menudo chichón me ha salido. A lo mejor tengo alguna hemorragia interna. —Se palpó todo el cuerpo con ansia—. Tendré que hacerme un chequeo. ¿Me di muy fuerte? Podría padecer daños internos...

—No te pasa nada —dijo Miriam, asqueada—. Te está bien empleado por payaso.

—Estás disfrutando, ¿verdad? Mi tormento te causa placer...

—Presta atención, niño. He sellado la habitación. Diles a los demás que nadie intente entrar, enviaré a alguien a recoger al demonio.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—A cumplir con mi obligación. Voy a entregar al Gris a los ángeles, tal y como me han ordenado.



—Tenemos que hablar.

La voz surgió de la esquina, de las sombras, de un resquicio oscuro.

Sara giró el regulador de la lámpara, aumentó la luz. La oscuridad retrocedió y la figura quedó a la vista.

—¡Álex! Menudo susto me has dado. —La rastreadora miró a la puerta, estaba cerrada—. ¿Cómo has entrado? No he oído nada.

Álex se acercó a la cama.

—Tenemos que hablar —repitió.

El Gris se incorporó con dificultad.

—Aún no estás recuperado del todo —dijo Sara—. No deberías...

—A solas —la cortó Álex.

Ni siquiera la miraba, sus ojos estaban fijos en el Gris. Ella no importaba, solo era un estorbo, un incordio para el que no tenía tiempo.

—Déjanos, Sara —pidió el Gris—. Me encuentro mucho mejor —añadió adelantándose a la pregunta de ella.

La rastreadora se levantó de mala gana y abandonó la habitación. No pudo evitar lanzar a Álex una última mirada de desprecio antes de cerrar.

—Eres un imbécil —dijo Álex en cuanto estuvieron a solas—. Ni siquiera sé por dónde empezar —masculló. El Gris guardó silencio y esperó—. ¿Mataste a Samael?

—¿Ha venido Miriam? —preguntó el Gris.

Solo sus labios se movieron, su rostro no adoptó ningún gesto. El tono era el acostumbrado: indiferente, sin mostrar la menor preocupación o inquietud.

Álex no le ayudó a levantarse. Le observó inmóvil mientras el Gris comprobaba su pierna derecha. Le dolía, no soportaba bien el peso de su cuerpo.

—Si me preguntas por Miriam es que la esperabas —razonó Álex—. Si la esperabas, es que eres culpable.

—Imaginaba que la enviarían a ella.

El Gris dio un paso. La rodilla no aguantó, cedió al peso y se dobló.

—Levántate. —Álex no le tendió la mano—. Plata dijo que estuviste presente en la muerte del ángel. ¿Cómo se te ha ocurrido ocultarme algo así?

—No tengo por qué contártelo todo. No es asunto tuyo.

Se sentó en el borde de la cama y se masajeó la pierna. El dolor remitió un poco.

—Sí que lo es. No se te ocurra darme la espalda. Hicimos un pacto.

—Y lo estoy cumpliendo. No es mi culpa si no te gusta el modo en que lo hago, pero eso no invalida el hecho de que estoy cumpliendo.

—Entonces, dime. ¿Qué pasó con el demonio en su habitación?

—Cometí un error. Me confié. Esa niña es muy fuerte, tal vez demasiado.

—No te creo, Gris. No eres un novato. ¿Revisaste las runas? —El Gris asintió—. Pues no me digas que te equivocaste, esas runas son muy sencillas. Dame otra explicación. Quiero saber por qué esa niña casi te mata.

El Gris inclinó la cabeza.

—Imagino que me engañó. Ese demonio me ocultó su fuerza, no lo vi venir.

—Eso no me basta. No deberías haber ido solo. No tienes derecho a exponerte de esa manera. ¡Me lo debes!

—No. El trato no especifica cómo debo vivir mi vida. Eso es cosa mía.

—¡Estúpido temerario! —escupió Álex—. No sabes nada. No entiendes nada.

Los ojos del Gris brillaron.

—Intento ser paciente, pero me lo pones muy difícil. El que se la está jugando aquí soy yo, no tú. Cuando lo arriesgues todo, como hago yo, podrás darme lecciones. Mientras tanto, yo decidiré lo que más me conviene.

—No vayas por ahí. Conmigo no juegues, Gris. La cagaste, y me obligaste a actuar. Miriam sospecha algo por la rapidez con la que llegué a tu lado. Tuve que hacerlo para salvarte, fue por tu culpa. No solo te expusiste tú, me has expuesto a mí también. Creo que me ha descubierto.

Esta vez el Gris arrugó la frente, dejó de masajear su pierna y miró a Álex.

—¿Estás seguro? No debiste hacerlo, me las hubiera arreglado sin ti. —Dio un puñetazo en la cama—. El imbécil eres tú. ¿Te vio?

—No, no me vio. Pero puede que ate cabos, no es tonta. Y fue por tu culpa, maldito estúpido. Tenía que salvarte.

—No podemos cambiar lo sucedido, pero la próxima vez, mantente al margen. Sé cuidarme solo.

—Corres demasiados riesgos, innecesariamente. Podías realizar tus preguntas delante de mí, o del niño, no sé por qué esa manía de hacerlo a solas. Y seguimos de una pieza porque tuvimos suerte. Si el demonio no hubiera estado centrado en ti, si no hubiera sido porque le pude sorprender por detrás, habría acabado con nosotros. No cometerá ese error dos veces.

—Algo se me ocurrirá. Y en cuanto a la posesión...

Álex estalló.

—¡Me importa un huevo la posesión! Por mí, puede llevarse a esa niña al infierno a que la violen todos los demonios, uno detrás de otro. No podemos preocuparnos de estas chorradas. Tenemos cosas más importantes que hacer. Miriam te va a llevar ante el cónclave. Van a acabar contigo, y no lo voy a consentir. Debes vivir, maldito imbécil, lo sabes, o nuestros planes fracasarán. Tengo que salvarte.

—¿Vas a enfrentarte a los ángeles? ¿Es ese tu plan? Es absurdo, nadie puede hacerlo. Solo los demonios más fuertes tendrían una oportunidad de vencer a un ángel.

—Es cierto —repuso Álex suavizando bruscamente el tono de voz—. Por eso necesitamos tiempo para pensar, para resolver el lío en que te has metido.

—No sé qué andas tramando, pero no me gusta. Conozco esa cara tuya. Y voy a continuar con el exorcismo, te lo advierto. No quiero que vuelvas a interferir. Sé que intentaste matar a la chica, no solo salvarme. Querías acabar con ella para que nos fuéramos. No lo lograste porque es increíblemente fuerte, ya te lo dije. Por eso me sorprendió. Tengo que saber más de ese demonio.

—¡No! Ese demonio no importa. El problema son los ángeles y el cónclave. No se reúnen para darse palmaditas en las alas. Y son mucho más peligrosos que cualquier demonio.

—¿Y qué piensas hacer para salvarme?

—Aún no lo tengo claro —contestó Álex—. Pero te repito que necesitamos tiempo, y como puede que la centinela me haya descubierto, el primer paso es elemental. Hay que matar a Miriam.

VERSÍCULO 9



Era una biblioteca preciosa, circular, forrada de madera, con gruesos tomos de todos los tamaños y colores vistiendo las paredes.

Sara se detuvo sobre la mancha que había en el suelo, justo en el centro. Era de color marrón oscuro, de aspecto pegajoso.

—Por fin te encuentro —dijo Plata.

Su alta figura se acercó hasta ella con paso tembloroso.

—¿Me buscabas? —preguntó Sara ofreciendo su brazo.

Plata se aferró a él como si le fuera la vida en ello.

—La verdad es que no, no te buscaba. Seguramente por eso he tardado tanto en encontrarte —reflexionó. Se inclinó peligrosamente hacia adelante, hacia la mancha del suelo, pero no llegó a caer, recuperó el equilibrio por sí mismo—. Voy mejorando. Odio la sangre de perro.

Sara miró de nuevo la mancha marrón.

—¿Eso es sangre de perro? —preguntó con desagrado.

—Ese demonio es idiota —dijo Plata—. No entiendo para qué se bebió la sangre de un chucho asqueroso. Es absurdo, denigrante, no sirve de nada, y encima sabe a residuo del infierno. —Plata se pasó el dorso de la mano por la boca—. Si fuese sangre de dragón lo entendería. Te pone fuerte, te sale pelo en el pecho, y es lo mejor para la tensión. También dicen que te ayuda con los problemas de disfunción... ya sabes... ahí abajo.

—¿Disfunción eréctil?

Plata enrojeció.

—Yo no, ¿eh? Nunca lo he necesitado. Bueno recuerdo una vez con un cuerpo..., pero al final no me hizo falta. En fin, es lo que dicen... Pero cambiemos de tema. ¿Qué hace una preciosidad como tú aquí sola? Y tan triste. Que me lleve el diablo si consiento que tú, la rastreadora más bonita del mundo, lo pase mal.

Ahora fue Sara la que se puso roja. Plata era con diferencia la persona más extraña que jamás había conocido. Se sentía tan confusa que no sabía bien cómo clasificarle. Al principio pensó que estaba loco, pero le extrañó que nadie le tratara como tal. Cuando desvariaba con los dragones, Sara no se atrevía a llevarle la contraria, a decirle que los dragones no existían. Hablaba con entrega, de un modo

tan apasionado, que ella casi había llegado a creer en su existencia.

Y cuando le hablaba a ella, cuando la alababa... Sara percibía sinceridad en sus palabras. Le intimidaba un poco esa manera tan franca y directa de expresarse.

—Buscaba la cocina —dijo Sara—. Tengo un poco de hambre. Pero creo que me he perdido. Esta casa es más grande de lo que parece.

—No está mal —concedió Plata—. Bien, ya me contarás más tarde qué te ha hecho Álex para que estés así. Tengo que ver a Miriam. Espero convencerla para que me lleve al cóncave, ¿sabes?

—Ahí es donde van a juzgar al Gris, ¿no? ¿Vas a ayudarlo?

—Lo había olvidado. —Plata se dio un golpe en la cabeza, ligeramente más fuerte de lo que había calculado—. Qué memoria la mía. Ummm... Lo cierto es que solo iba a pasarme para ver qué se cuentan los ángeles. Hay un par de ellos que hace mucho que no veo, ¿sabes? Oh, les hablaré de ti por supuesto. Se volverán locos de envidia —dijo con una mueca de completa felicidad—. El caso es que me preguntaba si me ayudarías a buscar a Miriam. Odio admitirlo, pero aún no camino muy bien solo.

—Yo te acompañaré.

Empezaba a gustarle su compañía. Plata no paraba de decir cosas que ella no terminaba de entender. Algunas parecían auténticos desvaríos sin sentido, pero otras daban exactamente en el clavo, como cuando había mencionado su disgusto con Álex. Plata sabía mucho más de lo que sus palabras traslucían.

Intentó que hablara de nuevo de los ángeles, del cóncave y del Gris, mientras le ayudaba a recorrer los pasillos, pero no hubo manera. Plata vio una alfombra, que según él, era idéntica a una escama de dragón, y fue imposible hacerle cambiar de tema. Estaba obsesionado con los dragones, de eso no había duda.

Avanzaron por un pasillo lleno de cuadros.

—... y cuando la fiera aparezca —continuaba Plata—, quiero que te sitúes detrás de mí. ¡No acepto discusiones en eso! Yo te protegeré del dragón. No son simples lagartos con alas, ¿sabes? Solo un experto puede medirse con ellos... ¡Vaya! ¡Qué cosa más fea! ¿Lo has visto?

Sara casi se cayó al suelo. Plata se había detenido de golpe y ella no se esperaba el tirón en el brazo que tenía entrelazado con él.

—¿El cuadro? —preguntó sin entender nada.

—Es un Rembrandt —explicó Plata mirando con mucha atención—. Era un holandés con muy mal genio, un idiota, nunca me cayó bien. Me hizo un retrato horrible, le odio. Voy a destrozarlo ahora mismo.

—¡No, espera! —Miriam detuvo a tiempo el puño de Plata, que ya volaba hacia el cuadro. No era ninguna experta en arte, pero un cuadro de Rembrandt debía de ser excepcionalmente caro, y una pérdida irreparable para el mundo artístico—. No puedes romperlo, es muy valioso.

—¿Te gusta? —preguntó Plata asombrado—. Entonces debo disculparme. Yo nunca destrozaría algo que tenga valor para ti, querida.

Sara prestó más atención. Era un retrato. Había una mujer de medio perfil sobre un fondo negro. Le pareció más bien fea.

—Tampoco es que me encante, pero no...

—No necesitas explicarte —la cortó Plata—. Si es importante para ti, también lo es para mí. Es que Rembrandt no me cae bien, eso es todo. Aprendió a hacer retratos practicando con vampiros, ¿a que no sabías eso? Algunos de sus retratos más famosos eran de chupasangres. A los vampiros les encanta que les dibujen. Como no pueden mirarse en el espejo, así pueden verse la cara. Claro que eso era antes de que inventaran la cámara de fotos. Es la tecnología que más les gusta. Y por eso van siempre tan mal peinados. Tengo un amigo brujo que dice que es porque les gusta dar una imagen rebelde, pero no es por eso. ¿Sabes lo difícil que es peinarse sin un espejo? Parece fácil, pero siempre te dejas algún pelo fuera de lugar.

—¿Y por qué no se peinan unos a otros?

Plata la miró. Se sumió en un extraño silencio, torció un poco la cabeza. Y finalmente, habló:

—Una vez más, tu audacia me asombra —dijo Plata rebotando admiración—. Tengo que encontrar a un vampiro sin falta y preguntarle por qué no se peinan unos a otros o no podré dormir. Necesito saberlo. ¿Dónde puedo encontrar a un maldito chupasangre a estas horas? Ya sé. Buscaré a una jovencita virgen, les gustan mucho... ¡Ah!

Plata gritó de repente, aulló, arqueó la espalda hacia atrás. Sara no pudo evitar que se cayera, se tendió junto a él y trató de ver qué le pasaba. Se movía mucho, descontrolado. Sara no sabía qué hacer.

—¡Quema! —chilló Plata—. ¡Duele!

—No veo nada, Plata. ¿Dónde te duele?

No había sangre, ni ningún objeto con el que se hubiera podido golpear.

—La... espalda... —logró decir Plata entre convulsiones.

Sara comprendió que intentaba quitarse el jersey. No paraba de moverse y tuvo dificultades para ayudarlo, pero lo consiguió.

—Ya está. ¿Te sientes mejor?

—¡Quema! ¡Mi espaldaaaa!

Le dio la vuelta. Estaba muy delgado, se le marcaban las costillas. Pero no había nada anormal, excepto...

—Tienes una cicatriz vertical. ¿Es eso lo que te duele?

—¡Quemaaaaaa!

Estaba agonizando, empeoraba. Lo que fuera que le estuviera haciendo daño debía de estar dentro de su cuerpo. ¿Tal vez un infarto? No parecía probable. Le

sonaba que, de ser ese el caso, se quejaría de dolor en el pecho, no de ardores en la espalda. Sin embargo tenía que hacer algo. Plata estaba sufriendo. Debía pedir ayuda, pero no sabría explicar cuál era el problema. Entonces se le ocurrió leer a Plata. Por algo era una rastreadora.

Le sujetó tan fuerte como pudo. Estiró el dedo índice y repasó la cicatriz de la espalda. Medía unos cuatro centímetros y discurría paralela a la columna vertebral, separada un par de centímetros hacia la derecha. La yema del dedo alcanzó el final de la cicatriz y Sara sintió un fuerte chispazo. Retiró la mano involuntariamente.

Plata dejó inmediatamente de moverse.

—¡Qué frío tengo! ¿Dónde está mi jersey?

Sara no podía creerlo. Plata lucía una expresión de completa normalidad, como si no hubiera estado desgarrándose la garganta de dolor hacía medio segundo.

—¿Te encuentras bien? ¿Ya no te duele? —preguntó frotándose el dedo, que aún le dolía por el chispazo.

—¿Qué ha de dolerme? —preguntó Plata—. Maldición, he vuelto a caerme —dijo al descubrir que estaba en el suelo—. Odio ser alto, lo juro. Lo que no entiendo es por qué estoy medio desnudo. Tengo tanto frío que ni el fuego de un dragón...

Sara le tendió el jersey, lo último que quería era que empezara a hablar de nuevo de dragones. Plata lo cogió, visiblemente contento, y se lo puso.

—¿No te duele la espalda?

—¿Debería? —preguntó Plata—. Pues no, no me duele. Ha sido una caída tonta, nada más. Tu preocupación por mí es conmovedora. Me halaga. Y abusando un poco de tu generosidad, me arriesgaré a pedirte un favor. ¿Te importaría ayudarme a encontrar a Miriam? Verás, quiero convencerla para que me lleve al cónclave...

Esta vez no prestó atención a las palabras de Plata, que por supuesto, renovarían su petición inicial. Sara nunca había estado tan desconcertada, tan insegura respecto a una persona.

Lo peor de todo era que mientras Plata se ponía el jersey, Sara había alcanzado a ver su espalda una última vez. No había ninguna cicatriz.



Miriam retiró el lado derecho de su chaqueta de cuero y se arrodilló sobre la pierna izquierda. Aflojó un poco el nudo que mantenía el martillo sujeto al muslo. Quería asegurarse de poder sacarlo con la máxima rapidez y suavidad.

No esperaba problemas con el Gris, pero no sería el primero en oponer resistencia a una detención. Sus órdenes eran tajantes, Mikael había sido muy explícito respecto a la forma de proceder en caso de que el Gris no aceptara su autoridad. Y Miriam no vacilaría en cumplir con su cometido. Ya había aprendido hacía mucho tiempo las

consecuencias que conlleva un fracaso.

La primera misión de Miriam había sido detener a un falso cura que había ayudado a un fantasma a permanecer oculto en su iglesia. El sacerdote era un hombre obeso, de avanzada edad. Miriam se confió y eso fue un error. Tardó demasiado en desenfundar su arma y el fantasma la golpeó y se apoderó del martillo. Son muy pocos los fantasmas capaces de materializarse de manera continuada para poder sostener objetos, solo los más fuertes pueden hacerlo. Pero eso no era excusa. Ella debía de haber contemplado la posibilidad y anticiparse. Por suerte, recuperó su martillo y apresó al falso sacerdote, pero a los ángeles no les gustó que el arma de un centinela cayera temporalmente en manos ajenas.

El castigo fue brutal, ejemplar. La tuvieron colgada de las manos durante tres días, desnuda, y sin comer ni beber. Se hacía sus necesidades encima y apenas dormía unos minutos. El último día llegó Mikael, el ángel que se lo había enseñado todo. Arrastraba un látigo, largo y fino, apenas visible. Sara contó siete latigazos antes de perder el conocimiento, siete silbidos de fuego, de puro tormento, que le hicieron conocer una nueva dimensión del dolor. Al despertar encontró más de siete líneas rojas en su espalda, bastantes más. El ángel, su maestro, había continuado el castigo mientras ella pendía inconsciente, desangrándose.

Miriam no volvió a descuidar su martillo. Y no se iba a presentar ante un posible fugitivo sin estar preparada, aunque estuviera herido.

Terminó la revisión del arma y se incorporó. Se topó con un rostro serio y abatido, que no lograba ocultar la preocupación de su dueño.

—Quiero hablar contigo, centinela —dijo Mario Tancredo.

—No tengo tiempo.

—Mi hija está poseída por un demonio. —El empresario bloqueó el pasillo. Miriam se detuvo, apretó los labios.

—Yo no puedo hacer nada, lo siento.

Mario se mantuvo firme.

—Puedes escucharme un minuto. No es mucho pedir dado que el Gris está indispuesto y no irá a ninguna parte.

Miriam percibió el dolor en su voz, reprimido en su interior bajo toneladas de rabia y frustración. Un dolor que comprendía, con el que era fácil identificarse. Y sin embargo no era asunto suyo. Tenía órdenes que cumplir.

—Medio minuto —repuso.

—Bastará. Quiero salvar a mi hija. Nada más me importa...

—No soy una exorcista —le interrumpió—. Tengo una misión y no me puedo retrasar.

—No pretendo que expulses al demonio —aclaró Mario—. Ya tengo a alguien para eso, pero necesito que no interfieras. ¿Cuánto quieres por dejar al Gris acabar el

trabajo?

—¿Dinero? ¿Quieres comprar a una centinela con dinero?

—Con mucho dinero —puntualizó el millonario—. Todos tenemos un precio. Di el tuyo.

—Es cierto que todos tenemos un precio —dijo Miriam—. Pero tú no puedes pagar el mío. ¿Crees que hay algo de vuestro mundo que me interesa? ¿Qué piensas que haría yo con tu dinero? ¿Comprarme una casa como esta? ¿Tal vez dedicarme a la moda y comprar cada nuevo modelo que saquen las grandes firmas? ¿Eso hace tu mujer? ¿Es esa tu idea de una mujer?

—Puedes gastar el dinero como te plazca. No me incumbe. Cómprate lo que quieras.

Miriam resopló con una sonrisa torcida.

—Lo que yo quiero no se puede comprar. No con dinero, al menos. Y tú no lo entenderías. ¡No insistas! Tus asuntos no me importan. El medio minuto ha terminado.

Al principio Mario no se apartó. Entonces, los ojos azules de Miriam relampaguearon, su melena se agitó y su brazo derecho se puso tenso. Entonces Mario retrocedió.

La centinela pasó a su lado sin mirarle siquiera. Apartó de sus pensamientos al millonario y se concentró en el Gris. Era el momento de comprobar si opondría resistencia, si desafiaría abiertamente a los ángeles. Miriam lo dudaba, el Gris no era ningún estúpido, pero había algo que no encajaba en esta ocasión.

No importaba que hubiera matado o no a Samael, el Gris debía saber que irían tras él, que Mikael estaría encantado de aprovechar la ocasión para aplastarle. Miriam hubiera apostado a que se ocultaría y trataría de escapar de algún modo, especialmente si era inocente, para ganar tiempo hasta que descubrieran al verdadero culpable. Sin embargo, el Gris no había huido. No le entendía..., y no le importaba.

La habitación estaba cerrada por dentro, el pomo no giraba. Miriam golpeó la puerta, llamó con un grito. Escuchó movimiento al otro lado, susurros, no le gustó. Con un suave tirón, extrajo el martillo. El primer golpe desencajó la puerta, el segundo la derribó, la convirtió en astillas.

La centinela entró en la habitación. Una triste lámpara de mesa despedía una luz escasa, que dejaba la estancia en las tinieblas. Captó un fugaz movimiento por el rabillo del ojo, a su derecha. Era el Gris, silencioso y discreto, apenas perceptible al amparo de las sombras. Y peligroso. Miriam empuñó con fuerza el martillo, se dispuso a atacar.

Entonces le llegó un silbido por el lado opuesto, por la izquierda. Volvió la cabeza y lo vio. No era demasiado tarde.

—Por fin te encuentro —dijo la voz de Plata a su espalda—. Venía a ofrecerte mi

protección para ir al cónclave. No dudo...

Miriam no podía hacerle caso. Un puñal volaba directamente hacia ella, rasgando el aire que la separaba de Álex, quien lo acababa de arrojar. Debía girar el cuerpo e interponer el martillo en la trayectoria o estaría muerta. Era rápida, podía conseguirlo.

—... y te alegrarás de que te escolte por si te ataca un dragón —seguía Plata—. Su fuego es... ¡Maldición!

Tropezó. Miriam alcanzó a ver cómo caía sobre ella, interrumpiendo el movimiento de su arma. Los dos metros de estatura de Plata la cubrieron por completo y ambos cayeron al suelo. La centinela perdió el martillo, que rodó por el suelo.

Se sacudió de encima el cuerpo y se puso en pie tan rápido como pudo. Plata no se movía. El mango de un puñal sobresalía de su espalda. La hoja era de unos cuatro centímetros y estaba profundamente clavada a dos dedos de la columna vertebral.

Sonaron pasos a la derecha. Miriam no podía ocuparse de Plata, aún estaba en peligro. Tenía que encontrar su martillo.

Y lo hizo.

Su formidable arma estaba bajo la bota del Gris. Eso la dejaba indefensa.

VERSÍCULO 10



Diego la vio a tiempo, pudo prevenirla, pero prefirió callar y estudiar su reacción antes de intervenir.

—¡Joder! —chilló Elena sacudiendo la mano.

Apenas había llegado a tocar el pomo de la puerta de la habitación donde estaba encerrada su hija. El niño se asomó detrás de la esquina tras la que se ocultaba.

—Duele un poco, ¿verdad? —dijo acercándose a ella—. Es como meter los dedos en un enchufe. Esa condenada centinela sabe lo que hace.

—Quiero ver a mi hija —exigió Elena con orgullo.

—¡Toma y yo! Debe saber un montón acerca del infierno —repuso Diego—. Por eso hemos venido a la habitación, pero no podremos entrar. ¿Ves ese símbolo tan chulo que hay dibujado sobre la puerta? Pues la mantiene cerrada, y es lo que te ha soltado esa descarga cuando has intentado abrirla. No te preocupes, se pasa relativamente rápido. Yo me he llevado tres.

Elena murmuró algo, maldijo. Estaba furiosa.

—Ha sido Miriam, ¿no? No puede impedirme ver a mi propia hija.

—Pues yo diría que sí. Es lo normal después de la que ha montado la criatura. ¿Qué esperabas? Miriam es una centinela, y muy cabezona.

—Encontraré la manera de entrar —se dijo Elena—. De todos modos no sé qué hago hablando con un mocoso.

—¡Eh! Un poco de respeto —dijo Diego, ofendido—. ¿Acaso te he insultado yo? Ni se me ocurriría. La verdad es que estás muy buena, ¿sabes?

—¡Pero qué dices, niño! —Elena se enderezó, frunció el ceño. El niño prosiguió con el descarado examen que estaba haciendo a las sensuales curvas de la mujer de Mario—. ¡Y no me mires así! ¿Cuántos años tienes? ¿Trece?

—Catorce. ¿Y tú?

—Veintiocho, demasiados para ti.

—¿Y eso qué más da? Tienes un cuerpazo —dijo el niño pasando el dedo gordo por el lunar de su barbilla—. Además, solo estoy mirando, no tienes por qué asustarte.

—¿Asustarme de un crío salido? Mira, si me enfadas, te azotaré hasta dejarte el trasero en carne viva.

—Hay a quien le gustaría eso —replicó Diego—. Ser azotado por una mujer como tú, de cuerpo perfecto, arreglada, que cuida su imagen. Pero yo no, no te inquietes. De todos modos, me gusta admirar la belleza. ¿Por qué te vistes de esa manera si no es para llamar la atención de los hombres? Sí, lo sé, soy solo un niño, pero te gusta que te miren, ¿a que sí? Por cierto, me he fijado en tus ojos, en cómo seguían a Álex. Apuesto a que con él no te pondrías tan violenta.

Elena se asombró de la capacidad de observación y deducción de Diego.

—No piensas como un niño. ¡Qué raro!

—¿Verdad que sí? Hay muchas cosas que no hago como un niño. —Sus ojos chispearon.

—¡Pues conmigo ni lo sueñes! —Elena se rio con desprecio.

—Qué creída eres. No me refería a eso, aunque siento curiosidad. Yo diría que tu marido es un tanto feo. ¡Qué coño! Es tan feo que quita el hipo. Y te saca unos añitos. El tío se lo ha montado bien. Y tú, tan bonita, con un viejo así... Es por la pasta, ¿no? ¡Qué típico! Y qué práctico. Los dos salís ganando. Pero después de ver cómo babeabas con Álex, me pregunto si el delincuente satisface tus necesidades. ¿Qué tal se lo monta el viejo en la cama?

Elena sonrió.

—Definitivamente, no eres un niño normal y corriente. ¿Eres otra rareza como el Gris?

Diego se sorprendió por la ocurrencia.

—¡Qué va, tía! Yo tengo alma, por desgracia. Me causa bastantes problemas, pero no lo puedo evitar.

—Pues tú y tu alma vais a dejar de molestarme. No pienso hablar de sexo con un mequetrefe de catorce años.

—Una lástima —se lamentó Diego—. Te veo muy tensa conmigo, irritada. ¡Que solo soy un niño! ¿No será por la falta de sexo?

—¡Ya me has cabreado! —se enfureció Elena.

Dio un paso hacia Diego con la mano en alto, mordiéndose el labio inferior. El niño cerró los ojos y se encogió para absorber el golpe.

La mano de Elena se detuvo cuando les llegó un fuerte estrépito desde el piso de arriba. Sonó como si echaran una puerta abajo. Diego abrió los ojos, sorprendido, y se topó con los de Elena. La rabia se había desvanecido del rostro de la mujer de Mario.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella mirando al techo, aún con la mano alzada.

—Averigüémoslo.



Huir era la única esperanza. Pero Miriam no era así, no era una sucia cobarde, era una centinela.

Sin embargo, necesitaba ganar tiempo. Desarmada no podía enfrentarse a Álex y al Gris, no tenía ninguna posibilidad.

Tal vez lograra cargarse a uno, al menos. Si la mataban, que no les saliera gratis. Debía decidir a cuál de los dos atacar antes de que lo hicieran ellos.

El Gris movió el pie que pisaba el martillo de Miriam. La centinela sabía que no lo tocaría. Nadie podía empuñarlo salvo ella.

—Creo que esto es tuyo —dijo el Gris lanzándole el arma con la bota—. Se te ha caído.

Miriam contempló el mango de su martillo con desconfianza. ¿Sería una trampa? ¿Un ardid para distraer su atención? Vigiló a Álex, no fuese a lanzarle otro puñal. Estaba quieto, con los brazos cruzados sobre el pecho.

La centinela alargó la mano, despacio, y recuperó su arma.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó

—Ha sido un malentendido —contestó el Gris.

Su actitud no era amenazadora. No daba la impresión de que fuera a resistirse a la detención. De hecho, devolver el martillo sería una auténtica estupidez si pensaba hacerlo. Lo que no entendía...

—Has intentado matarme —dijo la centinela a Álex y le apuntó con el martillo—. Me arrojaste el puñal por la espalda. Y me habrías dado de no ser por Plata.

Álex no varió su postura.

—Te confundí —dijo a regañadientes—. No sabía que eras tú.

—¿Pretendes que crea eso?

—Hay un demonio en esta casa —le recordó Álex—. Uno que ha desbaratado una prisión de runas.

Había algo raro en Álex. Lo normal sería disculparse por su error, manifestar alguna preocupación por haber estado a punto de atravesarla con un cuchillo, no estar a la defensiva.

—Tú y yo encadenamos a la niña —insistió Miriam—. Sabías que estaba a buen recaudo.

—No conocemos su fuerza —repuso Álex—. No podemos estar seguros de que las cadenas la contendrán. El Gris ya cometió el error de subestimarla una vez. ¿Qué quieres que crea si alguien entra derribando la puerta? ¿Qué viene a darnos las buenas noches?

—Llamé, pero no abristeis...

—Ya basta —interrumpió el Gris—. ¿Te habría devuelto tu martillo si quisiéramos matarte? Ha sido un error, Miriam. Déjalo estar.

En cierto modo, no podía hacer nada más. No tenía pruebas en contra de ellos y el

razonamiento del Gris era irrefutable.

—Has matado a Plata —señaló asqueada—. Vigila tu mano la próxima vez.

—Ya no podemos hacer nada —dijo Álex—. Es mejor ocultar el cuerpo. Mario y su mujer harían muchas preguntas.

—Estoy de acuerdo —asintió Miriam—. Ocúpate tú que eres el responsable.

Álex no se movió. El Gris cogió a Plata por las piernas y lo arrastró hasta esconderlo debajo de la cama. Se movía con dificultad, cojeaba. La niña-demonio le había hecho más daño del que Miriam había supuesto. Puede que por eso no intentara huir. El cadáver de Plata dejó una mancha roja y alargada. El Gris la cubrió con una alfombra, con evidentes dificultades para moverse.

Álex no le ayudó. Y Miriam no podía. No se arriesgaría a darle la espalda a Álex. Tenía muy presente que, aunque hubiera sido por error, acababa de intentar apuñalarla.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Mario Tancredo irrumpiendo en la habitación.

Antes de que pudieran contestar, llegaron Elena, Sara y Diego, impacientes por saber qué había pasado.

—La puerta se había atrancado —mintió Miriam—. He tenido que echarla abajo.

—¿Eso es todo? —preguntó el niño, decepcionado—. ¡Bah! Esperaba algo más. Eh, Sara, ¿dónde estabas?

—Buscándote —contestó ella—. Plata me pidió que te encontrara.

—¿Y dónde está él? —repuso Diego—. Qué raro que no esté por aquí...

—¡Callaos! —rugió Mario—. Gris, necesito que liberes a mi hija ahora mismo.

—No puede —dijo Miriam—. ¡Atrás todos! Esto no os concierne. Gris, se te acusa de la muerte de Samael. El cónclave exige tu presencia. He venido a escoltarte ante los ángeles. Te ordeno que no opongas resistencia y me acompañes pacíficamente.

El Gris no habló. Cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra. Miriam temió que se estuviera preparando para escapar, pero lo descartó enseguida. Le dolía la pierna. La centinela se dio cuenta de que le costaba mantenerse en pie. Su inexpresivo rostro disimulaba decentemente su debilidad, pero ella le conocía, advirtió el casi imperceptible temblor de su mejilla, la leve inclinación de su cabeza y la diferencia de altura de sus hombros. El Gris no se encontraba bien en absoluto.

—Miriam —dijo Álex—. No te lo vas a llevar. No puedo consentirlo.

La centinela apretó el mango del martillo.

—Estoy de acuerdo con él —le apoyó Mario—. Necesito que ayude a mi hija.

—Tú, cállate —le increpó Elena—. ¿No has oído que es un asesino? No va a tocar a mi pequeña.

—Miriam, ¿no puedes dejarle? —preguntó Sara—. Eres la única que quiere

llevárselo. No te importa la niña. Silvia no se merece quedar poseída.

La centinela los barrió a todos con una mirada fría.

—Me da exactamente lo mismo —respondió—. Tengo órdenes que cumplir, y es lo único que me importa. Estoy aquí bajo la máxima autoridad, y no retrocederé ante nada. Díselo, niño, cuéntales lo fácil que es hacerme cambiar de opinión.

—Tiene razón —confirmó Diego—. Esta zumbada cumpliría las órdenes de esos inútiles alados aunque la mandaran saltar desnuda a un volcán en erupción. Es una fanática sin cerebro, no se puede razonar con ella.

—Gracias, niño —dijo la centinela—. Y ahora se acabó la charla. Apartaos o enfrenaos a mí, no hay otra solución.

Elevó el martillo con gesto amenazador. Mario dio un paso atrás, tropezó con Sara. Álex continuó imperturbable. Diego resbaló, cayó al suelo, se levantó y salió disparado de la habitación.

—¡Deteneos! —Fue la primera vez que Sara escuchó al Gris alzando la voz—. Nadie se enfrentará con ella. Miriam, baja el martillo, por favor, no te hará falta. —La centinela se relajó un poco, pero no guardó su arma—. ¿Cuándo se reúne el cónclave?

—Dentro de cuatro días.

—Te acompañaré sin ofrecer resistencia...

—¡De eso nada! —soltó Álex.

—¡Basta! Esto es asunto mío. —El Gris se tambaleó, le falló la voz. Sara hizo ademán de correr en su ayuda, pero una severa mirada de la centinela la congeló en su sitio—. Esto es entre los ángeles y yo. Miriam solo es una mensajera. Que nadie vuelva a meterse en medio. —Hizo una pausa, le faltaba el aliento—. Te conozco, centinela, y tú a mí. Puedo expulsar a ese demonio si me dejas, y luego te acompañaré. Si dentro de tres días no lo he logrado, lo dejaré para comparecer ante el cónclave, pero no hay razón para no intentar salvar a la niña.

Álex apretó los dientes.

—Podrías escapar... —repuso Miriam—. ¿Y desde cuándo te preocupa tanto una niña?

—Concédele tres días —pidió Mario—. No te suponen nada y pueden salvar a mi hija.

—No huiré, solo retrasaría lo inevitable —aclaró el Gris—. Te doy mi palabra.

Nadie habló, todos aguardaban la respuesta de la centinela.

—De acuerdo —dijo Miriam al fin. Por extraño que fuera confiaba en su palabra. La daba pocas veces, pero nunca la rompía—. Pero te someterás a mi vigilancia. —Ató el martillo a su muslo y sacó una pulsera de plata con unas runas grabadas—. Póntela. La llevarás en todo momento para que yo sepa dónde estás. Si te la quitas o sales de Madrid, iré a por ti. Y estoy autorizada a emplear cualquier método a mi

disposición. Los ángeles requieren tu presencia, pero no tiene que ser con vida.

—No te preocupes, les conozco. —El Gris tomó la pulsera y se la puso en la muñeca derecha. Le costó, su pulso no era firme—. Y sé cómo motivan a los centinelas. No saldrías muy bien parada si no me entregas vivo o muerto, ¿me equivoco?

Miriam no contestó.

—No estoy de acuerdo con este trato —dijo Álex.

—Pero yo sí —repuso el Gris.

Le falló la rodilla y cayó, tuvo que apoyar la mano en el suelo. Sara le sostuvo del brazo y le ayudó a levantarse.

—Tienes muy mal aspecto...

—Estoy bien. —El Gris se volvió hacia Mario—. ¿Sellamos el trato? Como ves, no tengo tiempo que perder.

El millonario reaccionó con demasiado entusiasmo.

—Por supuesto, ahora mismo —dijo remangándose los brazos.

—¡No! —rugió Elena—. Es mi hija y yo decido. Ese asesino sin alma no tocará a mi hija.

—¡También es mi hija! —estalló el millonario—. No voy a dejarla así. Contamos con la supervisión de una centinela. ¿Qué más necesitas? Si quisieras de verdad a Silvia, cerrarías el trato en mi lugar.

—¿Y dejar que ese me ponga la mano encima? —escupió Elena—. ¡Jamás! Y te advierto una cosa. Si aceptas, ya sabes lo que sucederá. Si dejas que tan solo roce tu alma, despídete de volver a tocarme, tenlo bien presente —añadió con todo el desprecio del mundo.

—Lo hago por Silvia.

El Gris cojeó, se interpuso entre Mario y su mujer.

—Aún no —dijo al millonario—. ¿Entiendes todas las implicaciones del trato?

—Perfectamente —respondió Mario.

—Bien, porque no hay marcha atrás. Y no hay garantías de éxito.

—Asumo el riesgo, estoy preparado.

—Perfecto. Entonces empezamos mañana —explicó el Gris—. Se necesitan preparativos —añadió al ver la expresión de Mario—. Y yo tengo que descansar. Al caer la noche volveré y lo primero que haremos es cerrar el acuerdo. Miriam me llevará a donde necesito ir.

—¿No será un truco? —preguntó la centinela.

—¿De qué te sirve que muera a manos del demonio por no restablecerme? Además, llevo la pulsera —añadió agitando la muñeca.

Miriam asintió. Álex gruñó y protestó. Elena también murmuró algo.

—Te acompañaré —se ofreció Sara—. Apenas te tienes en pie, me necesitas.

—No, aquí eres más útil —dijo el Gris—. Hay trabajo. El niño y Álex saben qué hay que hacer. Yo volveré cuando se ponga el sol.

Miriam se situó al otro lado del Gris y la miró. Sara le soltó, entendió que la centinela se ocuparía de él.

—Un momento —dijo Mario—. ¿De verdad eres tan bueno?

El Gris alzó la cabeza con gran esfuerzo.

—Lo soy. ¿Quieres echarte atrás? Estás a tiempo.

—No. Quería oírtelo decir.

El Gris entornó los ojos.

—Estupendo. Es mucho mejor que confíes en mí porque mañana por la noche voy a torturar a tu hija hasta el borde de la muerte...

Y se desplomó de bruces sobre el suelo. Su cuerpo rebotó y permaneció inerte.

VERSÍCULO 11



—Si cortas ese cable saltaremos por los aires —dijo Abel.

El novato retiró los alicates del cable rojo.

—¿El azul, entonces? —preguntó con voz temblorosa.

Abel se quitó el casco reglamentario y tomó una honda bocanada de aire.

—Aún no lo sé, maldita sea —gruñó—. Necesito tiempo.

El novato miró el temporizador. Quedaban menos de dieciséis minutos, pero no dijo nada. Abel se concentró en el explosivo. Era el artificiero con más experiencia del cuerpo, y si él no daba con el modo de desactivar la bomba, nadie lo haría. No había dormido bien, estaba irritable, furioso consigo mismo por no dar con la solución, y la presencia del novato no le ayudaba. Entendía que estaba aprendiendo, que las prácticas en el SEDEX, la Escuela del Servicio de Desactivación de Explosivos, eran muy diferentes a una situación real, pero eso no cambiaba el hecho de que no tenía tiempo para jugar a los profesores. Solo quedaban minutos para la detonación.

—Necesito despejarme —dijo el veterano—. Tráeme un café bien cargado.

El novato puso mala cara, pero desapareció de la vista de Abel, que era lo importante. Ahora podría centrarse en el complicado artefacto que estaba adherido a uno de los pilares centrales del Puente de Toledo. Si no espabilaba, en catorce minutos, el arco central de medio punto se convertiría en un montón de escombros, destruyendo gran parte del puente de estilo barroco que llevaba casi tres siglos atravesando el río Manzanares.

Examinó de nuevo el explosivo. Era condenadamente complejo, sofisticado, todo un reto para él. Pero alguno de esos cables tenía que ser una toma de tierra, era cuestión de dar con él. Se esforzó más.

Su cabeza no estaba a la altura. Hacía menos de cuarenta minutos que había salido de la cama. Su jefe le había estado llamando al móvil hasta que logró despertarle. El veterano contestó de mala gana, necesitaba dormir un mínimo de ocho horas y le costaba conciliar el sueño, pero en cuanto entendió que no se trataba de un simulacro, se vistió tan rápido como pudo y acudió al Puente de Toledo. La policía, la Guardia Civil y los bomberos ya habían acordonado la zona. Todos le esperaban a él.

Se enfundó en el uniforme de artificiero. Casi cincuenta kilos de peso destinados

a protegerle de la onda expansiva de una bomba. El cansancio y el casco, de casi quince kilos, le impedían concentrarse adecuadamente. Las fuerzas de seguridad allí apostadas le hicieron un pasillo hasta el explosivo, donde le aguardaba un manojo de nervios con la forma de un joven novato.

Lucía un sol cegador aquella mañana, deslumbrante y muy molesto. Abel echó en falta la protección de sus gafas oscuras. Doce minutos para la explosión. Y no había avanzado nada. No entendía por qué le costaba tanto descifrar el mecanismo. Ya se había enfrentado a casi todos los explosivos conocidos en sus más de quince años de servicio, no podía ser tan difícil.

Le palpitó la espalda. Fue un latido a lo largo del enorme tatuaje que desde hacía dos años ocultaba siempre tras la ropa. Era una sensación que nunca había experimentado antes, pero que sabía que tenía que llegar antes o después. Los últimos meses casi se había olvidado de ello, casi había logrado engañarse a sí mismo imaginando que todo había sido una pesadilla, un mal sueño sin consecuencias. Por desgracia no era el caso.

El símbolo de su espalda volvió a temblar, con más fuerza, implacable, recordándole que no se trataba de un sueño, que todo era real, que hay deudas de las que no se puede escapar. Abel miró a su alrededor; solo vio a agentes de policía y bomberos, pero eso no le tranquilizó.

Diez minutos, y bajando. ¡Menuda putada! Puede que le diera tiempo...

Entonces lo vio. Apenas una silueta, una sombra alargada en la distancia, más allá de la zona cercada por las autoridades, algo lejos. Y sin embargo no había confusión. Era él, su destino, una cita inevitable.

Se sacó de encima el peto y todas las partes que pudo del pesado uniforme y salió corriendo.

—¿Pero se puede saber a dónde vas? —le gritó el novato, que le traía el café.

Abel corrió más, salió del perímetro de seguridad. El símbolo de su espalda vibró y el artificiero supo en qué dirección correr. Torció a la derecha y callejeó, guiado por una atracción que no comprendía. Al final entró en un edificio de viviendas y bajó al garaje. Las puertas estaban abiertas.

Le encontró entre dos coches, en un rincón apartado, lo más alejado posible del sol, como siempre. No estaba solo. Una mujer con una chaqueta de cuero le ayudaba a tenerse en pie. De no ser otras las circunstancias, Abel habría dedicado mucha más atención a una preciosidad rubia como aquella.

—Encantado de verte —saludó el Gris en voz baja.

Tenía mal aspecto. Demasiado pálido, casi transparente, los ojos hundidos, apagados, perdidos. Por un instante le atravesó una punzada de lástima..., solo por un instante.

—Hay una bomba —jadeó el artificiero, luchando por recobrar el aliento—.

Apenas queda tiempo. Tengo que ir o...

—No puedes —le cortó el Gris—. Tienes una deuda que saldar.

—Lo sé. No lo he olvidado. Pero puedo cumplir más tarde, solo necesito unos minutos. Puedo llamar a mi compañero y guiarle para que la desactive.

Sacó el móvil y marcó los primeros dígitos.

—No —susurró el Gris. Su voz era débil y sin embargo dura, capaz de transmitir una orden, de expresar autoridad—. Ese no es mi problema y ahora tampoco el tuyo.

A Abel le quedó clara la postura del Gris. Discutir con él era inútil, le conocía, sabía lo inflexible que podía llegar a ser. Solo quedaba una posibilidad.

—Convéncele —le pidió a la mujer. Quizá ella ejerciera algún tipo de influencia en el Gris—. Solo necesito unos minutos.

—No me está permitido inmiscuirme en asuntos de humanos —respondió sin mirarle.

—¿Qué? ¡Estáis los dos como cabras! ¿Cómo se puede ser indiferente ante una situación como esta?

—Tenemos escalas de valores distintas —explicó el Gris—. Nosotros atribuimos importancia a otros asuntos que no te conciernen. No pongas esa cara. No dudaste en acudir a mí cuando me necesitaste. ¿O preferirías seguir siendo un licántropo? Te liberé, ¿recuerdas? Ya no pierdes tu voluntad con la luna llena para seguir al líder de la manada, ya no te despiertas salpicado de sangre sin saber el motivo, y ya no temes despedazar a tu propia familia como hiciste con tu hijo de cinco años. Cuando purgué tu alma no me consideraste un loco, me diste las gracias. Y no me resultó una tarea fácil. Pero cumplí, estuve ahí para ti y tu familia. A pesar de que me llamabais monstruo, a pesar de vuestro desprecio hacia mí. Ahora es tu turno de cumplir lo pactado. Ha llegado la hora de pagar la deuda.

Abel calló, inclinó la cabeza. Luego la alzó y extendió las manos con las palmas hacia arriba. El Gris cojeó hasta situarse delante de él. Cubrió con sus manos las del artificiero y apretó. Abel reprimió el impulso de retirar las manos. La piel del Gris era fría, de tacto metálico, desagradable. Los apretones de manos se cerraron.

Brotó luz. Abel no sabía decir de qué color era, pero cobraba más y más intensidad, y el origen eran sus propias manos.

Tuvo un leve ataque de pánico. El garaje dejó de estar a oscuras. Los cristales de los coches que estaban a su lado reventaron en mil pedazos. Entonces se calmó de repente. Se sintió débil. Todo perdía consistencia a su alrededor. Los colores desaparecieron, los sonidos se distorsionaron, los olores se mezclaron en uno apenas perceptible. Su cuerpo le resultó ajeno, distante, solo las manos continuaban siendo reales. Las manos que sostenía el Gris.

Hasta que también ellas se desvanecieron... y el mundo no tardó en hacer lo mismo.



Sara despertó con un sobresalto. Había tenido un sueño agitado, pero no lo recordaba, y se alegró de ello. Abrió los ojos perezosamente y se topó con dos labios curvados encima de un lunar.

—Buenos días, guapetona —saludó el niño—. O debería decir buenas tardes. Son casi las tres.

Aún estaba cansada. Sería capaz de matar con tal de cerrar los ojos y volver a dormirse un par de horas, no, mejor tres.

—¿Ya es mi turno? —murmuró estirando los brazos.

—No —contestó Diego—. El guaperas está vigilando.

—Entonces déjame dormir un poco más.

Se acurrucó de nuevo bajo el edredón, abrazando la almohada.

—Ah, ah, de eso nada, tía. —El niño retiró el edredón. Sara le fulminó con la mirada—. Hay que trabajar. Ahora eres parte del grupo. Vamos, que toca currar un poco. ¿A que mola? Necesito que hagas uso de esas increíbles habilidades de rastreo que posees.

—Está bien —refunfuñó Sara.

Odiaba acostarse vestida y despertarse con la misma ropa. Y odiaba más aún dormir en un sofá. Un chalé multimillonario, en el barrio de la Piovera, y no le dejaban una habitación para pasar la noche, o la mañana más bien.

—Te espero en la cocina —dijo el niño—. No tardes o se te enfriará el desayuno.

Sara asintió con desgana. El espejo del baño le confirmó que tenía tan mal aspecto como imaginaba. Se relamió ante la idea de una ducha, con el jabón y el agua caliente resbalando por su espalda, pero luego cayó en la cuenta de que tendría que vestirse con la misma ropa y desechó la idea. Al final se limitó a mojarse un poco la cara.

Antes de irse con Miriam, el Gris les había dado instrucciones. Debían preparar a la niña poseída para el exorcismo de esta noche. La centinela disolvió la runa que sellaba la habitación para que pudieran trabajar, y ellos debían turnarse para montar guardia. Sara se había ofrecido para hacer el primer turno. Vigiló la habitación hasta las diez de la mañana, momento en que Álex la relevó y ella cayó rendida en el sofá que le ofreció el abogado de Mario Tancredo. En aquel momento no le importó, estaba exhausta y necesitaba desesperadamente descansar. Sin embargo, ahora se arrepentía, le dolían varias partes del cuerpo, sobre todo el hombro, como consecuencia de una mala postura.

Durante su turno, la niña no paró de suplicar ayuda. No empleó aquella voz ronca y cavernosa que hacía estremecer a Sara. Fue mucho peor. Se expresó con su voz

natural, como una chiquilla de ocho años. Lloró, suplicó y describió el miedo que la afligía en su soledad. Juró que no entendía por qué la castigaban y se deshizo en ruegos para conseguir aunque solo fuera unas vendas para las muñecas, las cadenas le dolían mucho. Sara tuvo que recordarse una y otra vez que era un demonio quien la llamaba, no una pobre niña desvalida, tal y como le transmitían sus oídos. No cedió, logró cumplir su turno sin entrar una sola vez en la habitación, pero no pudo evitar que se le encogiera el corazón. Se alegró más de lo que hubiera creído posible cuando vio a Álex que venía a sustituirla.

—Hay café —dijo el niño señalando la encimera—. Tienes pinta de necesitarlo.

Diego estaba sentado en una banqueta, devorando una manzana. Sara reparó en que la ventana de la cocina estaba destrozada, la persiana permanecía bajada para que no entrara el aire de fuera.

—¿Por qué no reparan la ventana? —preguntó sirviéndose una taza y sentándose junto al niño—. No será por falta de dinero.

—Pues, hombre, así de pronto se me ocurre que el señor millonario no debe querer traer a nadie a su casa mientras su hija sea un vástago del infierno. —Dio un bocado a la manzana y masticó con la boca abierta—. Es solo una teoría, puedo equivocarme. Por cierto, ¿sabes cómo se rompió? Fue la niña, lanzó la nevera al jardín ella solita. Se ve que no tenía hambre. ¿Tú crees que los demonios comen comida?

A Sara le sonó un poco a cuento.

—¿Cómo sabes tú eso de la nevera? ¿No te estarás dejando llevar por tu imaginación infantil?

—Qué va, tía —aseguró Diego con aire inocente—. Te juro que es cierto. Me lo dijo ella.

—¿Y la creíste? Es un demonio, no seas tan... —Sara se interrumpió, se dio cuenta de un detalle importante—. Has dicho que te lo dijo la niña. Eso significa que anoche entraste a hablar con ella durante tu turno.

El rostro del niño se congeló con una inconfundible mueca de culpabilidad.

—Eh... Bueno, sí... —titubeó—. ¡No se lo digas al Gris! Se enfadará, y Miriam también. Esa mujer está super zumbada, es la centinela más estricta de todas.

Ahora sí que parecía un niño, un crío adorable que había cometido una travesura y rogaba para que no le castigarán, no como cuando se enfrentaba a los adultos, con desenvoltura, demostrando una claridad de ideas propia de alguien de mayor edad, aunque con un punto de vista que ella aún no entendía. Sara callaba. Estaba disfrutando en silencio del apuro de Diego. Se enterneció un poco, pero eran demasiadas las cosas que aún desconocía y le pareció una buena ocasión para sonsacar al pequeño.

—No diré nada si me cuentas por qué lo hiciste —propuso.

—Oh, eso es sencillo —dijo aliviado—. Quería preguntarle por el infierno, no hice nada, de verdad, ni siquiera me acerqué. Solo hablamos.

Sara recordó haberle oído ya mencionar el infierno antes. Si no se equivocaba, Diego estaba tan obsesionado con ese lugar como Plata con los dragones.

—¿De dónde viene esa fijación por el infierno? —preguntó aparentando estar aún considerando si delatarle o no. En realidad, el niño cada vez le intrigaba más a Sara.

—Es por mi maldición... —Iba a decir algo más pero él mismo se tapó la boca.

—¿Qué maldición?

Diego arrugó la frente, se removió inquieto en la banqueta.

—No puedo decírtelo. —A Sara le costaba entenderle. El niño no se quitaba la mano de la boca—. ¡Ay! —Dio un pequeño bote, su cuerpo sufrió una sacudida—. ¡Ay! ¡Mierda, está bien! —Sara no entendía nada—. Vale, vale. Sí puedo decírtelo, pero no quiero.

Estaba muy enfadado. Sara lo veía en sus ojos. El niño hervía de rabia, mordía, y al mismo tiempo se contenía, luchaba por dominarse. Sara ni siquiera comprendía lo que había sucedido. ¿Estaba enfadado con ella? ¿Por preguntar? ¿Y qué habían sido esos pequeños chillidos?

—¿Qué...? —empezó a decir Sara.

Pero Diego la cortó.

—Espera, maldita sea. —El niño tomó aire, como si fuera a zambullirse en una piscina y bucear hasta el límite de sus pulmones—. Tengo una maldición y no voy a contarte nada de ella mientras no sepa más de ti. —Hablaban muy serio, sin el menor rastro de inocencia o inseguridad, como un verdadero adulto. Sara se preocupó sin querer. Era la primera vez que le oía expresarse de ese modo—. El Gris dice que ni siquiera sabes si quieres unirme a nosotros, que estás haciendo una especie de prueba. No pasa nada, me parece bien, pero no pretendas que te cuente mis intimidades, o mejor dicho, la única intimidad que tengo. Me caes bien, Sara, pero te lo contaré cuando nos conozcamos mejor.

A Sara le pareció una postura razonable.

—Entiendo. No pretendía ser indiscreta.

—Lo sé. Pero no vuelvas a preguntarme por mi maldición.

—No lo hubiera hecho de saber que te incomodaba.

—No es lo que imaginas —aclaró Diego—. Verás, una parte de la maldición, la única que te voy a revelar por ahora, me obliga a decir la verdad siempre, y si tú me preguntas tengo que cambiar de tema o...

—O te dan esos calambrazos de antes —terminó Sara.

—Exacto. Si miento me recorre una descarga de cojones, y me pongo de mala hostia.

Sara no podía creerlo. Nunca había oído hablar de una maldición semejante.

¿Quién era capaz de hacerle eso a un crío? Ahora entendía su modo de hablar. Por eso era tan directo, tan descarado. Si cada vez que mentía le recorría una descarga, no le extrañaba que dijera la verdad sin considerar las consecuencias. Seguramente, estaba acostumbrado a soltar lo primero que le venía a la cabeza, sin endulzarlo, ni disimularlo con las mentiras corrientes con las que todo el mundo se expresa.

Sara imaginó al niño desenvolviendo un regalo que no le gustaba y contestando al típico «Es lo que querías, ¿a que sí?». O siendo forzado a decir si le ha gustado una comida preparada para él, o si le quedaba bien la ropa a alguien. Eran muchas las situaciones cotidianas en las que la gente normal mentía, ya fuera por costumbre o necesidad, o incluso por educación. ¿Cómo le afectaría eso con una chica? Estaría completamente desarmado cuando ella le preguntara si la quería, o dónde había estado. No funcionaría, no podría funcionar. Era injusto para él. Estaba condenado a mostrarse tal y como era, sin poder suavizar sus defectos ante los demás. Sara recordó cómo había reaccionado Mario, cómo le había amenazado con azotarle y cómo ella se había escandalizado ante su desfachatez. Era probable que eso fuera lo normal en sus relaciones con los desconocidos. Ahora entendía que ni él ni Álex ni el Gris se alterarían con el niño: estaban acostumbrados.

—Por tu expresión, deduzco que lo has entendido —observó Diego.

—Eso creo. No volveré a preguntarte, lo siento.

—Gracias, pero no pongas esa cara.

No podía evitarlo. Debía de ser horrible no poder relacionarse con normalidad con los demás. A Sara se le antojó un castigo demasiado severo. ¿Qué pensarían sus padres? Le extrañó no haber reparado en ellos antes. No le pareció el momento apropiado para preguntar, pero lo anotó mentalmente para más adelante.

Le invadió una profunda compasión por él.

—No puedo evitarlo —dijo sin lograr borrar la lástima de su rostro—. Es que debe de ser muy duro.

—No te creas —dijo el niño restándole importancia. Había recobrado su tono juvenil—. No está tan mal, te acostumbras y eso. Al fin y al cabo, esa es la parte fácil de la maldición. La parte chungu... ¡Esa sí que es una verdadera putada!

VERSÍCULO 12



El Gris se detuvo a medio camino, alzó la cabeza y cerró los ojos, dejó que el sol bañara su rostro. Su finos cabellos plateados colgaban hacia atrás, sobre su gabardina negra, oscilaban acompasados con el balanceo del resto del cuerpo.

—No nos sobra el tiempo —le reprendió Miriam.

—No puedo hacer esto casi nunca —repuso el Gris—. No pasará nada por unos segundos.

Fueron minutos en realidad, pero Miriam aguardó en silencio. Al final, el Gris bajó la cabeza y siguieron caminando.

—¿Te hace sentir mejor? —preguntó Miriam con el tono de quien no sabe qué decir para rellenar un silencio incómodo.

—No —contestó el Gris—. Pero no quiero olvidar qué se siente bajo los rayos del sol.

Miriam no veía qué beneficio sacaba de ello el Gris, así que se limitó a asentir, despreocupada, y continuó en silencio. Callejearon por el centro de la ciudad, por el Madrid antiguo e imperecedero, muy diferente del barrio en el que residía Mario Tancredo. Había mucha gente paseando por las calles, a Miriam eso le gustaba sin entender por qué; en cambio, al Gris no tanto. Se le veía inquieto, como si no encajara. Parecía más fuera de lugar que los numerosos extranjeros que revoloteaban de un lado a otro admirando la ciudad.

Recorrieron la calle Mayor y enseguida llegaron a la iglesia de San Nicolás, probablemente, la más antigua de Madrid.

Les abrió un hombre alto y cejudo tras aporrear la puerta varias veces. La centinela había llegado a considerar usar el martillo si seguían haciéndoles esperar.

—Hoy no hay visitas a la iglesia —ladró el monje, lanzando una mirada poco amistosa al Gris.

—Nosotros pasaremos —replicó la centinela impidiendo que cerrara con la mano—. No venimos de visita. Queremos ver al padre Jorge.

La expresión del monje cejudo cambió y se suavizó un tanto. Luego se fijó de nuevo en el Gris y regresó la mueca de desconfianza.

—¿Él también? —le preguntó a Miriam.

—Sí —contestó ella enseñando un medallón que colgaba de su cuello.

Los ojos del monje brillaron.

—No te había reconocido —dijo rezumando humildad—. Disculpa mi torpeza, no suelen venir centinelas a nuestra humilde morada. Estando tan cerca de la Catedral de la Almudena, lo normal...

—Lo normal es que no nos hagas perder el tiempo —le interrumpió el Gris entrando en la iglesia. Miriam le siguió—. No te preocupes por nosotros, conocemos el camino.

El monje agachó la cabeza y desapareció.

—Bien, Gris. Disfruta de tu recuperación. Yo tengo cosas que hacer, nos vemos aquí dentro de... ¿una hora?

—Suficiente.

Se separaron. El Gris ya había estado en aquella iglesia en varias ocasiones, por el mismo motivo que ahora. Encontró al padre Jorge donde siempre, arrodillado, con las manos entrelazadas, rezando, en uno de esos momentos de máxima concentración.

—Seguro que Dios le escucha, padre —dijo el Gris haciendo sonar los tacones de sus botas—. Debe ser el que más habla con él de todo el mundo.

El padre Jorge abrió los ojos, le miró y sonrió un poco, con timidez. Si la interrupción le había molestado, no se le notó. Se puso en pie con esfuerzo, ayudándose de un bastón. Era un hombre mayor, de al menos ochenta años, y aunque el Gris no podía precisarlo, percibía que su alma era muy antigua.

—Bienvenido, hijo mío —saludó con voz cansada—. Mi corazón se alegra con tu visita.

—No he venido a visitarle, padre. He venido por obligación. Usted lo sabe perfectamente.

El padre Jorge tomó asiento y le invitó a hacer lo mismo con un gesto de la mano. El Gris declinó la oferta con un ademán de la cabeza.

—Conozco tu necesidad. ¿Acaso no es mi deseo ayudarte? Pero que acudas a mí por obligación no excluye que también te alegres.

—¿Y por qué habría de alegrarme? ¿Por estar en la casa de Dios? No, padre, no es eso lo que siento. Esta casa no es para mí, su Dios no es para mí, es para gente normal. Yo solo quiero largarme cuanto antes.

El padre Jorge asintió con una mueca de cansancio, de paciencia infinita, enarbolando la actitud de quien se enfrenta a una discusión vivida innumerables veces con anterioridad.

—Aún te sientes diferente. ¿No es cierto, hijo mío?

—Jamás lo entenderé, padre. Ni aunque me convirtiera en ángel y viviera eternamente. ¿Cómo es posible que no me vea usted diferente? No puede ser por falta de pruebas. Las diferencias que me separan de la raza humana son tantas que ya ni las cuento. El dolor es lo único que comparto con vosotros, el único resto de humanidad

que tengo.

—Es la soledad la causante de tus palabras. Eres un hombre, hijo mío, como tantos otros. No permitas que nadie te haga dudar de tu condición humana.

—No necesito a nadie para eso. Y no dudo, padre, sé que soy diferente. Dígame, ¿conoce a algún otro que no tenga alma? Para mí no hay diferencia entre no ser un hombre y ser el único hombre que no tiene alma. La distinción está ahí, marcándome, impidiéndome ser uno más.

—A mis ojos sí lo eres. Todos somos criaturas de Dios. Con un propósito que cumplir en el esquema de la existencia. Tú también eres importante, hijo mío. Te miro y veo a alguien asustado ante lo desconocido, que busca respuestas, que desea encontrar la verdad más que cualquier otra cosa en el mundo. Alguien que recorre su camino enfrentándose a las mayores dificultades imaginables, luchando donde otros retroceden. ¿No es a ti a quien acuden cuando no hay esperanza, cuando los demás han fracasado? Veo todo eso y mucho más, igual que lo veo en otras personas que pasan por esta iglesia. No eres tan distinto como crees, hijo mío.

—Le está dando la vuelta al asunto con palabras bonitas. Yo tengo un objetivo claro, padre, al que no puedo renunciar. Por eso hago lo que hago, y mis actos son más que cuestionables. De no ser así, no recurrirían a mí en última instancia, cuando las demás opciones ya están agotadas. —La voz del Gris se tornó dura, hiriente—. Es absurdo no ver la realidad. Sus ojos están cubiertos por una venda de fe, padre. Usted vive dentro de esta iglesia, escuchando la vida en boca de quienes se acercan buscando a Dios entre estos muros. Esa es una visión sesgada de la realidad, apenas un atisbo distorsionado. Yo veo el mundo cada día, me enfrento a sus peores horrores, a seres que la gente no alcanza a imaginar ni en sus peores pesadillas. Sufro el desprecio de los humanos y de los ángeles por igual. Tengo que lidiar continuamente con el odio, con el terror y el dolor. ¡Y no conozco a nadie más que pueda decir lo mismo! Si de verdad cree que usted sí, padre, le insto a que me lo presente.

El padre Jorge suspiró, se encogió de pena.

—Estás empeorando, hijo mío. Me preocupas. Tus palabras arrastran un dolor desmesurado, no puedes sucumbir a la desesperación. Ese no es el camino. Cuéntame lo que te aflige. Déjame ayudarte.

—Esta vez no, padre, no puedo involucrarle.

—¿Guarda relación con el cónclave?

El Gris enarcó una ceja.

—Me sorprende que esté al corriente de eso, padre.

—Soy un hombre santo, hijo mío. Mi espíritu está en contacto con Dios. Me entristece ver que no te abres, que insistes en cargar con tu dolor en solitario.

—En esta ocasión no puede ayudarme. Pero si busca aliviar mi sufrimiento, dígame, ¿ha encontrado una cura para mí, padre?

—No es una cura lo que necesitas, hijo mío. Es la liberación lo que...

—¡Llámelo como quiera! ¿La tiene?

—Preciso de más tiempo.

—Lo figuraba. Solo preguntaba por cortesía.

—Tu caso es especial. No es fácil.

—No olvide, padre, que yo no se lo pedí. Usted insiste en ayudarme.

—Lo tengo muy presente. He jurado ayudarte y lo haré. Porque yo tengo más fe en ti que tú mismo. Hay más en tu interior de lo que crees. Lo he visto. ¡No! ¡No te atrevas a rebatirme en esto! ¿Acaso crees que puedes ver más que yo? Te lo demostraré. Sigues compareciendo ante mí, ¿o no estás ahora ante mis ojos? Vienes a por tu... alivio. Es una muestra de que albergas el más simple de los instintos humanos: la supervivencia. Hay que seguir adelante, continuar el camino, perseverar.

—Usted sabe por qué sigo adelante. Mi objetivo no puede ser más egoísta.

—Discrepo. Y también puedo probarlo. Estás ante mí con el alma de otro hombre, si no, no funcionaría. ¿A quién pertenece?

—A un artificiero. ¿Es eso importante?

—Solo para aclarar un punto. Ese artificiero, ¿te prestó su alma sin más?

—Creo que ya veo por dónde va, padre. Sí, le ayudé en el pasado, le salvé de la licantrópía, pero fue precisamente para poder usar su alma, para poder sobrevivir.

—Lo importante es que le salvaste, socorriste a un ser humano que lo necesitaba.

—Ya le he dicho que tiene una visión parcial de la realidad. Pero yo le contaré lo que aún no sabe. Le exigí el pago que habíamos acordado al artificiero, y cumplió, me entregó su alma. A cambio, un puente estalló, voló por los aires cuando detonó la bomba que el artificiero no pudo desactivar. Ignoro si alguien murió, padre, y lo cierto es que no me importa. Porque así debía ser para que yo pudiera continuar mi búsqueda. ¿Y si murieron dos personas en la explosión? ¿O tres? ¿O diez? ¿Son sus vidas prescindibles si yo perduro? Dudo que esto concuerde con el ideal de gran luchador que usted ve en mí.

—De nuevo te equivocas, hijo mío. Tu camino es diferente, pero está dentro del plan de Dios. Eres único y estás llamado a hacer cosas que solo están al alcance de tu mano y de nadie más.

—¡No, padre! ¡No estoy llamado a nada! Recuerde que yo no elegí ser así, ni nadie me lo pidió tampoco. ¡Me lo impusieron! ¡Eligieron por mí!

—Todos cargamos con alguna cruz, hijo mío. No todas son iguales, la tuya es más pesada, porque tú eres más fuerte, porque puedes soportarla.

—Es usted imposible, padre.

—Algún día lo entenderás. Alcanzarás tu meta, descubrirás lo grande que eres y las hazañas tan increíbles que has logrado en el camino. Encontrarás la paz y por fin podrás estar orgulloso de ti mismo. Esa es tu esperanza.

—¿Mi esperanza o la suya, padre?

—Quisiera creer que la de ambos.

El Gris hizo una pausa.

—Podríamos discutir toda la eternidad y no nos pondríamos de acuerdo. Será mejor que comencemos, padre. Me queda poco tiempo con esta alma.

—Como quieras, hijo mío.

El Gris se arrodilló, juntó las manos.

—Perdóneme, padre, porque he pecado...



—¿Quién ha pedido una bañera? —rugió el abogado de Mario Tancredo, irrumpiendo en la cocina.

—He sido yo, tío —contestó Diego—. Que la pongan por ahí, tengo que trabajar en ella.

Por la cara del abogado, Sara concluyó que estaba tan sorprendido como ella, y por alguna otra razón, de bastante peor humor.

—Esto es absurdo —dijo con una nota de irritación—. ¿Tienes que trabajar en una bañera? ¡Menuda idiotez! ¿Es que no podéis hacer algo normal?

—¿Como expulsar un demonio? —sugirió Diego—. Mira, gordinflón, la bañera es para la niña, que está un poco guarra con tanto babear y gruñir. Y teniendo en cuenta que la ha comprado su padre, ese que se dedica a estafar a los demás para pagar tu sueldo, es decir, tu jefe, yo no me metería en medio. Me limitaría a indicarle a los transportistas que la dejen en el salón, necesito espacio. Pero tú mismo, oye, si quieres llamamos a Mario y le explicamos por qué no estoy ya currando, dejando todo preparado para que cuando venga el Gris esta noche pueda salvar a su hija. ¿Qué te parece?

El abogado resopló, meneó la cabeza.

—Más vale que sea para algo útil. —Se sirvió un café. Llamó por el móvil y ordenó que depositaran la bañera en el salón—. Eres un mocoso irritante. Mejor que no metas la pata o lo pasarás mal.

Sara hizo ademán de intervenir, pero el niño se le adelantó.

—Tu preocupación por mi bienestar me conmueve, tío. Yo siento algo parecido por ti y por tu trabajo. No me gustaría que lo perdieras, ya sabes, que descubrieran vuestras operaciones corruptas y te metieran en la cárcel. Tu jefe es un cabroncete con mucha pasta. Debes de ser muy bueno para ocultar tanto dinero, blanquearlo, y todas esas trampas legales que seguro dominas a la perfección. ¿Cómo se hace? Yo no tengo ni idea de esas cosas. Se envía el dinero a Suiza o algo así, ¿no? Lo vi en una peli, pero me quedé dormido.

Sara tragó saliva.

El abogado no respondió, frunció los labios y siguió leyendo el periódico, dedicando a Diego la misma atención que a un moscardón molesto.

—No creo que vaya a desvelar sus operaciones financieras —dijo Sara.

El niño asintió y saltó de su butaca.

—¿Qué mal puede hacerte, gordinflón? —preguntó acercándose al abogado—. No te delataré a los polis, no tengo pruebas...

—Deja de dar la tabarra, crío. —El abogado alzó la mano en gesto amenazador—. Intento leer el periódico.

—¿La cotización de la Bolsa? —preguntó Diego mirando por encima de su hombro—. Se me ocurre que si este lío de la posesión saliera a la luz no le vendría muy bien al excelentísimo señor Tancredo. Aunque los centinelas lo taparan para que la opinión pública no supiera de la existencia de demonios, algo quedaría. Tal vez se extendería el rumor de que tiene una hija zumbada o algo peor. El delincuente desatendería sus negocios y seguro que repercutiría en sus acciones, que bajarían. Me pregunto a quién beneficiaría eso...

—Mira que eres pesado, niño —se quejó el abogado pasando las páginas deprisa—. No necesito el periódico para consultar nuestros valores. Busco una noticia, pero no encuentro nada.

—¿Qué noticia? ¿Fusiones empresariales? ¿Mercados bursátiles emergentes? ¡Mierda, ni siquiera sé lo que estoy diciendo!

—Tranquilízate o te dará algo. Solo quiero saber algo de la bomba.

—¿Qué bomba? —preguntó Sara.

Diego enmudeció, no se lo esperaba.

—¿No os habéis enterado? Han volado el Puente de Toledo.

—¿En serio? —preguntó Sara, perpleja.

—Menuda putada —exclamó el niño—. Yo tengo un amigo artificiero. Muy bueno, el mejor. Si le hubieran dejado a él, seguro que habría desactivado la bomba.

—¿De qué vas a conocer a un artificiero? —Sara le miró con escepticismo—. No te inventes hist...

Entonces recordó la maldición. El niño no podía mentir.

—¡Es verdad! —protestó Diego—. Le conocí hace dos años. Era un hombre-chucho.

—¿Un hombre qué?

—Un hombre-lobo, un licántropo —aclaró el niño—. Ese sí que gruñía, y le cantaba el aliento que no veas. Pero era un tipo simpático, me caía bien. Tenía un hijo de mi edad, más inmaduro que yo, naturalmente. El Gris y yo le salvamos de su licantropía.

—Tengo entendido que eso no es posible —apuntó Sara.

—Normalmente no, pero el Gris tiene el talento de asumir temporalmente el alma de otro. Supongo que podrá hacerle hueco en su interior, como él no tiene... El caso es que lo hizo y yo curé esa alma. Luego, el Gris se la devolvió como si nada, limpita y reluciente. Fue una operación acojonante.

—¿Tú puedes curar el alma de la gente?

—¡Qué va! Ni siquiera entiendo bien qué mierda es el alma, pero sé que existe, no me cabe la menor duda. La mía está maldita, ya lo sabes. A quien puedo curar es al Gris. Él adoptó el alma del licántropo. Fue una pasada. Se tatuó unas runas bien chungas, que yo no conocía. Casi la palma en el intento.

Sara se recordó a sí misma que Diego no podía mentir. Luchó contra el rechazo natural que le producía semejante historia y prestó atención. Estaba maravillada. Su conocimiento del mundo oculto era increíblemente limitado, como estaba comprobando. Algunas cosas le sonaban, pero se dio perfecta cuenta de que aunque le habían hablado antes de licántropos y vampiros, siempre había creído que eran leyendas. Y el Gris era lo que más la fascinaba. Su juego con las almas era hipnotizador. Definitivamente, las historias que circulaban de él no le hacían justicia, no describían las habilidades tan sorprendentes que poseía.

—Entonces, si librasteis al artificiero de la licantrópía, todo terminó bien.

—Esas cosas nunca terminan bien del todo —recordó Diego con aire dramático—. Tardamos en dar con la solución y el artificiero despedazó a su propio hijo. Se quedó muy jodido, y de eso no pudimos curarle.

—Menuda sarta de estupideces —dijo el abogado sin dejar de pasar páginas del periódico—. Este niño debería ir al colegio en vez de ver tanta televisión. ¿Cuántos años tienes? ¿Trece? Si esa historia fue hace dos años, tendrías once. Entonces, ¿qué hacías tú por ahí persiguiendo licántropos? ¡Qué tontería!

Sara consideró hablarle de la maldición, pero lo descartó. No la creería. Lo único que conseguiría sería alimentar la sensación de que estaban hablando de fantasías infantiles. Y no le culpaba por pensar de ese modo.

—Entiendo que un delincuente como tú lo vea de ese modo —repuso el niño—. Todo lo que se salga de la normalidad y no tenga que ver con robar o estafar es ficción para ti. Pero sucedió como lo he contado. Y yo estuve involucrado porque el hijo del artificiero era amigo mío, íbamos juntos a clase. Intenté curar a su padre y fracasé. Luego llamaron al Gris. Así fue como nos conocimos.

—¿Y tú ibas a curar de licantrópía al padre de tu amigo? —preguntó el abogado con el tono de quien habla con un enfermo mental.

—Cuando estés en el infierno me creerás —aseguró Diego—. Y no tengo la menor duda de que terminaremos allí los dos. Seguramente también veremos al artificiero. No creo que se libre después de haber descuartizado con sus fauces a su hijo de cinco años. Me encantará presentártelo...

—¡Ya basta de idioteces! —gruñó el abogado—. Me largo de aquí. No te soporto, niño.

Sara le vio salir de la cocina con un portazo. Diego se encogió de hombros.

—No le caigo bien. ¿Qué te pasa, Sara? Te has quedado embobada. ¡Eh! ¿Me oyes?

Sara parpadeó, emergió de sus pensamientos. Algo no terminaba de cuadrar en la historia de Diego.

—Ese chico, el hijo del artificiero, el que murió. Era tu amigo, ¿no? Ibais juntos a clase si no te he entendido mal.

—Sí —contestó el niño—. Nos sentábamos juntos. Me gustaba su hermana mayor.

—Ya veo. Pero has dicho que tenía cinco años, y eso ocurrió hace dos. Vuestras edades no cuadran. Tú debías de tener once años, no podíais ir a la misma clase.

—Eh... Bueno... Es cierto. —Diego enrojeció, se rascó el lunar de la barbilla, empezó a sudar—. Hay una explicación, claro... A veces hay excepciones... ¡Ay! ¡Joder! ¡Odio estas descargas!... Está bien, las edades sí coincidían. ¡Pero no preguntes cómo!

Sara vio claro que guardaba relación con la maldición del niño. No preguntó, consciente de que le pondría en un compromiso y su pequeño cuerpo sería sacudido por esas descargas eléctricas que le hacían bailar *break dance* cuando mentía, pero se quedó con las ganas. Si lo que había dicho era cierto, y las edades coincidían, la única explicación que se le ocurrió era...

—No lo digas —le advirtió Diego leyendo su expresión—. Puede que lo hayas entendido y puede que no, pero por tu cara veo que has llegado a una conclusión. Ya te lo dije, aún es pronto para que te lo cuente.

Sara asintió. Le supuso un esfuerzo enorme contener su curiosidad, pero le había prometido no preguntar hasta que él decidiera contárselo.

—No te preocupes —dijo ella—. Esperaré a que confíes en mí.

Diego suspiró, aliviado.

—Gracias. Es culpa mía, por haber abierto la boca y hablado de más. Me sucede a menudo. Bien, ya es hora de que trabajemos un poco. Te toca rastrear.

Le resultó gracioso oír a un niño hablar de trabajar.

—¿Qué objeto tengo que leer? —preguntó Sara.

—Pues no tengo ni idea, la verdad. Sé poco de rastreadores, pero el Gris quiere que indagues en las finanzas de Mario, que averigües los chanchullos gordos en los que anda metido. Tiene que haber algo que nos dé una pista de quién va detrás de él.

—Seguimos con la teoría de que la posesión es una venganza.

—O un ataque, es lo más probable. Siempre hay una razón. Los demonios no son estúpidos. —El niño hizo una pausa—. Bueno, a veces sí lo son, pero no es frecuente.

También hay que averiguar si Mario tiene más hijos, con otras mujeres. —Sara frunció el ceño—. Verás, cuando poseen a alguien, averiguan cosas sobre su huésped, y podría ser que el demonio hubiera poseído a uno de sus hermanos bastardos.

—Pero en ese caso, ¿por qué no se ha quedado en el cuerpo del hermano?

—Tal vez murió. Estos cabrones no llevan una vida muy normal. Hacen todo tipo de locuras y montan unos líos que no veas. Puede que un centinela le matara y cambiase de cuerpo. Cuando eso pasa, si les gusta el que tenían suelen pasar a un hermano.

A Sara le sorprendía la naturalidad de Diego para hablar del asunto. Era como un médico explicando la evolución de una enfermedad y el tratamiento que iban a seguir para erradicarla.

—Está bien. Veré qué puedo averiguar.

—Hay una cosa más —dijo el niño con timidez.

Se sonrojó. Sara sintió una curiosidad inmensa por saber qué podía avergonzar a alguien tan atrevido como él. Diego sacó algo de su bolsillo y lo dejó sobre la mesa, con mucho cuidado, como si fuera una bomba. Lo desenvolvió y se lo mostró a Sara.

—¡Agh! —exclamó ella, asqueada—. ¿Para qué me das eso?

—Es de Elena, está en esos días... ya sabes.

—No pienso leer eso.

—Es necesario. Tenemos que saber con quién se acuesta. Dudo que sea con su marido.

—¿Y por qué no se iba a acostar con su marido?

Diego sonrió.

—¿Tú les has visto bien? Ella es un bombón, un cuerpazo joven, irresistible, un pedazo de...

—Lo he entendido. No sé si me gusta ver babear a un adolescente.

—Perdón —se disculpó Diego—. Y él es un viejo fósil, le saca un porrón de años. Seguro que tiene a otro en la recámara, te lo digo yo. Esa pibita es cosa fina. Yo intenté sonsacarla con sutileza, pero no lo conseguí. ¡Y encima ella se creyó que le estaba tirando los tejos! ¡Menuda creída!

—Me cuesta mucho imaginarte interrogando a alguien con sutileza —dijo Sara.

Diego lo pensó un segundo.

—A mí también —concluyó—. Acabo de intentar averiguar algo de las finanzas con el abogado pero ya ves el éxito que he tenido. Menos más que te tenemos a ti. El caso es que si Elena se acuesta con otro podría ser con un enemigo de Mario. Tendrás que averiguarlo, así que...

Empujó el paquetito hacia Sara, deslizándolo sobre la mesa.

—Aparta eso, no me sirve. Investigaré de otro modo.

—¿Seguro que no te sirve? ¡Con lo que me ha costado conseguirlo! ¡Maldición!

Bueno, pues rastrea como quieras. Yo me voy a echar una siestecita, que seguro que esta noche dormimos poco con la movida del exorcismo. Date prisa, que cuando me despierte tenemos que grabar unas runas en la bañera. El Gris me ha pedido que te enseñe.

Diego agarró con cuidado la compresa de Elena, levantó la tapa y la tiró a la basura con una mueca de asco. Abandonó la cocina bostezando, estirando los brazos por encima de la cabeza.

VERSÍCULO 13



La sala del obispo estaba oculta en un ángulo muerto, secreto, entre dos muros de la iglesia de San Nicolás. Las runas protegían la puerta de las miradas ajenas. Se trataba de un sistema de máxima seguridad diseñado por los ángeles: no se puede penetrar en un lugar que ni siquiera se ve.

Solo unos ojos entrenados podían mirar hacia esa esquina y ver algo más que piedras polvorientas cubiertas de telarañas. Ojos que sabían cómo enfocar adecuadamente, que conocían las runas, que distinguían la realidad de la ilusión. Tales ojos debían haber sido entrenados previamente, y tales entrenamientos eran supervisados por centinelas expertos. En consecuencia, eran muy pocos los que podían distinguir una pesada puerta de madera, con los goznes de oro y las esquinas superiores talladas en forma de alas, donde, en apariencia, solo había un muro de piedra gris, gastada y descuidada. Los centinelas se contaban entre esos pocos privilegiados.

Miriam encontró la puerta a la primera, sin esforzarse. Su adiestramiento era perfecto en ese sentido. Su visión estaba tan acostumbrada a las runas angelicales que las leía con más naturalidad que las letras del abecedario.

Entró sin llamar. No vio a nadie. La estancia era espaciosa, rectangular, de más de cincuenta metros cuadrados. Nunca dejaba de sorprenderse de encontrarse en esa sala, cuando el otro lado de la pared que acababa de cruzar daba al exterior, a la calle. Los ángeles no le habían explicado cómo ubicaban emplazamientos enteros en localizaciones imposibles, pero lo hacían. Hasta donde ella sabía, no le habían revelado ese secreto a ningún humano.

Miriam recorrió un largo pasillo, llegó a otra puerta y la abrió.

El obispo era un hombre repugnante. Las sábanas de seda solo cubrían parcialmente su cuerpo con sobrepeso, falto de forma, y forrado de vello por todas partes. Parecía un mono con problemas de obesidad.

La cama tembló, los cojines se movieron y cayeron al suelo. Unos ojos tímidos y asustados asomaron entre la seda y los edredones. Eran jóvenes, dulces y bonitos, como suelen ser los de una muchacha menor de edad, bien parecida, con el cuerpo proporcionado y armonioso. Si los ojos hubieran sido azules y no verdes, y el pelo rubio, en vez de castaño, Miriam podía haberse contemplado a sí misma hace veinte

años en el semblante de aquella niña.

—¿Quién demonios se atreve...? —rugió el obispo arrancando la sábana de un tirón para tapar su nauseabundo cuerpo.

—Yo —contestó secamente la centinela.

La niña había quedado al descubierto, completamente desnuda. Agarró una almohada y se cubrió como pudo, avergonzada. No podía tener más de doce años.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —El obispo señaló la puerta. Gesticulaba con una mano, furioso, mientras sostenía la sábana con la otra—. No sabes con quién estás hablando, mujer.

—Con un obispo —dijo la centinela. Apoyó las manos en las caderas. Al hacerlo, retiró hacia atrás su larga chaqueta de cuero. Sus piernas quedaron a la vista, igual que el martillo que estaba atado al muslo—. Concretamente, con uno gordo y asqueroso.

El obispo apretó los labios, bufó, maldijo. Sus ojos se encogieron al contemplar el arma de Miriam.

—Una centinela —comentó con gesto condescendiente—. Ahora no tengo tiempo que desperdiciar contigo. Sal de mis aposentos y espera. Estoy ocupado.

Miriam controló la furia interna que desataron las palabras arrogantes del hombre. Los obispos estaban bajo el manto de inmunidad de los ángeles. Un centinela no podía tocar a uno, a menos que tuviese una verdadera justificación y pruebas irrefutables que respaldaran sus actos. De otro modo le recompensarían con una muerte lenta y dolorosa.

No sería la primera vez. Miriam lo había visto en dos ocasiones. Cuando se daba una situación así, el centinela en cuestión era torturado delante de todos los demás, para que nadie olvidara la lección. Así imponían los ángeles la disciplina. Y funcionaba. Lo que Miriam no entendía era por qué los obispos gozaban de tanta protección por parte de los ángeles. Al sentirse intocables, muchos de ellos se volvían corruptos, despiadados, se aprovechaban de su privilegiada situación de poder. Y a los ángeles no parecía importarles. Nunca intervenían, ni aplicaban medidas correctoras.

—Pues ya no estás ocupado —dijo Miriam—. Se acabó la diversión. Tú, ven aquí —le dijo a la niña.

La muchacha vaciló y encogió las piernas, indecisa.

—Te estás extralimitando, centinela —le advirtió el obispo—. Lárgate antes de que se agote mi paciencia.

—Ojo, seboso —le advirtió la centinela—. Ten cuidado no vayas a darme una excusa para usar esto —palmeó su martillo. Se acercó a la cama y tomó la mano de la chiquilla—. Sal de aquí, pequeña. No vuelvas nunca a esta iglesia.

La niña cogió su mano al fin. Temblaba. Miriam la cubrió con el edredón y la

acompañó a la salida de la habitación.

—¡Te has pasado, centinela! —bramó el obispo—. Al parecer no conoces la jerarquía a la que sirves. Vas a aprender a respetar a un obispo, a reconocer en él a un superior. Y no va a ser una lección agradable...

—Más te vale que sea una lección corta. Estoy llevando a cabo una misión para Mikael, quien si no estoy equivocada, está muy por encima de ti en esa jerarquía que has mencionado y que yo supuestamente desconozco. Por el modo en que se ha deformado tu cara de gorrino, deduzco que estás al corriente de la reunión del cónclave. Bien, yo soy la centinela que debe encargarse del Gris. ¿Quieres que acuda a otro obispo y le informe a Mikael de tu reticencia a ayudarme para pasar el rato con una niña?

El obispo tragó saliva.

—¿De qué se trata?

—Mi martillo. Tengo que purificarlo.

—Acompáñame —accedió de mala gana el obispo.

Miriam le siguió, satisfecha. Eran pocos los que no reculaban ante la mención de Mikael; en realidad, Miriam no conocía a nadie. Mikael era probablemente el ángel más despiadado de todos. Despertar su ira era un error, uno que nadie cometía dos veces, por su propio bien.

El obispo repasó una runa con el dedo y una sección de la pared se deslizó, retirándose a un lado en silencio. Descendieron por una escalera de caracol estrecha hasta una sala circular, de techo abovedado, el estilo arquitectónico preferido de los ángeles. A pesar de no haber ninguna ventana ni conducto de ventilación, el aire era fresco y agradable. En el centro, se alzaba un pedestal de mármol de algo más de un metro de altura. Sobre él, un palmo por encima, ardía un fuego eterno, que nunca se consumía, que iluminaba la estancia y la mantenía a una temperatura confortable.

Miriam desató el martillo y lo sostuvo en su mano.

—Un segundo —le detuvo el obispo—. Tengo que saber en qué lo has gastado. Es para el informe —se apresuró a añadir—. El código exige registrar las actividades de los centinelas. No podemos consentir que empleéis el poder de los ángeles a vuestro antojo.

El obispo disfrutó recordando esa norma. Miriam lo apreció en la diminuta sonrisa que asomó en sus labios.

—Lo he empleado para someter al Gris —mintió—. Y para contener a un demonio que ha poseído a la hija de Mario Tancredo.

—No me suena esa posesión. ¿Te han asignado ese caso?

—No. El Gris se ocupa del exorcismo. Y como yo tenía que detenerle, me crucé con la niña. Redacta tu informe y no me hagas perder más tiempo.

El obispo se apartó. Miriam se arrodilló y rezó sosteniendo el martillo en alto con

las dos manos. Luego se levantó y con mucho cuidado depositó el arma en el fuego. El martillo flotó entre las llamas sin tocar la base del pedestal. Enseguida se tornó amarillo, luego naranja, luego rojo. Se mantuvo así un tiempo, hasta que finalmente se volvió blanco incandescente.

Los ojos de Miriam brillaron de admiración. La purificación de las armas era uno de los pilares de su poder como centinela. Contemplar el proceso la llenaba de excitación, le entraban unas ganas irresistibles de arremeter contra lo que fuera, de tener una excusa para esgrimir su martillo, de golpear y demoler.

Ahora el martillo estaba completamente blanco, parecía moldeado de luz sólida. La centinela lo tomó en sus manos. Sintió su poder, se deleitó con él, lo saboreó. Dio un paso atrás y tropezó, el arma se le escapó de las manos, salió despedida y cayó sobre el obispo.

—¡Aaaaay!

El alarido fue inhumano, desesperado. Miriam se levantó sin prisa, se acercó a él y se arrodilló. El obispo agonizaba. Tenía el martillo al rojo vivo sobre su vientre. Lo agarró con las manos para quitárselo de encima. Gritó más fuerte aún. Las manos echaron humo, empezó a oler a pelo y carne quemada.

—¡Quítamelo! ¡Maldita seas! ¡Quítamelo! ¡Sé que lo has hecho a propósito!

—Nada de eso —le corrigió Miriam. Levantó el martillo, aún al rojo vivo—. Ha sido un accidente. ¡Uy! ¡Perdón! —se le escurrió, y cayó directamente sobre sus genitales. El obispo se retorció de dolor—. Qué torpe soy...

Miriam volvió a coger su arma y antes de retirarla, apretó bien fuerte contra los genitales de aquel cerdo indigno.

—¡Perra! —sollozó el obispo.

—Si no te movieras tanto...



Rastrear no era una tarea sencilla. Requería concentración para penetrar en la esencia de un objeto y ver qué se podía descubrir de su pasado, qué acontecimientos se habían quedado grabados en su interior, en su alma. Eso era lo que Sara creía, que todas las cosas, no solo los seres vivos, poseen alguna clase de alma.

Había una dificultad añadida en aquella ocasión. Lo normal era que el objeto en cuestión, el que debía leer, se lo entregaran a ella, no que lo tuviera que buscar en un chalé enorme, repleto de todos los adornos superficiales que el dinero puede comprar. No podía leerlos todos, y sin embargo debía empezar por algún lugar.

No encontró nada útil en el salón principal. Rastreó alguna discusión entre Mario y Elena en torno a la educación de Silvia, pero nada que la ayudara con las finanzas del millonario. Al parecer, Mario consideraba que Elena no hacía nada, salvo

preocuparse por su aspecto. Ella, por su parte, opinaba que él nunca estaba en casa, así que no debería importarle lo que hiciera. No era lo que Sara buscaba, pero por el momento, le diría a Diego que no daba la impresión de que llevaran una vida sexual muy activa.

Luego pasó a la biblioteca. Descartó los libros. Eran demasiados, miles, tardaría meses en rastrearlos. Probó con el escritorio que estaba frente a la chimenea. Tampoco obtuvo nada de provecho. Mario solo lo tenía para presumir, ni siquiera le gustaba.

Sara probó en los baños, en la cocina, en el cuarto de invitados, en la despensa y en el garaje. Nada. Y estaba agotada. Solo había realizado lecturas superficiales, pero aun así, requerían esfuerzo. No le quedó más remedio que abandonar. Tendría que decirle al Gris que no había encontrado nada interesante. Se sintió inútil, una carga para el grupo, la única que no aportaba nada.

Hasta que sin proponérselo, lo encontró. El abogado del señor Tancredo le dio un billete de cincuenta para pagar unas *pizzas* que habían encargado. Lo leyó sin darse cuenta, en un acto reflejo por llevar haciéndolo toda la tarde, y se topó con la primera pista. Aquel billete había salido de un grueso fajo. Y el fajo, a su vez, provenía de una caja fuerte.

Por suerte, no había nadie en el despacho privado de Mario. Sara retiró un cuadro de la pared y dejó a la vista la cerradura. Qué típico. Apenas tardó en rastrear el código de apertura, lo introdujo en el panel y la caja de seguridad se abrió con un leve chasquido.

Había muchos documentos, un sobre con dinero, unos pendientes que parecían diamantes y una pistola pequeña. Sara tomó los documentos. Los repasó con la mano, palpando, absorbiendo. Había una cantidad ingente de información. Mario poseía muchas empresas, divididas a su vez en sociedades financieras. ¿O era al revés? Sara no era economista, no entendía casi nada, excepto que el dinero no escaseaba precisamente. Por su mente desfilaba un río de cifras con demasiados dígitos. No podían ser euros, tenían que ser pesetas. Nadie podía ser tan rico. El dinero se movía, bailaba de una empresa a otra, de un país a otro, iba y venía infinidad de veces, y se multiplicaba, crecía como un ser vivo. Sara no alcanzaba a discernir el motivo, pero las cantidades cada vez eran mayores. Levantó la mano.

Las imágenes desaparecieron, respiró, tomó aire. Se dio cuenta de que el corazón le latía muy deprisa. Estaba forzando demasiado sus capacidades. Esto era muy diferente de leer el jersey de una persona o su collar. Los documentos que sostenía encerraban un torrente de información que tardaría en asimilar.

—¿Has encontrado algo?

Sara dio un salto, sobresaltada. Se le cayeron al suelo los papeles.

—¡Álex! Menudo susto me has dado.

Allí estaba él, alto, hermoso, serio y condenadamente silencioso. La puerta estaba cerrada. ¿Cómo había podido entrar y cerrarla sin que le oyera?

—Mario y su mujer han regresado a casa. Pueden venir en cualquier momento.

—Gracias por el aviso.

Sara cayó en la cuenta de que no sabía cómo Álex la había encontrado.

—No me las des. Si te sorprenden husmeando, nos perjudica a todos.

A Sara le desconcertó esa aclaración.

—Aún no he terminado. Tengo que averiguar...

—No lo harás —le cortó él.

La miraba con mucha intensidad, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil e inexpresivo.

—Estoy investigando a Mario.

—¿Por qué lo haces?

—Diego me dijo que el Gris lo pidió.

—No me refiero a eso. —La voz de Álex se endureció. Su mirada se mantuvo firme—. ¿Por qué sigues aquí? No estás a la altura, lo sabes. Todo esto te viene grande. Un rastreador decente ya habría encontrado algo pero tú no. Y si no estuviera avisándote ni sabrías que Mario está en la casa. Nos pones a todos en peligro.

—Eso no es justo. Soy novata, pero puedo mejorar. El Gris lo sabía cuando me reclutó.

Álex no suavizó el tono.

—El Gris es estúpido y tú también. Conozco a media docena de rastreadores que lo harían mejor que tú. No entiendes a qué nos enfrentamos. Nosotros no tenemos por qué soportar tu inexperiencia. Vas a desarrollar tus capacidades a nuestra costa. Si no fueras una egoísta te marcharías ahora mismo.

—No pienso hacerlo. —Fue una respuesta instintiva, un rechazo a la actitud hostil de Álex. ¿Por qué la odiaba tanto?

—Tienes que irte —prosiguió Álex, implacable—. Aprende, mejora, y entonces a lo mejor puedes sernos de ayuda.

—¿Qué aportas tú al grupo? No eres el que decide o no estarías tratando de convencerme de que me fuera. El Gris es el líder, no tú.

Los oscuros ojos de Álex brillaron.

—No comprendes nada. ¿Crees que esto es el ejército, o una empresa, y que el Gris está al mando? ¿Piensas que el niño no tiene intereses personales? Pobre ingenua. No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué sigues aquí, con nosotros?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Quiero aprender. Siempre me ha fascinado...

—Bobadas. Te he observado. He visto tus ojos, tus miradas. Alimentas esperanzas imposibles, como las de una adolescente. El Gris no ama, no te querrá

nunca.

—¿Qué? —Sara resopló, enrojeció, torció el gesto—. Eso es absurdo. Apenas le conozco.

—Tus ojos te delatan —aseguró Álex muy serio—. Aunque no lo creas, te estoy ayudando. Sufrirás menos si aceptas la verdad. El Gris no es para ti. Aún sabes poco de él. ¿Has reflexionado sobre lo que implica no tener alma? El Gris carece de sentimientos, nunca podrá corresponder a los tuyos.

La rastreadora guardó silencio. Se revolvió internamente contra esa afirmación. Álex lo había dicho para hacerle daño, nada más. Todo el mundo tenía sentimientos. Y los suyos la confundían. Ella no había sido consciente de sentir algo especial por el Gris, pero ahora que Álex lo señalaba, algo se agitaba en su interior. ¿Sería posible que él se hubiera dado cuenta antes que ella? En cualquier caso, Álex era un hombre inteligente, de eso no cabía duda, y muy enigmático. Y por alguna razón la había tomado con ella.

—Aún no sé por qué me odias, Álex. Pero se lo voy a decir al Gris.

Él sonrió. Fue el primer gesto que mostró en toda la conversación.

—Adelante. ¿Crees que no conoce mi opinión? Debes de tener la falsa impresión de que necesito ocultar mis pasos. No puedes estar más equivocada.

Sara sintió vergüenza. Era como amenazar con chivarse a la profesora en el colegio.

—No me importa tu opinión, Álex. No voy a renunciar, al menos no porque tú lo digas.

—Así que eres una romántica —concluyó Álex—. Sufrirás. Recuerda que te lo advertí.

—Es mi problema...

Sonaron pasos en la distancia, en las escaleras.

—Maldita sea —se quejó Sara—. No he terminado de rastrear. Necesito tiempo.

Álex miraba a la puerta fijamente.

—Yo les entretendré.

Sara se quedó perpleja. Casi había temido que Álex se enfadara y saltara sobre ella.

—No sé interpretar las transacciones económicas —reconoció. Le dominaban los nervios—. Demasiados números. Mejor nos vamos antes de que nos pillen.

—No, acaba lo que empezaste. —Álex apoyó la oreja sobre la puerta—. Lo haces mal —añadió sin mirarla—. Olvida los números. Lee las emociones. No importa si Mario gana un millón o mil millones. Lo que cuenta es si se siente satisfecho, si la operación ha salido bien. Céntrate en las que hayan fracasado, en los problemas, y sobre todo, en quién se los causa. Ese tipo de cosas. Y hazlo deprisa.

Álex se marchó apresuradamente.

Por un instante, se le pasó por la cabeza que Álex le había pedido que siguiera rastreando para que la atraparan, para que Mario la descubriera espiando y la echara de su casa. Sara no terminaba de creerse que al final la hubiera ayudado después de lo duro que había sido con ella.

VERSÍCULO 14



—¿Te duele? —preguntó Miriam.

El Gris la miró, se apartó de la ventana desde donde contemplaba la lenta caída del día. Quedaba poco para que se ocultara el sol por completo, para que por fin él pudiera mostrarse, caminar entre los demás sin que le señalaran como a un monstruo, sin que se apartaran de su camino y se asustaran.

—Estoy bien, gracias —contestó.

—Me refería a cuando te desprendiste del alma del artificiero —recalcó ella.

El Gris inclinó la cabeza. Trató de imaginarse describiendo el tormento, el dolor, buscando adjetivos para que una persona pudiera comprender qué se siente cuando un alma abandona tu cuerpo, cuando se desgarran la realidad y se experimenta la muerte. No halló palabras adecuadas. Seguramente porque nadie más había sufrido algo parecido. Le resultaría igual de complicado explicar a un ciego qué es el color verde.

—No duele —mintió—. Las primeras veces me sentía desorientado, pero ya lo he dominado. Ya ves que estoy perfectamente.

La centinela se arrimó a él, le estudió con descaro y sonrió. Era una sonrisa sutil, que muy pocas personas habían contemplado.

—Eso salta a la vista —susurró. Puso sus manos sobre los hombros de él y le sacudió un poco con un apretón fuerte. Hizo un gesto de aprobación—. Ni rastro de la cojera. Tu cuerpo está firme, en perfecta forma, erguido y dispuesto. —Retiró sus cabellos plateados para examinar sus ojos color ceniza. Él se dejó hacer—. Incluso has recuperado tu expresión resuelta y decidida. Esa que te hace parecer imparable, que te confiere cierto atractivo. Sí, Gris, cuando estás en forma, te encuentro muy interesante.

Acercó su rostro y entreabrió sus labios. Él no se inmutó.

—Creía —dijo en un murmullo, correspondiendo al tono suave de ella— que los centinelas no pueden albergar ciertos deseos, que carecen de esas necesidades. Un solo encuentro sexual y podrían expulsarte.

—Pues creías mal. —Ella cerró los ojos y apretó su cuerpo contra el suyo—. Soy una mujer y mis deseos no se diferencian de los de cualquier otra. Aunque estás en lo cierto respecto al sexo, no nos está permitido practicarlo. —Se aferró con más fuerza—. Tal vez sea porque voy a entregarte, porque en cierto sentido eres mi prisionero.

Puede que eso explique mi atracción.

—No me puedes engañar, Miriam. A mí no —aseguró el Gris. Ni se resistió, ni correspondió al abrazo, continuó indiferente—. Es imposible que me ames, a mí o ningún otro. Ambos sabemos que solo hay hueco para un objetivo en tu corazón. Lo sé, no es de amor de lo que hablas, pero un desliz como el que insinúas arruinaría toda tu carrera, tu vida, y conozco de sobra tu determinación como para saber que no sucumbirías a un momento de debilidad. Estás jugando conmigo.

Los labios de ella se movieron, rozaron su rostro, muy cerca de los suyos; se detuvieron junto a su oreja y soplaron.

—Ahora te encuentro irresistible. A pesar de que tu razonamiento esté equivocado. —hablaba despacio, alargando las palabras, introduciendo pausas—. Me sorprende que no veas mis verdaderas intenciones, Gris, siempre te he considerado inteligente. ¿De veras crees que juego contigo? ¿Tan corto es tu entendimiento? Veo que tendré que explicártelo. Si cedo ante un impulso sexual, los ángeles me repudiarían, es verdad, y puedes creerme si te digo que no se me ocurre un sufrimiento más duro. Eso es porque el alma de un centinela debe mantenerse pura y nunca mezclarse con otra. Ahí reside nuestra fuerza, en el contacto de nuestra alma con su esencia divina. Un contacto que no puede compartir otro mortal y que, por ejemplo, nos inmuniza ante una posesión demoníaca. Pero eso a ti no te afecta. Si nos unimos, nuestras almas no se fundirán, la mía permanecerá intacta, porque tú no tienes una. Así que no corro ningún peligro, no temas.

El Gris se removió en sus brazos, la obligó a mirarle a los ojos.

—Reconozco que no lo había considerado desde ese punto de vista. Y me sorprende enterarme de que tú, la centinela más recta que he conocido, ha encontrado una grieta en el código, un resquicio por el que saciar su capricho. Es una lástima que solo quieras utilizarme, servirme de la cualidad que todos desprecian en tu beneficio. No creí que tú también me vieras de ese modo, Miriam, a pesar de nuestras diferencias.

—¿Y eso te molesta? —Ella le soltó, dio un paso atrás. Sus ojos ardían—. Eres aquel que no tiene alma, aquel que nadie comprende porque no debería existir, porque no cumple con el esquema de la creación. Tu existencia única te permite transgredir todas las leyes, puede que incluso las divinas, ya que no se establecieron para alguien como tú. Por eso te contratan, por tu don único. ¿Y te extraña que yo también lo utilice? —Su voz se volvió áspera y amenazadora—. No entiendo cuál es el problema. ¿Es porque no te he pagado, es eso? ¿Debemos acordar un precio como haces con los demás? Puede ser un problema, ya que el alma de un centinela no puede prestarse.

—Ni yo lo pretendo. Y no hables de precios, sabes que eso no tiene nada que ver. Tu proposición me desconcierta, Miriam. ¿Por qué lo haces? Sabes cuánto llevo sin

estar con una mujer. Tu deducción bien puede ser acertada. Seguramente tu alma no se contaminaría. Pero sabes que los ángeles se enterarían. A ti no te podrían hacer nada porque no has violado el código, pero a mí sí. No me lo perdonarían. ¿Es eso lo que quieres que me suceda? ¡Un momento! ¡Ahora lo entiendo! Piensas que ya estoy muerto, ¿verdad? El cónclave dictaminará mi eliminación dentro de unos días, una muerte a la que tú misma me conducirás, por tanto, lo que pase entre nosotros ahora carece de importancia.

Miriam agitó su cabellera dorada.

—No te pongas tan dramático. Mikael no te permitirá vivir. Pero no pensaba aprovecharme de ti. Se trataba más bien de una despedida. El hecho de que no me perjudicara y de que no pudiera hacerlo con nadie más, no cambia mis intenciones ni mis deseos. Aun así, me ocultas algo, Gris. Tu rechazo esconde otro motivo. Tú no temes a los ángeles, nunca lo has hecho.

—Por supuesto que sí. Nadie puede medirse con ellos. Por eso les sirves, porque representan el poder.

Pasó un tiempo.

La centinela entrelazó los brazos alrededor del cuello de él.

—Parece que lo nuestro no va a poder ser. Demasiados obstáculos entre nosotros. —Le besó, acarició sus labios y los saboreó. Se dejó llevar por el hormigueo, por el calor. Sintió placer. Hasta que paró de repente, justo antes de perder el control—. Es una verdadera lástima. Con lo bien que nos conocemos y comprendemos el uno al otro. Hubiera sido perfecto.

—Lo habría sido —convino él—. Pero nuestros destinos no son compatibles.

Ella asintió, ausente, escuchando a medias. Aunque lo que decía era cierto, por ahora prefería soñar con lo que hubiese podido ser, solo por un momento. En su mente podía permitirse un segundo de relajación, de no ser una centinela, para ser otra cosa... Pero solo por un segundo.

La noche llegó. Una noche sin luna, sin luz.

Descendieron por las escaleras de la iglesia hasta la puerta principal.

—Antes de irnos —dijo el Gris posando su mano sobre la de ella, evitando que girara el pomo—. Quiero darte las gracias, Miriam. Por permitirme terminar mi trabajo antes de entregarme.

—No me las des. No me supone un problema. Tengo que entregarte dentro de dos días. Entretanto puedo dejar que acabes el exorcismo. Pero no te engañes a ti mismo, Gris, terminarás ante el cónclave, no te permitiré escapar.

Él lo sabía. Ella cumpliría con su deber, a cualquier precio. Solo se detendría si estaba muerta.

—No te preocupes. Te di mi palabra.

Salieron. Les recibió un Madrid oscuro y sombrío. Diferente del que percibían las

personas corrientes. Con otros sonidos, otros olores. Con un sabor distinto.



—Los trazos más alargados, tía. Mejor. No, no tanto. Despacio. Imagina que estás escribiendo una carta y cada letra tiene que ser perfecta. Tómame tiempo. Ahí no, la siguiente runa más separada. Vamos, que no es tan difícil. Si tuvieras que grabar diferentes símbolos, te ibas a enterar. Tienes suerte de que esta protección consista en repetir la misma runa a lo largo de la parte exterior de la bañera. Ya estamos otra vez. El arco más curvo. ¡Te tiembla la muñeca! Así no hay manera. ¿A ti te parece igual que la anterior?

Sara reprimió las ganas de estrangular a Diego allí mismo. Le asaltaron unas ganas irresistibles de llenar la bañera de agua y meterle la cabeza dentro.

—Me estás poniendo nerviosa, niño. Así no puedo concentrarme.

Diego ladeó la cabeza.

—Me he alterado un poco, lo siento. —Repasó los símbolos con el dedo—. En realidad no está tan mal. La runa es legible.

—¿En serio? —El rostro de Sara se iluminó—. Entonces la bañera está protegida.

—¡Eh! No, no, ya te gustaría, tía. Pero es un buen comienzo. Nadie lo consigue la primera vez, ni la segunda. Se necesita práctica, ¿sabes?

—Haber empezado por ahí —le reprendió Sara, decepcionada—. ¿Para qué me has tenido tanto tiempo dibujando, entonces?

—Se dice grabando —le corrigió el niño—. Quería ver tu potencial. Y es bueno, serás una súper grabadora de runas, te lo digo yo.

—¿De verdad lo crees?

Después de las críticas de Álex hacia su labor como rastreadora, y de su actitud general hacia ella, necesitaba oír que su labor servía para algo, que era útil.

—Estoy convencido —aseguró Diego muy contento—. Un poco de entrenamiento y te cederé el puesto de grabadora oficial del equipo. Así me libro de hacerlo yo, que siempre me lo encasquetan a mí.

La espontánea felicidad de la rastreadora remitió un poco tras escuchar la explicación del niño. No era exactamente lo que esperaba oír.

—¿El Gris y Álex nunca graban runas?

—Álex tiene un morro que se lo pisa —se encendió el niño—. Nunca hace nada, se libra de todo, el mamón. El Gris..., bueno, la verdad es que él graba las runas de un modo peculiar y peligroso, solo lo hace como último recurso. ¡Pero el cerdo de Álex no tiene excusa! Parece que el tío es demasiado guapo para...

—¿Y Plata?

—¿Plata? Ese mejor que no lo haga. Una vez grabó una en un coche,

supuestamente para aumentar su velocidad. Nos perseguía un grupo de fantasmas enfurecidos, al menos veinte, unos pedazo de cabrones de mucho cuidado. Teníamos que huir, pero cuando arranqué y pisé el acelerador, el coche salió marcha atrás y nos estrellamos contra la fachada de un supermercado. Fue la hostia. Al final nos escapamos por las alcantarillas...

—¿Conducías tú? —se escandalizó Sara.

—Ya te digo. Al Gris no le mola nada que tenga que ver con la tecnología. Los aparatos no reaccionan bien en su presencia. Álex no mueve un dedo. Ese, de currar, nada, es muy delicado, no se le vaya a romper una uña al señor. Y Plata... uhmm... digamos que es impredecible. Estarías más segura con un conductor ciego.

Las explicaciones del niño cada vez desorientaban más a Sara.

—No lo entiendo. Creía que Plata te caía bien.

—Toma, claro que sí. Pero eso no quita que sea un elemento de cuidado. Y en general puede ser muy perjudicial si no se le sabe manejar. Por cierto, ¿dónde está? Hace mucho que no le veo.

Sara también se extrañó. La última vez que le había visto había sido delante del cuadro de Rembrandt, cuando le dio esa especie de ataque y le nació una cicatriz en la espalda que luego desapareció. Aún sentía curiosidad por saber si aquello significaba algo o si simplemente su vista le había jugado una mala pasada.

—Ni idea. No sé dónde se habrá metido —se encogió de hombros—. Si es peligroso, según tú, ¿por qué forma parte del equipo?

—No es parte del grupo. ¿No lo sabías?

—Ah, como sale en la mayoría de vuestras historias, pensé que sí.

—Eso es porque Plata siempre está con nosotros. Le divierte el Gris, se lo pasa pipa con él y con sus aventuras. Él no lo admite abiertamente, pero yo creo que esa es la razón principal.

Seguía faltando algo.

—¿Y el Gris permite que nos acompañe? No le veo el sentido.

—Es complicado de entender. La verdad es que no importa lo que el Gris quiera en este caso. Nadie puede evitar que Plata vaya donde le dé la gana. ¡No preguntes! Es así y punto. Ya lo comprobarás por ti misma.

La rastreadora se mordió la lengua. Solo le faltaba un miembro sobre el que indagar y quería aprovechar que Diego estaba parlanchín.

—¿Qué hay de Miriam? ¿Ella es parte del grupo o no?

—No. Pero también nos ha acompañado muchas veces. Los ángeles suelen vigilar las actividades del Gris.

—Ella y él... Me dio la sensación...

—¿Quién? ¿Miriam? —se rio el niño—. Para nada, tía. Te has equivocado, fijo. Miriam no puede acostarse con nadie. Ningún centinela puede. Son todos vírgenes.

Hay que ser retrasado para ingresar en esa secta de fanáticos, te lo digo yo.

—¿Entonces ella nunca...?

Era difícil de creer. A Sara le atravesó una leve punzada de envidia la primera vez que la vio, tan bella, con esa melena dorada y brillante, el cuerpo esbelto y atlético. Los hombres debían de desesperarse por conseguirla. Ella era fea y tosca en comparación.

—Según cómo se mire. Miriam tuvo un encuentro sexual. Aunque no creo que ella lo considere así. A los doce años la violaron. Tres tipos la metieron en un callejón y abusaron de ella. Uno de ellos era un cura, amigo de su padre. La violación duró varias horas, le hicieron todo lo que te puedas imaginar, varias veces, los tres, uno detrás de otro y vuelta a empezar.

—¡Qué horror! —la compadeció Sara—. Y un cura, encima. ¿Cómo pudo hacerse centinela después de eso?

—Porque la salvó un ángel. Se rumorea que fue Mikael en persona, uno de los peores bastardos de toda la creación. No deja de ser algo sorprendente. Los ángeles nunca se meten en rollos humanos, como mucho envían a algún centinela, y ni eso suelen hacer. Pero en esta ocasión intervino. Cuando la rescató, sangraba por todos los orificios de su cuerpo, y tenía varios cortes en la piel. Tenía las uñas llenas de sangre y de carne. La pequeña Miriam se defendió como pudo, ya era una luchadora. Los ángeles la curaron, y también se dice que nadie más podría haberle salvado la vida. Miriam estaba tan malherida que la medicina normal no hubiera servido de nada.

—Debe de ser horrible para ella ver ahora a un cura o una iglesia —aventuró Sara.

—No te creas. Miriam es bastante astuta, la tía. Ella sabe que la iglesia tradicional no tiene nada que ver con los ángeles y su red de obispos y centinelas. Comparten algunos puntos en común, iglesias, catedrales, y algo más, pero nadie sabe por qué. Los ángeles dan muy pocas explicaciones. El Papa, por ejemplo, no tiene absolutamente nada que ver con ellos. Para que veas que Miriam tolera todo lo que manda el código, ella y el Gris están ahora en alguna iglesia de Madrid.

—¿Cómo lo sabes? No nos dijeron dónde iban. El Gris solo mencionó algo de descansar.

El niño sonrió.

—Ni falta que hace, tontorrón. —Le dio con el dedo en la nariz—. El Gris ha ido a curarse, por eso sé que está en una iglesia.

—Creía que tú le curabas.

—Suelo hacerlo —dijo dándose importancia—. Pero solo puedo ayudarle con heridas, venenos y cosas de esas, y que no sean muy chungas. La ausencia de alma le deja muy jodido, contra eso no hay cura que valga. Solo conoce un modo de

aliviarse...

Era una pausa deliberada para forzar a Sara a que le preguntara. La rastreadora le complació.

—¿Qué modo?

—Tiene que confesarse —dijo el niño en tono triunfal—. Es una pasada, ¿eh? El tío trinca el alma de otra persona y se confiesa. Entonces, con la absolución le recorre el poder de Dios o algo por el estilo, y es lo único que puede calmar su dolor. Es como un drogata metiéndose un chute.

Sara tragó saliva. No estaba segura de haberlo entendido.

—¿Por eso hace esos tratos? ¿Para usar el alma de otros para la confesión?

—Es que si no tienes alma, no vale. La absolución es para el alma, no para esta vida asquerosa que llevamos aquí.

—Yo me confesé una vez, cuando hice la confirmación. No sentí nada especial.

—Eso es porque te confesó un cura. Esos no valen para nada. Al Gris le confiesa un santo, uno de verdad, de los que están en sintonía con Dios. De esos hay muy pocos, y los controlan los ángeles. El clero ni siquiera sabe que existen.

—¿Y los ángeles dejan que el Gris se cure?

—De momento, sí. Mi teoría es que ni ellos saben lo que es el Gris en realidad. Les asusta que muera y luego se den cuenta de que la han cagado bien. Me dan asco, de verdad, no los soporto.

Diego dio un par de puñetazos al aire, descontrolados y sin fuerza, aunque llenos de rabia. No era un gran boxeador. Sara aguardó pacientemente a que se desahogara. No sabía el motivo para ese rechazo tan profundo, pero saltaba a la vista que Diego no era de los que iban a la iglesia los domingos.

—Mejor cambiamos de tema —sugirió—. Que te veo muy tenso.

—Vale, vale. De todos modos tenemos que currar un poco, que me has tirado de la lengua y no hemos acabado. Eres muy cotilla, ¿eh? Y te aprovechas de que yo soy un bocazas, pero se terminó el palique. ¡A grabar runas!

—La última pregunta. ¡Lo juro! —pidió Sara.

El niño meneó la cabeza, suspiró.

—Está bieeeeeeeen. ¡Pero solo una, que la liamos!

—¿Por qué odias tanto a los ángeles?

Su primera impresión fue la de haber cometido un grave error con esa pregunta. La cara de Diego se contrajo, se puso roja.

—¡Porque esos malnacidos fueron los que me impusieron la maldición!

VERSÍCULO 15



Lo único que Miguel detestaba de su trabajo era la mierda. Todo lo demás le fascinaba. Tanto era así que había contratado a Juan simplemente para que se ocupara de ella, para no tener que volver a recoger una mierda en persona, algo que no llegó a conseguir del todo.

La culpa no era de Juan. Él afrontaba su sucia responsabilidad con una sonrisa, encantado de trabajar allí. Cada día antes de cerrar la tienda de animales, Juan limpiaba diligentemente el suelo y las jaulas. Los pájaros eran bastante guarros, pero a él no le importaba. Le gustaba ocuparse de los animales. Deslizaba con dificultad su rechoncho cuerpo por los estrechos pasillos y lo iba dejando todo impoluto, daba gusto. Siempre silbaba, a veces incluso tarareaba.

Lo que Miguel no previó es que con el tiempo Juan llegaría a ser su mejor amigo y compañero, y en lo más profundo de su corazón, su alma gemela. Un sentimiento que aún no había tenido el valor de confesarle. Por eso le ayudaba a la hora de la limpieza, para pasar tiempo con él.

Eran las ocho de la tarde. El último cliente acababa de marcharse, una señora que había comprado un caniche y una cama para su nueva mascota, y acababan de colocar el cartel de «Cerrado».

—¿Cómo lo llevas, Juan?

El hombretón se giró para mirarle, con el peso del cuerpo sobre la fregona, sonriendo.

—Bastante bien —contestó—. En media hora habré terminado. Tal vez antes, si consigo no entretenerme con Zeus.

Era su perro favorito. Un cachorro juguetón de pastor alemán que algún día le rompería el corazón cuando lo vendieran. Miguel había considerado regalárselo, para agradecerle su compañía y su pasión por los animales. Le impresionaba que un hombre tan grande tuviera un corazón tan generoso y delicado. Tal vez reuniera el valor suficiente para decírselo esa misma noche, ahora que estaban solos.

—No te preocupes por eso —le dijo—. Juega cuanto quieras con Zeus. Sé que te encanta ese perro. Yo me encargaré de limpiar.

Juan dejó caer la fregona, abrió la puerta de la jaula. El perro saltó sobre él inmediatamente y empezó a darle lametones por todo el cuerpo.

—Lo voy a pasar verdaderamente mal cuando lo vendamos —dijo escondiendo las manos tras la espalda, para que Zeus no las pudiera mordisquear. El cachorro saltaba sin cesar, movía la cola, ladraba—. Tendré que pedir la baja médica durante una semana —rió.

Fue una sonrisa hermosa, de dientes blancos y expresión sincera. A Miguel le encantó, y eso le animó a empezar, de una vez por todas, la conversación que llevaba dilatando tanto tiempo.

—Tal vez no haga falta esa baja médica —dijo Miguel esforzándose por disimular sus nervios—. Puede que haya otra solución.

—¿A qué te refieres?

Juan esquivó un mordisco destinado a su mano derecha. Con la izquierda atrapó el hocico de Zeus, le zarandéó un poco. El animal soltó un gruñido suave. Cuando Juan le liberó, el perro ladró como un loco y volvió a saltar sobre él, persiguiendo de nuevo sus manos.

Miguel contemplaba la escena embelesado.

—Se me había ocurrido una alternativa. Si tú quieres, podríamos...

Zeus ladró, pero no con el tono juguetón de hacía unos momentos, sino con miedo. Retrocedió hasta una esquina. Miguel dio un paso atrás involuntariamente.

Juan se puso rojo, de un rojo vivo y brillante, como el de una fresa. No era un color natural, aquello no podía ser saludable. Sus ojos crecieron, reflejaron su pánico. Entonces algo increíble sucedió. El enorme contorno de Juan se redujo gradualmente. Su figura redondeada fue encogiéndose, como si fuera un globo inmenso que perdía aire. Abrió la boca, pero no emergió sonido alguno.

Miguel se quedó paralizado sin saber qué hacer, no daba crédito a lo que veía. Juan pesaba más de ciento treinta kilos y ahora no podía superar los noventa, no, ochenta como mucho, y seguía perdiendo. Cayó al suelo. Zeus ladró.

Juan golpeaba las baldosas con las manos y los pies, se agitaba sin control. Cada vez estaba más rojo. Le salía humo de la piel. Miguel creía que iba a arder de un momento a otro.

Y de repente se quedó quieto, tumbado boca arriba con los ojos cerrados. Parecía que se había desmayado. Dejó de manar humo de sus poros. El color rojo empezó a desvanecerse lentamente y el peso regresó a su cuerpo, que se hinchó. Miguel no entendía nada, pero se alegró de que su amigo estuviera regresando a su estado anterior. Eso debía de ser bueno. Lo que sea que le hubiera sucedido ya estaba pasando.

En un minuto recuperó su volumen corporal y su tono de piel.

Miguel se acercó despacio, luchando contra el miedo que le dominaba. Ya estaba cerca. Un paso más. Alargó la mano.

Juan abrió los ojos.

—Mis disculpas, caballero —se incorporó y miró a su alrededor—. Esto está bastante bien, me gusta. Ya era hora de que me tocara algo agradable.

—Juan, ¿estás bien? —Miguel aún estaba aturdido.

—¿Juan? —preguntó Juan—. ¿Es ese mi nombre? ¡Pues no me gusta! Le falta carácter.

—Has debido golpearte la cabeza —dedujo Miguel—. Estás muy raro.

—¿Por qué me ladra ese chucho? Bueno, a lo que iba. Espero estar en Madrid, porque detesto viajar.

Miguel titubeó. El golpe debía de haber sido más fuerte de lo que había imaginado.

—Sí, estás en Madrid. —Se sintió raro diciéndolo—. Tranquilo, debes calmarte, averiguaremos qué te ha pasado.

—¿Parezco inquieto? —se extrañó Juan—. Qué raro. Yo me encuentro estupendamente. Hacía años que no me sentía tan bien. Y sigo en Madrid, perfecto, todo me sale bien hoy. Bueno, pues le agradezco su amabilidad, buen hombre. Ahora debo marcharme.

Se dirigió a la salida de la tienda. Miguel tenía que impedirlo. Juan necesitaba atención médica urgente.

—¡Espera! No puedes irte. Has olvidado algo.

Juan se detuvo, le miró.

—Es verdad. ¿En qué estaría pensando? —Alargó la mano y cogió una jaula que contenía un jilguero—. Este me servirá. Gracias por recordármelo.

—Pe... pero... yo...

—No debe preocuparse, buen hombre. Yo siempre pago. —Rebuscó en sus bolsillos sin éxito—. Vaya... Ya sé. Volveré más tarde a pagarle.

Miguel experimentaba serias dificultades para hablar. El aire de irrealidad que le envolvía paralizaba su mente.

—No... No puedes...

—¡Pero cómo se atreve! —se encendió Juan de improviso—. Yo siempre pago mis deudas. Su insinuación me ofende, caballero. He dicho que volveré y lo haré. ¡Faltaría más!

Y se marchó, con la jaula bajo un brazo, y dejando a Miguel en la más absoluta confusión.



El arte de grabar runas la maravilló. Sara admiró la destreza de Diego, los trazos finos, precisos, entrelazándose en formas complejas que componían símbolos, «símbolos de poder», como él los llamaba.

Los movimientos del niño eran una exhibición de destreza. La runa que estaba grabando era bastante complicada, en su opinión, pero Diego la dibujaba sin esfuerzo, con la despreocupación que otorga la seguridad de saber que se está realizando una tarea sencilla, que se domina a la perfección.

—Es cuestión de práctica —dijo el niño adivinando sus pensamientos.

—Yo necesitaría años para poder grabar ese símbolo en una bañera con tanta soltura.

—No flipes, tía. Si lo hago yo, lo puede hacer cualquiera —agregó restándose importancia.

—Pues a mí me parece difícil —insistió Sara.

—Si me vieras grabar otras runas, verías lo torpe que soy. Lo que pasa es que estas me las sé de memoria, está chupado. En un par de meses también las dominarás tú.

Ella lo dudaba seriamente, pero no replicó. Siguió observando muy concentrada.

La bañera era un modelo antiguo, de esas que tenían cuatro patas pequeñas y podían moverse, no como las modernas, que eran estructuras fijas, parte integral del diseño del cuarto de baño. Según le había explicado Diego, el modelo que estaban reforzando con las runas era de plomo.

Los símbolos se grababan con una estaca, una especie de palo afilado, terminado en punta, de un palmo de longitud. El nombre de estaca venía de una historia muy enrevesada que el niño le había contado acerca de un brujo que había matado un vampiro atravesándole el corazón. Luego añadió que tenía que ser mentira porque los vampiros no mueren así, hay que cortarles la cabeza, con lo que Sara se quedó bastante confusa.

Las estacas podían estar hechas de diversos materiales, apropiados para grabar en diferentes superficies. La del niño parecía de cristal, pero él insistía en que no lo era.

—Está hecha de polvo de diamante —había dicho cuando Sara le preguntó—. Es de las mejores estacas que hay. Sirve para casi todo, aunque el diseño es un poco soso, no mola mucho.

—¿La has hecho tú?

—¿Yo? —Diego dejó de dibujar, la miró como si estuviera loca—. Las estacas solo las pueden hacer los brujos. Ni siquiera sé lo que es el polvo de diamante. Así es como ellos llaman al material que han empleado. A mí también me parece cristal. La primera vez que compré una creí que querían timarme. Cuestan una pasta, ¿sabes? Pero cuando grabas algo con una de estas preciosidades se nota la diferencia. ¿Ves lo suavemente que se desliza?

Sara lo veía, claro que no podía comparar si otras estacas se arrastraban con mayor dificultad.

—Si no sabes de qué materiales está formada la estaca, ¿cómo puedes estar

seguro de que su precio es justo?

—Por los resultados —contestó Diego—. Es como comprar una raqueta de tenis. ¿Tú sabes que es la fibra de carbono? ¿O cualquier otro material que indiquen en la composición? No, pero sopesas la raqueta, la mueves en el aire y la pruebas. Además, hay mucha gente con la que hablas sobre diferentes modelos y comparas resultados.

—Entiendo. —El símil con la raqueta la ayudó a verlo con más claridad—. Pero, siguiendo con tu ejemplo, las raquetas pueden ser fabricadas por diferentes empresas. Si las estacas solo las crean los brujos, pueden pedir lo que quieran.

—Y eso hacen, los tíos —rió el niño—. Tienen que ganarse la vida. De todos modos, hay varios clanes de brujos y a veces se hacen la competencia. Dicen que hace tiempo se aliaron todos para subir los precios y fue una putada. Estuvieron a punto de ocasionar una pequeña guerra contra ellos.

—¿Tan difícil es fabricar una estaca?

—A lo mejor está chupado. Nadie lo sabe. Los brujos guardan el secreto con mucho cuidado. Es la base de su poder económico. Eso y los ingredientes que utilizan para los grabados. Ha habido intentos de crear estacas por parte de otros, pero que yo sepa nadie lo ha conseguido.

Los ingredientes eran polvos a simple vista. El niño tenía dos frascos con esa extraña sustancia, de diferentes colores. Le había dejado a Sara tocarlos.

—Parece ceniza —había dicho ella.

—Sí, pero mira esto.

Diego metió la punta de la estaca en el bote. Los polvos se pegaron a la punta. Luego la deslizó sobre la superficie de la bañera y la ceniza verde se fue transformando en una estela de pintura del mismo color, antigua y gastada, como si la hubieran pintado hacía cien años.

—Impresionante —dijo la rastreadora pasando la mano por encima—. Ni siquiera se nota al tacto.

—Es porque el material es de primera. Se llama polvo de meteorito. A saber qué mierda será en realidad, pero así lo denominan los brujos. Cuesta un huevo, pero las runas duran que no veas.

—¿Y el otro frasco?

—Ese es aliento de dragón y es el más caro con diferencia. Es muy especial. Sirve para desdibujar las runas de otros. Cuesta una verdadera fortuna. Hay quienes dicen que ya no se puede fabricar más, pero yo creo que es un rumor de los brujos para inflar los precios.

—¿Hay de más tipos?

—Muchos. Los ingredientes afectan de diferente manera a las runas. Algunos se pueden combinar. Esta runa, por ejemplo —dijo señalando una de las que estaba dibujando en la bañera—, es un refuerzo, una protección. Si hubiera mezclado ese

ingrediente con sal de azufre, además de aumentar la resistencia, haría que los objetos que lo golpeen se queden pegados, pero duraría mucho menos. Se utiliza en algunos escudos.

Sara no salía de su asombro. Le surgieron miles de preguntas.

—¿Y cómo se sabe todo esto? ¿Se hacen pruebas para ver los efectos?

—De nuevo, los brujos. Ellos conocen las combinaciones, fabrican los ingredientes, mantienen el secreto y se llevan la pasta. Algo que nadie diría porque parecen todos unos indigentes. No sé qué hace falta para ser un buen brujo, pero bañarse y usar ropas limpias seguro que no. Son gente insalubre, de tonos pálidos y enfermizos —añadió sintiendo un escalofrío.

A Sara le costó formarse una idea clara del aspecto de un brujo. Si controlaban el mercado de las estacas y sus ingredientes deberían ser ricos, o eso es lo que ella imaginaba. En su mente les veía como a Mario Tancredo, con trajes caros y rodeados de lujo. Pero el niño decía que parecían indigentes. No le veía el sentido.

—No parecen caerte muy bien —opinó.

—En realidad no me caen mal. Sus chanchullos molan. Hacen runas chulas y tal. Pero son muy cerrados. Nadie puede entrar en sus clanes. Escogen a sus miembros cuando son muy jóvenes, de menos de cinco años en la mayoría de los casos. Lo hacen para que no haya filtraciones. Están un poco paranoicos. Y nadie ha conseguido sonsacarles nunca sus secretos. Eso es algo que me pone a parir, de verdad. Es que soy muy curioso. Un grupo de vampiros violentos capturó a uno medianamente importantillo hace mucho, le torturaron durante treinta años y no consiguieron nada de él. También se sabe de un mago que trató de leerle la mente a un brujo, pero fracasó. Parecen ser inmunes a las runas de penetración mental.

—¿Y espíándoles?

—Es casi imposible. Nadie sabe dónde se ocultan en realidad. Se mueven por las cloacas, pero se desconoce su lugar de residencia y fabricación de mercancías. Es un mecanismo de defensa.

—¿Tantos enemigos tienen?

—La verdad es que sí. Ellos se definen como neutrales. Hacen tratos con todo el mundo, con los magos un poco menos, es con los que peor se llevan con diferencia. Pero todo el mundo ansía sus conocimientos, y ellos a veces se aprovechan de su posición privilegiada. Es complicado. A mí, de todos modos, esos rollos políticos no me van. Nosotros conocemos a un brujo que nos hace buenos precios porque el Gris le ayudó con un espectro que le acosaba. Tiene un puesto en el Rastro.

—¿El Rastro de Cascorro?

—Sí, ¿te extraña? Es un mercado al aire libre, un gran lugar para captar clientes.

—No he visto nunca objetos como estos en ningún puesto del Rastro.

Sara se paseaba por el Rastro con frecuencia. Le encantaba. Era el mercadillo de

Madrid por excelencia. No había una sola guía de viaje de la capital que no lo incluyera y recomendara su visita. La variedad de objetos que se podían encontrar en sus cientos de puestos era prácticamente ilimitada.

—Pues claro que no lo has visto —dijo el niño—. Hay que saber mirar. De todos modos, el puesto de ese brujo es solo un punto de encuentro. Las estacas y los ingredientes los guarda en un almacén protegido. Ya le conocerás, no te preocupes.

Sara se estaba relamiendo con la idea. De haber sido domingo, que es cuandoabría el Rastro, le hubiese pedido a Diego que la llevara ahora mismo.

—Hay algo que no entiendo —dijo Sara con gesto reflexivo—. Las runas, los ingredientes y todo lo que me has explicado, ¿cómo lo aprendieron los brujos? ¿Quién les enseñó a ellos?

—Eso no deja de ser un misterio —explicó Diego en tono conspirador—. Los rumores dicen que tienen una página de la Biblia de los Caídos, la más importante, tal vez más de una. Algo así como el glosario.

Sara conocía una leyenda en torno a ese libro, pero siempre creyó que no era más que un cuento.

—¿Quieres decir que ese libro existe? ¿No es una invención?

—Oh, no, qué va. Existe, te lo aseguro. Y se cree que de ahí provienen las runas.

Sara meditó sobre ello. La Biblia de los Caídos era el libro más importante de toda la existencia, según la leyenda. Dios ordenó a Satán que lo entregara, pero este se negó, y esa fue la causa de la guerra del cielo y de su expulsión. Satán se resistió hasta el último instante, se aferró al libro con todas sus fuerzas. Cuando fue arrojado al infierno, junto con sus seguidores, los ahora llamados caídos, logró conservar una parte del libro, mientras que la otra quedó en poder Dios. El libro se rasgó por la mitad y sus páginas se desperdigaron por el mundo.

Se cree que la única razón de que los ángeles vinieran es recuperar las páginas perdidas de la Biblia de los Caídos, por eso no suelen prestar atención a los asuntos humanos. El libro encierra el mayor de los secretos, algo capaz de llevar a Dios a la guerra.

También se contaba que hay numerosas sectas y organizaciones buscando las páginas perdidas. Las principales guerras de la humanidad estuvieron motivadas por la recuperación de fragmentos de ese texto. Dicen que Hitler siguió una pista por toda Europa y por eso se inició la segunda guerra mundial; incluso se llegó a creer que la pista le llevó a Rusia y que eso le obligó a invadirla, rompiendo el pacto de no agresión que habían firmado.

Los rumores también relacionaban la peste que azotó Europa en la edad media con algo que unos brujos habían sacado de ese libro. Sara no había entendido esa parte de la leyenda hasta ahora. De ser cierto, imaginó que hacía referencia a los brujos probando sus conocimientos e ingredientes tal y como le había explicado

Diego, lo que implicaba que la peste era el resultado de una runa mal empleada.

Otras historias contaban que las páginas de la Biblia de los Caídos habían servido como pago o intercambio entre bandos enemigos. Los licántropos estuvieron a punto de ser extinguidos, pero negociaron una tregua con los vampiros entregando algunas páginas que poseían y consiguieron sobrevivir.

La cultura alrededor de ese libro era inmensa. Fábulas, cuentos, religiones... había de todo. Los más fanáticos explicaban el curso de la humanidad y sus acontecimientos más significativos a partir de las páginas perdidas.

Desde luego no era un mal lugar para buscar el origen de las runas.

VERSÍCULO 16



—Queremos ver a nuestra hija —dijo Mario Tancredo.

La voz había recobrado su vigor característico y autoritario. Era una voz que había negociado acuerdos internacionales, segura de sí misma, una voz que ganaba millones de euros, que dirigía la vida de cientos de miles de empleados, que forjaba fortunas y aplastaba enemigos. Una voz ante la cual la gente reculaba, a la que no se oponía nadie.

—Pues no la vais a ver —replicó Álex con idéntica firmeza.

Estaba plantado ante la puerta de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, y el rostro serio e inflexible. Elena se separó de su marido, repasó a Álex con una mirada dulce, entreabriendo los labios.

—No hace falta que seas tan estricto —susurró. Se inclinó un poco hacia adelante, colocando su escote en la línea visual de Álex—. No puede haber nada de malo en que unos padres quieran ver a su hija, ¿no crees? —Pestañeó de un modo sugerente—. Solo queremos hablar con ella, ver que está bien.

—Está perfectamente —fue la seca respuesta de Álex.

Mario tiró del brazo de su mujer.

—Seamos claros —propuso—. Entiendo que te hayan ordenado custodiar la puerta, pero esto no es el ejército. Solo queremos ver a nuestra pequeña unos minutos. Nadie se enterará. Y por supuesto te compensaré por las molestias.

—Guarda tu dinero —atajó Álex. El millonario devolvió su billetera al bolsillo de la americana—. Y a tu mujer. No me interesa ninguna de las dos cosas.

Elena bufó y tembló de rabia. Mario alargó el brazo para impedir que se lanzara sobre Álex.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —dijo el millonario con tono amenazador.

—Para que no perdamos el tiempo —repuso Álex—, podéis ahorraros vuestros sobornos, chantajes y amenazas. No me importan en absoluto, y vuestra hija tampoco. Lo que tenéis que entender es que no vais a cruzar esta puerta. Si os supone algún problema, tendréis que apartarme a mí. Podéis intentarlo cuando queráis.

Mario se encendió, apretó los dientes.

—Tú te lo has buscado, imbécil. ¡Voy a entrar por las buenas o por las malas!

Álex ni siquiera pestañeó, le miró con los brazos aún cruzados sobre el pecho.

Esa muestra de desprecio fue demasiado para Mario. El millonario se abalanzó sobre él con las manos por delante.

Hubo un movimiento brusco, muy rápido. Las manos de Mario tropezaron con algo sólido y cilíndrico. El millonario miró confundido lo que se había interpuesto en su camino.

—¿Un martillo? —rugió. Miró a un lado—. ¡Miriam! ¡Apártate! —No le importaba de dónde había salido la centinela, solo quería demostrarle a ese guaperas engreído con quién se la estaba jugando.

—Detente, Mario. —El Gris apareció junto a él, silencioso, puso una mano sobre su hombro—. Verás a tu hija muy pronto. Confía en mí.

Elena le atravesó con la mirada, sin disimular el odio que le profesaba. Las palabras del Gris apaciguaron a Mario. El millonario agitó la cabeza, se frotó los ojos como si tuviera problemas de visión. Demasiada tensión en los últimos días.

Miriam le contemplaba indiferente, a un paso por delante de Álex, que permanecía en la misma posición, muy tranquilo.

—Quiero verla —dijo Mario. No llegó a sonar como una súplica, pero el tono había rebajado considerablemente su dureza.

—Lo harás —repuso el Gris—. Te dije que regresaría al caer el sol.

Mario asintió con desgana. Le importaba un bledo el sol y toda la Vía Láctea. Incluso su entramado empresarial había quedado relegado a un triste rincón de su mente, algo que jamás había experimentado, ni siquiera cuando nació Silvia. Sus negocios siempre habían sido su vida, pero ahora era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera recuperar a su hija.

—¡Papá! ¿Papá, eres tú? —La voz llegó desde el otro lado de la puerta.

—¡Soy yo, cariño! —contestó Mario—. Estoy aquí.

—¡Ven, papá! ¡Estoy sola! ¡Tengo miedo!

Sí que parecía asustada. Era una voz frágil y temblorosa, la voz de su niña. Mario se impacientó, dio un paso.

—No hables con ella —dijo el Gris—. No es tu hija. El demonio la está utilizando.

—¿Estás seguro? —preguntó el millonario—. Desde ayer no ha vuelto a hablar con esa voz monstruosa, ni ha hecho nada que demuestre que sigue poseída. A lo mejor el demonio se fue tras la pelea.

—Hay que ser ingenuo... —soltó Miriam—. Un demonio no abandona su presa así como así.

Los severos rasgos de Mario se tensaron.

—¡Quieto! —ordenó el Gris. El millonario se detuvo—. Miriam, Álex, retiraos de la puerta. —Álex obedeció de inmediato. La centinela dudó, le interrogó con la mirada. Tardó unos segundos en apartarse—. Escúchame bien, Mario. Decide qué

quieres hacer de una vez y no me hagas perder mi tiempo. En esa habitación está tu hija, y dentro de ella, un demonio. Si no me crees y piensas que solo está Silvia, ve con ella. Adelante, nadie te lo impedirá. Pero nosotros nos iremos. En cuanto pongas un pie en la habitación se acabó, si el demonio te despedaza, será tu problema. No voy a arriesgar más mi vida ni la de nadie de mi grupo por alguien que no acepta la verdad. Si quieres mis servicios como exorcista lo haremos a mi manera. Es la última vez que lo repito. Tú decides.

El Gris también se apartó. Apoyó la espalda contra la pared y despejó el camino hasta la puerta.

Silvia volvió a llamar a su padre, con mayor desesperación, suplicando por su ayuda.

—No lo puedo consentir —intervino Miriam—. No puedo dejar que entre él solo con un demonio.

—Es su problema —sentenció el Gris—. Tú has venido a por mí, y ya me tienes. No te metas.

—Puedo ver cómo un hombre asesina a sangre fría a un bebé —le recordó ella—, cómo violan a una niña y cómo torturan a una familia entera. Mientras sean problemas entre seres humanos, no me inmiscuyo, pero el código me obliga a impedir que un idiota sea devorado por un demonio.

—Entonces vamos a tener un problema tú y yo —aseguró el Gris.

La encaró, apretó los puños. Su gabardina ondeó sobre su espalda. La centinela bajó la mano, palpó el mango de su martillo.

—No os peleéis —pidió Mario. Contenía la rabia a duras penas, mordiendo su labio inferior—. No entraré. Quiero que la liberes, Gris. Aceptaré tus condiciones.

—Bien. Vamos a cerrar el pacto —dijo el Gris. Miró a Álex—. Trae al niño y a Sara, y preparadlo todo. —Álex se fue—. Por aquí —les dijo a Mario y a su mujer.

Señaló la siguiente puerta del pasillo con un gesto.

—¡No me toques! —le increpó Elena—. Sé ir yo sola.

Sus tacones se dirigieron a la habitación contigua. Mario la siguió.

—Cierra la puerta —ordenó el Gris cuando estuvieron todos dentro. Miriam lo hizo—. Conoces el trato. Un día reclamaré tu alma y tú me la darás, sin preguntas, sin vacilaciones, sin importar qué estés haciendo. Cuando ese momento llegue me la entregarás, y la deuda quedará saldada.

—Ya lo sé —murmuró Mario de mala gana.

Elena dijo algo por lo bajo, pero Mario no lo escuchó.

—Hay un detalle del que tengo que advertirte, aunque ya lo sepas. Tu alma te será devuelta pero no puedo garantizar en qué estado. Hay efectos secundarios que se han dado en muy escasas ocasiones. Es importante que tengas en cuenta que hay riesgos.

—No puedo creer que vayas a hacerlo —dijo Elena.

—Lo hago por Silvia.

—¡Ni siquiera sabes quién es! —repuso ella, furiosa—. ¿Cuánto tiempo has pasado con ella en toda su vida? ¿Media hora? Siempre ocupándote de tus asquerosas empresas y de tu dinero de mierda. Nunca jugaste con ella, ni le enseñaste nada, ni la ayudaste con los deberes. No has sido un padre en tu puta vida.

Mario inclinó la cabeza.

—Así la compensaré por mi falta de atención.

—Hay otro peligro del que no te ha advertido el Gris —dijo Elena—. Cuando pagues la deuda, le entregarás algo más que tu alma. Para cuando te la devuelva, Silvia y yo nos habremos ido. No me quedará junto al monstruo en que te habrás convertido. A saber qué hará ese con las almas que roba. No es natural darle tu alma a otro, no puede ser bueno. Dios no lo aprobaría.

—Hay una centinela presente. Es un intercambio legal —argumentó él.

—¿Me tomas el pelo? ¿Te refieres a una mujer que asegura que puede observar una violación y el asesinato de un bebé comiendo palomitas como si viera una película? Alguien así no puede representar a Dios, diga lo que diga. Por eso camina junto a aquel que no tiene alma, aquel que hace tratos para conseguir las almas de otros. ¿No te recuerda al modo de actuar de alguien? Que yo sepa los ángeles no hacen ese tipo de tratos, los hacen los demonios.

—Que yo sepa, los ángeles no poseen el cuerpo de niñas de ocho años, lo hace un demonio. Así que puede que necesitemos a otro demonio para luchar contra él. Tú no tienes por qué preocuparte, cielo, es mi alma lo que está en juego, así que deja de darme el coñazo de una vez. No voy a volver a discutirlo.

Elena refunfuñó, rabió, dio un manotazo al aire.

—Espero que sufras por esto.

Mario no respondió. Miró al Gris.

—Estoy listo —dijo ladeando la cabeza—. Cuando quieras.

—¿Dónde lo prefieres?

—En el brazo —contestó el millonario.

—Remángate. —El Gris estudió el brazo de Mario, lo sujetó por la muñeca y por el hombro—. Miriam, ayúdame.

La centinela se colocó al otro lado de Mario para agarrarle por el otro hombro.

—Puedo yo solo —dijo con orgullo el millonario.

Una gota de sudor resbaló por su mejilla.

—No, no puedes —le contradijo el Gris.

Apretó las manos. Mario tensó los músculos en un acto reflejo. Notó cómo dejaba de circular la sangre por el brazo que sujetaba el Gris. Sus manos de tacto frío eran dos torniquetes dolorosos. La presión aumentó. Se le escapó el primer gemido. El dolor crecía, abrasaba. Gritó de nuevo.

Empeoró. El tormento se volvió insoportable. ¿Cuánto tiempo faltaría? No resistiría mucho a ese ritmo. Ya no sentía la mano, pero desde la muñeca al hombro todo era un sufrimiento atroz. El dolor seguía creciendo. Ahora Mario chillaba con todas sus fuerzas, desesperado porque la tortura acabase de una vez. Era vagamente consciente de que su cuerpo convulsionaba y vio a Miriam sujetándole. Empezó a sudar abundantemente.

Ya no podía más. Se desmayaría sin remedio y se dio cuenta de que lo deseaba. Perder el sentido sería una bendición en aquellas circunstancias. Su voz cambió, se deformó, sus aullidos perdían fuerza. Debía de estar quedándose afónico.

Entonces, las manos del Gris se iluminaron, y fue cuando empezó el dolor de verdad. Empezó a salir humo del brazo de Mario. Olía a pelo quemado, y de pronto, brotó una llama. Era fina, de un palmo de altura aproximadamente. Mario soltó un alarido inhumano. La llama se movió, se extendió por el brazo. Trazó una curva, luego siguió recta. Iba dejando una estela de fuego a su paso. Mario retiró la vista, estaba asustado y el corazón parecía a punto de reventar. Meter el brazo en un volcán no podía ser peor que lo que estaba soportando.

El fuego siguió deslizándose sobre la piel, dibujando, quemando. Y en un momento dado, desapareció. El Gris retiró las manos y Mario se desplomó en el suelo. No fue consciente de cuánto tiempo pasó hasta que su respiración se normalizó y fue capaz de alzar la cabeza. Aún salía humo de su brazo. Tenía un tatuaje horrible, formado sobre piel abrasada y ennegrecida. Comprendió que era una runa.

—Si de mí dependiera —le dijo Elena al oído—, te haría otro dibujito de esos en cada extremidad de tu cuerpo.

VERSÍCULO 17



La bañera estaba completamente rodeada de runas.

—Tengo que admitir —dijo Diego supervisando el resultado— que cada vez lo hago mejor. Soy la hostia. —Rodeaba la bañera para repasarla desde todos los ángulos posibles—. Es que no se me ha escapado ni un solo trazo, joder. ¡Qué bueno soy! El exorcismo va a funcionar gracias a mí, tía. Y luego el mérito se lo llevará el Gris. ¡Qué injusto! Es como si yo fuera el compositor y él el cantante del grupo...

Sara cada vez se divertía más escuchando los desvaríos de su pequeño maestro de runas. Se concentró una vez más en memorizar la estructura principal de símbolos, el patrón que se repetía una y otra vez creando la protección. Consistía en una runa principal, bastante grande. A su alrededor se grababan otras más pequeñas, cuidando la posición y la distancia. La colocación era esencial, según había recalcado Diego. Había símbolos principales que eran indispensables, como el esqueleto sobre el que se apoyaban los demás. Las runas secundarias añadían matices o potenciaban efectos concretos. El niño creía que era una especie de lenguaje, con sus verbos, sustantivos y demás elementos propios de la oración. De ese modo, combinando varias runas se podía alterar completamente el significado de una de ellas, y también elevaba al infinito las posibilidades. Claro que también se podían crear combinaciones que no significaran nada en absoluto. Lo cierto es que era un tema tan complejo como fascinante.

Diego casi había agotado el frasco con el ingrediente que había empleado para grabar los símbolos. Se consumía más rápido de lo que había imaginado. Cada vez que manchaba la estaca, solo le daba para tres o cuatro trazos. El niño le contó que una vez tuvo una estaca que apenas gastaba ingredientes, pero la perdió en un cementerio y no se atrevió a volver para buscarla.

—Ha quedado muy bien —dijo Sara.

Pasó la mano por la superficie de la bañera, sobre el símbolo principal.

—¡No lo toques! —gritó el niño, angustiado.

Sara retiró la mano como si se hubiera quemado el dedo.

—¿Se estropea el dibujo?

—No. ¡Pero tenías que haber visto la cara que has puesto, novata!

A Sara no le pareció tan gracioso, lo encontró infantil. Diego se retorció de risa.

—Veo que la maldición no te impide gastar bromitas tontas.

Le molestaba que no se lo tomara en serio. Ella se estaba esforzando por aprender, por ser útil.

El niño todavía se rio unos segundos más.

—Bueno, rastreadora, no te enfades —dijo con la respiración agitada—. Vamos a luchar contra un demonio, un sucio habitante del infierno. Si no recurro al humor, me meo de miedo.

—¿Me explicas ahora qué hacen exactamente las runas que hemos grabado?

—Vale, tía. —El niño adoptó de nuevo su actitud seria y profesional, como la de un maestro transmitiendo su saber—. Esta parte, la que rodea la bañera, es una barrera, para que no escape la niña.

—¿Y esos símbolos más pequeños?

—Esos los añadimos para reforzar la estructura, para que resista los golpes del demonio. Estos otros que se intercalan son para crear frío. —Sara arrugó la frente. Diego prosiguió la explicación—. A los demonios les jode mucho el frío, así que vamos a congelar a la niña.

—¿Pero eso no le hará daño?

—Toma, claro. ¿Cómo crees que se hace un exorcismo?

Sara titubeó, dejó en suspenso lo que iba a decir. Cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de en qué consistía el procedimiento, pero a juzgar por la naturalidad de la pregunta de Diego, debía de ser algo que todo el mundo conocía.

—¿No se emplean oraciones y rezos para expulsar al espíritu? —preguntó con temor, como quien sabe que está diciendo una estupidez pero no tiene otra alternativa.

—¡Ja! ¡Menuda parida! —El niño volvió a reír—. Puedes leerle la Biblia entera a la niña, y bautizarla si te apetece, así verás lo que es un demonio descojonándose de risa, y con esa voz que tiene la bicha, el espectáculo puede ser la leche.

—Está bien —refunfuñó Sara—. ¿Cómo se hace? Se supone que tienes que enseñarme, no reírte de mí.

—Puedo hacer ambas cosas. Además, solo tengo que enseñarte a grabar runas. Lo demás te lo cuento porque soy un tipo majo. —Sara asintió, más para complacer el ego del niño que porque estuviera de acuerdo—. El procedimiento está chupado. Se pone en peligro la vida del huésped y el demonio saltará a otro cuerpo, para evitar que lo destierren.

Sara no lo vio tan sencillo como insinuaba el tono despreocupado del niño, sino que más bien le pareció peligroso. La duda principal era obvia.

—Si el demonio salta a otro cuerpo, no se habrá resuelto el problema.

—Muy aguda, tía. Si consiguiera meterse en otro huésped, desde luego sería una chapuza de exorcismo. Y si eso se llegara a saber no creo que nadie nos volviera a

llamar para un trabajo parecido. Por eso casi nadie usa ese método. Pero nosotros tenemos a nuestro querido Gris. Él no puede ser poseído. Cuando el demonio lo intente, el Gris le dará una patada en el culo.

Efectivamente, el plan sonaba sencillo.

—¿El Gris es inmune a las posesiones? —preguntó la rastreadora.

—Es una de las ventajas indirectas de no tener alma —explicó Diego acariciando su lunar—. No todo iban a ser inconvenientes. Verás, tía, las posesiones se basan en dominar el alma del huésped. Esos demonios cabrones se funden con el alma de su víctima y la someten, y así es como controlan el cuerpo. Si tuvieran carne propia no se molestarían, te lo digo yo. De hecho, los que tienen cuerpo... cuidadito con ellos. Esos sí que son peligrosos. Los que son solo espíritus y necesitan poseer humanos son unos mierdecillas, unos *pringaos*.

Ahora lo vio con más claridad. Sara había escuchado a Mario decir, cuando discutía con su mujer, que había contratado al Gris porque le habían dicho que era el mejor exorcista, que disponía de un método único. Era evidente que nadie más podría encargarse de un exorcismo de esa manera.

Seguía teniendo muchas dudas, la mayor de ellas concerniente al peligro que correría la niña, pero en su mayor parte estaba asombrada, intrigada cada vez más por el Gris y su particular situación.

Quería seguir preguntando, pero Álex irrumpió en la habitación dando un portazo. Caminaba deprisa, con gesto seguro, autoritario y un tanto arrogante.

—Espero que hayáis terminado los preparativos —ladró sin miramientos.

Sara se sintió intimidada. Aún tenía muy presente su confrontación, en la que Álex le había dejado muy claro que no la quería en el grupo.

—Todo en orden —anunció el niño fingiendo obediencia—. Y no ha sido gracias a tu ayuda, precisamente. ¿El señor ha descansado bien?

Sara disimuló una sonrisa.

—Llevad la bañera a la habitación de la niña —ordenó Álex.

—¡Eh, un momento! —dijo Diego—. ¿Crees que podemos solos? Esto pesa un huevo, macho. Ya puedes echar una manita o aquí se queda.

—El abogado viene ahora a ayudaros —dijo Álex cerrando la puerta a su espalda.

—Te juro que nunca he visto a un tío con tanto morro —dijo el niño—. Algún día me pedirá un favor, que le cure, seguramente. Es solo cuestión de tiempo. Pero ese momento llegará, y me voy a acordar de todas las veces que ha pasado de mí. Ya verá.

Sara compartía el disgusto del niño hacia Álex. No comprendía su actitud. Podía entender que él no la quisiera en el grupo, pero tampoco daba la sensación de llevarse bien con Diego, aunque sí le aceptaba. Su comportamiento no fomentaba el espíritu de equipo, más bien lo contrario. El Gris no debería consentirlo, a menos que...

Se le ocurrió que aún no sabía qué rol desempeñaba Álex en el equipo. Tal vez él fuera el líder y ella no se había dado cuenta. No, el niño no le guardaba el menor respeto, no se dirigía a él como a un jefe o un superior, claro que aún no le había visto contener su boca ante nadie. Por otra parte, si Álex fuera el líder, la habría expulsado hacía tiempo.

Sara se sintió confusa. Estaba claro que había algo más que aún no sabía de Álex y de su relación con los demás, en particular con el Gris. Iba a preguntar sobre ello a Diego, pero el abogado de Mario Tancredo entró en la habitación. Tomó nota mental de indagar sobre Álex más adelante, cuando tuviera ocasión.

—Vamos allá —dijo el abogado remangándose y apoyando las manos en la bañera.

Pesaba demasiado. Solo hizo falta un intento para comprobar que era imposible levantarla, que no conseguían mantener el equilibrio. El abogado les acusó de ser unos debiluchos y estalló una pequeña discusión cuando el niño replicó con su estilo tan poco comedido. Sara estaba demasiado cansada para mediar entre ellos.

—¿Y si la arrastramos sobre una alfombra? —preguntó tras unos segundos.

Funcionó. No fue fácil, pero lo lograron. Hicieron un buen destrozo por el camino, sobre todo al doblar las esquinas y al atravesar las puertas, pero no les importó a ninguno. Y seguro que Mario podría permitirse una reforma en el chalé para cubrir los desperfectos.

Por suerte, la niña, o mejor dicho, el demonio, estaba durmiendo. Sara se obligó a no olvidar que era un enemigo muy peligroso a pesar de su aspecto. Ahora parecía una chica corriente, un tanto desnutrida y enfermiza, pero inofensiva, nada comparado con la bestia que había visto la primera vez.

Arrastraron la bañera hasta dejarla a un par de metros de distancia.

—Yo no me acerco más —dijo Diego.

Sara se alegró al oír eso. Ella también tenía miedo. El suelo y las paredes alrededor de la pequeña Silvia estaban llenos de zarpazos y desconchones. No le apetecía lo más mínimo ponerse al alcance de las manos de esa niña, por muy inocente que fuera su apariencia.

Silvia estaba sentada, con los brazos en alto sujetos por las cadenas. Su cabeza colgaba inerte hacia un lado, medio cubierta por el pelo, con los ojos cerrados. La respiración era lenta y suave, a pesar del ruido que habían hecho arrastrando la bañera.

—¿No hay que meter a la niña dentro? —preguntó el abogado.

—Cuando venga el Gris —contestó el niño.

—Pero si está dormida...

—Pues hazlo tú si te atreves, tío valiente.

—Si me ayudáis a acercar la bañera...

—¡Que no, tío! —se enfadó el niño—. No sé si es eres medio tonto o tienes fiebre. ¡Que no te puedes acercar a ella! ¡A ver si lo pillas de una vez! ¿Y tú eres el abogado de un delincuente millonario? Sí que debes ser bueno en cuestiones legales, macho, porque en sentido común...

El abogado se encogió de hombros.

—Bueno, pues yo me largo. Avisaré a los demás.

Sara no podía separar los ojos de Silvia. Parecía tan cruel mantenerla encadenada... Se preguntó si le dolerían las muñecas.

—¿No le despiertan los ruidos?

Diego dio una palmada. La pequeña Silvia ni se inmutó. El niño dio otra palmada, más fuerte que la primera, y luego otra.

—Me molaría tener un sueño tan profundo —dijo con una nota de envidia—. Dormir bien es muy bueno para la salud. Me pregunto si los demonios dormirán en el infierno. Ya lo averiguaré. Pero no nos dejemos engañar por esta pequeñaja. Ni se te ocurra acercarte a ella. Yo no pienso hacerlo ni loco.

—Tú siempre tan valiente, niñato —dijo una voz.

Sara y Diego se giraron. Miriam estaba en la puerta, con su melena rubia cubriendo sus hombros. Sonreía.

—No te burles, tía —repuso Diego—. Ya me gustaría verte en mi situación. A ver si le dabas un abrazo a un demonio y un beso de buenas noches.

—Te daré un beso a ti —dijo la centinela—, si no das mucho la tabarra esta noche con tus paranoias del infierno.

Después llegó el Gris, silencioso, con expresión indiferente. Se le veía bien, en mucho mejor estado que cuando se fue. Ya no cojeaba. Sus movimientos eran ágiles, elegantes, sus tacones no resonaban contra el suelo y su gabardina negra se podía confundir con una capa que le cubría entero. Estudió con sus ojos grises a la niña mientras saludaba.

Luego entró Álex. No dijo nada y se situó en una esquina cerca de las ventanas. En último lugar, llegaron Mario Tancredo y su mujer. El millonario ofrecía un aspecto lamentable, como si le hubieran dado una paliza. Llevaba la camisa mal metida en los pantalones y la corbata estaba aflojada. Caminaba despacio, con dificultad. Sus severos rasgos estaban flácidos, sudorosos y sin el menor atisbo de autoridad. Saltaba a la vista que le había sucedido algo.

Miriam permaneció junto al matrimonio y ayudó a Mario a sentarse en una silla. El Gris apartó a Sara y Diego a un lado.

—¿Has averiguado algo sobre Mario y su empresa? —preguntó a la rastreadora en un susurro.

Sara cruzó una mirada con Álex.

—Encontré una caja fuerte. Había mucha información económica... Creo que di

con algo extraño en los inicios de su primera empresa... No soy una experta, pero...

—No nos interesa su dinero —la interrumpió Álex—. ¿Alguna pista que nos lleve a un enemigo de Mario?

Sara le odió con todas sus fuerzas.

—No la agobies, Álex —dijo el Gris—. Voy a empezar el exorcismo, Sara. Si sabes algo sobre quién puede estar detrás de este asunto, mejor. Si no, no te preocupes, no habrá ningún problema. Es solo para evitar sorpresas desagradables.

—Tiene miles de enemigos —se justificó Sara—. Si esto es consecuencia de sus actividades empresariales, la lista es inmensa.

Se sintió una completa inútil. Si ella no estuviera allí, no habría cambiado nada. No aportaba ningún valor al grupo. No se atrevió a mirar al Gris, le hubiera dolido ver una expresión de decepción en su rostro. Prefirió soportar los ojos de Álex, de él se esperaba eso y mucho más. Y no le decepcionó.

—Es buena con las runas —dijo el niño—. Se le dan bien. Un poco de entrenamiento y las grabará con los ojos cerrados. A lo mejor he estado demasiado tiempo enseñándola y no ha rastreado mucho. ¡Ja! Así dicho, parece que sea un chucho, ¿eh? —se rio de su propia ocurrencia.

—Para ya, niño. —El Gris le zarandeó un poco—. ¿Encontraste la página?

La sonrisa de Diego se desvaneció.

—No. ¿Estás seguro de que la tiene?

Sara no sabía de qué estaban hablando.

El Gris afirmó con la cabeza.

—Hay que encontrarla antes de abandonar esta casa —le recordó en tono firme.

—Joder, pues la ha escondido bien, el delincuente —se quejó el niño.

—Está aquí —aseguró el Gris—. Luego la buscas. —Elevó el tono de voz, para que se escuchara en toda la habitación—. Estamos listos. Vamos allá.

El corrillo se disolvió. Álex regresó a su esquina, Diego fue a la bañera y el Gris se acercó a Sara, a su oído:

—No te preocupes, es tu primera vez. Observa y aprende. Quédate al lado de Álex. —Y le guiñó un ojo.

El gesto le gustó, le pareció que creaba un vínculo entre ellos, algo que no compartía con nadie más. Lo que no le gustó fue permanecer junto a Álex, aunque por suerte no hablaba mucho. Pero si Álex se quedaba apartado en la esquina, eso significaba que no participaba activamente en el exorcismo. Cada vez le intrigaba más su papel en el equipo. ¿Qué veía el Gris en él?

—La niña está demasiado tranquila —recalcó Miriam—. Estoy segura de que el demonio sabe lo que le espera. No he visto a ninguno que no se resista a un exorcismo.

El Gris hizo un gesto de aprobación tras repasar las runas de la bañera.

—Está todo guay, ¿eh? —dijo Diego alardeando—. Venga, busca algún defecto, no te cortes. —Le dio un codazo en la gabardina—. No hace falta que me lo agradezcas, tío triste, ya sé que te cuesta reconocer mi talento...

—¿Has marcado a la niña? —preguntó el Gris—. No veo ningún animal.

Diego se quedó petrificado.

—¡Mierda! —Pateó el suelo—. ¡Se me olvidó! ¡La he cagado! No puedo creerlo, lo tenía todo controlado.

—Cálmate —le tranquilizó el Gris—. Aún estamos a tiempo.

—No tenemos ningún animal —repuso el niño—. No fui a por uno. Es culpa mía, debería... —Su rostro se iluminó de repente—. ¿Y si usamos uno de los dobermanes?

—¡Esperad! ¡No empecéis sin mí! —tronó una voz desconocida.

Provenía del pasillo, acompañando a unas pisadas rápidas y muy pesadas.

—¿Estoy flipando o alguien más ha oído eso? —preguntó Diego.

El suelo retumbó un poco y un hombre obeso apareció bajo el marco de la puerta. Rebasaba los cien kilos con holgura. Se le veía apurado, jadeaba, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Llevaba algo grande y abultado sujeto con la mano derecha, cubierto con una tela oscura.

—¡Ya estoy aquí! —anunció en tono triunfal—. ¿Me he perdido algo? ¿Dónde está el dragón?

Sara buscó una explicación en la expresión de los demás. ¿Otro sujeto hablando de dragones? ¿Quién sería ese hombre tan grande?

—¡Plata! —El niño salió disparado y saltó sobre el hombretón. Casi desapareció entre los gruesos brazos que le rodearon—. ¿Dónde te habías metido?

¿Plata? Sara no entendía nada. Plata era mucho más alto y más delgado. ¿Sería otro amigo usando el mismo mote?

—Estaba cambiando, ya me conoces. ¿Qué te parece mi cuerpo?

Sara ya había escuchado esa pregunta antes. La formuló Plata y también se la hizo al niño. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué a nadie más le extrañaba?

Diego cerró un ojo y palpó la barriga del hombretón.

—Está un poco blando —apuntó—. Los has tenido mejores, pero ya sabes que yo te quiero igual.

—Mira esto. —El hombre separó las piernas y dio una vuelta sobre sí mismo. Acabó con una sonrisa inmensa.

—Ya no tienes problemas de equilibrio —dijo el niño—. Me alegro, tío. Aunque si te caes al suelo con este corpachón, tendrás otro tipo de problemas.

Aquello cada vez tenía menos sentido para Sara.

—Estoy mucho mejor —dijo Plata—. Odio ser muy alto. Aquí se está bien, hay mucho sitio y es muy calentito. Me gustan los gordos. La única pega es que represento un banquete irresistible para los dragones. A los escuálidos casi nunca les

atacan —añadió con pesar.

—No se puede tener todo...

Hablaban los dos con toda la tranquilidad del mundo, como si estuvieran solos, tomando algo en un bar.

Sara tenía ganas de gritar.

—Sí —dijo Álex a su lado—. Es Plata.

—Pero... Él era... No entiendo.

—Ahora no es el momento de explicaciones largas. Plata no tiene cuerpo, salta de uno a otro continuamente.

Eso aclaraba algunos de los desvaríos de Plata, o su dificultad para conservar el equilibrio. Si no se estaba volviendo completamente loca, eso significaba que Plata nunca había estado en un cuerpo de esa estatura, o al menos que no le sucedía a menudo, y le costaba controlarse con un centro de gravedad tan elevado. De lo que se deducía que Plata no decidía el cuerpo que ocupaba en cada momento. ¿O sí?

Sara sacudió la cabeza. No podía creer que estuviera dándole vueltas a la idea de una persona sin cuerpo. Era de locos. Lo peor es que tenía un millón de preguntas, como poco. Y sabía que tardaría mucho en obtener las respuestas.

—No te has perdido nada, Plata —dijo el Gris estrechándole la mano.

—¿De veras? Qué alegría, amigo —suspiró Plata con gran alivio—. Estaba muy preocupado por si os había pasado algo. Sin mí no estáis seguros.

—¿Quiere alguien explicarme quién es este gordinflón? —gruñó Mario, levantándose con esfuerzo.

Elena clavó una severa mirada en Plata.

—¿Dónde están mis modales? —se reprendió a sí mismo el hombretón. Depositó el enorme bulto que llevaba en el suelo y se acercó a Mario y a Elena—. Me he dejado llevar por la emoción al ver de nuevo a mi gran amigo, el niño, pero mi alegría también se debe a verlos a todos con vida. Hubiera sido más educado saludar en primer lugar. —Plata hizo un ademán con la cabeza—. Tienes mal aspecto, Mario. No te apures, se te pasará. Esa runa dejará de dolerte pronto.

El millonario no salía de su asombro.

—¿Cómo sabe lo que me pasa en el brazo? —preguntó de mala gana—. ¿Y cómo es que me conoce y yo no sé quién es?

Plata no le escuchó. Ya estaba caminando hacia Miriam.

El Gris obligó a Mario a sentarse en la silla con delicadeza.

—No te preocupes por él —dijo en voz baja—. Es un amigo.

—Miriam, querida —dijo Plata—. Estás igual de hermosa e igual de seria que siempre. —La centinela asintió, indiferente—. Y ahí tenemos a Álex. Veo que no falta nadie. Ah, qué gran reunión. Buen ambiente. ¿Qué más se puede pedir...? ¡Por todos los dragones!

Sara se asustó mucho, estuvo a punto de caer al suelo. El nuevo y redondo rostro de Plata se había paralizado con una expresión de máxima perplejidad al verla. La miraba fijamente, su respiración se aceleró.

—¿Qué te pasa, tío? —preguntó Diego.

—¡Esto es imperdonable! —rugió Plata—. ¿Acaso no os protejo y ayudo en todo lo posible? No entiendo por qué me hacéis esto. No me siento querido en el grupo.

Estaba muy enfadado. Sara no sabía cuál podía ser el problema, pero le habían disgustado de verdad.

—Cuéntamelo, pichón —dijo el niño—. ¿Por qué te has cabreado?

—¡No! —Plata bufó, se cruzó de brazos.

—Vamos, grandullón. Sabes que quieres hacerlo.

Entonces Plata cruzó una mirada rápida con Sara y apartó la vista. Se agachó para hablar al oído de Diego.

—¿Quién?... —preguntó el niño. Plata siguió murmurando. Cubría su boca con la mano para que solo pudiera oírle Diego. Cada vez se ponía más y más rojo—. ¿Ella?... No puede ser... ¿En serio?... Se llama Sara... ¿De verdad?... Te juro que no... Yo nunca te haría algo así, tío... ¿Acaso puedo mentir?

Sara apenas podía contener sus nervios. Estaban hablando de ella. Lo que hubiera alterado a Plata guardaba relación con su persona. Quizá quería meterse en su cuerpo. A estas alturas ya nada le parecía imposible.

El niño terminó de hablar con Plata y se apartó de él. Miró a Sara con la sonrisa más grande que su pequeña boca podía dibujar. La rastreadora se preocupó más todavía.

—Sara, querida. —Diego llegó hasta ella y tomó su mano—. Debes disculpar mi torpeza. Soy un patán, un despistado. Permíteme que te presente a un gran amigo mío, una persona excelente en todos los aspectos, aunque un poco zumbado, eso sí. —Plata le dio un codazo—. Lo siento, tío. No puedo mentir, los calambrazos, ya sabes —se disculpó sin dejar de sonreír.

Sara no tenía ni idea de qué decir. Ya se conocían, así que no entendía a qué venía semejante teatro.

Plata se arrodilló ante ella y tomó la mano que sostenía Diego. El niño se apartó y se encogió de hombros, le divertía la situación.

—Es un placer inmenso —dijo Plata—. Alguien con tus ojos merece toda mi admiración. Mi nombre es Plata y puedes considerarme tu mayor admirador.

Sara enrojeció un poco, luego sintió vergüenza, después confusión... Se estaba mareando. Lo más extraño de todo era que...

—¿No te acuerdas de ella? —preguntó el Gris acercándose a ellos con el rostro deformado. Era la expresión más viva que Sara le había visto, y no era agradable.

Miriam y Álex también la miraron, todos con muecas muy poco tranquilizadoras.

—¿Cómo voy a acordarme de alguien a quien nunca he visto? —preguntó Plata, levantándose.

El Gris le agarró por los hombros.

—Mírala bien, Plata. ¿No te suena de nada?

El hombretón la miró, se le abrió un poco la boca.

—De nada. Antes moriría que olvidar un rostro como ese —aseguró—. Claro que ahora que lo pienso, creo que eso fue lo que hice ayer. Un fastidio eso de morir. Es desagradable. No os lo recomiendo, de verdad. Y menos por una puñalada en la espalda. ¡Qué humillante! —Atravesó al Gris con una mirada seria—. Por tus palabras deduzco, amigo mío, que ya conocías a Sara. No me enfadaré por esta vez, pero que no me entere de que me vuelves a ocultar a una mujer de sus cualidades.

Sara rompió por fin su silencio.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué no me recuerda?

—No lo sé —dijo el Gris bajando la voz—. Pero su memoria no suele fallar cuando cambia de cuerpo, al contrario, Plata siempre sabe más de lo que parece posible. Es muy raro.

No le gustó nada la aclaración. Era la primera vez que los sucesos del extraño grupo la afectaban directamente. Al menos, Plata parecía sentir aprecio por ella, incluso admiración. Con todo, no lograba sentirse cómoda en una situación tan insólita.

—¿Qué has traído en ese bulto tan grande, Plata? —preguntó el niño, señalando el objeto, cubierto por una tela negra, que Plata había dejado en el suelo.

—Es un regalo —dijo Plata de manera espontánea. Corrió hasta el bulto y se lo llevó a Sara—. Para ti, querida. Es una cría de dragón. No temas, puedo enseñarte a domesticarlo, si quieres.

Plata retiró la tela antes de que Sara pudiera abrir la boca para negarse. Su corazón se había disparado, pero se relajó enseguida.

—Es un... ¿jilguero?

El pequeño pájaro aleteó en la jaula.

—Se lo arrebaté a un dragón negro muy peligroso —explicó Plata con mucho entusiasmo—. Arriesgué mi vida, pero mereció la pena.

—Yo no puedo... —empezó a decir Sara. Se calló cuando Diego se lo ordenó con un gesto. ¿Se ofendería Plata si rechazaba el regalo?

—Plata, pillín —dijo el niño—. Eres todo un caballero. Seguro que Sara te lo agradece.

Sara asintió de un modo muy poco natural. El semblante de Plata se iluminó.

—Perfecto, entonces. —El hombretón dejó la jaula a los pies de la rastreadora.

El Gris interrogó al niño con la mirada. Diego hizo un gesto de aprobación, pidiendo un poco de paciencia.

—Sara, muchas gracias por tu ofrecimiento —dijo el niño, cogiendo la jaula. Plata le fulminó con la mirada—. Es que ella me iba a regalar uno de todos modos.

—S-sí, es verdad —balbuceó Sara.

—Ah, bueno—dijo Plata, suavizando la expresión de su cara—. Si es tu deseo, me parece perfecto.

Diego se acercó al Gris, que aún no terminaba de entender el juego del niño.

—Lo he arreglado, tío —dijo alzando la jaula—. Ya no necesitamos a uno de los dobermanes.

El Gris asintió. Sara no sabía para qué necesitaban al pájaro, el niño no le había explicado esa parte del exorcismo.

—Vamos a empezar de una vez —anunció el Gris—. Es una suerte que la niña no se haya despertado. Miriam, necesito que grabes una serie de runas aquí —señaló un punto del suelo en la mitad de la habitación.

—Yo puedo hacerlo con mucho gusto —se ofreció Plata.

El Gris se alarmó un poco. Diego se le adelantó a decir algo.

—Plata, amigo, esto puede ser peligroso —dijo con aire intrigante—. No nos gustaría que Sara corriera peligro. ¿Te ocuparías de protegerla, permaneciendo a su lado?

—Naturalmente —contestó el hombretón y se situó al lado de la rastreadora—. Puedes estar tranquila. Ni un ejército de dragones conseguirá tocarte.

—Yo creo que le gusta —susurró el niño.

El Gris no dijo nada, pero era obvio que estaba muy sorprendido por la actitud de Plata. A Sara eso le incomodaba. Se podía decir que era la primera vez que leía emociones en el rostro del Gris. Ni siquiera cuando la niña-demonio le había herido, había visto miedo o ira. Siempre parecía tranquilo, seguro de sí mismo, y sin embargo ahora le preocupaba algo relacionado con Plata y con ella.

Miriam se movió en su sitio.

—Grabaré las runas para no aburrirme —dijo en tono distante.

Se agachó en el suelo y empezó su trabajo. Mario y su mujer seguían sentados, sorprendidos por cuanto sucedía a su alrededor. Miraban a su hija con frecuencia. Sara creía entenderlos, se sentía igual de desconcertada.

Diego sacó al jilguero de la jaula, lo sostuvo fuertemente con una mano. Cogió la estaca con la otra y grabó una runa en la espalda del animal. El pájaro trino y aleteó. El niño terminó rápido. Luego metió al ave de vuelta a la jaula y la colocó junto a una ventana. El jilguero estaba tranquilo.

—Marca a la niña —dijo el Gris—. Aprovechemos que está dormida.

—¿Qué es eso de marcar a mi hija? —preguntó Mario.

—Es una técnica para vigilar sus constantes vitales —explicó el Gris—. Vamos a ligar su alma a la de este pájaro, así sabremos cómo se encuentra durante el

exorcismo. —El millonario arrugó la cara ante la aclaración—. El pájaro será nuestro monitor para conocer el estado de su hija, por si el demonio trata de engañarnos.

Esta vez pareció entenderlo. Mario regresó a su asiento con su mujer.

—¡Y un huevo! —dijo Diego, temblando—. Yo no me acerco a la niña sin que la sujetéis. Me puede destrozar de medio zarpazo.

—Ya la sujeto yo —dijo Miriam, levantándose. Acababa de terminar una línea de runas que partían la habitación por la mitad—. Mira que eres miedoso, crío.

—Venga, vamos —dijo el Gris, impidiendo que Diego replicara.

Él y la centinela agarraron a la niña, cada uno por un brazo. El niño rodeó a la pequeña Silvia sin dejar de vigilarla con los ojos muy abiertos y se situó a su espalda.

—¿No prefieres sacar tu martillo? —sugirió—. Solo por si acaso, ya sabes.

—Date prisa, niño —ordenó el Gris.

—Está un poco guarra la niña. Voy a pillar una infección si la toco.

—Venga, antes de que se despierte —le apremió el Gris, respirando profundamente.

—Vale, vale, tío. —Diego rasgó la camiseta de la niña y dejó su espalda al aire. Después sacó la estaca y metió la punta en uno de sus frascos—. Allá voy... ¡Mierda! ¡Mantenedla quieta!... Así, mucho mejor... Esto no es fácil, ¿sabéis?... Tiene que quedar exactamente igual que la del pájaro... —Grababa los trazos con mucha delicadeza, cerrando un ojo para ganar precisión—. Si se despierta me avisas, ¿eh?... Ya queda poco... Otro más... Otro por aquí... ¡Ya está! —Se acarició el lunar de la barbilla con gesto de satisfacción—. ¡Joder, qué bueno soy, macho! A ver quién lo hace así de bien. Te mola, ¿eh, Gris? Luego te enseño un poco, si quieres...

—Corta el rollo —le interrumpió el Gris, examinando el símbolo—. Buen trabajo.

—Gracias —dijo el niño hinchándose de orgullo—. No ha sido para tant... ¡La hostia!

La niña se movió, abrió los ojos. Diego salió disparado, llegó a donde estaban Sara y Plata en una fracción de segundo. Miriam y el Gris la soltaron, intercambiaron una mirada, tensaron los músculos. La centinela se llevó la mano a la empuñadura del martillo.

—¿Papá? —murmuró Silvia. Su voz sonaba apagada, como la de alguien que acaba de despertar de un largo sueño—. Me duele la espalda.

Hizo ademán de llevarse las manos a la cara, seguramente para frotarse los ojos, pero la longitud de las cadenas no se lo permitió. Silvia contempló sus muñecas y se dibujó una mueca de pánico. Lloró.

Sara sintió lástima. No parecía un demonio, ni nada maligno. Parecía una niña asustada, flacucha y enferma.

—¡Silvia! ¿Te encuentras bien, hija?

La niña siguió la voz de su padre. Sus ojos se abrieron un poco más al verle.

—¡No, papá! Me duele. Sácame de aquí, por favor. ¿Quiénes son estas personas?

—Son médicos. Van a curarte.

—No hables con ella —le ordenó el Gris—. No es tu hija.

Él y Miriam arrastraron la bañera hacia Silvia. La niña retrocedió, aterrada, aplastó la espalda contra la pared.

—¿Qué es eso, papá? Son dibujos muy raros. ¿Por qué me encadenas?

—Haz lo que te digan, cariño. Todo irá bien.

El Gris dejó de empujar, se giró, atravesó a Mario con sus ojos de color ceniza.

—Si vuelves a hablar con ella, te echo de la habitación. No parece entender el peligro al que nos enfrentamos y no haces más que empeorar las cosas.

Le hizo un gesto a Álex, quien abandonó la esquina y se colocó al lado de Mario.

El millonario se calló, resignado. Elena era pura tensión, apretaba los dientes y los puños, y sus ojos brillaban de puro odio. Sara temió que fuera a estallar en mil pedazos, como si una bomba detonara en su interior.

—Bien, niña —dijo el Gris—. Tienes que meterte en la bañera. Lo haces tú solita o lo hacemos nosotros.

—¿Por qué? —sollozó Silvia—. Me duelen mucho las muñecas. —Se sorbió la nariz. Dos lágrimas enormes resbalaron por sus mejillas.

La niña metió una pierna en la bañera, sin dejar de suplicar a su padre con los ojos, temblando, conteniendo el llanto. Sara deseaba con todas sus fuerzas que Silvia diera alguna muestra de estar poseída, cualquier cosa con tal de borrar de su mente la imagen de que iban a torturar a una niña inocente para que el supuesto demonio que habitaba en su interior abandonara su cuerpo.

Pero eso no sucedió. Silvia se comportó en todo momento como lo que aparentaba, como una niña de ocho años encadenada a la pared, asustada, dolorida, rodeada de desconocidos y sin comprender por qué sus padres se limitaban a observarla desde la distancia. Resbaló al introducir la segunda pierna y se golpeó la cabeza contra el borde de la bañera. Un hilo de sangre empapó su oreja y se escurrió por el cuello. Se palpó con la mano y rompió a llorar de nuevo al verla teñida de rojo.

Mario dio un pequeño bote en la silla. El Gris y Miriam ni se inmutaron.

La escena apenas varió mientras llenaban la bañera con una manguera que habían traído del baño. Silvia se quejó de que estaba fría, gimoteó, pero permaneció tumbada sin moverse, cubriendo su rostro como si estuviera avergonzada. Cortaron el grifo cuando el agua rebasó el borde.

La centinela se retiró, se situó en el lado de la habitación que quedaba cerca de la jaula del pájaro.

—A partir de ahora, silencio —advirtió el Gris—. Quiero poder escuchar con claridad si el demonio dice algo. Una última cosa: que nadie cruce esta línea de runas.

Les dio la espalda, su gabardina ondeó, sus tacones se deslizaron sin sonido alguno. Silvia le vio acercarse con auténtico terror en los ojos.

El Gris se agachó para repasar con el dedo la runa dibujada en el centro de la estructura. Los símbolos se activaron secuencialmente con un susurro, refulgiendo. En pocos segundos la bañera quedó rodeada por un cinturón de luz azul. Sara lo encontró precioso.

Silvia se sentó de repente, comenzó a gritar y descargar puñetazos sobre al agua, que salpicó el suelo y la gabardina del Gris. El pájaro aleteó deprisa, girando la cabeza en todas las direcciones.

Sara se sobresaltó un poco.

—Eso es normal —susurró Diego a su lado—. El alma del jilguero y la niña están enlazadas, en un nivel superficial, pero suficiente para que el animal sienta lo mismo que ella.

Silvia berreó y suplicó, llamó a su padre, se retorció en la bañera. Sus pequeños puños no paraban de subir y bajar, apaleando el agua a un ritmo frenético. Entonces, una de sus manos se estrelló contra algo sólido. Era hielo. El agua se estaba congelando rápidamente. Silvia soltó un alarido agudo y estridente. El jilguero enloqueció, voló de un lado a otro de la jaula chocando con los barrotes y trinando alocadamente.

El Gris observaba a un paso de distancia, inmóvil, con los brazos ocultos por la gabardina. Sara deseó que el demonio saliera de una vez, que terminara la agonía de la pequeña Silvia. Entonces cayó en la cuenta de que no sabía qué vería cuando eso sucediera. ¿Sería visible un demonio que abandona el cuerpo de su víctima? Tal vez se apreciara algún cambio en el Gris al ser atacado, después de todo, ese era el plan. No paraba de repetirse que estaban torturando a una pobre chica para expulsar un espíritu de su cuerpo, que había una justificación para no detener el horror que estaba contemplando.

A Sara le golpeó una nueva duda. Si el Gris actuaba como cebo, dado que él no podía ser poseído por su ausencia de alma, ¿qué impediría al demonio cambiar de objetivo e ir a por uno de ellos? ¿No estaban todos en peligro? Sin embargo, nadie mostraba preocupación por eso. Entonces comprendió que para eso servían las runas que Miriam había grabado en el suelo, dividiendo la habitación, para cercar al demonio. Por tanto, el Gris estaba solo, aislado ante el peligro. La idea la alarmó más aún.

El agua seguía congelándose. Era asombroso. Silvia aporreaba el hielo con desesperación, sin dejar de llorar. Ya se había congelado toda la superficie, aunque el agua de debajo seguía siendo líquida porque Sara alcanzaba a ver cómo se movían las piernas de la pequeña.

—¡Papá, por favoooooooooor...! Me duele mucho. ¡Ayúdameeeee!

Si se hubiera tratado de una hija suya, Sara habría corrido hacia ella sin pensarlo, sin consentir que nada se interpusiera en su camino. Por fortuna, era la hija de otra persona.

El Gris se movió, alargó el brazo, estirando uno de los lados de la gabardina. Cuando la gabardina volvió a su posición normal, en la otra mano descansaba su cuchillo, un arma enorme que Sara no comprendía cómo podía ocultar bajo la prenda sin que el menor bulto delatara su presencia. Era como si desapareciera entre las sombras de la gabardina.

La visión del cuchillo fue demasiado para Mario.

—¿Qué vas a hacer con ese puñal? —gritó—. No hablamos de usar armas contra mi hija.

El Gris no contestó, siguió de espaldas sin despegar los ojos de Silvia. La niña cada vez chillaba más, y empezaba a sonar afónica. Tenía los labios azules, la piel morada, los brazos tiritaban, arriba y abajo, flácidos, como si no tuvieran huesos. El ojo derecho se movía con espasmos.

El pájaro cayó al fondo de la jaula. Ya no trinaba y tenía las alas rígidas. Mario estaba horrorizado.

—¡Ya basta, Gris!

—¡No! —repuso el Gris—. Mantén la calma. El demonio sigue dentro.

Silvia enmudeció de repente. Dejó las manos sobre el hielo, lo arañó un poco. Las piernas tampoco se movían ya, se estaba congelando. La boca estaba desencajada, la mirada perdida y desenfocada. El jilguero se quedó completamente quieto.

—¡Maldito seas, Gris! —rugió Mario—. El pájaro ha muerto. ¡Detén el exorcismo!

—No está muerto —dijo el niño—. Su pecho se mueve. Muy poco, pero aún se mueve. Eso sí, no durará mucho.

—¡He dicho que se acabó! Mi hija está congelada. ¡La vas a matar! —Se puso de pie.

Silvia se inclinó a un lado y la cabeza se estrelló contra el borde de la bañera. El hielo empezó a teñirse de rojo.

—Contrólate —le ordenó Álex.

—Esto es un error —dijo el millonario dominado por los nervios—. No se comporta como ayer. Ya no está poseída. Habla con su voz y no destroza nada. ¡La estás matando sin razón! ¡Para ya! ¡No hay ningún signo de posesión!

Sara estaba de acuerdo con él. Tenían que detener aquella locura. No había ni un solo detalle que apuntara que aquella niña no fuera normal y corriente.

Diego tragó saliva, palideció.

—Ahora sí —anunció con un leve temblor en la voz—. El pájaro ha palmado.

El Gris continuó sin volverse, como si solo él y Silvia estuvieran en la habitación.

Mario estalló.

—¡Condenado psicópata! —Se apartó de la jaula y echó a correr hacia el Gris—. ¡Debí hacer caso a mi mujer! —La saliva saltaba de su boca.

Un paso antes de la línea de runas se desplomó en el suelo, boca abajo. Miriam se había movido con la velocidad del rayo. Estaba de pie junto a él, con el pie sobre su espalda y el martillo en la mano.

—Nadie va a traspasar esa línea. ¿Ha quedado claro?

Pero Mario no atendía a razones. Se revolvía inútilmente contra la presión de la centinela, agitando los brazos sin lograr zafarse de ella.

—¡Elena, deténle! ¡Va a matar a nuestra hija! No nos pueden parar a los dos.

Elena miró a Álex, luego a Miriam. No se movió, pero se podía percibir la rabia en su interior.

Sara tenía que hacer algo. Silvia sangraba abundantemente por la frente y estaba atrapada en un bloque de hielo. Sentía el dolor de Mario como si fuera suyo.

—Niño, ¿esto es normal? ¿En otros exorcismos tarda tanto en salir el demonio? —Diego negó con la cabeza, estaba claramente asustado—. ¿Y el pájaro? ¿Es normal que haya muerto?

Negó otra vez. Abrió la boca, pero no fue capaz de hablar.

—No te metas, novata —le advirtió Álex, leyendo perfectamente la expresión de su rostro. Sara le odió con toda su alma—. Meterías la pata.

—La niña morirá si no hacemos nada.

—Puede —se limitó a decir Álex.

Entonces, Sara lo vio con total claridad. A Álex no le importaba en absoluto el exorcismo. No sabía por qué estaba allí, pero Mario y su familia no eran la razón. Cada vez estaba más desconcertada respecto a él.

Miriam retiró el pie, dejó que Mario se incorporara. El millonario miraba impotente a su hija, resignado ante el martillo de la centinela.

Silvia estaba completamente congelada. Ya ni siquiera sangraba.

Sara se temió lo peor.

—Te lo suplico, Gris, detente —imploró Mario tragándose sus propias lágrimas—. Déjame reanimarla. Aún no es tarde, lo sé.

Sara no veía la menor señal de que un demonio habitara en su interior, o de que hubiera salido. Todo había sido un error monumental. Y una niña lo había pagado con su vida. Decidió intervenir:

—Hazle caso, por favor. A lo mejor aún no está muerta.

Ni siquiera ella creía sus propias palabras. Sara no había visto nunca un cadáver, pero no podía diferenciarse mucho de la imagen que ofrecía Silvia. Su esperanza residía en que la pequeña estaba congelada, y sus escasos conocimientos del cuerpo humano le decían que sus funciones vitales estarían ralentizadas, que aún se podría

recuperar la actividad normal del cuerpo. Tenía que convencer al Gris.

—Es solo una niña... —balbuceó Mario con la cabeza enterrada en sus manos.

El Gris les miró. Primero a Mario, después a Sara. La rastreadora no supo descifrar su expresión.

—El demonio sigue dentro. No puedo parar aún.

Mario gritó y cayó de rodillas. Incluso Diego dejó escapar un suspiro. Sara tuvo la primera duda seria respecto al Gris. ¿Se habría nublado su juicio? Allí no había nada sobrenatural, excepto el propio Gris y su grupo de colaboradores.

—Te mataré —dijo Mario—. Lo juro por Dios, Gris. ¡Te mataré!

El Gris se acercó a la bañera alzando el puño. Golpeó cerca del pecho de la pequeña Silvia y saltaron virutas de hielo. Golpeó de nuevo y el hielo se resquebrajó. Ahora todos le miraban con expectación.

El Gris dejó el cuchillo en el suelo y siguió arrancando pedazos de hielo con las dos manos. Silvia seguía inconsciente, inmóvil, como una estatua azul. Finalmente, la extrajo del hielo y la tendió boca arriba en el suelo.

—¿Vive? —preguntó Mario.

El Gris puso la oreja sobre el pecho de la niña.

—Vive —contestó.

—Gracias a Dios —suspiró el millonario.

Entonces el Gris agarró su cuchillo y con un movimiento rápido lo clavó en el corazón de Silvia.

VERSÍCULO 18



Un ronquido rebotó entre las paredes.

Plata ocupaba todo el sofá con su nuevo cuerpo de ciento treinta kilos. Su pecho ascendía pausadamente y luego descendía liberando un estruendo sobrehumano a través de las fosas nasales.

—Yo es que alucino con este tío —dijo el niño tapándose los oídos. Se sentó sobre la barriga de Plata—. Como si nada. Haría falta un misil para despertarle.

—Déjale en paz —dijo Miriam.

Diego se bajó de la barriga de Plata de un salto, refunfuñando, fue hasta la estatua del león de oro que tanto le gustaba. Tuvo que apartarse para no tropezar con el Gris.

—Algo hemos hecho mal —dijo el Gris. Paseaba por el salón mirando al suelo—. Así que reflexionemos. Quiero oír vuestras opiniones.

Sara no se atrevió a comentar la suya, principalmente porque no tenía ninguna. Y lo último que quería era decir una estupidez delante de Álex y darle un motivo para humillarla en público.

De nuevo se sintió como una inútil. ¿Qué sabía ella de posesiones? Solo lo que el niño le había enseñado, y estaba claro que no había funcionado. El demonio debía haber salido del cuerpo de Silvia para encontrarse con la sorpresa de que no podía poseer al Gris. Sin embargo, nada de eso había sucedido. Ella incluso había llegado a pensar que se habían equivocado y que estaban torturando a una chica normal y corriente. Hasta que el Gris le apuñaló el corazón. Entonces la niña despertó y rugió, y no con una voz humana, precisamente. Se arrancó el cuchillo y obligó al Gris a retroceder fuera de las runas de protección. Mario se había desmayado de la impresión. Se lo llevaron junto a su mujer a otra habitación.

Ya nadie tuvo la menor duda de que estaba poseída. Solo restaba averiguar cómo el demonio se había resistido a la expulsión.

—Hemos topado con un cabrón muy fuerte —comentó Diego acariciando el león—. Yo me piraba. Después de todo, Mario es un cerdo y se lo merece. Y su mujer tampoco es que me caiga muy bien, aunque está buena, eso sí.

—Yo estoy de acuerdo con el niño —intervino Álex—. No es que sea un cobarde como él, pero aquí no pintamos nada. Podemos conseguirte otras almas, Gris, resolviendo un caso que nos interese, que sirva a nuestros propósitos.

Sara se preguntó qué propósitos serían esos. También se indignó ante las sugerencias de Diego y Álex. No se esperaba una actitud tan fría. ¿A ninguno le importaba salvar a la niña? Esperó que el Gris no estuviera de acuerdo con ellos.

—Podéis iros si queréis —dijo el Gris—. Aquí nadie está por obligación.

—No hables así, ni se te ocurra —dijo Álex con tono agresivo—. Nadie se va a separar. O nos vamos o nos quedamos, pero lo haremos juntos, que quede claro.

—Ahora soy yo el que está de acuerdo con el guaperas —dijo el niño—. Aunque sigo votando por abrirnos de esta casa. Ese demonio es muy chungo.

Formaban una pareja extraña. Sara no detectaba ningún rasgo en común entre Álex y Diego. Ni sus ideas ni su carácter parecían compatibles. Se descalificaban sin reparos, y pese a todo permanecían unidos. La rastreadora comprendió que compartían algo, un fin que aún no le habían revelado. Solo así se explicaba que fueran compañeros.

—Esta vez es diferente —argumentó el Gris—. Me quedan dos días —dijo mirando a Miriam de soslayo. La centinela asintió—. Y por lo visto nos enfrentamos a algo desconocido, algo que tal vez nos supera. Si queréis abandonar, lo entenderé.

—Ese es un error que no vas a volver a cometer —le recordó Álex—. No entiendo por qué no contaste con nosotros para ese asunto de Samael...

—Ya te digo, tío —le interrumpió Diego—. ¡Un ángel muerto! ¡Y me lo he perdido! —El niño se calló de repente y miró a la centinela—. Lo siento, Miriam. ¡Ay! ¡Joder! —Diego brincó ante un espasmo de dolor—. Está bien, no lo siento, pero no quería molestarte. —Ella hizo un leve movimiento de cabeza, con despreocupación. El niño encaró al Gris—: No sé si podré perdonártelo alguna vez, te lo juro. Si un día me encuentro con un alma perdida por ahí, no pienses que voy a llamarte, no. ¡Te jodes!

—¡Cierra el pico, niño! —dijo Álex—. Hablas demasiado. Gris, al menos dime por qué tienes tanto interés en este caso.

—Hice un trato y no lo voy a romper. Además, hay algo que debemos encontrar antes de irnos —agregó bajando el tono de voz.

—¿Una página de la Biblia de los Caídos? —preguntó Miriam. Todos la miraron—. No pongáis esa cara, era una deducción fácil.

—Y encima nos vacila la tía —dijo el niño—. ¿Cómo sabías que buscábamos una página?

—¿Qué otra cosa podía interesaros tanto? —se rio la centinela—. Sé que Mikael sospechaba que Mario tenía una. Envió a un centinela hace unos meses a robarla, pero no la encontró. Estáis perdiendo el tiempo, Mario no la tiene.

Sara ya no podía dudar de la existencia de ese libro. Si un ángel andaba tras sus páginas, era obvio que existía. ¿Serían ciertas las demás historias sobre la Biblia de los Caídos?

El Gris dejó de andar y mostró un gesto de visible irritación:

—¿Alguien va a aportar alguna idea para el exorcismo? El que se quiera ir, que lo haga; el que se quede, que ayude, o al menos que no moleste. Voy a expulsar a ese demonio solo si es preciso.

Se produjo un silencio incómodo. Álex se estaba conteniendo, Sara lo veía en sus ojos negros. Diego parecía indeciso, miraba a Plata continuamente, que seguía roncando con un volumen difícil de creer.

—Yo no sé casi nada —dijo Sara intentando colaborar—, pero ¿no puede ser que simplemente sea muy fuerte el demonio y se niegue a salir?

—Desde luego es muy fuerte —confirmó el Gris—. Pero si es capaz de resistir en el cuerpo del huésped, llevando tan solo cuatro días dentro, es algo nuevo. Normalmente, les lleva años fundirse de esa manera con el alma poseída.

La rastreadora buscó otra explicación. No podía ser tan difícil.

—¿Con los anteriores exorcismos siempre funcionaba el truco?

—A veces el demonio lograba escapar —explicó el Gris—, pero siempre abandonaba el cuerpo de la víctima.

—Tal vez el niño metió la pata grabando las runas —sugirió Álex.

—¡Eh, eh! Cuidadito con lo que largas, macho —se enfadó Diego—. Las runas están de puta madre. Compruébalas antes de acusarme, o mejor aún, la próxima vez grábalas tú en lugar de tocarte los...

—Relajaos los dos —intervino el Gris—. Así no avanzamos. Las runas están bien, yo las repasé. El problema es otro.

—¿Y si fuera un fantasma en lugar de un demonio? —apuntó el niño—. También poseen cuerpos. Son unos pesados con eso de no aceptar la muerte, y el frío les tiene sin cuidado.

—No pueden conferir esa fuerza y esa resistencia a un cuerpo humano —dijo Álex—. Si fuera un fantasma, la niña estaría muerta por la cuchillada en el corazón.

Diego no parecía dispuesto a darse por vencido.

—¿Y si el fantasma es de alguien que hizo un trato con un demonio y vendió su alma?

—Entonces sería un demonio a todos los efectos —repuso Álex—. Lo que nos deja exactamente en el mismo punto en el que estábamos.

—Bueno, hombre, bueno. Estoy dando ideas....

—Es un demonio —dijo el Gris—. No hay razón para pensar otra cosa. Centrémonos en lo que sabemos de ellos.

—Quizá alguien ayude al demonio —sugirió el niño.

—Estudiemos esa posibilidad —propuso el Gris—. Si alguien está involucrado en esto, guardará relación con Mario y su red de empresas. Sara, ¿pudiste averiguar algo interesante?

La rastreadora se puso un poco nerviosa al recibir todas las miradas.

—Encontré una caja fuerte —dijo intentando sonar profesional, dando a entender que solo un buen rastreador la habría podido descubrir—. Había muchos documentos. No tuve demasiado tiempo pero hice lo que pude. Mario es inmensamente rico. Ni siquiera imaginaba que alguien podía tener tanto dinero. Tiene muchas compañías en todo el mundo.

—¿Cuál es la operación más cara que encontraste en este año? —preguntó el Gris.

Sara lo pensó antes de contestar.

—La adquisición de una compañía de telecomunicaciones que opera en varios países de Suramérica. Está muy contento con los resultados que ha obtenido —dijo recordando lo que Álex le había dicho de fijarse en las emociones.

—No parece guardar relación —reflexionó el Gris.

—Pasa de esos rollos de pasta —dijo el niño—. Vamos a lo que mola. Los enemigos. Dinos a quién le ha tocado las pelotas el delincuente y ahí tendremos a un buen sospechoso.

—Tiene muchos enemigos —dijo Sara repasando la gran cantidad de información que había absorbido—. Demasiados. Es un tiburón para los negocios.

—¡Maldición! —exclamó Diego dando un puñetazo sobre el león dorado. La estatua se tambaleó un poco—. Así no hay manera.

Plata soltó un ronquido especialmente sonoro.

—¿Qué hay de sus fracasos? —preguntó Álex—. ¿Alguna pérdida económica importante que le haya dolido especialmente?

—No —dijo la rastreadora, extrañada—. No vi nada que le preocupara. Es un poco raro. Por lo visto, su empresa es un caso único. Surgió de la nada y creció a un ritmo exageradamente bueno. Nadie sabe explicar cómo consiguió triunfar tan rápido. Sobre todo los primeros cinco años. Todas las empresas que compraba crecían de manera inesperada, sus acciones se disparaban. —Todos intercambiaron miradas rápidas, incluso Miriam que no manifestaba el menor interés en la conversación—. ¿Qué he dicho?

—Su primer negocio importante —dijo el Gris—. ¿Cuál fue?

Sara repasó sus recuerdos, consciente de que la respuesta era importante, de que estaban pendientes de ella. Era la ocasión de que sus habilidades de rastreo contribuyeran al equipo.

—Tenía algo que ver con un medicamento nuevo... Un inhalador para el asma que tuvo muy buena acogida en el mercado.

—¡Qué cabrón! —dijo Diego con un gesto de aprobación—. Y parecía tonto...

—¿Qué pasa? ¿Lo he hecho bien? —A Sara se le escapó esa pregunta por los nervios. Le pareció que sonó muy infantil, de novata.

—Muy bien —le dijo el Gris—. Significa que Mario es peor de lo que creíamos. Su éxito empresarial no se debe solo a su talento para las finanzas. Tiene algún pacto con los demonios, le están ayudando.

—¿En serio? —Sara no podía creerlo—. ¿Cómo lo sabéis?

—Cuadra —aclaró el Gris—. Los demonios controlan muchas de las compañías importantes del mundo. Están metidos en casi todo, política, energía, leyes. Ejercen su control de varias maneras, con gente poseída, secuaces que les obedecen o que dominan de algún modo, y en algunos casos muy contados, en persona, pero esto último es muy raro.

—¿Qué tiene eso que ver con un inhalador para el asma?

—Lo que más les gusta a los demonios son los asuntos relacionados con la salud. La inmensa mayoría de sus pactos se cierran con personas que buscan un modo de escapar a la muerte, que quieren librarse de un cáncer terminal, salvar a su hijo de una enfermedad desconocida... La lista es interminable. Como es lógico, no les interesa que la medicina avance demasiado. Si te das cuenta, cada vez vivimos más tiempo, eso sí que lo fomentan, les viene muy bien, pero nunca se terminan de erradicar las peores enfermedades.

—¿Insinúas que podrían curar el cáncer?

—Por supuesto. Y lo harán, solo es cuestión de tiempo. Ya ha sucedido antes. Cuando quieren conseguir un alma importante, que no pueden obtener de otro modo, le ofrecen la cura de alguna enfermedad devastadora. Fue el caso de Alexander Fleming, por ejemplo. Se sabe que fue un demonio quien le guió para que descubriera la penicilina. ¿Te imaginas si a un médico le ofrecieran la cura del cáncer a cambio de su alma? Seguro que alguno aceptaría. Lo que no se imaginaría es que pronto surgiría una nueva enfermedad.

—No me lo puedo creer.

—Pues créelo, porque es verdad. Mario ha hecho algún trato con ellos para forjar su imperio económico. Por eso comenzó con un medicamento. No fue suerte, ni visión comercial. Algún demonio le ayudó, puede que aún lo haga. Por eso te costó tanto dar con un fracaso en sus operaciones financieras. Hemos sido unos estúpidos.

Álex asintió.

—Hay otro dato. ¿Recordáis el exorcismo? La niña solo le hablaba a Mario, ni una palabra a la madre.

—No me extraña —dijo el niño—. Si esa tía fuera mi madre, yo tampoco le hablaría.

—Aun así —prosiguió Álex—, hay algo que no termina de encajar. Si Mario hizo un trato con los demonios para crear su empresa, ¿por qué ahora otro demonio ataca a su hija?

—Puede ser alguna clase de disputa o ajuste de cuentas —aventuró el Gris—. No

sería la primera vez que se pelean entre ellos.

Álex sacudió la cabeza poco convencido.

—A lo mejor la rubia tiene alguna idea —dijo el niño señalando a Miriam—. Ya que está tan bien informada respecto a la Biblia de los Caídos, puede que también sepa algo de esto.

La centinela se entretenía con su martillo, haciéndolo girar sobre la palma de la mano.

—A mí no me metáis en vuestros chanchullos —dijo sin levantar la vista—. Yo estoy aquí por otra razón. Apañaoslas vosotros solitos.

—Qué encanto de tía —refunfuñó Diego.

—Con demonios o sin ellos —dijo Álex—, aún no sabemos quién anda detrás de todo esto.

—¡La madre! —dijo el niño rápidamente—. Es Elena, estoy seguro.

Álex y el Gris le miraron con expectación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sara.

—Ni idea —contestó Diego—. Pero no me gusta su cara. Es ella, seguro. Estoy convencido de que va a por la pasta. Está muy buena y Mario es un callo. El tío es feo que te cagas, ¿a que sí, Sara? —La rastreadora no dijo nada, sorprendida por la pregunta—. Y un viejo. ¿Qué hace esa tía con él? Es por la pasta.

—Una teoría interesante —dijo Álex—. Tu capacidad de deducción me sorprende, niño. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—No te tortures, tío —dijo el niño dándose importancia—. Es que soy muy observador. Tú eres el guapo y yo el listo. Así son las cosas.

Álex meneó la cabeza.

—Entiendo. Solo hay un detalle que no acabo de ver claro. ¿Me lo podrías explicar, por favor?

—Por supuesto —repuso Diego—. ¿Qué detalle?

—No imagino a una madre sometiendo voluntariamente a su hija a una posesión demoníaca para hacerse con la fortuna de su marido.

El niño contuvo la respiración, apretó los labios.

—¡Mierda! —estalló—. Era una buena teoría. ¿Cuál es la tuya, eh? —le gritó a Álex.

—Mi teoría es que nos conviene pensar un poco antes de abrir la boca para decir estupideces.

El Gris tuvo que intervenir una vez más:

—¿No podéis colaborar tranquilamente por una vez?

Diego murmuró algo y se alejó. Se sentó encima de Plata con los brazos cruzados. Sara tuvo que contener una sonrisa. Se comportaba igual que un chaval al que han castigado sin ver su programa favorito.

El Gris reanudó sus paseos, mientras reflexionaba:

—Ya averiguaremos quién está detrás de todo esto. Pero seguimos sin saber cómo ha resistido el demonio al exorcismo.

—Que nos lo explique Álex, que es el más inteligente del mundo —gruñó Diego.

El Gris le fulminó con la mirada. Sara hubiera jurado que le iba a dar unos azotes, pero antes de que llegara hasta él, el niño saltó de la barriga de Plata, se alejó e interpuso una mesa entre él y el Gris. No había sido necesario. El Gris no iba hacia Diego, sino hacia Sara. Abrió un momento su gabardina, lo suficiente para que la rastreadora deslizará un fugaz vistazo a su interior. Solo vio oscuridad, negrura, una ausencia total de luz. La visión fue un tanto aterradora. Sara quería apartar la mirada, y al mismo tiempo, no podía hacerlo. La mano del Gris penetró en la oscuridad y desapareció un momento. La gabardina no se combó. El bulto que debería haberse producido por el empuje de la mano sencillamente no se formó.

—C-Cómo... —balbuceó Sara.

El Gris sacó la mano. Sujetaba un trozo de tela.

—Se lo quité a la niña —explicó. Le tendió el pedazo de tela a la rastreadora—. Es de su camiseta. Quiero que lo leas, Sara.

Se quedó paralizada. La idea de rastrear a un demonio no le gustó.

—No sé si podré.

El Gris dejó la tela sobre su mano.

—Claro que podrás —le dijo—. No debes temer nada.

Rastrear un objeto requería cierta concentración. Era mejor hacerlo en la intimidad, pero allí todos la estaban observando. Sara podía leer sin dificultad las interacciones con otros objetos. Eso era sencillo. Aquel pedazo de tela, por ejemplo, se había vendido en una tienda de la Vaguada, un centro comercial enorme con cientos de tiendas, en un Zara, en concreto, y antes de eso había sido transportado en un camión, y así sucesivamente.

Lo complicado eran las relaciones humanas. De algún modo, las personas que entraban en contacto con un objeto, dejaban algo de su esencia, de su alma, como una huella dactilar, un rastro que ella podía olfatear, sobre todo cuanto más cerca estaba. Era mucho más fácil saber qué había sucedido con la camiseta ayer, que hace un mes, o un año, del mismo modo que es más sencillo oler algo si está a un metro de distancia, que si está a un kilómetro.

Los seres vivos huelen más que los objetos inanimados, y dependiendo de varios factores, incluyendo la suerte, las emociones también dejaban un aroma especial. Lo que sorprendió a Sara es que los demonios eran invisibles a su rastreo. Sara se centró en el día anterior, pero no captó nada de la camiseta que no fuera de los miembros del grupo que la habían tocado. ¿Significaba eso que los demonios no tienen alma?

—No puedo rastrear a la niña —anunció un tanto abatida—. Es como si no

existiera.

—Normal —dijo Álex—. Hay que ser muy bueno para rastrear a un demonio o un ángel.

Ahí estaba el comentario descalificador de Álex, sin perder una ocasión de señalar su incompetencia.

—Los vampiros también son muy jodidos de olfatear —dijo el niño—. No pongas esa cara, tía. Me lo contó un coleguita rastreador que tengo. Yo conozco a mucha gente.

—No busques a la niña —dijo el Gris—. Ve un par de días hacia atrás. Intenta averiguar qué hizo el anterior exorcista, a ver si nos da alguna pista. Y mira a ver si puedes averiguar quién era.

Tardó en descubrir el rastro y no consiguió una imagen muy precisa. Algo enturbiaba el olor de ese exorcista. Quizá fuera por el demonio.

—Le percibo —dijo Sara aún con los ojos cerrados—. Pero no puedo ver qué hizo con la niña, algo distorsiona el rastro.

—¿Puedes leer su nombre? —preguntó el Gris.

Sara contrajo el rostro, se esforzó.

—No, lo siento. —Y abrió los ojos.

—Su aspecto. Descríbele —dijo el Gris.

—Es un hombre de estatura media... La cara no la vi muy bien. Llevaba un sombrero de ala... Y un bastón.

—Es Ramsey —dijo Álex.

—¿Le conocéis?

—Es un imbécil —dijo el niño—. No le soporto. Ni a él ni al ruido de su bastón. Y yo no sé cómo lo hace, te lo juro, pero siempre le suena el móvil en el momento más inoportuno. Y no tiene ni idea de música el menda. Lleva siempre algún grupo *heavy* de los ochenta, es un hortera. Una vez le llamaron en medio de un funeral. Hay que ser capullo. ¡Y encima contestó! No te creas que se cortó un pelo. El cura le miró así...

—Corta el rollo, niño —dijo el Gris—. La situación empeora. Ramsey puede ser todo lo capullo que quieras, pero es un buen exorcista. Si no pudo con el demonio es mala señal...

—¿Quién habla mal de Ramsey? —rugió una voz.

Se volvieron. Plata estaba sentado, les miraba con los ojos ardiendo de rabia.

Sara se preguntó cómo no se habían dado cuenta de que habían cesado los ronquidos.

—Buena siesta, colega —dijo Diego—. ¿Qué tal se duerme en ese cuerpo?

—Bastante bien —contestó Plata—. No descansaba tan bien desde hacía una eternidad. Espero durar mucho aquí dentro. —Se dio palmadas en la barriga—. ¡Pero

no me liéis! Os he oído hablar de Ramsey. ¡Y no era en buen tono! Eso no me gusta, es como un hermano para mí. Aunque nunca logro recordar su apellido. ¡Bueno, eso da lo mismo! Es un gran cazador de dragones y no tenéis derecho a meteros con él.

—¡Tiene razón! —bramó Diego poniéndose a su lado—. No te preocupes, Plata. No dejaré que vuelvan a hablar mal de él.

—Gracias, niño —dijo el hombretón. Luego, se dirigió a los demás—: Deberíais aprender de él. Tú no, Sara, tú eres un encanto.

—Gracias —respondió ella sin pensarlo.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Plata, alarmado—. ¡Ha sido mi estómago! Este cuerpo necesita combustible. Voy a por algo de comer.

Se levantó demasiado deprisa, se tambaleó un poco, tropezó con una mesilla pequeña, logró conservar el equilibrio y salió de la habitación.

—Niño, ya que eres tan pelota con Plata, ve con él —dijo el Gris—. Quiero que vea a Silvia.

—Eso no es tan fácil —repuso Diego—. Yo enviaría a Sara. Es evidente que Plata está encandilado con ella.

—¿Qué? —La rastreadora se ruborizó.

—Tiene razón —dijo el Gris—. A ti te hará caso.

—¿Hacerme caso en qué?

—Llévale ante la niña y pregúntale a Plata si le gustaría ocupar su cuerpo.

—¿Por qué?

—Su reacción será muy reveladora.

Sonó raro, pero no parecía complicado.

—De acuerdo.

—Luego nos vemos aquí.

Sara asintió y se fue en busca de Plata.

—Bonita pareja —dijo Diego entre risas.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —dijo el Gris—. Niño, quiero que selles la casa. No voy a arriesgarme a que se escape el demonio.

—¿Toda la casa? —protestó Diego—. ¡Joder, qué rollo!

El niño maldijo mientras se iba.

—Ahora vengo —les dijo el Gris a Miriam y a Álex—. Quiero asegurarme de que no mete la pata.

El Gris salió del salón y cerró la puerta. En medio del pasillo vio a Diego:

—¡Eh, niño! Ven aquí.

Diego se giró.

—Que sí, hombre, que lo voy a hacer. No me des la paliza...

—No es eso —dijo el Gris. Se acercó a él y bajó la voz—: Quiero que busques la página, es muy importante.

—¿Y lo que dijo Miriam? Según la rubia, Mario no la tiene.

—La tiene. Lo sé porque antes la tenía un vampiro que conozco. Le pusieron un cebo y le mataron.

—No se mata así como así a un vampiro —dijo Diego—. Con los pocos que quedan, los demás tomarían represalias. No pueden permitirse mostrar debilidades. Por no hablar de que es muy chungo matar a un chupasangre. Harían falta por lo menos...

—Veinte hombres-lobo —terminó el Gris—. Como te he dicho, era una trampa.

—Muy propio de esos chuchos. Siempre en manada, si tocas a uno se te echan todos encima. Por eso prefiero los gatos. Excepto el tuyo, Gris. Ese minino es un cabroncete. ¿No puedo cambiarlo?

—Niño, que te pierdes. Céntrate.

—Sí, perdón. Me contabas lo del vampiro.

—El cebo que usaron para atraerle era un hombre de Mario. Sé que él robó la página de la Biblia de los Caídos. Y los vampiros han registrado todas sus propiedades. Llevamos más de dos años en esto. Está aquí, en este chalé. Y tú vas a encontrarla.

—Que sí, hombre. Pero prométeme que me contarás ese rollo que te traes con los vampiros con más detalle, ¿vale? Y a ver si repartimos mejor las tareas, macho, que siempre tengo que pringar yo con todo. Si lo llego a saber, cierro la boca y me voy con Plata.

—En marcha. Cuando termines, nos vemos en el salón. Yo tengo que prepararme para el exorcismo.

VERSÍCULO 19



El Gris retiró la gabardina negra, descubriendo uno de sus hombros. Entonces detuvo el movimiento.

—¿Te importaría?

Miriam no se movió, no despegó sus radiantes ojos azules de él, ni hizo amago de salir del baño y dejarle a solas.

—Un poco —dijo sin tapujos—. ¿Te da vergüenza que te vea el cuerpo desnudo?

—Tengo que estar solo —dijo el Gris.

—No haré ruido, ni siquiera respiraré. Será como si no estuviera, te lo aseguro. Ya que me rechazaste, podrías al menos dejarme admirar lo que me he perdido.

—No puedo, me distraerías.

—No te creo. —Miriam negó con la cabeza, su melena se agitó sobre sus hombros como una cortina dorada—. Es otro de tus secretos, lo sé, otra de las diferencias que te separan de los demás y que tanto odias. Pero conmigo no tienes de qué avergonzarte, Gris. Yo no estoy aquí para juzgarte. Es simple curiosidad. Solo quiero ver cómo te haces los tatuajes.

—No, no quieres verlo —dijo el Gris—. Se rompería el encanto que crees que tengo y que últimamente te atrae tanto. Tú no quieres ver lo que mi gabardina oculta, ni enfrentarte a la verdad, saber que quizá estás tonteando con un monstruo.

—Exageras. Tienes un concepto bajo de ti mismo, no me atraes nada cuando hablas así. Te dejaré solo para que puedas prepararte.

Cerró la puerta del baño de mala gana y se tumbó en un sofá a esperar. No eran pocas las ocasiones en que había coincidido con el Gris en los casi cinco años que habían transcurrido desde que se conocieron, y aún no había conseguido ver su cuerpo ni una sola vez. Sentía curiosidad por las runas que se grababa en la piel para potenciar sus habilidades físicas. Sus preciados tatuajes eran uno de sus secretos mejor guardados. Se decía que nadie los había visto al completo. La centinela creía que se trataba de runas prohibidas, en contra del código, con algún efecto negativo que el Gris mitigaba gracias a la ausencia de alma.

Fueran prohibidas o no, esas runas tenían algo especial, y ella no era la única que lo creía. Tres magos acosaron al Gris durante mucho tiempo para averiguar qué poderes escondían sus tatuajes y dónde había aprendido a usarlos. Le persiguieron

por medio mundo hasta que le acorralaron en Madrid. No midieron bien a su presa. El Gris los mató a todos, los despedazó, y se aseguró de que sus restos fueran encontrados... por partes. Primero la cabeza de uno, luego un brazo de otro, y así sucesivamente. Lo hizo para enviar un mensaje a los demás, una imagen de lo que le ocurriría al próximo mago que se cruzara en su camino.

Se especuló si el jefe de aquel trío aún estaba con vida, en poder del Gris, ya que su cabeza no apareció nunca y otras partes de su anatomía no eran fáciles de identificar. Entonces intervinieron los ángeles. Enviaron a un centinela a por el Gris. Un rumor decía que uno de los magos muertos, el líder, era hijo de Mikael, y que eso explicaba en parte el odio que le profesaba el ángel. Por supuesto que esa información no estaba confirmada. Los ángeles tenían prohibido engendrar hijos con los humanos, aunque no era la primera vez que sucedía tal cosa, ni sería la última.

El centinela encontró al Gris en un cementerio. Fingió no conocerle ni saber nada de él. Suplicó su ayuda para escapar de un vampiro que le perseguía. El truco funcionó. El Gris le propuso un trato que el centinela aceptó. Cuando el Gris bajó la guardia, dispuesto a sellar el pacto, el centinela aprovechó el descuido y le derribó con su martillo purificado, golpeándole por la espalda. Lo entregó a los ángeles y ganó en reputación. Cumplió con éxito su primer trabajo e incrementó aún más el interés que Mikael tenía en sus capacidades.

Así fue como Miriam y el Gris se conocieron.

—No tienes mal aspecto —señaló la centinela, ligeramente decepcionada, cuando el Gris salió del baño—. Pensaba que te agotaba grabarte las runas.

El Gris se acomodó la gabardina.

—Una cosa, antes de que se me olvide. ¿De qué color son los ojos de Sara?

—¿La rastreadora? —Miriam tuvo que pensarlo un momento—. Castaños. Expresivos y bastante bonitos. Su mejor rasgo sin duda.

—¿Claros?

—No mucho. Tampoco es que sean oscuros. Yo diría que su tono es normal. No te pega, Gris.

—¿Cómo dices?

—Sara. Es demasiado sosa y ni siquiera es buena rastreadora. Te meterá en algún lío, es una inocentona. Tú no la viste durante el exorcismo. Sufría por Silvia. El demonio la engañó completamente.

—Es inexperta. Mejorará. El niño dice que se le da bien grabar runas. Y en cuanto practique un poco y le enseñemos algunos trucos, será una gran rastreadora.

—Me estoy poniendo un poco celosa. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué cargas con ella? Hay rastreadores mejores, con experiencia, a los que no tienes que formar. Además, sabes de sobra que el niño diría que un ciego con Parkinson es bueno grabando runas con tal de no hacerlo él, porque lo detesta. Y en cuanto a su potencial

para rastrear, no puedes saber si lo desarrollará o no.

—Sí que lo hará. De todos modos, hay otras cualidades que son importantes.

Miriam no veía cuáles podían ser esas cualidades. De repente, se sintió muy intrigada con Sara. La rastreadora no destacaba en nada, la suponía un lastre para el grupo. Pero el Gris la valoraba por alguna razón, y él no era estúpido ni descuidado. Si no quería revelarle el motivo, no lo haría.

—Un segundo —dijo Álex entrando en la habitación.

—¿Algún problema? —preguntó el Gris.

Álex volvió la cabeza, se quedó mirando a Miriam.

—Uno muy grande.

La centinela le saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Miriam puede oír lo que me tengas que decir —dijo el Gris, leyendo la mirada de Álex.

Les llegó una sucesión de pasos pesados, desde fuera de la habitación, acompañados de un rugido grave.

—Daremos con esa bestia y la someteremos. ¡La obligaremos a volar para nosotros! —tronó una voz desde el pasillo.

Los tres se miraron. Miriam abrió la boca, luego la cerró sin comentar nada, no merecía la pena.

—No te preocupes, guapetón —le dijo Miriam a Álex, retomando la conversación—. Esperaré fuera para que puedas hablar tranquilo con el Gris. Es lo único que hago, esperar tras una puerta.

Álex no dejó de mirarla hasta que salió de la habitación.

—Tienes que huir, Gris —dijo en cuanto se cerró la puerta—. Pensé que tenías más cerebro, que no volverías a esta casa. Nadie puede medirse con Mikael.

—Tampoco puedo esconderme y lo sabes. ¿Crees que se puede dar esquinazo a los ángeles? Me encontrarían. Huir no serviría de nada.

Álex se enfureció, maldijo por lo bajo.

—Sí serviría. Ganaremos tiempo. Tardarán en dar contigo y para entonces tal vez se nos haya ocurrido algo.

—Ya te he dicho que este asunto no os incumbe. No te metas, Álex, lo resolveré yo solo.

Álex se enfureció más aún.

—¿En serio? Y dime, ¿cómo lo solucionarás? ¿Igual que has resuelto el exorcismo? No puedes hacerlo solo, imbécil, no te entra en la cabeza.

—Es mi decisión y mi riesgo. No lo sabes todo, Álex. Y es mi vida de lo que estamos hablando.

Ahora Álex estalló, se le hincharon las venas del cuello.

—¡No, no lo es! ¡Ya no es solo tuya! Tenemos un trato, ¿recuerdas? Te he visto

correr riesgos impresionantes, Gris. Nada te asusta, tú nunca retrocedes, pero esta vez es absurdo. Nadie puede con Mikael. ¡Y no puedes morir! Tengo que salvarte. Tú no entiendes lo importante que es tu vida.

Era el turno del Gris de enfadarse.

—¿Y por qué no me lo explicas? —Destrozó una mesa de un puñetazo—. ¡Estoy harto de tus secretos! Dime, ¿por qué es tan valiosa mi vida? ¡Quiero saberlo!

—Ya sabes que no puedo decírtelo todavía. Lo haré cuando llegue el momento.

—Pues entonces lo discutiremos en ese instante. Hasta entonces, mi vida es mía, te guste o no. No me importan tus secretos.

—¿Es por el dolor? ¿Por eso lo haces?

Los ojos del Gris relampaguearon, temblaron de furia.

—No me hables de dolor. Tú no sabes lo que es eso. —Dio un paso adelante, haciendo retroceder a Álex—. Sabes muchas cosas, no lo niego. Pero no tienes ni idea de qué se siente al vivir sin alma. ¡No, no lo imaginas tampoco! Dices que yo no entiendo el valor de mi vida, es posible, pero tú, por más conocimientos ocultos que creas tener, no sabes cómo es mi tormento, y te aconsejo que des gracias por ello. ¡Así que no vuelvas a hablarme de dolor!

—De modo que es por eso —concluyó Álex—. Sufres mucho y te has rendido. Se terminó el luchar, el seguir adelante. Así es más fácil. No eres más que un cobarde. ¡Me das asco, Gris!

—Cuidado, Álex. Te lo advierto.

—¿Cuidado? Maldito idiota. Estoy tratando de salvar tu vida, que parece importarme a mí más que a ti. ¿Y se te ocurre amenazarme?

—¿A qué te refieres?

—A que no puedes engañarme. Sé por qué no huyes de Miriam y por qué no me dejaste matarla cuando tuve la ocasión. ¡No pongas esa cara! Lo sé todo. Salvaste a Miriam porque quieres que te entregue a los ángeles. Sabes que no perdonarán la muerte de Samael y te matarán. Mikael se encargará en persona de hacerlo, y con gran placer. Eso es lo que buscas en realidad, que termine tu agonía de una vez. ¡Eres tan cobarde que ni siquiera tienes el valor de suicidarte directamente! ¡Prefieres que acaben contigo!



A Diego no le importaba que le llamaran niño, ni chaval, ni mocoso, ni nada por el estilo, al contrario, le gustaba, le hacía gracia. Lo que ya no le gustaba es que le trataran como a un crío.

«Niño haz esto», «niño haz lo otro», «niño, a grabar runas». Como si no lo pudiera hacer nadie más. Diego empezaba a estar muy harto de aquellos estúpidos

símbolos, y cuando el niño se enfadaba, le daba por murmurar.

—La culpa es tuya por blando, anormal, con esa boca que tienes y no eres capaz de protestar cuando hay que hacerlo —se reprendió a sí mismo—. Siempre te toca a ti, al pringado del grupo. Los demás siempre tienen una excusa, macho, se lo montan bien, no como tú. No sé cómo lo hacen.

Ya había grabado runas en toda la planta de abajo. Estaba cansado y aburrido. Y algo molesto por andar por ahí solo. Él era un tipo social, disfrutaba de la compañía de los demás, no como Álex o el Gris. Menuda pareja formaban esos dos. Podían estar una semana entera sin decir una palabra. Ahora, eso sí, que tuvieran que grabar alguna asquerosa runa, entonces sí que hablaban, sí, ¡para enchufarle la tarea al niño! Y sin un solo «¿te importaría?», o «si no es molestia», no, nada de eso. ¿Para qué? Mucho mejor exigir que se graben rapidito, y bien, por supuesto, que como luego falle algún simbolito la que se monta.

Algún día se plantaría y diría que no. Que metan a otro en el grupo para que se ocupe de las runas. Que inventen un nuevo puesto... Grabador. Sonaba bien. Se lo comentaría al Gris en cuanto tuviera ocasión.

El niño se sintió un poco mejor con esa idea.

—¡La hostia! —exclamó al entrar en el cuarto de matrimonio—. Ahí debería estar yo ahora y no dibujando tonterías en paredes y techos.

Tenía delante la cama más grande que jamás hubiera visto, cubierta de cojines y almohadas, limpia y sin deshacer. Seguro que las sábanas eran de hilo de algodón egipcio, lo había leído en alguna revista. Se le hizo la boca agua. Eran más de las tres de la madrugada y la visión de una cama tan apetitosa era la peor tentación en esos momentos. Se imaginó bajo el edredón, calentito, rodeado de almohadas...

Retiró esa imagen de su mente. Solo conseguiría torturarse y por desgracia tenía un trabajo apestoso que hacer. Claro que podía tomarse algunas libertades para llevarlo a cabo. Diego tomó algo de impulso, saltó sobre la cama y se puso a botar. Su pequeño cuerpo subía y bajaba. Cuando consideró que ya estaba bastante deshecha, se detuvo.

—Si yo no puedo dormir, nadie lo hará.

Cerró un ojo y midió la distancia de la pared. En el centro había una foto de Mario, el gran Mario Tancredo. Vestía un traje azul oscuro y le daba la mano a un individuo mayor enfrente del ayuntamiento. El niño la descolgó de la pared y la tiró hacia atrás, por encima del hombro, sin volverse.

—Qué torpe soy —dijo cuando se hizo añicos—. En fin, vamos al tema.

Sacó la estaca, metió la punta en el frasco y la deslizó por la pared. Los mismos trazos de nuevo. Primero una línea ondulada, ascendente, de mucho grosor, luego un círculo, no demasiado grande... Se lo sabía de memoria. Probó a hacerlo con los ojos cerrados, a ver si se animaba un poco.

Le interrumpió una voz.

—Daremos con esa bestia y la someteremos. ¡La obligaremos a volar para nosotros!

Sonaba distante, en la planta de abajo. La siguieron unos pasos sonoros.

—Esos sí que se lo pasan bien, no como yo —se lamentó.

Terminó la runa. Después grabó otra igual en la pared contigua. Entonces maldijo, la borró y la grabó en la otra pared. La última la dibujó en el suelo.

Tampoco encontró la página de la Biblia de los Caídos, para variar. Empezaba a pensar como Miriam, que no existía, o que Mario no la tenía. Tenía que convencer al Gris de ello o seguiría dándole la tabarra con que la buscara. Se ponía muy cabezón con ese asunto.

Otra habitación completa. Ya quedaba menos. Le dolían un poco la muñeca y el codo. A lo mejor tenía tendinitis. Lo que le faltaba. Al salir le soltó una patada a una mesilla y varios libros cayeron al suelo.

¿Cuántas habitaciones quedarían? La planta de arriba era más pequeña que la de abajo, pero aun así, el chalé era condenadamente grande.

Se topó con Miriam en el pasillo.

—¿Qué? ¿Descansando un poco?

La centinela volvió la cabeza hacia él. Estaba apoyada contra la pared, con la pierna derecha flexionada y el martillo sobre la rodilla, girando, como una peonza gigante.

—Estoy esperando al Gris —se limitó a decir ella.

—Claro, claro. Tú relajada, sin estrés. ¿Te traigo algo de la cocina? ¿Una bebida?

—Estoy bien, gracias.

—Eso ya se ve. Así también lo estaría yo. Ahí plantada, tocándote el... —dejó la frase sin terminar, respiró hondo—. Deberías ser tú la que grabara las runas. Tú no necesitas ingredientes. Que me estoy dejando un dineral.

—Es tu trabajo, niño. A mí no me lées.

—Tú a tu bola, tía, no vayas a hacer un favor a alguien. —Se había girado para marcharse, pero se detuvo—. Una cosa, ahora que me acuerdo. Podrías echarme una mano con el Gris... Dijiste que no crees que Mario tenga una página de la Biblia de los Caídos. —La centinela asintió—. Entonces, no te importará convencer al Gris. Es un poco cansino con ese tema.

—Me escuchó decirlo igual que tú y no me creyó. Repetirlo no serviría de nada.

Diego resopló y sacudió la cabeza, gesticuló con las manos.

—Esfuézate un poco, tía. El Gris no es tan tonto como parece. Que tú lo digas no es suficiente, necesita alguna prueba. Dale algún detalle de por qué los ángeles ya no la buscan. Algo para que cambie de opinión.

—Mira que eres llorón, niño —dijo Miriam—. No estoy autorizada a hablar de la

Biblia de los Caídos, y mucho menos a dar detalles.

—¿Autorizada? —preguntó Diego, medio escupiendo—. Lo que hay que oír. Se me olvidaba tu asqueroso código angelical. A ver si espabilas, tía, nadie lo respeta tan estrictamente como tú. Conozco a más centinelas, ¿sabes? Y no son tan estirados. Todo el mundo se salta alguna regla de vez en cuando. No se va a enterar nadie.

—Yo sí me enteraría, con eso basta. Y lo que hagan los demás me trae sin cuidado. ¿Por qué no vas a buscar a uno de esos centinelas y le das la paliza a él? Yo no voy a romper el código por ti, mequetrefe. No sabes lo que implica acatarlo, ni lo que significa ser un centinela.

—Lo que yo sé es que si ese bastardo de Mikael se tirara un pedo, tú meterías la cabeza entre sus alas y dirías que huele a gloria bendita.

Miriam no varió su expresión, pero se tomó un par de segundos antes de replicar.

—Voy a ver si me explico con claridad, niño. Estoy siendo muy paciente contigo. Estoy al corriente de tu maldición, y de que te la impusieron los ángeles, y en cierto modo siento un poco de lástima por ti. Pero sé que si te han maldecido será por algo, y no hace falta pasar mucho tiempo contigo para ver que eres una persona despreciable, cobarde e interesada, capaz de casi cualquier cosa. Así que déjame en paz, o acabarás por cabrearme y te daré una paliza que no olvidarás. ¿Está suficientemente claro para tu pequeña mente retorcida?

El niño se rascó el lunar de la barbilla.

—Pues sí que lo está. Más claro imposible. Cuando quieres te expresas muy bien. Pero se te ha escapado un detalle, rubita. La maldición de los ángeles impide que me pongas la mano encima, ¿lo has olvidado?

—Me arriesgaré a una reprimenda. Tú prueba y verás.

—Genial. Así que para zurrarme sí te saltas las normas —rezongó Diego—. No sé para qué me molesto contigo. Me largo de aquí ahora mismo. Asco de centinelas...

—¡Por ahí no!

El niño se volvió hacia ella.

—¿Ahora qué pasa?

—En esa habitación no puedes entrar —explicó Miriam—. Álex y el Gris están hablando.

—¿Álex está ahí dentro? ¿Con el Gris?

—Sí. ¿Por qué te asombras tanto?

—¡Esto es la leche! —gruñó Diego. Le dio una patada a la puerta y se alejó por el pasillo—. Aquí el único imbécil que curra soy yo. Los demás, a la buena vida. ¡Pero se va a terminar! ¡Yo no soy un pringado! Me van a oír. Y cómo se les ocurra quejarse de algo...

Miriam le observó con una sonrisa hasta que desapareció tras una esquina. Siguió escuchando sus quejas un poco más, hasta que entró en otra habitación.

El niño era un poco pesado, y cabezón, y cargante, y muchas cosas más. Pero tenía su encanto, y a la centinela, en el fondo, le hacía gracia.



Un estruendo retumbó en la cocina, un sonido grave y desagradable, que se prolongó durante tres largos segundos.

Sara brincó en la pequeña banqueta y el sándwich se le escurrió de las manos. El ritmo de su corazón aumentó por el sobresalto. Se giró en busca de una explicación, rezando para que no se tratara del demonio.

El rostro de Plata no la tranquilizó. El miedo deformaba sus facciones y teñía de blanco su redondo semblante.

—Se me ha escapado —dijo el hombretón, apurado, recobrando rápidamente el tono rosado en las mejillas. Una loncha de jamón colgaba desde su boca, sobresaliendo entre los gruesos labios repletos de migas—. Yo no soy así, lo juro. ¡Tienes que creerme!

—¿Ese ruido lo has hecho tú? —preguntó la rastreadora.

—Ha sido sin querer —se defendió Plata—. Es este cuerpo, no lo controlo bien. El estómago es enorme. Se acumuló el gas y no lo pude contener. No lo vi venir. Yo jamás haría algo así en tu presencia. Te debo mil disculpas...

Sara se relajó.

—Está bien, no pasa nada.

Le costaba aceptar que hubiera sido un eructo, pero al mismo tiempo se alegraba. Plata tenía dificultades para calmarse. Evitó su mirada y dejó de comer, a pesar de que había sido él quien había insistido en ir a la cocina.

Recordó los problemas de equilibrio de Plata en el cuerpo anterior y trató de imaginar lo que supondría cambiar de cuerpo continuamente. ¿Sería como despertar en una casa diferente cada día? Las habitaciones y los armarios tendrían distintos tamaños, la distribución variaría, se vería obligada a aprendérsela de nuevo. Sería un infierno.

Le dedicó una sonrisa para que no se sintiera mal y recobrarla la compostura. La cara de Plata se iluminó y sus ojos brillaron con gran intensidad, como dos soles. Los labios se curvaron hacia las orejas, hasta el límite, dejando que la tira de jamón se escurriera de su boca y cayera. El enorme cuerpo de Plata se plegó sobre sí mismo para recogerla del suelo, mostrando a Sara involuntariamente la inmensa estampa que ofrecía su trasero en esa posición, con el canalillo asomando por el pantalón.

La rastreadora agradeció que el gas no hubiera salido por el otro extremo del aparato digestivo.

También se alegró de que estuvieran solos. Una imagen terrible se había grabado

en su mente, la expresión del Gris y de los demás cuando Plata no la había reconocido. Una expresión que esperaba no volver a ver nunca. Resolvió hacer una prueba, a ver si la memoria de Plata se había recuperado.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Plata? Es sobre arte.

—Naturalmente, querida. Soy una autoridad en la materia. ¿Qué deseas saber?

Sara decidió probar con un episodio extraño que sucedió estando ellos dos solos, cuando vestía el cuerpo de dos metros de altura.

—Yo solo soy una aficionada a la pintura, pero estaba pensando en adquirir un Rembrandt. ¿Qué te parece ese pintor?

Plata resopló, enarcó una ceja.

—No te lo recomiendo. Era un holandés idiota. Me hizo un retrato horrible. Y no me extraña. Aprendió pintando vampiros...

La misma historia que la vez anterior. Obviamente, no recordaba que ya se la había contado. Ni siquiera recordaría que ella le había sugerido que los vampiros se podían peinar unos a otros al no poder ver su imagen en un espejo. Consideró repetir el comentario cuando Plata llegó a esa parte de su discurso, pero al final prefirió no hacerlo.

A los demás les había recordado, a todos. Era un poco frustrante. No quería enfadarse, así que esperó a que Plata acabara su disertación sobre Rembrandt y los vampiros y cambió de tema.

—Muchas gracias, tendré en cuenta tus consejos. ¿Por qué te llaman tanto la atención los dragones?

Era una duda de la que Sara no se libraba y que martilleaba continuamente su cerebro.

Plata la miró con la boca abierta.

—Son unos animales magníficos. Los seres más perfectos de toda la creación —explicó. Hablaba lleno de pasión, acompañando las palabras con rápidos gestos de sus manos regordetas—. Bellos, hermosos, imponentes. No has visto uno, ¿verdad? No, no has tenido ese placer o no harías esa pregunta. Además, son tremendamente poderosos. No te gustaría ver a uno cabreado.

Plata era encantador hablando de dragones. Se le veía radiante, como un bebé al que le han hecho cosquillas, incapaz de permanecer quieto ni contener su felicidad.

—Apuesto que su aliento de fuego es lo que más te gusta de ellos —dijo Sara.

Plata lo pensó unos segundos.

—Es una cualidad impresionante, sin duda, pero no es esa. La verdad es que su aliento apesta. El fuego está muy bien, derrite casi todo, es muy espectacular, pero su olor es casi más peligroso. La primera vez que una de esas lagartijas escupió fuego delante de mí estuve inconsciente una semana. Menudo hedor, qué asco. Soy un firme creyente de que los dragones no se lavan los dientes. Seguramente creen que el fuego

derrite la porquería, pero se equivocan. Los que escupen hielo son más tolerables, pero también tienen lo suyo.

La rastreadora cada vez se divertía más.

—¿Me enseñarás uno alguna vez?

Sara intentó disimular una sonrisa.

—¿Un dragón? —El rostro de Plata se ensanchó—. Pues claro que sí, querida. No imaginas la felicidad que siento al saber que compartes mi pasión por esos increíbles animales. Te enseñaré algo que casi nadie ha visto. Te llevaré a volar a lomos de un dragón. Será una prueba de mi devoción por ti. ¡Lo juro!

Agitó un puño en el aire. A Sara le conmovió el arrebató de Plata. Por un instante, ella le creyó y disfrutó con la idea.

—Eso me encantaría.

—Pues no se hable más, iremos ahora mismo. —Se levantó como un rayo—. ¡Está decidido! Vamos a...

Se detuvo a medio camino de la puerta, con la mano extendida hacia el pomo, sin mover un solo músculo.

—¿Te pasa algo, Plata?

Entonces, se movió y se volvió hacia ella.

—Me temo —dijo con la voz quebrada— que hay un pequeño problema. Primero tengo que encontrar un dragón, y son muy escurridizos. ¡Maldita sea!

Se dio un puñetazo en el muslo.

Sara vio la ocasión de llevar a Plata por donde ella quería, y ya era hora de hacer lo que el Gris le había pedido.

—¿Y si se lo preguntamos al demonio? —dijo—. Seguro que la pequeña Silvia sabe dónde hay un cubil. —Se arrepintió de haber usado esa palabra. La había escuchado en alguna película de fantasía o algún cuento. Los dragones vivían en cuevas o cubiles, pero no sabía si eso concordaba con las fantasías de Plata—. Es que me hace mucha ilusión —agregó esperando no haber metido la pata.

—Es una idea excelente —dijo Plata rebosando admiración—. Mi respeto por tu inteligencia aumenta hasta límites insospechados. —Alzó el puño de nuevo—. ¡Vamos allá!

Sara se apresuró a seguirle. Se movía bastante deprisa para tener un cuerpo tan grande. Plata se desplazaba con zancadas largas, balanceando su cuerpo peligrosamente. Su puño golpeó una de las lámparas del pasillo, pero no frenó su avance, continuó su camino con más vigor, ansioso por llegar junto a la niña.

—Daremos con esa bestia y la someteremos. ¡La obligaremos a volar para nosotros! —rugió Plata. Después vomitó una carcajada grotesca y atronadora.

Toda la casa debía de haberla escuchado. Cuando Sara iba a pedirle que controlara su volumen llegaron a la habitación de Silvia.

La niña había cambiado. Sus pequeños ojos ahora eran amarillos, de serpiente, con la pupila vertical. Parecía más pálida y más delgada. Nada más verles escupió y arrancó un pedazo de la pared de un zarpazo.

Silvia emitía un pequeño gruñido de fondo, continuo, muy desagradable, en un tono que no parecía posible que proviniera de una garganta humana, y mucho menos de una niña. El demonio ya no se molestaba en ocultar su verdadera naturaleza.

La rastreadora se estremeció al ver a la niña-demonio.

—Tal vez no sea buena idea interrogarla sin el Gris o Miriam —dijo agarrando el brazo de Plata.

—Ellos no entienden de dragones —repuso Plata muy decidido. Se acercó hasta las runas de contención grabadas en el suelo—. Hola, pequeño ser. Tengo una consulta importante, si no te molesta.

Silvia le atravesó con sus ojos amarillos, sacó la lengua.

—¿Quién eres, gordinflón? —bramó.

Sara dio un paso atrás sin querer. Aquella voz no podía ser real. Sonaba como si hablaran dos a la vez, con el gruñido de fondo, y no dos cualesquiera, tenían que ser dos osos por lo menos para generar un sonido tan grave.

Plata se tapó los oídos.

—Tu voz ha empeorado considerablemente. —Luego meneó la mano debajo de la nariz—. Igual que tu olor. Mi consejo es que no te hagas cantante, en serio.

Silvia se abalanzó sobre él. Las cadenas se tensaron y retuvieron al demonio a un par de pasos de distancia. La niña chilló con la boca abierta.

Plata pareció sorprendido.

—¿Te encuentras bien, niña? He conocido a otros demonios y no arman tanto jaleo.

—Voy a devorarte —tronó Silvia.

—Más tarde, aún necesito este cuerpo —dijo Plata posando las manos en su cintura—. Y ahora, vamos al grano. Mi encantadora amiga y yo estamos buscando un dragón. ¿Te importaría indicarnos dónde podemos encontrar uno?

Silvia dejó de luchar contra las cadenas, cerró la boca.

—¿Plata? —preguntó con una voz casi normal.

—El mismo —dijo el hombretón—. ¿Nos conocemos? No te había visto antes, estoy convencido. Mi memoria nunca falla.

—He oído hablar de ti —dijo el demonio.

Plata sonrió con orgullo.

—Nada malo, espero. Mi fama no debe intimidarte, demonio.

Sara estaba de nuevo impresionada. El demonio había abandonado su actitud feroz, tanto que si empleara una voz normal, casi podría decirse que estaba relajado. ¡Y conocía a Plata! ¿Cómo era posible?

—¿Cómo no iba a sentirme intimidada? —Silvia dobló una rodilla, agachó la cabeza—. Mi respeto por tu leyenda me obliga a presentarte mis disculpas.

—Disculpas aceptadas, pequeña —dijo Plata, complacido.

La niña habló sin levantar la cabeza, manteniendo la postura sumisa.

—Si me liberas de estas cadenas, Plata, te guiaré hasta un dragón espectacular. El más grande que puedas imaginar.

—¡Genial! —Plata dio dos sonoras palmadas—. Este sí es un demonio amable. No como la escoria que suele estar ahí abajo, entre las llamas. Tenemos que darnos prisa...

—¡No! —gritó Sara.

Tenía que detenerle. Plata había dado un paso y estaba a punto de atravesar la línea de runas. ¿De verdad iba a soltarla? Sara no podía estar segura, pero la verdad es que ya nada le sorprendería de Plata.

—¿Algún problema, querida? —la preguntó el hombretón.

—No puedes liberarla. Es un demonio.

—Por supuesto que sí. Nos llevará al dragón, ¿no lo has oído? Fue idea tuya consultarla. Tu felicidad es mi única preocupación. No te asustes por esa voz que tiene, no es para tanto. Y en realidad no está tan mal para ser un demonio, es casi dulce. Las hay mucho peores, créeme.

Sara reunió todo su valor para acercarse hasta él. Le agarró por el brazo y le obligó a ponerse de espaldas a la niña. No sabía cómo razonar con Plata ni qué decirle para que entendiera algo tan obvio.

—Verás, creo que está mintiendo.

—Un dragón precioso, dorado —susurró Silvia a sus espaldas.

—¿Lo has oído? —preguntó Plata, visiblemente nervioso—. ¡Dorado! Es el único tipo de dragón que no he visto. Creía que no existían.

—¡Espera! —Silvia le sujetó por las manos, le obligó a retroceder un paso—. Es un truco. Ella solo quiere engañarte... Su intención es que abandones este cuerpo y entres en el suyo.

Plata abrió los ojos, sus rasgos regordetes se tensaron bruscamente. Miró a la niña. El demonio se puso en pie.

—¿Dentro de ella? Está un poco flacucha. Estaría muy apretado —reflexionó rascándose la barbilla.

Entonces se llevó la mano a la boca. Palideció, se tambaleó un poco y cayó al suelo. Sara creyó que iba a vomitar, tenía el rostro desencajado. Se acordó de aquella vez que le había surgido una cicatriz en la espalda, sin previo aviso, y se alarmó.

—Plata, ¿te encuentras bien? ¿Te duele la espalda?

El hombretón agitó los brazos, parpadeó y eructó. No fue un resoplido tan fuerte como el de la cocina, pero tampoco era fácil de superar. Se le veía mal, enfermo.

—Estoy mejor —dijo logrando sentarse—. Me he mareado un poco, es todo.

—¿Seguro?

—Sí, necesito tomar el aire.

Sara le ayudó a levantarse y se marcharon.

VERSÍCULO 20



La belleza natural de Álex era innegable. Sus rasgos simétricos, delicados, y su precioso pelo moreno, suave y sedoso, le convertían en un objeto de deseo para las mujeres. A Miriam, sin embargo, no le atraía en absoluto, por ser demasiado perfecto. Le resultaba soso, inexpresivo y carente de interés.

No obstante, respetaba su valor y decisión. Álex se enfrentaba a ella sin vacilar, aun sabiendo no solo que era una de las mejores centinelas, sino la favorita de Mikael. Sí, Álex los tenía bien puestos, al contrario que el niño, que podía asustarse de una lagartija.

Por eso le extrañó ver la cara de Álex deformada, fea, casi temblorosa, cuando se abrió la puerta de la habitación. El Gris aparentaba estar más relajado, pero Miriam detectó la tensión en sus facciones. Algo había sucedido. No se trataba de una simple discusión más. Álex y el Gris habían tenido una conversación verdaderamente agitada.

—Vamos a ver a Mario —dijo el Gris sin mirarla a la cara.

La centinela le siguió en silencio. Álex se fue en otra dirección. Lamentó no haber pegado la oreja a la puerta, claro que tampoco se esperaba una discusión tan acalorada entre ellos.

Mario Tancredo tampoco tenía buen aspecto. Los ojos eran lo peor. Estaban hundidos en sus cuencas, con dos enormes bolsas debajo.

—A ti te quería ver —dijo con un tono de voz desagradable, señalando al Gris cuando el grupo entró en la habitación—. Mi mujer me ha contado lo sucedido. Tienes suerte de que mi hija esté viva, monstruo, porque si vuelves a apuñalarle el corazón...

—Al menos ahora sabes que no es tu hija —repuso el Gris—. Te recuerdo que querías salvarla.

Mario apretó los labios, se sentó al borde de la cama, donde había yacido inconsciente tras su desmayo, y se sirvió un vaso de agua. No les ofreció. Miriam cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te pago para que expulses a ese demonio, no para que mates a mi hija —dijo el millonario dominando su rabia y su frustración—. Se supone que eres el mejor exorcista. ¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sé —admitió el Gris—. Estoy aquí para averiguarlo. Ese demonio es increíblemente fuerte para resistir al exorcismo, algo muy inusual. Tendría que tratarse de uno de los más poderosos. Y contra un demonio así no podríamos hacer nada, solo un ángel puede enfrentarse a él.

—¿Insinúas que no hay solución?

—Insinúo que hay otra explicación, una que aún no he encontrado. Creo que alguien ayuda al demonio, alguien que es responsable de que poseyera a tu hija y que colaboró debilitando su alma, lo que allanó el camino.

Mario abrió mucho los ojos.

—¿Un traidor?

—O alguien que se quiere vengar de ti —dijo el Gris—. En cualquier caso, no tiene nada que ver con tu hija.

—¿Y cómo ayuda al demonio? —Mario sacudió la cabeza. Se notaba que le costaba aceptar la situación—. ¿No puedes expulsarle de todos modos?

—Tendría que saber más. Podría grabar una runa en tu hija que contrarrestara el método que usan para ayudar al demonio.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque si uso la runa equivocada la mataré, o la dejaré lisiada para toda la vida, puede que en coma. Necesito dar con esa persona.

Mario se levantó de golpe, furioso, volcando el vaso de agua sobre la mesilla.

—¡Pues encuéntrale, para eso te pago!

—Eso intento. Y para hacerlo vas a tener que contarme un par de cosas de tu empresa. —Se hizo evidente por su expresión que al millonario no le gustó la idea. El Gris siguió con su habitual tono distante—. Tú tienes un trato con los demonios o lo has tenido. Así es como creaste tu fortuna. Vas a decirme ahora mismo con quién.

Mario dudó, deslizó una mirada furtiva a la centinela, le tembló el labio inferior.

—Esa es una acusación absurda y sin fundamento —dijo.

—Como quieras. Entonces puedo arriesgarme con tu hija a ver si acierto con la runa adecuada, o largarme y dejarla como está. Siempre puedes llamar a otro exorcista. ¿Qué prefieres?

El millonario soltó una maldición entre dientes. Miró al Gris con los ojos temblorosos, a punto de estallar.

—¿Podemos hablar a solas?

—No te preocupes por Miriam. Habla.

La centinela asintió.

—No daré parte de ti, Mario. Te doy mi palabra.

Y la cumpliría. La palabra de un centinela no se rompe jamás. Miriam quería saber quién era el demonio que había hecho tratos con Mario. Sin duda, a Mikael le complacería esa información, y a ella la convenía complacer a Mikael. Sería como

regresar con éxito de la misión de capturar al Gris y llevarle un detallito a su jefe que no delatara a Mario no implicaba que no pudiera apuntarse el tanto de haber descubierto a un demonio tan influyente.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó el millonario—. Quiero saberlo antes de hablar.

—Eso no importa —dijo el Gris—. Tienes suerte de que no me largue y me desentienda por no habérmelo contado desde el principio. Si alguien de mi equipo hubiera muerto te aseguro que tú le hubieras seguido después de pasar por un sufrimiento indescriptible. La runa que te marqué en el brazo no es más que una caricia. El dolor que puedo infligir a tu alma no se puede comparar con ningún tormento físico. Te recomiendo que no me pongas a prueba en eso.

Pocas amenazas eran tan peligrosas como la que acababa de pronunciar el Gris con toda naturalidad. Miriam lo sabía muy bien. Ni siquiera la de un vampiro sería tan temible en su opinión. Por eso le impresionó tanto la reacción de Mario.

El millonario no se amedrentó ni se asustó. Contra toda lógica imaginable, apretó los puños y las mandíbulas, y sostuvo la tranquila mirada del Gris con aire desafiante.

—No puedo decirte con qué demonio hice un trato. Tienes que entenderlo.

Miriam separó las manos, cargó el peso del cuerpo en la pierna izquierda. La cosa se ponía interesante.

—Entonces yo no voy a ayudarte —dijo el Gris—. Arréglatelas con tus demonios y con tu familia.

—¡No, espera! —Mario le agarró del brazo.

El Gris fue muy rápido. Un tirón, un movimiento en la dirección opuesta y un golpe. Mario se encontró en el suelo, sangrando por la nariz.

—No vuelvas a ponerme la mano encima. Creo que he sido muy claro al explicarte mis condiciones, y muy paciente al perdonarte por haberme ocultado tu trato hasta ahora. Pero eso se acabó.

—¡No puedo revelarte su identidad, maldita sea! —Mario se levantó, se encaró al Gris, a pesar de padecer serias dificultades para tenerse en pie—. Si te lo digo, toda mi familia lo pagará. Tú deberías entenderlo. No importa cuánto me amenaces, no puedes ser peor que el infierno.

Aquello hizo añicos las esperanzas de Miriam de llevar a Mikael una valiosa información. Mario no hablaría. Lo que había dicho era cierto, y el Gris debió pensar lo mismo por su expresión.

—Aún trabajas para mí —le recordó Mario—. Tenemos un acuerdo. —Se remangó el brazo y enseñó la runa. Tenía un aspecto horrible—. Yo no me voy a echar atrás. Cuando reclames mi alma la tendrás, asumiré el riesgo que ello conlleva, pero tú ahora vas a salvar a mi hija. Te enfrentarás a ese demonio que la ha poseído, sin excusas. Si mi pasado es relevante, te ayudaré hasta donde pueda, pero tú no

puedes aferrarte a él para romper nuestro acuerdo.

¿No podía? Miriam no lo sabía. De pronto, cayó en la cuenta de que no tenía la menor idea de bajo qué circunstancias podía romper el pacto del Gris. Los contratos de almas con un demonio eran absolutamente irrompibles, salvo que el demonio así lo quisiera. Ni siquiera un ángel podía evitar que el alma de un hombre fuese a parar al demonio una vez sellado el pacto, eso suponiendo que quisieran impedirlo, algo que no había sucedido nunca, que Miriam supiera.

—¿Te ayudaron con tu empresa? —preguntó el Gris—. Esa es la clave de tu éxito en los negocios, ¿no es así? Eso puedes decírmelo, es algo más o menos corriente. Simplemente oculta la identidad del demonio y no correrás peligro. —Mario asintió—. Bien, ahora necesito saber en qué consistió tu pago. ¿Qué le diste al demonio?

—Les paso información. Soy como un espía —dijo el millonario mirando a Miriam de soslayo.

—¿Qué información?

Mario dudaba, le costaba hablar, y lo hacía despacio, rectificando palabras a menudo.

—Sobre los centinelas... Tengo sobornados a varios curas... en casi todas las iglesias de Madrid, y de España. Registran las entradas y salidas de los centinelas, algunos incluso hacen conjeturas sobre dónde están los ángeles, basándose en el comportamiento de los obispos.

Miriam y el Gris se miraron, durante un instante, sin hablar, pero diciéndose mucho. La centinela volvió a cambiar de opinión. Al final, sí tendría algo jugoso para Mikael. Pero entonces...

—Eso es mentira —dijo el Gris—. Un demonio no te entregaría un imperio como el tuyo solo por espiar en unas cuantas iglesias. Me estoy cansando de esto.

El Gris agarró al millonario por el cuello con una mano y apretó. Mario cayó de rodillas, intentando librarse desesperadamente de la muñeca que le oprimía.

—Es la verdad... —susurró. Se estaba poniendo rojo—. Lo juro.

Miriam puso la mano sobre el hombro del Gris.

—Detente. Le vas a matar.

—Su organización es demasiado grande y poderosa —explicó el Gris—. Está extendida por todo el planeta. Podría incluso afectar a la economía mundial. No se da tanto poder a alguien por tan poca cosa.

—Mira su cara, su expresión —dijo Miriam—. Tal vez ya no puedes interpretar las emociones humanas, pero yo sí, y tendrás que confiar en mí. Está diciendo la verdad.

La cara de Mario se hinchaba por la presión, parecía a punto de estallar. La saliva resbalaba por la barbilla. Ya apenas se resistía, no le quedaban fuerzas.

—Entonces hay algo más —insistió el Gris—. Si no miente, eso quiere decir que

su espionaje es una parte del trato, pero no lo es todo. No nos lo ha dicho todo.

A Miriam le impresionó la capacidad de deducción del Gris. ¿Sería cierto que ya no tenía sentimientos, que los estaba olvidando por no tener alma? Desde luego, era la impresión que daba. Su razonamiento había sido frío y calculador, basado en hechos sencillos y difíciles de rebatir. Ahora ella también creía que el espionaje era un precio pequeño por tanto poder, pero tan solo un segundo antes, se había fiado de la cara del millonario. Le molestó reconocer que a ella la habría engañado, si finalmente se confirmaba la teoría del Gris.

Pero ¿y si estaba equivocado? No daba la impresión de que el Gris estuviera dispuesto a soltar a Mario. ¿Sería capaz de matarle? Su rostro permanecía inexpresivo mientras le estrangulaba, como si se estuviera aburriendo.

Mario parecía a punto de perder el conocimiento.

—Si le matas, nunca lo sabremos.

El Gris no aflojó. La centinela se llevó la mano a la empuñadura del martillo.

—Hay... más... —susurró el millonario. Su voz apenas era audible—. Tienes... razón...

El Gris le soltó. Mario se desplomó en el suelo. Abrió la boca y aspiró una honda bocanada de aire, y luego otra, más honda que la primera. Jadeó, se masajeó el cuello. Le llevó tiempo recuperarse.

—¿Y bien? —dijo el Gris.

—Es cierto que hay algo más —confesó Mario—. Pero no puedo revelarte esa parte del trato tampoco, por la misma razón. Si lo hago, mi familia lo pagará.

Miriam temió la reacción del Gris.

—Entonces tendré que asegurarme —repuso el Gris.

La centinela se interpuso en su camino.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quieres matarle?

—Voy a asegurarme de que no ha vendido su alma. Sabes que es el trato normal para que reciba tanta ayuda, y eso suponiendo que estuvieran muy interesados en su alma, algo que no entiendo. ¿Te parece bien o quieres que nos llevemos una sorpresa más tarde?

Miriam se apartó.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó Mario—. No le dejes, Miriam, eres una centinela.

El Gris le obligó a levantarse, le arrastró hasta el baño. La centinela se quedó en la puerta, observando. El miedo hizo palidecer el rostro de Mario.

—Si me tocas te...

—Cállate —le ordenó el Gris—. No te dolerá. Siéntate ahí, delante del espejo y no te muevas.

Luego se puso detrás del millonario y miró su reflejo. El Gris lo estudió

detenidamente, concentrado al máximo. Miriam no entendía cómo lo hacía, por más veces que lo viera.

—¿Qué hacemos delante del espejo? —preguntó Mario.

—Que te calles —repitió el Gris.

Su frente se arrugó, reflejando su esfuerzo. Se centraba en la imagen como si estuviera descifrando un acertijo muy complicado, se abstraía en ella, y no movía un solo músculo. Llevaban varios minutos ante el espejo, cuando Mario vio algo.

—La madre que... —exclamó sorprendido—. ¿Qué es eso?

Y de repente, con la rapidez del pensamiento, el Gris se adelantó y destrozó el espejo de un puñetazo.

—Su alma está limpia —le dijo a Miriam.

A ella también le sorprendió. Ahora no sabían con qué había comerciado Mario.

—No has avanzado demasiado —dijo manifestando lo que ambos pensaban.

Mario detectó el peligro que se desprendía de la afirmación de Miriam.

—Si pudiera deciros algo más, lo haría, lo juro. Es mi hija, maldita sea, y yo te he ofrecido mi alma para salvarla, ¿por qué te ocultaría información? Nadie desea más que yo que cumplas con tu trabajo. Además, ¿por qué un demonio con el que he hecho un trato me haría esto? No le beneficia en nada. Tiene que ser otra persona.

El Gris reflexionó sobre ello. A Miriam le daba la sensación de que Mario estaba en lo cierto, pero prefirió no decir nada, para no alterar al Gris.

—Hay algo turbio en todo esto —dijo el Gris mirando fijamente a Mario—. Y no me gusta, ni tú tampoco. Puede que seas tan ingenuo como aparentas, pero tienes que saber que el demonio que está dentro de tu hija es muy peligroso, mucho más de lo que imaginas. No voy a correr riesgos. Si algo sale mal, si por un instante tengo la sensación de que se puede escapar, la mataré. No voy a permitir que ande suelto por ahí.

VERSÍCULO 21



—¡Menuda panda! —gritó Diego entrando en el salón—. Ahí estáis todos, tan tranquilos, dándole a la lengua. ¿Cómo mola, eh? ¿Y quién está currando, pateándose toda la casa? El niño, que para eso está.

Miriam fue la única que eludió las quejas de Diego. Los demás volvieron las caras hacia él. Álex frunció los labios con gesto altivo. El Gris resopló. Sara y Plata, que estaban sentados juntos en el sofá, fueron los únicos que parecieron alegrarse de verle.

—¿Has encontrado algún dragón? —preguntó Plata. Consiguió levantar su enorme cuerpo y acercarse a Diego, esperanzado, con un brillo de expectación en los ojos—. Necesito uno para Sara, le he prometido un vuelo.

El niño sacudió la cabeza.

—Ehhh... No, no he visto ninguno. Lo siento, tío. —Plata se entristeció—. No te apures, grandullón. Yo te ayudaré. Seguro que antes o después trincamos un lagarto de esos.

El hombretón regresó al sofá con aspecto abatido. Sara tomó una de sus manos regordetas entre las suyas.

—Hemos confirmado que Mario hizo un trato con un demonio —le informó el Gris.

—¡No jodas!

—Sí. Pero no hemos averiguado nada sobre el demonio que ha poseído a la niña. Seguimos sin entender su resistencia a la expulsión.

—Ya veo. ¿Entonces nos largamos o qué?

—No. Lo voy a intentar de nuevo.

Diego hizo un gesto de aprobación.

—Con dos cojones, Gris. ¿Seguro que no te falta un tornillo en vez de tu alma?

El Gris adoptó un tono serio.

—Necesito saber si puedo contar contigo.

—Qué tontería, pues claro, hombre... ¡Un momento! Aquí hay truco. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a grabar a la niña una runa de sujeción para detener su alma.

—¿Qué? ¿Me he perdido algo? El demonio la matará. Es una estupidez.

—No puedes asegurarlo —repuso el Gris—. También pensábamos que saldría del cuerpo para intentar poseer el mío, como sucede siempre, y no pasó.

—Es una medida desesperada, macho. ¿Lo has pensado bien?

El Gris asintió. Diego miró a los demás y les dijo:

—¿Y ninguno le dice nada? ¿Qué hay de ti, rubia? ¿Tu código te permite ver cómo sacrifican a una niña?

Miriam suspiró.

—Estás muy alterado, niño, me sorprendes. No están sacrificando a nadie, hay una posibilidad de que salga bien. Y no es una niña. Si lo fuera, no podría consentirlo.

—La posibilidad es una entre un millón. Es una locura... —El niño se detuvo, arrugó la frente y sacudió la cabeza—. ¿Pero qué tonterías digo? No sé qué me pasa últimamente. Si queréis freír a esa cría, a mí qué me importa. Podemos empezar cuando queráis.

—¡Esperad! —Sara se levantó del sofá. Su voz temblaba de indignación—. No sé qué os pasa a todos, pero no podéis estar hablando en serio. Sé que no soy nadie, pero no voy a consentir que matéis a esa niña.

—Efectivamente, no eres nadie —dijo Álex—. Tu opinión no cuenta.

Sin hacer caso a Álex, Sara se acercó al niño.

—¿Qué hace exactamente esa runa?

—Dejará a la niña en coma —contestó Diego—. El demonio tendrá que abandonar su cuerpo.

La rastreadora se tranquilizó un poco.

—Suenan bien, ¿no? ¿Por qué dices que la matará?

—Porque los demonios no son estúpidos, pero sí muy rencorosos —dijo el niño—. Sabrá lo que andamos tramando y matará a la niña antes de salir. Ya ha sucedido antes. Por eso nadie emplea ese método.

Sara se encogió, horrorizada.

—Entonces no podemos hacerlo.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó el Gris—. La escucharemos encantados. ¿O prefieres que dejemos a la niña como está?

La rastreadora se obligó a pensar. Tenía que haber otra alternativa, solo que no se le ocurría. No podía ser que la única solución fuera matarla, se negaba a aceptar algo tan trágico, sería como si el demonio hubiera vencido. Sara ya sabía que a Álex no le importaba lo más mínimo el exorcismo, Miriam estaba centrada en su misión y solo intervendría si se veía forzada. Plata era impredecible y Diego ya había expresado su opinión. Solo le quedaba el Gris. Era el único que de verdad quería salvar a la niña y que aceptaría otra salida, si se le ocurría alguna...

—Hay otra opción —gritó desesperada. Los demás la miraron con escepticismo.

—Sara, tía, odio decirte esto —dijo el niño—, pero no entiendes de estas cosas.

La rastreadora se centró en el Gris.

—¿Has considerado que el demonio a lo mejor te conoce?

—Ya le pregunté por eso. Es lo primero que hago siempre. Te aseguro que tengo mis motivos aparte del exorcismo.

—¿Y no puede mentir? Es un demonio.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó el Gris—. ¿Qué importa si sabe quién soy?

—A que conoce tu método. Por eso no salió del cuerpo. Sabe que a ti no te puede poseer porque no tienes alma.

—Por eso tengo que recurrir a esta solución —dijo el Gris en tono cansado.

—¿Y si hubiera un cuerpo que sí pudiera poseer? —dijo Sara. Era la mejor idea que tenía, en realidad, la única—. Un cuerpo con alma. Un cebo.

El Gris cambió de expresión, lo consideró.

—Conmigo no contéis —soltó Diego claramente alarmado—. Yo paso, os lo advierto.

Álex tampoco se ofrecería. La única opción era evidente.

—Yo lo haré —anunció Sara—. Estaré junto a ti. Cuando el demonio venga a por mí, le atraparás.

El Gris iba a decir algo, pero Plata fue más rápido.

—¡De ninguna manera! —bramó, caminando hasta ella—. Si a alguien se le ocurre poner en peligro a Sara, tendrá que vérselas conmigo. No lo consentiré. Espero que te niegues, amigo mío —añadió señalando al Gris con el dedo.

Parecía furioso. Su inmensa barriga vibraba salvajemente, siguiendo los gestos bruscos de sus manos.

—Plata tiene razón —confirmó el Gris—. Es peligroso.

—También lo es para la niña que le grabes esa runa —replicó Sara—. Entiendo el riesgo y quiero hacerlo de todos modos.

—No puedes —dijo Plata. Era la primera vez que Sara veía rechazo en los ojos de Plata. Estaba decidido a protegerla—. Tu decisión es inaceptable. El mundo no puede prescindir de ti...

Diego tiró de la mano del Gris y le alejó un par de pasos.

—Deja que los tortolitos discutan.

Álex se reunió con ellos.

—Tienes que aceptar la oferta de Sara, no es mala idea.

—Aún lo estoy considerando —dijo el Gris—. Si lo hago, me aseguraré de que sepa a qué se expone.

—Ya lo sabe —recalcó Álex—. ¿No la has oído? Es su oportunidad y la nuestra. Veremos si vale o no para acompañarnos. Y ha sido idea suya. Deja que lo haga, Gris, no hace falta que la convenzas.

—Y si palma, te librarás de ella, ¿eh? —intervino Diego—. Muy astuto, guaperas. ¿Por qué te cae tan mal? ¡Eh! No me mires así, macho.

—No importa cómo me caiga Sara —dijo Álex—. Su idea es buena. Mejor que la tuya, que no tienes ninguna. Si no lo hace ella, te usaremos a ti como cebo.

—¡Ja! Buen intento. Por mí no hay problema. Te paso mi maldición y entonces me arriesgaré encantado, ¿qué te parece, listo?

—Parad de una vez con vuestras disputas —dijo el Gris—. De todos modos, no creo que podamos contar con ella. Plata no nos lo permitirá. Se ha empeñado en protegerla.

—Si cambia de cuerpo se olvidará de ella —sugirió el niño—. Es curioso, ¿verdad? ¿Por qué será?

El Gris negó con la cabeza.

—No podemos esperar. Plata puede permanecer días en el mismo cuerpo.

—Y no se puede predecir cuándo cambiará —añadió Álex—. A menos, claro, que estés pensando en cargarte a ese pobre gordo. Tenemos que pensar en algún modo de que cambie de idea o no nos dejará utilizar a Sara.

—De eso me encargo yo —se ofreció el niño—. Menos mal que me tenéis a mí para resolverlo todo. ¡Recordadlo! Que luego nunca me valoráis, mamones.

Diego regresó junto a Plata y Sara. El hombretón se estaba poniendo rojo, le dominaban los nervios. Ella también estaba bastante tensa. Al niño le pareció una discusión de pareja en toda regla.

—¡Eh, Plata! Ven aquí un segundo. Quiero hablar contigo.

Plata se resistió a separarse de Sara, pero al final se dejó arrastrar a una esquina con Diego.

—Tienes que ayudarme, niño —dijo Plata al borde del llanto—. No puedo confiar en nadie más, solo tú te ofreciste a ayudarme a encontrar un dragón, los demás, ni caso. Tienes que hablar con ella. No podemos...

—Calma, calma, que te va a dar algo, tío. Respira. Eso es, mucho mejor. No tienes de qué preocuparte. ¿No somos amigos? ¿No te digo siempre que te quiero, tío? ¿Y quién es la única persona que no te puede mentir?

La respiración de Plata se normalizó, logró retener las lágrimas.

—Tienes razón. No sé qué haría sin ti, niño. —Se pasó el brazo por debajo de la nariz y se sorbió los mocos—. ¿Qué hacemos con Sara? No podemos dejar que corra ningún peligro.

—Ya veo. Reflexionemos sobre ello un momento —dijo Diego—. Antes me contaste que ibais a dar una vuelta en un dragón, ¿verdad? Ahí subiditos los dos, sobre su lomo escamoso. Eres un romántico, ¿eh? —El niño le dio un codazo. Plata asintió y se ruborizó, se le escapó un risita—. Es una primera cita insuperable. Mi más sincera enhorabuena. Solo hay un problema, en mi opinión.

Plata se puso serio.

—Ya sé por dónde vas, niño, pero no te preocupes. Al dragón le pondré un bozal, por supuesto, no quiero que lo estropee todo con su aliento. Y conseguiré otro cuerpo, uno más delgado, no vaya a aplastar al pobre reptil con mi sobrepeso.

—Ehhh... Veo que estás en todo. Pero no me refería a eso. ¿Y si el dragón se gira en pleno vuelo? ¿Y si estornuda o le hacéis cosquillas? Sara podría caerse. ¡No, no te alarmes! Escúchame, Plata. Sara es una mujer inteligente, ¿a que sí?

—Desde luego que lo es —afirmó el hombretón enérgicamente.

—Y aceptó volar contigo. Seguro que conoce los riesgos. ¿Cómo crees que se sentiría si ahora le dices que no puede hacerlo?

Plata bajó la mirada y se mordió las uñas.

—¿Frustrada?

—O engañada o algo peor. Verás, a las mujeres no les mola que les digan lo que pueden o no hacer, ¿lo entiendes? Se alteran con esos rollos machistas y se irritan mucho, son un incordio, tío. Tú no quieres verla así, ¿verdad? ¿Te gustaría que ella pensara que eres un cerdo controlador que subestima su inteligencia y quiere tenerla encerrada en casa todo el día, cocinando y fregando?

—Pero si yo no...

—Ah, ah, ah —le cortó Diego—. Se pondrá hecha un fiero, tío. Dirá que no la respetas como mujer, que eres como todos, y luego te recordará que al principio no eras así, que salíais más y le regalabas flores, que eras más atento. Te hará repasar cada detalle desde que os conocisteis, lo analizará, lo desmenuzará y sacará conclusiones que te volverán loco y que no comprenderás. Al final discutiréis y te prohibirá ir por ahí buscando dragones con tus amigos y perdiendo el tiempo con estupideces. Te obligará a madurar, Plata. ¡Igual hasta te prohíbe que cambies de cuerpo! ¿Es eso lo que quieres?

—N-No... No —dijo Plata, aturdido, frotándose la frente.

—Eso imaginaba yo —el niño cada vez hablaba más deprisa, sin tregua—. Tenemos que pensar algo, amigo mío, para que nuestra querida rastreadora no se sienta mal por tomar sus propias decisiones, ¿no crees? Tomemos por ejemplo eso que ha soltado antes de ofrecerse como cebo para el exorcismo. No sé cómo lo ves tú, colega, pero se me está ocurriendo...



Sara cerró la puerta del salón, se aseguró de que no hubiera nadie más en el pasillo.

—Puedo hacerlo —dijo.

Su voz la sorprendió. No flaqueaba, estaba serena y firme, resistiendo el miedo

que se extendía en su interior.

—¿Qué es exactamente lo que puedes hacer? —preguntó el Gris—. Ni siquiera lo sabes, Sara. Es pronto para ti.

Aquello le hizo sentir como una niña, una mocosa que pide un capricho y su padre le dice que no, que aún es pequeña, pero que su momento llegará cuando sea mayor. Sin embargo, el Gris tenía razón, aunque no lo quisiera aceptar.

—Puedo ayudar —afirmó—. Si me das la oportunidad de participar, te demostraré que puedo ser útil.

Ahora sonaba desesperada, sin razones que respaldaran sus palabras. Se alegró de estar a solas con él, fuera del salón donde los demás seguían discutiendo, lejos de Álex y sus réplicas cortantes, de las desconcertantes conversaciones entre Plata y el niño, de la vigilancia silenciosa de Miriam.

—No tienes que demostrar nada —dijo el Gris.

Su expresión era seria, pero su voz sonaba suave, como un susurro. Se pasó la mano por sus cabellos plateados, despejando la frente, permitiendo que ella pudiera estudiar mejor la mirada que asomaba tras las dos estrechas rendijas que albergaban sus ojos grises.

—Tal vez a ti no, pero a los demás sí.

—A ellos tampoco. Si te preocupa lo que piense Álex, debes saber que no cambiarás su opinión de esa manera.

De modo que lo sabía. Álex ya le había advertido de que no le ocultaba al Gris sus ideas respecto a ella, pero no le había creído. Le pareció una artimaña para incomodarla.

—No entiendo por qué me odia. No le he hecho nada.

—Álex es importante para mí. A ti no debe preocuparte. Él nunca te hará nada sin mi consentimiento, te lo aseguro.

—No le tengo miedo —dijo Sara, sin estar convencida del todo—. Pero no entiendo qué hace contigo.

—Tenemos un pacto, uno que no se puede romper. Nuestros destinos están unidos, al menos hasta cierto día... en el que sucederá algo. Aún no puedo contarte eso, lo siento.

Tal vez el niño le contaría qué había entre ellos. Cuando soltaba la lengua era fácil sonsacarle información.

—En cualquier caso, no es por Álex —dijo Sara retomando el tema que le inquietaba—. Quiero hacerlo por mí misma, para comprobar si puedo contribuir al equipo. Si no lo hago, nunca lo sabré. No podré estar segura de si el miedo me puede. Además, me invitaste esta noche para probar si podría unirme al grupo. Esta es la mejor forma de averiguarlo. Como verás, todos aprenderemos algo.

Sara se sintió orgullosa de su razonamiento.

—Hay otras maneras de comprobar eso sin arriesgar tanto si fallas la prueba —replicó el Gris—. Yo no puedo garantizar que atrape al demonio a tiempo. Si te posee, sufrirás mucho, y quizá no pueda liberarte a ti de él. Ya viste lo que hice con la niña. ¿Quieres que te apuñale el corazón?

—¿Me matarías? ¿Eso tratas de decirme? Mírame a los ojos y dímelo.

—No sería mi intención.

—Pero lo harías. ¿Podrías hacerlo?

—No quie...

—Dímelo.

Se hizo el silencio. Los ojos del Gris se estrecharon aún más. La observó detenidamente, sin prisa. Sara sintió su mirada. Era una mirada penetrante y hermosa.

—Sí —dijo él—. Llegado el caso, te mataría.

Lo dijo sin vacilar, mirándola directamente a los ojos.

Sara no comprendió su reacción interna a una afirmación como esa, pero no la sorprendió ni le invadió el miedo, fue como si se lo esperara. De alguna manera, se sintió más cerca del Gris, probablemente por su sinceridad. Aunque bien mirado, era una cualidad que parecían poseer todos los miembros del grupo. Nadie se andaba con muchos rodeos a la hora de decir lo que pensaba.

—Aun así, insisto en hacerlo. Me arriesgaré. Y si vas a negarte, dame una buena razón. Muéstrame un plan mejor que recurrir a la runa esa tan rara y no te molestaré más.

Esperar a que el Gris dijera algo le supuso una tortura. Se había quedado sin argumentos. Si no le permitía participar, sería como llamarla inútil, y ya no podría defender más su postura.

—¿Plata se mareó? —preguntó el Gris.

—¿Cómo dices? —repuso ella, desconcertada por la pregunta.

—Imagino que le pediste a Plata que se metiera en el cuerpo de la niña, como te pedí.

Sara no entendía el cambio de tema en la conversación.

—Sí, lo hice —dijo esforzándose en recordar—. Plata dijo algo de que estaría incómodo dentro de ella. Luego, efectivamente, se mareó. Tuve que acompañarle fuera a que le diera un poco el aire. ¿Cómo lo sabías?

—Hay algo en los ángeles y en los demonios que marea a Plata cuando se imagina en sus cuerpos. Por eso quería conocer su reacción, para confirmar que es un demonio.

—¿Y ya estás seguro?

—Sí. El mareo de Plata no es cien por cien fiable, pero coincide con todo lo que hemos averiguado hasta ahora. No pueden ser todo casualidades.

Sara ni siquiera sabía que el Gris aún no estaba seguro de que Silvia tenía un

demonio dentro. Creía que esa cuestión ya la habían zanjado.

—¿Cambia algo el plan que te he propuesto?

—No —dijo el Gris—. Y acepto tu oferta. Serás el cebo. Entiendo que conoces perfectamente los riesgos que asumes. Es tu última oportunidad de arrepentirte.

—Hagámoslo —dijo ella.

Y de nuevo creció el miedo en su interior.

—Solo una cosa más, Sara —dijo el Gris—. Si algo sale mal, mataré a la niña. Tienes que saberlo.

Sara se horrorizó. No podía aceptar esa solución.

—Tiene que haber otra alternativa. Me estoy arriesgando precisamente para evitar eso.

—Y te estoy dando la oportunidad de salvarla, pero si no lo logramos la mataré. Espera, déjame terminar. Nos vamos a enfrentar a un demonio muy poderoso, hacía mucho que no me topaba con uno tan fuerte. Cuando empiece el exorcismo, estarás junto a mí, yo te protegeré. Pero tú no intervendrás, no harás nada. Acatarás mis decisiones, sean las que sean, y punto.

—¿Quieres que me quede mirando cómo matas a una niña?

—Llegado el caso, sí, eso es lo que quiero. Recuerda cómo te engañó la primera vez, cómo creíste que no estaba poseída. Debes aceptar que eres una novata sin experiencia, no puedes tomar decisiones en este caso, al menos no sobre la marcha.

No encontró un modo de rebatir su opinión. Sara era plenamente consciente de su inexperiencia, y era cierto que el demonio la había engañado, pero aun así, estaban discutiendo un asesinato.

—¿Nunca te equivocas?

—Muchas veces, Sara. Pero eso no cambia nada. ¿Olvidas a qué me dedico? Me encargan los casos que nadie más puede resolver. Los métodos tradicionales no funcionan. Si te dejara hacerlo a tu manera, morirías, y seguramente alguien más del grupo contigo. Si hubiera otro modo, no recurrirían a mí, tenlo por seguro. Cuando cometo un error, los daños son un mal menor, algo inevitable.

—¿Esa es tu excusa? ¿Eso te dices a ti mismo? Como nadie más puede hacerlo, entonces tengo carta blanca para actuar como me venga en gana, ¿es eso? Y si alguien muere, mala suerte, era inevitable. Te escudas en tu condición única, de persona sin alma, para justificarte. Y como no hay otro que pueda emular tus métodos, no hay referencia para saber si se podía haber hecho mejor.

—Sí la hay, los que fracasaron antes que yo son una excelente referencia. Y no pases por alto que me llaman a mí, no al revés. Me encargan los trabajos más sucios y peligrosos, y me desprecian por ello. No pueden luego cuestionarme los resultados. ¿Eso intentas hacer tú, Sara? ¿Pedirme que me enfrente al demonio y exigirme por adelantado que todo salga de maravilla?

—No te exijo nada respecto al resultado del exorcismo —puntualizó Sara. Se estaba enfureciendo con el Gris sin quererlo, espoleada por la tensión de la conversación—. Solo te pido que te preocupes por la vida de esa niña. Si el demonio se escapa, qué le vamos a hacer. Pero no puedes matarla, Gris. Es por tu propio bien. Nadie puede matar a una niña sin pagar un alto precio en su interior.

—Yo sí puedo. No hablo por hablar. Ya lo he hecho, y lo volveré a hacer. No importa que me mires así. Es mejor que sepas con quién estás, Sara, antes de tomar tu decisión sobre si me acompañarás o no en el futuro.

—Tu voz, tu expresión... Suenas demasiado decidido, inflexible. Yo nunca estaré de acuerdo contigo en ese punto. No veo una solución.

—No es necesaria. No pretendo que pienses como yo. Debes ser tú misma, Sara, lo necesito. Te escogí por algo. Algo que no te puedo explicar ahora.

Así que había una razón oculta después de todo. No era la simple necesidad de contar con una rastreadora en el equipo. La quería a ella en concreto. Su rabia desapareció por un momento, se sintió halagada y llena de curiosidad.

Pero la cuestión de la niña seguía en pie y sus principios eran demasiado firmes como para esquivarlos. Se estaba planteando el asesinato de una niña. Y anunciarlo con tanta frialdad no la ayudaba a aceptarlo, a entender que el Gris en realidad lo hacía por una buena razón.

—Esperaré que me expliques la razón de que me escogieras como has prometido, pero la niña...

—Deja que te haga una pregunta, Sara. Puedo leer la duda en tu rostro. Supongamos que no puedo completar el exorcismo, y siguiendo tus consejos no mato a la niña cuando tenga la ocasión. El demonio se escapa, y mañana nos enteramos de que ha entrado en una guardería y ha devorado a diez bebés. ¿Puedes imaginar la sensación de culpa que te asaltaría? ¿Podrías cargar con ella?

La suposición era terrible. Le pareció un poco bajo que el Gris pretendiera amedrentarla con una amenaza de ese calibre.

—Has recurrido a una situación extrema para justificarte.

—Podría ser peor, te lo aseguro. Para ti puede parecer una situación inventada para apoyar mi postura, pero yo he visto cosas mucho peores, y tú también las verás si continuas con nosotros.

—Se le puede dar la vuelta. ¿Y si matas a la niña y luego descubrimos que el demonio ya se había ido, o que hubiera salido de todos modos? ¿Podrías tú cargar con esa culpa?

—Podría.

Fue una respuesta seca y contundente.

—Desde luego que no tienes alma, Gris —dijo ella arrastrada por el espanto—. No tienes sentimientos. ¡Ni siquiera puedes entender a lo que me refiero con esa

palabra! Te compadezco por ello.

El Gris esperó a que se le pasara el arrebató. Sostuvo la mirada de fuego de Sara sin reaccionar. No se puso a la defensiva, ni se enfureció por la dureza de la acusación. Cuando habló lo hizo de manera reposada, casi exprimiendo las palabras, como si quisiera asegurarse de que ella le entendiese perfectamente.

—No negaré que soy frío, Sara. Y puede que no entienda a qué te refieres, como has dicho. Pero lo que es seguro es que tú no comprendes mi dolor ni mi situación, no sabes tanto de mí como crees. Tal vez mis sentimientos estén muertos, pero sí sé qué son porque los he tenido, aunque ahora solo sean meros recuerdos. Y los he tenido por un hecho muy sencillo que se te ha pasado por alto. Hubo un tiempo en que yo era como tú, como los demás. Podía caminar a la luz del sol sin que nadie me señalara con el dedo. Porque hubo un tiempo en el que tenía alma.

VERSÍCULO 22



Álex observaba la puerta del salón con gran detenimiento desde que el Gris y Sara habían salido. Y Miriam le observaba a él. Ninguno de los dos prestaba la menor atención a la charla que mantenían el niño y Plata.

La centinela se había prometido tener vigilado a Álex y no darle la espalda nunca. No había olvidado que le había arrojado un puñal, y que de no ser por Plata, le habría alcanzado de lleno. Era un tipo peligroso, y lo que más la irritaba a ella, estaba lleno de enigmas.

Miriam aún no sabía qué clase de persona era Álex. Siempre estaba con el Gris, a su alrededor, protegiéndole y, curiosamente, discutiendo con él. Nada más parecía interesarle. La centinela estaba convencida de que algo de la máxima importancia les unía, aunque no alcanzaba a adivinar qué podía ser. Se sorprendió de lo poco que sabía de Álex después de coincidir con él en tantas ocasiones. Era un hombre frío y reservado, que no dudaba en enfrentarse con ella, un detalle que le llevaba a pensar a la centinela que era mucho más de lo que aparentaba. Un hombre normal y corriente no se atrevería a desafiarla como había hecho Álex, y menos aún sin el menor atisbo de miedo o de vacilación. No, Álex no era uno más, de eso estaba segura.

Sin embargo, Miriam no lograba dar con su secreto. No era un brujo, eso era evidente. Los brujos no se involucraban en los asuntos de los demás, al menos no por un tiempo prolongado, mientras que Álex parecía estar solo pendiente del Gris.

Tampoco era un mago. Los magos solían ser más fuertes físicamente, y Álex no tenía las características marcas en la piel que todos los magos presentaban debido al uso de sus armaduras.

Le había visto bajo la luz del sol, así que no era un vampiro. Podría ser un hombre lobo que evitara transformarse para ocultar su naturaleza, pero no era probable. Los licántropos suelen estar con la manada, defendiendo sus territorios.

El caso era que Álex no terminaba de encajar en ninguna facción conocida. Y eso no podía ser.

Justo en ese instante, Álex giró la cabeza y la miró directamente. Miriam casi creyó que había escuchado sus pensamientos. La centinela sostuvo su mirada.

Se obligó a repasar cuanto sabía de él. Todo lo que le había oído decir, sus últimas discusiones, la pelea que casi tuvieron cuando apuñaló a Plata, la rapidez con la que

llegó hasta el Gris cuando la niña le atacó la primera vez... ¡Un momento! ¡Eso era lo que buscaba! Miriam revivió la escena en su mente. Recordó lo extrañada que se había quedado de que Álex hubiera llegado antes que ella, algo teóricamente imposible. Ahora lo veía claro, era tan sencillo que debería haberlo deducido inmediatamente.

El secreto de Álex era tan increíble que costaba creerlo, dudó de sí misma, y sin embargo tenía que ser ese y no otro. Explicaba todas las dudas que ella tenía respecto a él. ¡Dios, qué ciega había estado! Tenía que verificarlo. Convenía ser prudente en este caso y no precipitarse. Si se equivocaba, alertaría a Álex. Le advertiría de que sospechaba algo y de que le estaba vigilando.

Era el momento de actuar.

Parpadeó, volviendo a la realidad, y se encontró con que Álex se había esfumado. La puerta del salón estaba abierta. Miriam se marchó a toda prisa. Diego y Plata seguían hablando con mucho entusiasmo, en un tono más elevado del normal, sobre no sé qué disparates acerca de las mujeres y los problemas de convivencia. Miriam no les prestó atención. Aquellos dos formaban una pareja imposible. Ya eran difíciles de manejar por separado, pero cuando se juntaban... mejor era dejarles tranquilos con sus locuras.

No vio a Álex por ninguna parte. En el pasillo solo estaban Sara y el Gris. Gobernada por una intuición, Miriam decidió buscar a Álex en el sótano. Se encaminó a las escaleras.

—El demonio no se lo esperará —decía el Gris. Él y Sara estaban situados cerca de las escaleras que conducían la sótano—. Se centrará en poseerte cuando le expulse de la niña, pero...

Miriam se detuvo junto a ellos.

—¿Aún estáis con eso? —dijo de mal humor. Tendría que buscar a Álex más tarde—. No vais a utilizar a Sara para el exorcismo. Pensé que tenías más cerebro, Gris.

—Preocúpate de tu misión, Miriam —repuso él—. El exorcismo es cosa mía.

La centinela se contuvo con dificultad. Estaba bastante furiosa por el asunto de Álex.

—¿Crees que puedo consentir que un demonio posea a una inocente? Piensa en otro método.

—Yo asumo el riesgo, Miriam —explicó la rastreadora—. Es mi decisión.

—No, no lo es —repuso la centinela con un bufido—. ¿Dejan que la gente salte de un avión sin paracaídas si asumen el riesgo? No me importan tus motivos para la estúpida decisión que has tomado, ni lo que creas saber sobre exorcismos. ¡Ni siquiera voy a discutirlo contigo! —Miriam se centró en el Gris—. A ti debería darte vergüenza. Consentir que esta santurrona inocente se ofrezca voluntaria... Es tu

responsabilidad explicarle que no puede hacerlo. Tú debes encontrar la manera de cumplir con tu trabajo sin poner en peligro a otros. Para eso te pagan, y te pagan muy bien, ¿no crees?

—Ella es mayorcita —dijo el Gris—. Puede tomar sus propias decisiones, no como tú, que solo puedes hacer lo que estipula el código o lo que te ordenan los ángeles.

—Esto es el colmo...

Miriam no pudo terminar la frase. Sintió un tirón en el hombro y tuvo que darse la vuelta.

—Me gustaría consultarte algo, Miriam —dijo Plata con una nota de urgencia.

El niño estaba detrás de él, cerca de Sara, con la expresión de estar cometiendo una travesura. La centinela se enfadó. Ahora no tenía tiempo para los enredos de esos dos.

—No es el momento, Plata. Luego hablo contigo. —Se sacudió el brazo del hombretón de mala manera y volvió a encararse con el Gris—. Me vas a obligar a detener el exorcismo, Gris, te lo advierto.

—Yo protegeré a Sara, no te preocupes.

—Esa no es la cuestión —dijo la centinela—. No se puede hacer de ese modo y punto. No está permitido.

El Gris endureció la expresión.

—No es asunto tuyo y no me vas a detener —aseguró—. Si no lo ves, no infringes el código. Así que espérame en otra parte y así no hay problema.

—¡He dicho que no! —La centinela cogió el martillo.

—Lamento terriblemente interrumpir una discusión tan animada —dijo Plata dándole unos toquecitos en el hombro. Miriam no lo podía creer—. Verás, querida, es una cuestión muy importante. Necesito consejo femenino —añadió en un susurro—. El niño me ha dado su opinión, pero me sentiría más cómodo si contara con las sabias palabras de una mujer...

La centinela no se molestó en contestarle. De todas las cosas que tenía en la cabeza, lo que menos le importaba eran las estupideces de Plata y el niño. El Gris, por otra parte, la estaba sacando de sus casillas.

—Me estás poniendo las cosas muy difíciles, Gris. Por última vez, no mezcles a Sara en el exorcismo.

Plata continuaba hablando.

—... Y, claro, uno es un caballero. Para cortejar a una dama debidamente...

—No hay otro modo —insistió el Gris—. No te entrometas.

Aquello terminó de enfurecer a Miriam. Le podía haber llevado ante Mikael desde el primer momento, pero no lo había hecho. Le había permitido seguir con el exorcismo y así era como se lo pagaba, quebrantando el código delante de ella,

humillándola. Era demasiado.

—Esto se acabó —le advirtió—. Vamos a discutirlo a solas ahora mismo.

La centinela echó atrás el martillo, para dejarle bien claro al Gris que si no obedecía, se encontraría con toda la autoridad de su arma estampada en la cabeza.

—... Solo quiero que ella sepa —decía Plata— que me importa mucho más que un dragón dorado, porque... ¡Ay!

Plata. ¡Maldito entrometido! Miriam se había olvidado de él hasta que su arma topó con algo al echarla hacia atrás. No se había acordado de él y le había golpeado sin querer.

Un peso enorme la desequilibró. No se esperaba que el inmenso cuerpo de Plata se le cayera encima, sobre la espalda. Trató de apoyarse en la pared pero no pudo controlar su caída. Rodaron por las escaleras hasta llegar al sótano. Le costó un esfuerzo considerable no perder el conocimiento, y un empuje mucho mayor sacarse de encima el cuerpo de Plata.

Miriam recuperó su martillo y ascendió por las escaleras tan rápido como fue capaz. La puerta se cerró cuando estaba a medio camino.

—¡Niño, séllala! ¡Deprisa! —oyó gritar al Gris al otro lado.

—Ya voy, tío —dijo Diego—. ¿Y Plata?

—¡Que la selles! —ordenó el Gris—. Eso es. Vamos a realizar el exorcismo antes de que se libere.

La centinela soltó un puñetazo en la barandilla. La rabia estaba devorándola por dentro.

—¡Ves lo que has hecho! —gritó a Plata, que se había levantado del suelo y la miraba extrañado—. ¡Eres un torpe!

—Desde luego —dijo el hombretón—. Yo solo necesitaba consejo sobre mujeres, pero se me olvidó que eres virgen y no entiendes de estas cosas.

VERSÍCULO 23



El Gris entró el primero, con los tacones de sus botas resonando rítmicamente.

—Me preguntaba cuándo vendrías de nuevo, exorcista —berreó Silvia. Esta vez se oían al menos tres voces rugiendo a la vez, superponiéndose entre ellas, desafinando—. La última vez me partiste el corazón.

—Entrad deprisa y cerrad la puerta —ordenó el Gris—. Que nadie hable con la niña. Sara, junto a mí.

La rastreadora se situó a su espalda, un poco a la derecha, para poder observar a Silvia por encima del hombro. Luego entraron los padres y Álex. Se colocaron junto a la pared. Álex les mandó permanecer en silencio con la mirada. Elena estaba inusualmente tranquila, sin su particular actitud rebelde. Mario era la sombra de un hombre, triste, cabizbajo, con los ojos hundidos en sus cuencas, la camisa medio salida y sin corbata. Costaba verle como un arrollador hombre de negocios. Diego fue el último en entrar, con los ojos muy abiertos, andando despacio, sin perder de vista la puerta para salir corriendo a la primera señal de peligro.

—Aquí cada vez huele peor —gruñó—. Voy a pillar una infección seguro —sacó un pañuelo y se cubrió la boca y la nariz—. Y no me extraña. ¡Qué asco! Habría que llevarla al baño de vez en cuando. ¡Los demonios son unos cerdos! El infierno debe ser el lugar más apestoso del mundo...

—Contrólate un poco, niño —ladró Álex.

—Eh... Sí. Ya me callo. Es el miedo, ya sabes. Cuando me asusto no paro de cotorrear, macho, es superior a mis fuerzas... ¡Vale, vale! Ya cierro la boca, no te pongas así.

Un golpe muy fuerte retumbó desde la distancia. A los pocos segundos se repitió con la misma fuerza. El suelo vibró un poco.

—Es Miriam —dijo el Gris—. Démonos prisa. Niño, cierra la puerta y séllala con una runa.

Diego lo hizo, sin dejar de murmurar una protesta. El Gris cruzó la línea de runas del suelo, la que había grabado Miriam para mantener a raya al demonio. Sara le siguió en silencio, siempre un paso por detrás de su gabardina negra.

La habitación había cambiado. Realmente olía mal y hacía mucho calor. El suelo estaba agrietado, y las paredes y el techo se habían ennegrecido, como si hubiera

ardido una hoguera en la estancia. Silvia había perdido todo rastro de aspecto humano. El cuero cabelludo estaba al rojo vivo, humeando, con solo unos pocos jirones de pelo ensangrentados y pegajosos. La conclusión de Sara fue que se había arrancado el resto de la cabellera. Los ojos eran amarillentos, de reptil, con la pupila alargada, a veces vertical, a veces horizontal. La boca siempre estaba muy abierta. Las uñas le habían crecido. Se habían vuelto tan negras como la noche, y tan afiladas como una colección de pequeños cuchillos que arañaban el aire a la velocidad del rayo, produciendo un silbido delirante.

El Gris se plantó ante el demonio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entra en la bañera —le ordenó—. Ya sabes qué vamos a hacer contigo. Puedes meterte tú o lo haré yo. Tú decides.

La pequeña monstruosidad echó a correr de repente a toda velocidad, directamente hacia el Gris. Sus piernas arqueadas hacían que se balanceara de un lado a otro, con los brazos colgando, pero no le impedían moverse rapidísimo. Los pies dejaban surcos en el suelo.

Sara retrocedió asustada. El Gris no se movió ni pestañeó, sino que continuó con los brazos cruzados.

Las cadenas se tensaron y el demonio se estiró al límite. Su cara quedó a un palmo de la del Gris. La boca mordía el aire, a un lado y a otro, luchando desesperadamente por alcanzar la garganta del Gris. El demonio vomitaba sonidos inhumanos, chirriantes, metálicos, imposibles de imaginar brotando de un ser vivo.

—¿Has acabado? —preguntó el Gris, impasible.

La niña-demonio babeó y siguió lanzando dentelladas. Entonces escupió. La saliva cruzó el poco espacio de aire que la separaba del Gris y le cayó en la cara y en sus cabellos plateados.

El Gris se movió, abofeteó a la niña en la cara con el revés de la mano, de abajo arriba, con un movimiento elegante que acabó en una postura que le permitía bajar el brazo y golpearla de nuevo sin apenas esfuerzo.

—Tenía que intentarlo, exorcista —rugió Silvia con varias voces—. Antes de que termine el día, habré devorado tus tripas, recuérdalo.

—A la bañera —dijo el Gris.

Silvia dio un paso atrás, bajó los brazos y sonrió.

—Naturalmente, exorcista. Empecemos la fiesta. —Se metió en la bañera de un salto y aulló durante casi dos minutos seguidos—. ¿Quién es la hembra? —preguntó. Sara sintió un frío horrible cuando los ojos de Silvia la estudiaron—. ¿Es tu chica, Gris? Dile que se acerque, que no tema, a ella no la destriparé, le dejaré que vea lo que hago con tu cuerpo. Deberías consolarla. Está muy asustada... Puedo oler su miedo.

—El mío también tiene que apestar lo suyo —dijo Diego.

El Gris se volvió hacia Sara.

—No le contestes. No hables con ella. Quédate donde estás.

—Veo que papá y mamá han venido a verme. —Silvia miró a sus padres, que estaban al fondo, contra la pared.

Mario apartó la vista y chilló:

—¡Empieza de una vez, maldita sea! ¡Saca esa cosa de mi hija, Gris!

—¿Por qué dices eso, papá? —La niña hizo una mueca grotesca tratando de fingir dolor. Ahora empleaba una sola voz, endulzada, casi humana—. ¿Ya no me quieres? Qué desconsiderado. Yo te sigo queriendo, papá. Igual que el primer día. Nunca perdí la esperanza de que alguna vez me leyeras un cuento como los papás de mis amigas del colegio. —Mientras el demonio hablaba, el Gris comenzó a repasar las runas de la bañera—. Siempre creí que alguna vez tendrías tiempo para algo más que un triste beso y unas buenas noches, que me llevarías al cine o a tomar un helado en vez de pagar una extranjera sin papeles para que me educara. Pero me equivocaba, tú solo te interesabas por tu empresa, por el dinero. Lo comprendí al ver que ni siquiera mamá te importaba, que ya nunca echabais un polvo, y que cuando sucedía ni siquiera gemías, apenas durabas más de cinco minutos. No como con las putas. Con ellas te podías pasar horas enteras, drogado, por supuesto. Eso sí te gusta. Y sin embargo yo te quiero, papá, porque te comprendo. Lo que a ti te gusta de verdad es el poder. Disfrutas aplastando a la gente con tu imperio, como al abuelo. Yo lo entiendo y te ayudaré. Líbrame de este asqueroso sin alma, papá. Ayúdame a matarlo y te concederé más poder todavía.

—¡Haz que se calle, Gris! —gritó Mario.

El Gris le soltó otra bofetada a la niña, sin mirarla, mientras llenaba la bañera de agua. Silvia apenas notó el golpe.

—¿A qué viene esa reticencia? —preguntó la niña—. Ya has hecho tratos con nosotros antes, papá. Sabes de lo que somos capaces. ¿Crees que te irá mejor con este engendro? Es un monstruo, papá, y peor que nosotros. Ni siquiera los demonios le quieren.

—¡Cierra la boca de una puta vez! —estalló Mario.

—Muy mal, papá. Mataré a tu exorcista, beberé su sangre, y entonces lamentarás no haberme ayudado.

Esta vez el Gris le asestó un puñetazo.

—Ya has oído a tu padre. Cierra la boca —dijo, golpeándola de nuevo—. Vamos a empezar. —Y susurró a Sara muy bajo—: Quédate detrás de mí. Si el demonio llega a poseerte, trata de no sucumbir al pánico. Dispondrás de dos o tres segundos como poco antes de que se haga con el control de tu cuerpo. Necesito que te mantengas quieta. Tendré que golpearte y dejarte inconsciente. Es lo mejor para intentar expulsarlo. Tardan un tiempo en fundirse con el alma del huésped y en ese momento

son más vulnerables.

Sara tuvo ganas de gritar, de explicar que había cambiado de opinión y de largarse a toda prisa para que ningún demonio pudiera fundirse con su alma. Ni su mente era capaz de imaginar qué sentiría ante semejante situación, pero no quería averiguarlo.

El Gris no esperó una respuesta de la rastreadora, ni un gesto de asentimiento, ni ninguna indicación de que había entendido sus palabras. Activó la runa de la bañera y retrocedió un par de pasos. Se repitió la escena del primer intento de exorcismo. La bañera irradió un resplandor azulado y el agua comenzó a congelarse. Silvia chilló y rugió con muchas voces diferentes, todas horribles y repulsivas.

Un gran golpe resonó en la habitación. La puerta de entrada tembló.

—¡Abre la puerta, Gris! —gritó Miriam al otro lado. Se oyó otro golpe—. No podrás dejarme fuera mucho tiempo. Te la estás jugando.

Diego echó un vistazo rápido. Los símbolos que sellaban la puerta brillaban con cada arremetida de la centinela.

—Tiene razón, tío. Las runas no aguantarán mucho más. Ese condenado martillo es muy fuerte.

El Gris no prestó atención a la centinela porque solo tenía ojos para Silvia, nada más parecía capaz de llamar su atención. Sara tuvo que luchar contra el deseo de ayudar a Miriam, de abrir la puerta y decirle que tenía razón, que nunca debió haber dudado de ella y que por favor la librara de hacer de cebo para un demonio. Sus emociones estaban desatadas, recorriendo su mente con voluntad propia. La rastreadora agotó hasta el último resto de voluntad para permanecer en su sitio.

Los alaridos inhumanos de Silvia empezaron a cobrar un matiz desesperado. El hielo terminó de solidificarse. El demonio descargó puñetazos, arañó, escupió y babeó.

—¡Quemaaaa...! Maldito exorcista. ¡Pagarás por esto!

La niña agitaba enloquecida la parte del cuerpo que estaba libre del hielo, del pecho para arriba. Los brazos iban y venía, se doblaban sin responder al recorrido natural de las articulaciones. El cuello parecía de goma. En ningún momento el demonio dejaba de rugir. Su piel despedía humo allí donde entraba en contacto con el hielo.

En esta ocasión todos callaban, incluidos los padres, anonadados ante una escena mucho más brutal que la primera vez.

El tiempo transcurrió despacio. A Sara le daba la impresión de que llevaban horas soportando los berridos del demonio y no entendía cómo no se había partido el escuálido cuerpo de la niña por varios sitios diferentes, de tantas sacudidas violentas.

Entonces la niña se detuvo. Se cayó de bruces sobre el hielo y se quedó inmóvil, con los brazos colgando por fuera de la bañera. Ese silencio repentino no era natural, molestaba casi tanto como el estruendo anterior. El Gris observó a Silvia un par de

largos minutos, sin mover ni un solo músculo, sin parpadear.

Sara se preguntó qué estaría sucediendo. Si el demonio había abandonado el cuerpo de Silvia, desde luego ella no veía nada, y si había entrado en el suyo, tampoco sentía nada especial. Se atrevió a torcer el cuello, a mirar a los que estaban más allá de las runas protectoras. El niño fue el único que cruzó la mirada con ella, se encogió de hombros.

La pared lateral, la que estaba frente a la ventana, tembló. Vibró justo en el punto en el que tenía un agujero, por el que se había colado el cuchillo del Gris casi acertando a Plata si no se hubiera arrodillado ante Sara. La rastreadora se sobresaltó al ver fugazmente algo metálico que desapareció en seguida. Se produjo otro golpe y un nuevo temblor. Era el martillo de Miriam. La centinela había decidido abrirse paso por un lugar menos predecible, y que a juzgar por la expresión de Diego, no estaba protegido por runas.

El Gris por fin se movió, caminó muy despacio hasta la bañera, primero un pie, luego el otro, sin hacer el menor ruido, y sin acelerarse por la inminente llegada de la centinela. Ya estaba a un paso de Silvia. Alargó la mano y se acercó más. Sara quiso pedirle que tuviera cuidado...

Pero algo tronó en la habitación. Un sonido grave y monstruoso que les congeló a todos, incluso Miriam dejó de atizar a la pared. Silvia alzó la cabeza, se enderezó y abrió la boca. El Gris retiró la mano. El sonido provenía del demonio, era una carcajada.

—¿Venías a acariciarme, exorcista? Por mí no te detengas, me encantará. Ven, acércate. ¿No quieres? El miedo te domina, Gris. ¿Hemos acabado con este estúpido juego del hielo?

El Gris extrajo un puñal de las sombras de su gabardina.

—¿Tú entiendes algo, Álex? —preguntó Diego hablando muy deprisa—. ¿Por qué coño no sale el demonio? Esto tiene muy mala pinta, macho. —Álex no contestó. Era obvio que tampoco sabía qué estaba pasando—. ¡La vamos a palmar! —El niño se llevó las manos a la cabeza y apretó—. ¡Menuda putada! Vosotros no sé, asquerosos —gritó sin dirigirse a nadie en concreto—, pero yo voy a air al infierno. Esto es una...

—No me obligues a reducirte, niño —le advirtió Álex—. Domina tu miedo.

—Domina tu miedo, domina tu miedo —repitió Diego—. ¡No te jode! Como si eso fuera tan...

Miriam descargó otro martillazo. La pared crujió y el hueco se agrandó. La centinela aún no podía pasar, pero ya se veía su cuerpo al otro lado.

—¿Qué va a hacer? —Mario extendió el dedo.

Todos miraron en la dirección que señalaba.

El Gris estaba en pie, sostenía el puñal en alto con las dos manos. Silvia seguía

aprisionada en la bañera, con la cabeza a la altura de la cintura del Gris.

—¿Vas a matarme, exorcista? ¿De esta manera tan poco noble, aprovechándote de una cría indefensa? No te conviene hacerlo. Esta situación no es culpa mía. —El cuchillo inició el descenso. Llevaba mucho impulso. No era un golpe destinado a pinchar el corazón, era un golpe letal—. ¿No quieres saber por qué has fracasado en el exorcismo? —El cuchillo continuó su camino—. Tal vez deberías preguntar a mi padre. No te lo ha contado todo. ¿Te dijo que tengo un hermanito?

El Gris desvió el puñal, que arañó el aire.

—¿Es eso cierto? —preguntó atravesando a Mario con una mirada despiadada y fría.

—Yo... —El millonario estaba asustado—. Hay una explicación...

—¿Tuviste otro hijo y no me lo dijiste?

—Bueno... yo... Sí, pero...

—¿Lo ves? —rugió Silvia—. Te dije que tenía un hermano. La familia es lo más importante, ¿no?

El hielo estalló en pedazos, junto con las cadenas. La niña emergió como un resorte, saltó sobre el Gris, que no se lo esperaba porque seguía concentrado en Mario y en su mujer. El demonio fue muy rápido, agarró al Gris y lo estrelló contra la pared, a varios metros de distancia. La pared se resquebrajó, y a punto estuvo de derrumbarse. El Gris cayó al suelo, boca abajo y sin aliento. Silvia se abalanzó sobre él, pero el Gris pudo girar y esquivar el golpe en el último instante.

El demonio no abandonó la lucha. El Gris resistía como podía sus ataques, haciendo fintas, retorciéndose, evitando las zarpas y los mordiscos.

—¡Sara, sal de aquí! ¡Cruza la línea de runas!

La rastreadora tropezó y cayó al suelo. Hecha un manojo de nervios, Sara logró levantarse para intentar alcanzar la frontera de símbolos. Pero entonces, la niña cambió de objetivo. Justo antes de que la rastreadora se pusiera a salvo en el otro lado, el demonio la derribó. Sara cayó al suelo, gateó hasta cruzar el símbolo con el pecho. Diego se tiró al suelo y la agarró por la mano, tiró con todas sus fuerzas. El cuerpo de Sara se deslizó, haciéndose varios cortes en las piernas. Estaba a punto de rebasar la línea cuando una tenaza de fuego y ácido le agarró el tobillo y estiró en la dirección opuesta.

—No te vayas tan deprisa —rugió Silvia—. Tu hombre aún está aquí.

Sara aulló de dolor y rabia, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Tira, niño, tira! ¡Por favor!

Diego apretó los dientes, tensó los músculos y tiró de ella con todas sus fuerzas. Le dolía todo el cuerpo, pero no cedió, aunque notaba la fina muñeca de Sara resbalando lentamente entre sus manos.

La rastreadora vio horrorizada cómo el suelo se movía y la runa aparecía de

nuevo ante su cara. Estaba retrocediendo.

En ese instante, el Gris atacó a la niña. Pero el demonio se lo esperaba. Soltó a la rastreadora, que salió disparada hacia delante, y con un golpe de revés le quitó el puñal. Luego hundió una de sus manos en el pecho del Gris y la extrajo manchada de rojo. El Gris se tambaleó.

Silvia lamió sus dedos.

—Deliciosa, aunque un poco fría.

Le dio un golpe brutal. De abajo arriba, esta vez con el puño cerrado. El Gris voló hasta estrellarse contra el techo. La lámpara se desprendió y reventó en pedazos. El Gris logró agarrarse con una mano y quedarse colgando.

Silvia alzó la cabeza.

—Muy hábil, exorcista, pero no aguantarás mucho. Estás muy débil.

No lo hizo, se soltó. Cayó sobre la niña y recibió otro zarpazo, pero aprovechó que el demonio no esperaba ese ataque para impulsarse con las piernas y rodar lejos, hasta las runas defensivas. Las atravesó una fracción de segundo antes de que Silvia se estrellara contra la barrera de protección. Rebotó y cayó, pero se levantó y lo volvió a intentar. Con cada embestida, los símbolos del suelo se iluminaban y el aire se combaba, como si hubiera una sólida capa invisible.

El Gris se quedó tendido recobrando el aliento. Un charco oscuro creció debajo de él.

—¡Estás sangrando! —gritó Sara, cayendo a su lado.

La habitación quedó sumida en las tinieblas al caer la lámpara. Llegaba algo de luz proveniente de las farolas de la calle a través de las ventanas. El horizonte empezaba a clarear, anunciando la inminente salida del sol.

La pequeña Silvia seguía luchando contra la barrera, con zarpazos, patadas y empujones, incluso arrojándose de cabeza contra ella.

El martillo de Miriam atravesó finalmente la pared.

—Vámonos, Gris —dijo Diego—. Te curaré. Salgamos de aquí.

Le levantaron entre el niño y la rastreadora. El Gris soltó un gemido. Su gabardina estaba empapada.

Silvia se paró a un metro escaso de distancia, con las runas entre ellos.

—No hay necesidad de que mueras, exorcista —dijo con una sola voz, aunque muy desagradable—. Solo quiero irme. Disuelve las runas que me encierran en esta casa y no te mataré. Sabes que no puedes enfrentarte a mí.

El Gris la midió con una mirada corta, cansada.

—Ya lo veremos. Si de verdad no puedo contigo no tienes nada que temer, ¿no? —hablaba despacio, con esfuerzo.

—Ya veo —dijo el demonio—. No tienes miedo, ¿verdad? No puedes tenerlo. Olvidaba que eres aquel que no tiene alma, que no siente nada. Pero sentirás dolor, te

lo aseguro.

—Sacadme de aquí —dijo el Gris.

Sara y Diego retrocedieron cargando con el peso del Gris.

—¡Espera, exorcista! —tronó Silvia. A un gesto del Gris, todos se detuvieron—. Puedo ayudarte con tu dolor, con tu problema para pescar almas. Al fin y al cabo, conseguir las es lo que se nos da bien a los demonios. ¿Por qué ayudas a los humanos? Tú no eres como ellos, no te sientes como un humano. Y te rechazan allá donde vas, te desprecian.

—No necesito tu ayuda —repuso el Gris—. Sobrevivo bien yo solo.

—Pero no tienes nada en común con ellos. En cambio, con nosotros... Ambos perseguimos almas.

—Yo no las robo. Acceden a entregármela libremente, y solo por un breve período de tiempo, el mínimo imprescindible para mis propósitos.

—Si así te consuelas a ti mismo... Pero la verdad es que disfrutas cuando tienes alma. Tu tormento retrocede un poco, conoces la paz y te recuperas. Y les envidias. Al mismo tiempo, te haces más consciente de lo diferente que eres de un ser humano corriente, y sufres de otra manera.

—También soy diferente a vosotros. Yo busco una solución, un modo de no tener que seguir haciéndolo. Vosotros robáis almas por placer, o por algún propósito oculto que no reveláis, pero no tiene nada que ver conmigo.

—Te equivocas, exorcista. Estás mucho más cerca de nosotros de lo que crees. Incluso mataste a un ángel. Sí, lo sé todo. Despedazaste el cuerpo de Samael, lo descuartizaste hasta reducirlo a pedazos tan pequeños que se podían coger a puñados. ¿Sabes cuánto hace que nadie consigue matar a un ángel? Los míos te lo agradecen, Gris, inmensamente. Te protegerían del cóncilave, estarías a salvo. Y nadie te despreciaría por ser lo que eres, al contrario.

El Gris inclinó levemente la cabeza. Sara se horrorizó de que no rechazara de inmediato la propuesta de Silvia.

—Has olvidado un detalle —dijo finalmente el Gris—. Tú no eres uno de los demonios puros, de los que realmente tienen voluntad. Si lo fueras, me habrías destruido chasqueando los dedos. Solo eres un secuaz, un siervo a las órdenes de otro.

—Es cierto —Silvia hizo una reverencia—. Pero mis palabras transmiten los deseos de mi amo. Puedes tomarlas como si te las dijera él mismo.

—Y convertirme en lo que tú eres —dijo el Gris asqueado—. En un peón sin voluntad, el esclavo de un demonio. No hay ventajas que compensen eso.

—Cometes un error, exorcista.

—Cometo muchos. Dime algo que no sepa.

—Pasa de ella, Gris —dijo el niño, dando un pequeño salto para que el brazo del Gris no se le escurriera por la espalda—. Vámonos ya.

—Cuidado, enano —le advirtió el demonio a Diego—. Puedo sentir tu miedo.

—¿En serio? —dijo el niño—. Pues que te den una medalla, ¿eh? ¡Será gilipollas! Hasta el más necio es capaz de darse cuenta de que estoy acojonado, y va y lo dice todo orgulloso, el payaso. Debes de ser uno de los más tontos del infierno, macho.

Una figura se interpuso entre ellos y el demonio. Una figura esbelta, de movimientos ágiles y decididos, coronada por una melena rubia y portando un martillo en la mano derecha.

—Deja de hablar con ella, niño —dijo Miriam.

—Bienvenida, centinela —dijo Silvia alzando la cabeza. Se la veía muy pequeña frente a Miriam—. Estas runas son tuyas. Buen trabajo. Pero no es suficiente para retenerme.

La niña dio un brinco, se puso a cuatro patas y corrió, saltando a toda velocidad. Se alejó en la dirección opuesta. Justo antes de llegar a la pared, donde estaban colgando las cadenas, se elevó en el aire y aulló. El choque sacudió la casa. Atravesó la pared arrojando cascotes en todas direcciones.

—Mierda —dijo Diego—. Esto no me gusta nada.

VERSÍCULO 24



Estaban en una especie de salón de juegos. Había una diana colgada de la pared, una mesa con un tablero de ajedrez pintado, y una barra de bar recorriendo una de las paredes.

Habían llegado allí buscando un lugar en el que refugiarse temporalmente. El niño les guió a esa sala argumentando que estaba bien protegida por runas. Se aseguró de recalcar que se había tirado toda la noche pintando símbolos por la casa, que podían sentirse tranquilos gracias a él.

Álex había desaparecido, y lo mismo había sucedido con Mario y su mujer. Sara no había visto a ninguno de ellos desde que fracasara el exorcismo por segunda vez, y en aquel momento no le importaba dónde se pudieran haber metido. Toda su atención estaba centrada en el Gris, en el grave estado en que había quedado tras la pelea.

La centinela dejó al Gris en una mesa de billar, en el centro. Luego observó su chaqueta de cuero, que estaba cubierta de sangre.

—¡Imbécil! —le dijo examinando su cuerpo. Estaba furiosa—. Eso te pasa por dejarme al margen. Nunca me escuchas, Gris. Debería alegrarme, así aprenderías. — Volvió la cabeza hacia Diego—. ¿Qué pasó? ¿El demonio llegó a entrar en ella? — preguntó señalando a la rastreadora.

El niño, que había terminado con la puerta, se acercó a la mesa de billar.

—No. La niña se rio del exorcismo, la muy puta. Ni siquiera le hicimos cosquillas. No lo entiendo, tía, de verdad. Debería de haber abandonado el cuerpo.

—Aficionados...

El Gris gimió, se llevó la mano a la tripa.

—Niño —susurró—. ¿Te importaría?

—Voy —dijo Diego—. Aparta, rubia, luego nos das la brasa con tus sermones. Aquí estoy, pichón, no te preocupes. Vamos allá.

El niño cogió las manos del Gris y cerró los ojos. Permanecieron así unos segundos. Sara no sabía qué estaban haciendo. El cuerpo del Gris resplandeció, envuelto en una luz dorada y tenue que confirió un tono cálido a su piel descolorida. Sus cabellos plateados parecieron rubios y sus labios rosados. Las severas facciones del Gris se relajaron en una mueca de paz y calma. La rastreadora le contempló embelesada. Su rostro era hermoso, lleno de vida. Se preguntó si ese sería su aspecto

cuando tenía alma.

Diego soltó una carcajada torpe, se revolvió y dio un pequeño bote.

—Es el cosquilleo —explicó con una sonrisa estúpida.

La luz dorada se extinguió en cuanto sus manos se soltaron. El Gris se incorporó hasta quedar sentado sobre la mesa de billar. Ya había recobrado su aspecto habitual.

—¿Le has...? —A Sara le costaba asimilar lo que acababa de ver.

—Curado —terminó Diego—. Sí, eso he hecho. ¿Qué tal, tío? —Le dio una palmada al Gris—. No está nada mal, ¿eh? —De repente se quedó quieto. Su expresión cambió, parecía asustado—. ¿Cómo estoy, Gris? ¿He cambiado?

—Estás igual, niño.

—No me mientas, tío, que ya soy mayorcito. ¿Me han salido canas? —Se estiró el flequillo intentando verlo, pero era demasiado corto—. Miriam. ¿Cómo estoy? Sé sincera. Podía haber un espejo en esta habitación, joder.

—No has cambiado —le tranquilizó la centinela—. No empieces con tus agonías.

Diego bufó, pateó el suelo. Abrió la boca para decir algo, pero una sacudida tremenda retumbó y le interrumpió.

—Me parece que la nena quiere salir a dar una vuelta.

Sara le ignoró, no tenía tiempo para las locuras del niño. Ya habría otra ocasión para preguntarle por ese don que tenía para la curación.

—Gris, ¿estás bien? Hace un momento sangrabas...

—Está perfectamente —la interrumpió Miriam de mala manera—. No te pongas melodramática, santurrona. Dedícate a rastrear, que es lo tuyo.

Sara no entendió a qué venía esa actitud. Antes, Miriam había intentado evitar el exorcismo para protegerla y ahora la trataba con desprecio. La centinela ni siquiera la miraba, sino que se plantó delante del Gris, con los puños apoyados sobre las caderas:

—Eres un maldito estúpido. Sé que eres temerario, Gris, pero esto es demasiado, incluso para tu falta de sentido común. Nadie ha cometido una idiotez más grande en la vida.

La rabia impregnaba las palabras de Miriam, las convertía en ácido. A Sara le pareció una reacción exagerada, ya que después de todo, se suponía que ella le iba a entregar a los ángeles. ¿A qué venía tanta preocupación?

—No empieces, Miriam —dijo el Gris—. Tenía que hacerlo. ¡Es mi trabajo, maldita sea! Tú solo tienes que obedecer órdenes, para ti el camino siempre es claro, tienes esa suerte. Y para los problemas que pudieran surgir, tienes tu código. Así, no tienes dudas, no sabes lo que es tomar decisiones ni arriesgarse. —Su tono de voz se agravaba, reflejando su frustración y su furia. Sara se sintió ante un enfrentamiento entre titanes. Ninguno de los dos parecía dispuesto a dar su brazo a torcer—. Tú siempre sabes o crees saber qué es lo correcto, Miriam, pero ese no es mi caso. A mí me toca intervenir cuando todos vuestros códigos y normas han fracasado, cuando

nadie sabe cuál es el camino. ¡Así que no me digas lo que tengo que hacer! Intentaba expulsar al demonio del cuerpo de esa niña...

—¡No hablaba de eso! —le cortó la centinela. El Gris se sorprendió y frunció el ceño—. Olvida el exorcismo. Tienes problemas mucho peores. Oí lo que dijo Silvia. Antes no lo creía, pensaba que no lo habías hecho. ¿Cómo pudiste matar a Samael? ¿Cómo pudiste descuartizarle? Tienes que estar completamente loco, Gris. Es la única razón que se me ocurre.

Diego y Sara le observaron con expectación.

—No puedo hablar de eso —dijo el Gris apartando la vista—. Es por vuestro bien.

Otro golpe retumbó, en el otro lado de la casa, el opuesto a donde había sonado el primero.

—Está buscando una salida —dijo el niño—. Espero que la encuentre y se largue de aquí.

—Eso no debería ser posible si hiciste bien tu trabajo —le recordó el Gris.

—¿Ya estamos otra vez, tío? ¿Dudando de mí? Me recuerdas a Álex, macho, siempre gruñendo. Por cierto, ¿ese dónde se ha metido? Estará escondido por ahí, menudo pájaro, y luego el cobarde soy yo. Bueno, es igual. Las runas están bien grabadas, me lo he currado que no veas.

—¿Y no podrá romperlas? —preguntó Sara—. Me refiero a que logró escapar de la bañera y romper las cadenas. Y derribó al Gris dos veces. Es muy fuerte. Nunca hubiera creído que el cuerpo de una niña tan flacucha pudiera hacer algo semejante.

—De nuevo metiste la pata, ¿no? —le reprochó la centinela—. El demonio no acabó contigo de milagro.

—No estuve muy fino —reconoció el Gris—. Pero en esta ocasión, aproveché bien su ventaja. Me confesó que tiene un hermano y me distraje al querer confirmarlo. Solo fue un instante, pero me cogió por sorpresa. La culpa es de Mario. Si no nos lo hubiera ocultado...

—No culpes a los demás —señaló con dureza Miriam—. El demonio es tu responsabilidad, deberías haberlo mantenido bajo estrecha vigilancia en todo momento. Que no eres ningún novato. Te confiaste...

—Joder, qué tía —dijo Diego—. Como para olvidar su cumpleaños. ¿Quieres relajarte un poco, rubia? Menos mal que los centinelas no os podéis casar, en serio. Amargarías al más paciente...

—El niño tiene razón —dijo el Gris—. No arreglaremos nada discutiendo sobre lo que debería haber hecho.

—Está bien. —La centinela se mordió el labio inferior—. Un hermano has dicho... Eso cambia un poco las cosas.

Sara ardía en deseos de preguntar por qué ese dato era tan importante, pero no se

atreví a hacerlo. Sería como sacar a relucir una vez más su inexperiencia y estaba cansada de que la trataran como a una ignorante.

—Tenemos que encontrar a Mario y preguntarle por ese otro hijo suyo —dijo el Gris—. ¿Quién sabe? Igual tiene más de uno. Ya no me fío de nada.

—¿Por qué no nos ataca la niña? —preguntó Sara—. Ya no se oyen más golpes.

—A lo mejor ya se ha ido —dijo Diego, esperanzado.

—No —le contradijo el Gris—. Está aquí, en la casa.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Miriam.

—Porque está buscando la página de la Biblia de los Caídos —repuso el Gris—. Estoy convencido. Y si la encuentra, no podremos retenerla. No quiero ni imaginar qué podrá hacer un demonio con esas runas. Creo que ese es el motivo por el que poseyó a la niña. Nos equivocamos al seguir la pista de la empresa de Mario. Debí haberlo intuido, es por mi culpa.

La centinela cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—No lo es —dijo—. Porque esa página no está aquí. Ya te lo dije.

—Te equivocaste. Es largo de contar, pero te aseguro que sí está. Tenemos que encontrarla. El niño ha sido incapaz.

—¡Y dale! Otra vez con el niño —protestó Diego—. He estado dibujando por toda la casa y te digo que no está. Me da un poco de asco darle la razón a un secuaz de los ángeles, pero estoy de acuerdo con la rubia. La página esa no está en la casa. El chupasangres te ha informado mal, Gris. Y seguro que te sacó algo a cambio del soplo. Si es que eres un primo, macho, no tienes picardía. La próxima vez, déjame a mí, que yo soy más avisado. Claro que quedamos de día, ¿eh? Que yo de noche no me arrimo a un vampiro ni de coña.

—¿Un vampiro? —intervino Sara—. Plata andaba buscando uno para preguntarle no sé qué.

El niño sacudió la mano con despreocupación.

—Plata está como una cabra. Mira que me cae bien el tío, es un cachondo, no como el Gris o el estirado de Álex, pero no rige del todo bien. Con tanto cambiar de cuerpo, se le va la pelota al pobre. —Diego se dio unos toquitos en la cabeza con el dedo índice—. Y de todos modos, ¿seguro que buscaba un vampiro? Me extraña que no fuera un dragón. Una vez se pasó dos días vigilando una pared de piedra en un parque porque había visto una lagartija y estaba convencido de que era una cría de dragón...

—Plata es mucho más inteligente que tú, niño —aseguró el Gris. Se volvió hacia la rastreadora—. ¿Estás segura, Sara? ¿Plata habló de un vampiro?

—S-Sí, sí —balbuceó Sara abrumada por la repentina importancia de su comentario. Revisó sus recuerdos, para asegurarse—. Fue cuando estaba en el cuerpo del hombre alto, el de los rizos. Suena un poco estúpido, pero dijo que quería

preguntarle a un vampiro algo sobre cómo se peinaban. También habló de unas vírgenes. Te juro que fue algo así.

—Te creo —aseguró el Gris.

—¿Significa algo?

El niño suspiró.

—Sí, significa que Plata necesita saltar al cuerpo de un psiquiatra y aprovechar para analizarse la cabeza.

—Calla, niño. —El Gris sacudió la cabeza—. Tengo que reflexionar. Con Plata nunca es evidente, pero siempre hay algo más. Sara, piensa, dime qué hacíais cuando te habló de los vampiros.

Sara se concentró, repasó su memoria.

—Estaba contándome algo de Rembrandt. Decía que era un idiota y que en sus retratos dibujaba vampiros porque como no pueden reflejarse en el espejo, con la pintura podían verse a sí mismos.

Diego no pudo contener una carcajada.

—¿Lo veis? Por eso le quiero. ¿A quién se le ocurriría algo así, salvo a Plata?

El Gris le fulminó con la mirada.

—Continúa, Sara. ¿Qué más?

—No dijo nada más, que yo recuerde.

Consideró mencionar que justo después fue cuando se cayó al suelo y le apareció aquella extraña cicatriz en la espalda, para luego desvanecerse como si nada, pero no la creerían y prefirió callar. Además, aquello no guardaba relación con los vampiros.

—¡Maldición! —El Gris dio un puñetazo en la mesa de billar—. No le encuentro ningún sentido.

Esta vez fue Miriam quien se interesó por Plata.

—¿Por qué hablabais de Rembrandt? No es un tema muy corriente que digamos.

—Vimos un cuadro —explicó la rastreadora—. A Plata le llamó la atención. De ahí vino la conversación.

El Gris alzó la cabeza, la miró con intensidad, con toda la fuerza de sus ojos color ceniza.

—¿Plata se fijó en un cuadro de Rembrandt?

—Uhhmm... Sí, recuerdo que no le gustó nada. ¿Qué pasa?

Diego y el Gris se estaban mirando el uno al otro.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —dijo el niño a la defensiva.

—¿Qué pasa? —repitió Sara.

—El cuadro —dijo el Gris—. El cuadro es la página que andamos buscando.

Por lo visto, las cosas raras no terminarían nunca. A Sara le asaltó una ola de frustración. Estaba a años luz de comprender cómo había llegado el Gris a esa conclusión. Si se hallara en otro planeta, escuchando a unos alienígenas hablar en un

idioma desconocido, no estaría más confundida que ahora.

—Un poco cogido por los pelos, ¿no? —dijo Miriam poco convencida—. No puedes estar seguro de que sea la página, Gris. Admito que es raro, y que Plata...

—Es la mejor pista que tenemos —atajó el Gris—. Tengo que comprobarlo.

Se separó de la mesa de billar.

—Espera un momento. —La centinela puso una mano sobre el pecho del Gris—. Ya vas a cometer otra de tus locuras. ¿Es que nunca aprendes?

—No podemos quedarnos aquí encerrados, esperando a que esa niña-demonio decida venir a por nosotros. Y menos aún permitir que encuentre la página. —Miriam retiró la mano. El Gris se expresaba con mucha confianza. Sara se sintió más segura al ver su actitud—. Niño, tú y Sara vais a ir a buscar a Mario. Quiero tener una charla con él sobre su familia.

—¿Ahí fuera? ¿Quieres que salgamos de esta habitación? —A Diego le temblaba el labio, apenas podía dominarse—. ¡Y una mierda! Mientras esté esa niña diabólica por ahí suelta yo no me muevo.

—No quiero discutir —dijo el Gris respirando hondo—. Tú conoces bien la protección de la casa. Si la niña os ataca puedes sellar cualquier habitación. Yo no tardaré en reunirme con vosotros.

—Yo voy contigo, Gris —dijo la centinela.

—¡Toma y yo! —dijo Diego—. ¿Por qué no vamos todos juntos?

—Porque no tenemos tiempo —repuso el Gris—. Sara te ayudará a encontrar a Mario, puede rastrear su posición. La niña no os está buscando, va tras la página. Y ya está bien. Si no lo haces, no volverás a curarme, niño.

Diego soltó todo el aire de sus pulmones, se deshinchó como un globo.

—De acuerdo —murmuró por lo bajo—. La niña va tras la página —dijo parodiando la voz del Gris—. Siempre me enchufan lo más chungo, no hay derecho. —Le dio una patada a una silla—. Y siempre acabo pringando, no sé cómo me lo monto tan mal. Con esta suerte, seguro que nos topamos con la hija de Satán en cuanto doblemos una esquina. Como si lo estuviera viendo. Y luego me dirán que...

La rastreadora se apartó de su camino. ¿Desde cuándo era un castigo no sanar a alguien? A ella le parecía que, en todo caso, se podría amenazar con no ser curado, pero el Gris había dicho justo lo contrario. De lo que no había duda era de que había surtido efecto. Al niño le preocupaba no poder curar al Gris. Y lo peor de todo era que ella estaba convencida de que esa advertencia estaba respaldada por la lógica, aunque fuera incapaz de verla.

—Dale un minuto —le dijo el Gris a Sara. La rastreadora vio a Diego apoyar la oreja sobre la puerta y escuchar, seguía hablando consigo mismo, maldiciendo y protestando—. Siempre se pone así cuando tiene miedo, pero es un buen chico. No te preocupes. Encontrad a Mario y encerraos en una habitación que esté protegida.

—Tranquilo, le encontraremos. —La rastreadora se sorprendió de su propia serenidad.

—Antes te vi en el exorcismo, Sara. Me fijé en que tenías miedo. Te temblaban las manos, estabas pálida y apenas hablaste, tenías la boca seca. ¡No, no te estoy reprochando nada! Al contrario. Eres la más inexperta y aun así te arriesgaste.

—Eres tú el que se enfrentó al demonio. Yo solo tenía que estar allí. No era tan complicado.

—Lo era. Lo difícil no es enfrentarse a un demonio o a un vampiro, lo difícil, lo que de verdad es digno de admiración es enfrentarse a tu propio miedo y superarlo. Como has hecho tú, Sara.

—Pero tú...

—Yo no siento miedo, Sara, no puedo. Créeme, me encantaría poder sentirlo. Para mí, ponerme delante de un demonio o de un gatito me supone el mismo esfuerzo. No tiene ningún mérito ser así. Ni siquiera puedo sentir admiración por ti, solo sé que debería sentirla. No, no digas nada. El niño te necesita. Él no lo sabe pero le vendrá bien estar contigo y aprender de tu valor. ¿Le acompañarás? ¿Iras con él a buscar a Mario?

Sara asintió tragando saliva. Hubiera acompañado al niño al infierno si se lo hubieran pedido esos ojos grises que la estaban...

—¿Nos largamos ya? —ladró Diego de mala gana—. Creo que la niña está soltando coces en el otro lado de la casa. Salimos ahora o yo paso.

VERSÍCULO 25



El Gris se llevó la mano a la oreja y aguzó el oído.

Una de las runas que se había grabado en la piel, una de las más dolorosas, aumentaba sus sentidos. Captaba el crujir de las paredes de la casa con total claridad, probablemente a causa de la pelea con Silvia, que debía de haber debilitado algunos puntos de la estructura. Un grifo goteaba en algún lugar de la planta de arriba. El viento aullaba al penetrar por la ventana rota de la cocina, la que había destrozado el demonio al lanzar la nevera.

Un ratón chilló en el garaje. También le llegó la respiración acelerada del niño, avanzando por el pasillo en la dirección opuesta a la suya, con Sara junto a él, infundiéndole ánimo mediante susurros cortos y suaves. Escuchó un ronquido en alguna parte y el castañeteo de unos dientes temblorosos. Pisadas entremezcladas. Tal vez de Elena, por los tacones, pero difíciles de distinguir entre el resto de los sonidos.

Ni rastro de Silvia. El demonio se había sumido en el más absoluto silencio. El Gris no tenía ni idea de dónde se podía encontrar, a pesar de que su olor estaba en todas partes, impregnando el ambiente, infectándolo. Tal vez les estaba acechando, aguardando el mejor momento para atacarles.

Miriam se removió detrás de él, cansada de esperar. La centinela era una mujer de acción, no le gustaba la inactividad.

—No la vas encontrar así si ella no quiere —dijo—. No es estúpida.

El Gris se enderezó y siguió caminando por el pasillo, con pisadas silenciosas, deslizándose sobre el suelo como un suspiro, haciendo uso de los símbolos que refulgían sobre su piel, bajo su gabardina negra, y que potenciaban su agilidad. La centinela tenía andares más pesados, aunque mucho más ligeros que los de una persona corriente. El martillo rozaba con el pantalón produciendo un leve siseo.

El Gris iba en primer lugar. En cada esquina, extendía la mano y Miriam se detenía. Se asomaba lentamente y examinaba el terreno antes de continuar. La centinela vigilaba la retaguardia por encima del hombro, con frecuentes miradas al techo y a los lados, incluso al suelo, en busca de alguna fisura, de cualquier posible brecha por la que el demonio les pudiera sorprender.

Formaban un buen equipo. Miriam había trabajado con muchos centinelas en sus peligrosas y variadas misiones. Había tenido compañeros de todo tipo, aunque la

mayoría no alcanzaba el nivel que ella consideraba aceptable. Hubo uno en particular, un inepto que estuvo a punto de echarlo todo a perder y que fue el responsable de la cicatriz que adornaba su espalda. Miriam y él estaban en un antiguo caserón donde todas y cada una de las piezas de madera que lo constituían chirriaban y crujían. Estaban cercando a un fantasma bastante fuerte, el único que ella había visto que podía mantenerse sólido casi una hora, algo muy poco habitual. Su compañero se distrajo y se le pasó por alto una de las paredes que tenía que vigilar. El fantasma la atravesó y les sorprendió a ambos. Miriam resultó herida por defenderle. Si por ella hubiera sido, no habría tenido inconveniente en esperar a que el fantasma matara a su compañero antes de acabar con él, pero el código no lo permitía. Un centinela no podía negar auxilio a otro y esa norma era tajante. Así que le salvó, y por supuesto pidió que le asignaran a otro compañero, o mejor aún, que la dejaran trabajar sola. Por suerte, Mikael aceptó su petición.

Un año después se enteró de que otro centinela había muerto a manos de un vampiro, y curiosamente tenía el mismo compañero que ella había rechazado. Miriam no tuvo ninguna de duda de quién había sido la culpa. Pero los ángeles no hicieron nada al respecto, algo que la sorprendió mucho, sobre todo por tratarse de vampiros, los peores enemigos de los ángeles y los centinelas, exceptuando a los demonios, naturalmente. Los vampiros eran las criaturas más letales de origen no divino, las únicas que poseían la gracia de la inmortalidad, aunque tuvieran que alimentarse para conservarla. Sin embargo, Miriam consideraba que había algo mucho más peligroso que un vampiro: un compañero incompetente.

El Gris era todo lo contrario. A Miriam le encantaba su modo de actuar, era estricto y no cometía fallos, admiraba su frialdad en situaciones límite.

Y le envidiaba.

La centinela actuaba en gran medida como él, pero ella sí tenía emociones. Tenía que dominarlas y apartarlas a un rincón de su mente en situaciones de peligro. Y ahora se enfrentaba a una nueva emoción, una que no se esperaba, y que había florecido cuando había escuchado al Gris hablando con Sara.

—Tu discurso me pareció conmovedor —dijo cerrando la puerta.

Habían entrado en un salón alargado, con una mesa central que lo recorría de punta a punta. Parecía un comedor para fiestas muy distinguidas.

—¿De qué discurso me hablas? —preguntó el Gris estudiando los cuadros de las paredes.

—El que le soltaste a Sara. Todo el asunto del valor y lo buena que es por ofrecerse como cebo. Se me saltó una lágrima.

—¿Te parece que este es el momento de hablar de eso?

—¿Por qué no? —Se acercó más a él y bajó el tono—. Esta habitación está protegida. La niña no nos atacará mientras estemos aquí.

—No estaremos mucho tiempo.

El Gris saltó sobre la mesa y estudió la pared del otro lado.

—Entonces, dime —insistió Miriam—. ¿Creíste todo lo que le dijiste a la buena de la rastreadora?

—¿Crees que mentí? ¿No te parece que hace falta valor para plantarse delante de un demonio en sus circunstancias?

—Cobarde no es —reconoció la centinela de mala gana—. La inmensa mayoría de las personas se mearían encima, o enloquecerían solo de pensarlo. Pero nuestra rastreadora mantuvo la compostura decentemente. Eso no es natural. ¿Me estás diciendo que habías visto antes a una persona ajena a nuestro mundo aceptar una situación como esta tan rápido, sin desmoronarse?

El Gris soltó el cuadro que sostenía, se giró y miró fijamente a la centinela.

—¿Qué insinúas? ¿Crees que es más de lo que aparenta ser? Habla claro, Miriam. No tengo tiempo para juegos. Tú deberías saber juzgar el comportamiento humano mejor que yo.

—Te pones muy mono cuando te enfadas, Gris. No, no me refería a eso. Estoy segura de que Sara no es más que una rastreadora de tercera. Leerá las cartas por una miseria y poco más. Creo que soportó el miedo sin derrumbarse porque no es plenamente consciente de lo que hizo, porque es una ignorante y lo único que quería era impresionarte.

El Gris volvió a centrar su atención en la pared.

—Me desconciertas, Miriam. Fuiste tú la que se preocupó por su seguridad, ¿recuerdas? No querías que le pasara nada y trataste de impedir el exorcismo. ¿Por qué te interesas por Sara ahora? ¿Qué te importa lo que yo piense de ella?

—Pues resulta que me importa. —Le agarró por el hombro y le obligó a darse la vuelta, empujándole contra la pared. Luego se acercó hasta quedar muy cerca, con las manos apoyadas en la pared, una a cada lado de la cabeza del Gris—. Se me ha metido una idea en la cabeza. A lo mejor me rechazaste por ella. Tal vez no me prestaste la debida atención cuando estábamos en la iglesia porque estabas pensando en esa santurrona que consideras tan valiente.

—¿Estás fingiendo un ataque de celos? No es tu estilo. —Intentó zafarse, pero la centinela no se lo permitió, le mantuvo entre sus brazos—. Nunca te entenderé, Miriam. Pensé que estarías enfadada por haberte encerrado, no porque le dijera nada a Sara.

—Enfadarme contigo por eso no tiene sentido —dijo ella. Acercó un poco más los labios y susurró—: Sé por qué lo hiciste, entiendo tus motivos, a pesar de que fue un error. Me molesta más lo que no comprendo.

—No hay nada que comprender —dijo él. Sus ojos grises estaban frente a los azules de ella, a escasos centímetros. Notaba el calor de su aliento sobre sus labios—.

Terminaremos pronto y me entregarás a los ángeles. Esa es tu misión, lo único que te importa. ¿Me equivoco?

—Naturalmente que te entregaré, no puede ser otro modo. Yo no ordené tu captura, Gris. Quizá por eso me resulta tan excitante —reflexionó. Retiró un poco la boca y le miró con ojos desenfocados—. Puede que si no supiera que tu final está cerca y que yo misma te llevaré hasta él, nunca me hubiese atrevido a confesarte mi atracción, un sentimiento que no puede tener un centinela...

—Excepto con alguien que no tiene alma —terminó el Gris—. Con una persona que no ensuciaría la tuya si te fundieras con él en un acto de pasión. Ya me explicaste tus motivos.

—Eso es solo una ventaja, no un motivo —dijo ella. Volvió a centrar la vista y retomó su posición, cerca de su rostro, amenazando sus labios con los suyos—. Que no tengas alma sin duda hace posibles mis fantasías, pero me ofende tu comentario. ¿Piensas que me sentiría atraída por cualquier mamarracho que no tuviese alma?

—Me has interpretado mal, Miriam. —El Gris ladeó la cabeza y la miró con sus ojos de ceniza—. Ni siquiera tú sabes la respuesta a tu pregunta. Lo cierto es que soy el único que no tiene alma, la única opción. Y tú nunca has estado con un hombre, no sabes cómo enfrentarte a esas emociones reprimidas en tu interior por tanto tiempo. Eso es lo que en realidad te atrae, no yo, el hecho de que nunca has tenido el afecto de otro ser. Eres muy fuerte, una de las mejores centinelas, sin duda, pero emocionalmente eres una niña, sin experiencias que contrastar.

La centinela le agarró por el cuello, con fuerza, sus ojos temblaban de rabia. Él no se resistió.

—Esa es la descripción de una persona débil. Me subestimas. Y además es una conclusión aventurada para alguien que no tiene sentimientos, que no puede entender lo que se agita en mi interior.

—Aplico la lógica, no mi experiencia sentimental. Tú misma has admitido que si no me fueras a entregar, si no creyeras en el fondo que es mi fin, no se habría desatado tu atracción. De hecho, estás mucho más agresiva desde que sabes que descuarticé a Samael, desde que tienes la certeza de que fui yo.

Ella le aplastó contra la pared y apretó su cuerpo contra el suyo.

—Has vuelto a equivocarte, Gris. Definitivamente no entiendes las emociones. —Acarició su mejilla con la otra mano, la que no aferraba su cuello. Luego entrelazó los dedos en sus cabellos plateados y los empujó hacia atrás, despejando su frente—. Definitivamente no entiendes a las mujeres. ¿Recuerdas que dijiste que yo me limito a acatar órdenes, que lo tengo fácil porque mi camino siempre está claro para mí? Pues no es así. ¡No me interrumpas! Voy a entregarte, Gris, no puedo evitar cumplir el código, y lo sabes, pero será la cosa más difícil que haré en mi carrera como centinela. Luchar contra enemigos no es ni la mitad de complicado que luchar contra

los propios sentimientos, algo que tú no puedes saber y por lo que deberías dar gracias. —Tiró de su pelo e inmovilizó su cabeza—. Y ahora, cállate de una vez y deja de discutir.

Miriam separó los labios y se inclinó sobre los de él.



La peor parte fueron las escaleras. Uno de los peldaños soltó un tímido chasquido cuando tuvo el peso de Diego encima y el niño retrocedió espantado, pálido como un fantasma.

Sara tardó bastante en convencerle de que no podían regresar al salón de juegos, que tenían que avanzar y encontrar a Mario. Era complicado razonar con alguien asustado mediante susurros, pero quería hacer el menor ruido posible, para no alertar al demonio de su localización. Le resultó curioso no flaquear, no sentir la necesidad de rendirse a los argumentos de Diego y volver con él a la seguridad del salón protegido por las runas. Comprendió que su valor provenía en gran parte del hecho de preocuparse del niño, lo que mantenía ocupada su mente. De haber estado sola lo habría pasado infinitamente peor.

Al final Diego entró en razón y ascendieron a la primera planta, desplazándose muy despacio y atendiendo a cada sonido, por pequeño que fuera. Para cuando alcanzaron el último escalón, Sara tuvo que soltar la mano del niño y frotarse los dedos. Diego la había apretado tanto que se le había cortado la circulación.

—¿Dónde vamos ahora?

El pasillo que tenían ante ellos se bifurcaba algo más adelante, pasadas dos puertas cerradas, una frente a la otra.

—Me da lo mismo —dijo el niño—. Entremos en la que sea antes de que nos trinque la pequeña bastarda.

Se abalanzó sobre la puerta de la derecha. Estaba tan alterado que la mano resbaló sobre el pomo. De repente se quedó paralizado.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara a su lado.

—¿Has oído eso? —Diego aplastó la cara contra la puerta. Sara lo había oído. Una respiración fuerte y rítmica. Ahora ya no se oía más. El niño se apartó. Su rostro era una máscara de pánico—. La niña está ahí dentro. —Le temblaban las manos—. Vamos a la otra puerta, deprisa.

—Un momento. —La rastreadora le sujetó por los hombros—. Ya no suena. El demonio haría mucho más ruido. —El niño se revolvía, intentaba librarse de ella—. Espera. Lo más probable es que sea Mario. Estará asustado y escondido, y seguro que al oírnos nos ha confundido con su hija y se ha sumido en el silencio.

Sorprendentemente, Diego se tranquilizó.

—¿Tú crees? Reconozco que no suena mal. —Entonces su expresión cambió de nuevo—. Pero, ¿y si es la niña? Nos ha oído y se ha callado para que entremos, para cogernos por sorpresa y devorarnos, la muy puta.

—¿Por qué se iba a complicar tanto? Podría salir y atraparnos sin más. Tiene más sentido que sea Mario escondiéndose.

El niño lo meditó un instante.

—¡Qué asco me doy, tía! —Se dio un golpe en la cabeza—. Cuando tengo miedo no puedo pensar, se me va la olla. De acuerdo, tu teoría suena mejor. Y, qué coño, si nos va a pillar lo hará de todos modos. Así al menos podré echarte la culpa. Lo que más me fastidiaría es que abriéramos la puerta que he dicho yo y nos encontráramos con el demonio. Encima tendría que soportar que tú me habías indicado la puerta correcta.

La rastreadora sonrió en silencio ante el modo de pensar de Diego.

El niño entró en la habitación sin vacilar para sorpresa de Sara. La rastreadora se apresuró a cerrar la puerta.

—Deberías sellarla por si acaso.

Diego lo hizo.

Había suficiente luz. La persiana estaba medio cerrada y la luz naranja del amanecer caía inclinada a través de la ventana.

—Huele bastante mal.

—Los demonios apestan bastante —dijo el niño—. Esa condenada niña habrá pasado por aquí.

—A mí me huele diferente —dijo Sara—. No es como cuando estaba metida en la bañera.

—Sí, claro. ¿A cuántos demonios has oído? Lo imaginaba. Apestan y punto.

La rastreadora no quería discutir, así que lo dejó correr. Prefería no mermar la confianza de Diego, que se mostraba menos asustado que hacía un instante, en la escalera. Le observó mientras estudiaba la estancia. Se preguntó si así se sentiría una madre cuando estaba con su hijo. A pesar de que definitivamente Diego no era un niño corriente, en ningún sentido, parecía tener la cualidad de despertar su instinto maternal.

La habitación era muy amplia, con dos camas, una bajo la luz directa de la ventana, y otra más alejada, en una esquina enterrada en las sombras. También había una mesa con un ordenador, un sofá de varias plazas y una televisión de pantalla plana colgada en la pared.

Sara estaba cansada, se sentó en el borde de la cama y alargó la mano hacia la ventana.

—¡No la abras! —ordenó Diego con firmeza.

—Es para ventilar un poco.

—¿Ves los dibujos que hay alrededor de la ventana? Son una runa.

—¿Y se rompe si abro la ventana? Menuda chapuza.

—No es eso, listilla. Lo que pasa es que... ¡Ah! —El niño saltó hacia atrás con una mueca de espanto.

Sara se había removido en la cama y algo le había dado en la pierna. Miró al suelo y vio una mano que asomaba desde debajo del colchón. Se asustó, brincó y corrió junto al niño. La mano era de color amarillento. No se movía.

—¿Qué hacemos?

—Largarnos —dijo el niño.

—¿Y si es Mario?

—¡Estoy harto de ese argumento!

Sara se acercó con cuidado, alargó el pie y dio una pequeña patada a la mano. No sucedió nada.

—Ayúdame.

Sara iba a estirar de la mano para sacar el cuerpo.

—Prefiero levantar la cama —dijo el niño—. No pienso tocar esa mano asquerosa. Pillaría alguna enfermedad. Y no me conviene, por la maldición y todo ese rollo.

A Sara le pareció buena idea. Agarraron el borde de la cama y la levantaron a la vez. Un cuerpo yacía en el suelo boca abajo. No había duda de que estaba muerto.

—Te dije que algo olía mal y no era la niña —dijo la rastreadora cubriéndose la nariz y la boca.

Diego le dio la vuelta al cadáver con el pie, al tercer intento. Le reconocieron en el acto.

—¡Plata! —exclamó Sara.

—No, ya no es él. Cambió de cuerpo, ¿recuerdas?

Era cierto. Plata estaba ahora en el cuerpo de un hombre obeso, mientras que el cadáver que tenían a sus pies era el de un individuo muy alto, delgado y con la cabeza llena de rizos. Se trataba del cuerpo en el que Plata había pasado tantos apuros para mantener el equilibrio. Sara se dio cuenta de que no sabía quién era ni su verdadero nombre.

Y entonces le asaltó una idea extraña.

—Dale la vuelta de nuevo.

—Con mucho gusto —dijo el niño. Retiró el pie y dejó que el cadáver volviera a caer boca abajo—. Mejor le cubrimos con la cama otra vez, ¿no?

—No, quiero comprobar algo.

El jersey del cadáver estaba rasgado por la espalda. Sara introdujo las manos y tiró para agrandar el roto. Debajo había una camiseta. Repitió la operación.

—Si le tocas la piel, a mí no te acercas, te lo advierto.

Sara no le hizo caso. Se había quedado muda de asombro ante la herida que estaba viendo en la espalda del cadáver. Era idéntica a la que le había surgido de la nada cuando estuvieron viendo el cuadro de Rembrandt, la misma cicatriz vertical junto a la columna vertebral que luego había desaparecido.

—Parece que le clavaron un cuchillo —opinó el niño.

—Plata sabía que esto le iba a suceder —dijo ella, hablando consigo misma.

—¿Cómo dices?

—¿Por eso cambio de cuerpo? ¿Porque le mataron? —preguntó levantándose.

—Pues me parece un motivo bastante bueno. ¿A ti no? ¡Eh, no te alteres, tía! Nadie sabe exactamente cuándo y cómo salta Plata de cuerpo, ni tampoco cómo los escoge. El tío es un misterio. Pero, obviamente, cuando estira la pata se va a otro cascarón.

—¿Qué hay del anterior dueño del cuerpo?

—Cuando Plata se va, regresan a su cuerpo. No recuerdan nada de lo que ha hecho Plata. Es como si hubieran estado durmiendo, aunque con un sueño muy chungo. Les suele doler la cabeza y se ponen enfermos. Algunos dicen que tienen migrañas de por vida.

—¿Y qué pasa cuando el cuerpo está muerto, como en este caso?

Diego se rascó el lunar de su barbilla.

—Eso no está muy claro. Desde luego que el tipo en cuestión está bien jodido. A su cuerpo no regresa o sería un asqueroso zombi, pero no sé qué le pasa a su alma.

—Eso es horrible. —Sara no podía creer que Plata hiciera eso a la gente—. Entonces Plata va por ahí destrozando vidas ajenas. ¿Por qué?

El niño le echó una mirada corta y cansada.

—Entramos en terreno farragoso. Hay muchas teorías acerca de Plata. Es un tío muy popular. Yo no me trago la mayoría de las paridas que se cuentan de él. Podría estar meses discutiendo las teorías que circulan sobre nuestro colega cambia-cuerpos. Hay filósofos y todo soltando estupideces que no aportan nada, incluso he llegado a oír a algún atontado que piensa que es Dios.

—Es tan raro que no me extraña que puedan llegar a pensar eso —dijo Sara.

—No me dirás que tú... Bueno, eso es pasarse. No es Dios, créeme.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo primero porque Dios no está loco —explicó el niño—. Y lo segundo porque los ángeles lo sabrían. El caso es que todo el mundo está de acuerdo en que Plata es... esencial. Si no estuviera, podríamos darnos por jodidos. Hay quien dice que toda la existencia peligraría. Por eso tenemos que permitir que Plata use nuestros cuerpos para vivir, porque si él la palma, nos vamos todos al hoyo con él. Sí, ya sé cómo suena. Me lo explicaron con un ejemplo muy ilustrativo. A ver si me acuerdo... ¡Ah, sí! Escucha bien. Imagina que estamos sobre un charco de gasolina y Plata es una

bola de fuego. Tenemos que sujetarla porque si se cae, pues eso, que ardemos todos, como en el infierno, imagino. Pero, claro, la bola de fuego quema y nos la vamos pasando de uno en uno. Nos salen ampollas y otras pequeñas putadas, pero nada comparado con lo que sucedería si se nos escurre la bolita. ¿Lo pillas?

Sara entendió perfectamente el ejemplo, pero eso no la ayudaba a aceptar semejante locura.

—¿Tú crees esa teoría del fuego?

—Pues... La verdad es que me importa un huevo, si te soy sincero. Que yo sepa no podemos evitar que Plata entre en los cuerpos, así que no merece la pena perder el sueño por ello. El caso es que me lo contó una amiga, una mujer muy peculiar que había tenido una aventurita con un ángel. Y en la cama ya se sabe..., al de las alas se le soltó la lengua.

—Pues si lo ha dicho un ángel..., entonces tiene que ser verdad.

El niño resopló, malhumorado.

—Esa es una de tus peores cualidades, rastreadora, lo único que no me gusta de ti. Tienes que aprender, quitarte de la cabeza esa fe absurda que tienes en los ángeles. Son unos cerdos, como todos, y unos dictadores. No hay más que ver a la panda de desequilibrados que emplean para sus propósitos. Sí, me refiero a los centinelas, como Miriam. La rubia está muy mal, te lo aseguro, es la más fanática de todos, la única que no se salta ni una línea de su código de mierda. Por eso la quiere tanto Mikael. Pero voy al grano, que se me va la olla. Lo más curioso de todo es que los ángeles tampoco están seguros de qué o quién es Plata en realidad.

—Pero tú te llevas muy bien con Plata. Sois buenos amigos, ¿no? Seguro que tienes una opinión sobre él. Venga, cuéntamela. Tú eres el que nunca se calla nada.

—Pues esta vez es verdad. No tengo ni pajolera idea. Y sí, es mi colega y tal, pero no me preocupo por cosas que no voy a entender. Plata es un flipado, me parto con él, eso es lo que importa. Lo que no entiendo bien es por qué le caigo yo bien a él. Otro misterio. Si tanto te interesa Plata, te presentaré a un zumbado que anda por ahí y que ha montado una especie de secta o religión en torno a él. El menda presume de ser el cuerpo en el que más tiempo ha estado Plata. Busca a todos los que han sido ocupados y tiene unos cuantos seguidores. La verdad es que hay gente para todo.

Sara respiró hondo. Ya era una costumbre tener que detenerse unos minutos a procesar toda la información extraña que soltaba el niño intentando no volverse loca. Lo bueno era que Diego no podía mentir, así que todo aquel disparate debía de ser verdad, o por lo menos, él creía que lo era. Tal vez había llegado el momento de considerar seriamente si el niño estaba equilibrado y podía fiarse de sus charlas. Lo malo era que no tenía a nadie más. Diego era el único que le contaba algo del extraño mundo al que se estaba asomando.

El hilo de sus cavilaciones se vio interrumpido por un sonido de sábanas

removiéndose, un pequeño golpe en la pared... y un pedo, uno de los más grandes que la rastreadora había oído en su vida.

Diego se aferró a su brazo.

—¡Mierda, la niña! Deberíamos haber registrado la habitación en vez de darle a la lengua...

—¡Silencio! —le cortó Sara.

Algo enorme se movió en las sombras de la esquina, sobre la cama. Sara maldijo internamente. Antes de entrar en la habitación habían escuchado una respiración fuerte y no se habían molestado en buscar el origen. Se habían distraído con el cadáver.

La inmensa sombra se movió otra vez, estiró los brazos y vomitó otro sonido espantoso, que se prolongó durante casi un minuto. Sonó como la bocina desafinada de un camión.

Sara reaccionó, subió la persiana y la luz del amanecer inundó la habitación.

—¡Plata! —chilló el niño en una explosión de alegría—. ¿Estabas ahí sobando en la cama? No entiendo cómo puedes dormir tanto. Por cierto, menudo bostezo, macho, casi nos dejas sordos.

Plata apartó la mano de su boca, que seguía abierta. Su tamaño era impresionante.

—¡Niño! —Plata se levantó de la cama y se acomodó la barriga. Sara se alegró de que hubiera decidido dormir vestido—. ¡Qué alegría verte! ¿Qué te parece mi cuerpo? Dime. Ya sabes, nada de mentirme, que aprecio mucho tu opinión.

—Uhhmm... Plata, tío, no has cambiado de cuerpo. Sigues en el gordinflón.

—¿En serio? —El hombretón se miró las manos muy sorprendido—. ¡Anda, pues es cierto! La verdad es que me alegro. Se está muy bien aquí dentro. Es una gozada, niño, te lo juro. Tienes que probarlo.

—Lo tendré en cuenta.

Sara se acercó a la pareja.

—Hola, Plata. ¿Me recuerdas?

El hombretón abrió mucho los ojos.

—¿Cómo iba a olvidarte? No me lo perdonaría jamás. Y tampoco he olvidado nuestra cita. He prometido llevarte a volar en un dragón y lo haré.

A Sara le hubiera gustado que sí se hubiera olvidado de esa última parte. Al parecer, su pérdida de memoria respecto a ella solo se producía cuando cambiaba de cuerpo.

Le devolvió la sonrisa, no podía evitarlo. Plata la miraba con expresión de adoración, se le veía tan buena persona que no podía enfadarse con él. Se obligó a imaginar que tal vez dentro de un día o dos, esa misma sonrisa se la estaría mostrando un rostro distinto. Era de locos.

—Oye, Plata, ¿has visto a Mario? —preguntó el niño—. Tenemos que hablar con

él sobre su querida hija. Asuntos de familia.

—Pues no, pero me gustaría verle. Con todo el dinero que tiene podría comprar colchones de mejor calidad. Me duele la espalda. Ya ni siquiera puedo descansar. No me gusta este lugar, niño, creo que voy a largarme.

—No es buena idea, grandullón. Verás, al Gris no le gustaría que abrieras las puertas de la casa, precisamente ahora.

—El Gris —reflexionó Plata—. No sé qué le pasa conmigo últimamente. No le caigo bien, ya no es como antes, y mira que yo me esfuerzo en ayudarlo en todo lo que puedo.

—Es un triste, no le hagas caso.

El estómago de Plata rugió.

—Bueno, lo que sí tengo que hacer es comer —dijo palmeándose la barriga—. Este cuerpo pide mucha energía. ¿Me acompañas a la cocina, querida? —añadió dirigiéndose a Sara.

—Me encantaría —contestó ella—. Pero tengo que ayudar al niño a encontrar a Mario.

—¡Ah, sí! El trabajo es lo primero —asintió Plata—. Luego nos vemos, entonces.

Salió de la habitación. Sus pisadas resonaban mientras se alejaba por el pasillo.

—¿No le pasará nada? —se inquietó Sara.

—¿Qué podría pasarle? Como mucho se cepillarían al gordo y él cambiaría de cuerpo. No te preocupes por él. Es el único de nosotros que puede estar tranquilo. Además, no se puede ir en contra de los deseos de Plata. Ya lo aprenderás. Si quieres que haga algo, o que deje de hacerlo, tienes que convencerle. Y eso, amiga mía, puede ser la tarea más sencilla del mundo o la más difícil.

Sara suspiró:

—¿Qué hacemos ahora?

—Buscar al delincuente, ¿no? ¿Dónde se habrá metido ese anormal...?

A Diego le interrumpió una sucesión de golpecitos entrecortados. Algo entró rodando por el suelo y fue a detenerse justo delante de ellos.

Sara gritó. Diego se quedó paralizado de miedo.

Era una cabeza humana.

VERSÍCULO 26



Los labios de Miriam llegaron a rozar los del Gris, por un breve instante al menos.

Algo goteó sobre su hombro y ensució su chaqueta de cuero. La centinela se apartó bruscamente y alzó la cabeza. Una mancha se extendía por el techo.

—¿Es roja? —preguntó el Gris.

Miriam asintió.

—Sí, es sangre.

Les llegó un estruendo desde arriba. Caían muebles y se escuchaban pisadas.

—La niña está ahí arriba —dijo el Gris—. Tenemos que ayudarles.

Salieron disparados. Miriam sacó el martillo mientras corría. Avanzaban deprisa y sin hablar, no había necesidad. Ambos eran personas de acción, y no era la primera vez que luchaban juntos. Se compenetrarían bien si hubiera que enfrentarse al demonio, siempre lo hacían.

Recorrieron un pasillo diferente camino de las escaleras que llevaban a la primera planta. La silueta negra del Gris se detuvo inesperadamente, a medio camino. Miriam no se lo esperaba y tropezó con él.

—¿Qué demonios haces? —gruñó.

—El cuadro —dijo el Gris.

El Rembrandt estaba colgado en la pared, en medio del pasillo. A la centinela le pareció una ubicación poco apropiada para una obra de arte.

—Luego vuelves a por él. No puedes cargar con el cuadro y pelear con la niña.

—No.

—¿Estás loco? Los demás pueden necesitar nuestra ayuda. Tenemos que ayudarles. Además, es demasiado grande.

—No puedo dejar que caiga en manos del demonio. Los demás son mayorcitos, resistirán hasta que lleguemos.

A la centinela le sorprendió la frialdad del Gris. No importaba cuántas veces le viera reaccionar con tanta serenidad en situaciones de peligro, no era natural. Ella podía sentir el torrente de adrenalina que fluía por su cuerpo, la tensión, la excitación por la inminente pelea. El Gris ni siquiera tenía la respiración agitada.

Pero le sorprendió aún más lo que vio a continuación. El Gris descolgó el cuadro.

Era casi de la extensión de una mesa pequeña, tenía un grueso marco de madera, de aspecto antiguo. Extendió un lado de su gabardina y metió el cuadro dentro. El valioso retrato de Rembrandt desapareció en las tinieblas de la gabardina del Gris sin dejar el menor rastro.

Miriam le había visto hacer un truco similar con objetos pequeños, como su puñal. No le había dado importancia, pero esto era muy diferente. Un cuadro entero se había desvanecido en su interior, sin abultar la ropa ni ocupar espacio. Todavía no podía creerlo mientras subía los escalones de dos en dos y veía la gabardina del Gris ondeando como si nada, ligera.



—¡Es el abogado! —chilló Diego señalando la cabeza que estaba en el suelo—. Ha sido la niña. ¡Estamos perdidos! ¡Nos va a matar! Maldita perra asquerosa. Sabía que nos pillaría a nosotros. Asco de suerte...

Sara le dio una bofetada. El rostro del niño giró a la derecha violentamente, dejando ver cuatro huellas coloradas en la mejilla izquierda. Diego parpadeó varias veces.

—Bastante mejor, gracias.

La cama que cubría los restos del anterior cuerpo de Plata ascendió bruscamente hasta estrellarse con el techo y allí quedó encajada. Debajo se encontraba Silvia, en cuclillas sobre el cadáver, babeando, mirándoles con la cabeza ladeada y cubierta de sangre desde la nariz hacia abajo.

Sara pateó la cabeza del abogado, tiró del brazo de Diego y se precipitó fuera de la habitación. Tenían que llegar a la estancia de enfrente o la niña les devoraría. El terror invadió todo su ser. No podía escuchar nada, salvo el frenético latir de su corazón. Tampoco era consciente de controlar su cuerpo. Avanzaba en la dirección que quería, pero no daba órdenes a sus piernas, sino que parecía que estas se movían por sí mismas. Lo único que pensaba, la única idea que llenaba su mente, era no mirar atrás bajo ninguna circunstancia.

Alcanzó el pasillo, pero algo la derribó por la espalda y cayó al suelo. Su corazón se aceleró aún más, debía de estar al máximo. No podía ser posible tener más miedo. Diego pasó sobre ella, pisó su cabeza, y cuando llegó a la puerta de enfrente, la abrió. La rastreadora le observó atónita, no podía creer que huyera sin socorrerla. Pero entonces el niño retrocedió un paso y la ayudó a levantarse.

—¡Deprisa, maldita sea!

Sara quería obedecerle más que nada en el mundo, pero no acertaba a coordinar los movimientos. El demonio rugió.

Sara no entendió cómo lo lograron. Las siguientes imágenes se mezclaron de

manera confusa en su mente. Vio al niño agarrándola por un brazo, tirando. Luego el sonido desapareció, se dio cuenta de que su cuerpo se desplazaba, y por último se encontró una vez más tirada en el suelo, dentro de la otra habitación.

Consiguió sentarse y darse la vuelta. Diego terminó de grabar un símbolo sobre la puerta cerrada y se desplomó arrastrando la espalda contra la pared.

Se miraron. Pasaron varios minutos así, hasta que sus respiraciones se normalizaron.

—No nos persigue a nosotros —jadeó el niño—. Quería examinar el cadáver de Plata.

—Podías haberlo dicho antes.

—¿Preferías haber venido más despacio y arriesgarte a que me hubiese equivocado?

Buena observación. Sara no replicó. Por ahora le bastaba con seguir respirando. Si Silvia no les perseguía, tanto mejor.

El niño se levantó, empezó a dar vueltas. Debían de estar en el cuarto de Silvia, a juzgar por la cantidad de peluches que se amontonaban en la cama del fondo. También había un escritorio con muchas figuras de animales. Sobre la pared, colgaba una foto bastante grande en la que ella posaba inclinada sobre una tarta con seis velas, acompañada por sus padres.

—¡La hostia! —exclamó Diego—. ¿Es que esta niña nunca ha sido guapa?

Desde luego no había salido favorecida en la foto, pero Sara no vio necesario comentarlo. Le preocupaba más la idea de que pudiera devorarles a todos.

—¡Largo de aquí! —gritó una voz.

El niño cruzó con Sara una mirada de alarma. Había sonado dentro de la habitación, pero no se veía a nadie.

—Juraría que ha venido de ese lado —dijo ella.

—¡Marchaos! Me va a descubrir por vuestra culpa.

La voz sonaba amortiguada, como si algo cubriera la boca de quien estuviera hablando. Pero esta vez, supieron de dónde provenía.

—La cama —señaló Diego—. Se ha movido. Otra vez hay alguien debajo.

Sara se agachó y levantó el edredón. Estaba razonablemente segura de haber reconocido la voz.

—Sal de ahí.

Tardó un poco, y se dio un golpe en la cabeza, pero al final Mario se arrastró fuera de su patético escondite.

—Sí que te lo has currado, ¿eh, tío? —dijo el niño—. Tú sí que sabes esconderte bien.

—¡Imbéciles! —ladró Mario. Sara reparó en su mortal palidez, en el temblor de sus manos. Parecía a punto de tener un brote psicótico—. Me iba muy bien hasta que

habéis venido.

—Salta a la vista, macho. —Diego se volvió hacia Sara—. ¿Puedes creer que este menda dirija operaciones corruptas por todo el mundo? ¡Pero si está a punto de mearse encima! Hasta yo le echo más huevos. A su lado me siento valiente y todo.

La verdad es que la estampa de Mario era bastante penosa. Llevaba la camisa sucia, por fuera, arrugada, con enormes chorretones de sudor rodeando las axilas y cayendo por el pecho. Los pantalones se habían rasgado a la altura de la rodilla derecha. Estaba despeinado, tenía la cara mugrienta y la mandíbula palpitaba descontrolada. Nadie habría pensado que se trataba de un importante hombre de negocios.

Claro que eso era lo que menos le importaba a Sara en aquel momento.

—Mario, tienes que acompañarnos. El Gris quiere hablar contigo.

—¿Qué? ¿Salir ahí fuera? Estás completamente chiflada. —Mario hablaba muy alto, escupiendo saliva—. Y el Gris me tiene sin cuidado. Ha resultado el peor exorcista que he visto. Sois todos escoria, una panda de...

Diego le cruzó la cara con el revés de la mano. El millonario no reaccionó, siguió berreando y soltando improperios, hasta que el niño le arreó otro guantazo.

—Cómo mola —sonrió el niño—. Es eficaz el método.

—Si vuelves a tocarme...

—Tranquilízate, Mario —se apresuró a intervenir Sara—. Solo queremos ayudarte. No tienes que abandonar esta habitación si no quieres. El Gris puede venir a verte. Es que tiene que saber algo del hermano de Silvia.

—¿Qué quiere saber? ¿Piensa justificar su fracaso con la excusa de que no le conté que tenía un hermano? Es irrelevante. ¿Qué más da eso para que expulse al demonio de mi hija?

—Importa bastante, mamarracho —contestó el niño—. ¿Te preguntamos nosotros cómo estafar a la gente o cómo traficar con drogas? No, ¿verdad? Pues esto es algo parecido. No deberías meter tus narices en nuestros asuntos. Deja trabajar a los profesionales, anormal.

—No veo qué tiene que ver su hermano con todo esto —insistió Mario—. Sois una panda de ignorantes. Y la culpa es mía por contrataros. ¿En serio crees que lo habríais logrado si os lo hubiera dicho desde el principio?

—Al menos tendríamos una pista de cómo resiste el demonio al exorcismo —gruñó Diego—. Las almas de los hermanos son muy parecidas, sobre todo si provienen de los mismos padres, y viendo lo fea que es la criatura, seguro que es tuya. Cuanto más tiempo pasan en un cuerpo, más resistentes se hacen. Si poseyó al hermano, puede haberse hecho muy fuerte dentro de Silvia. Algo así como si jugara con ventaja. Por eso se cree que los demonios suelen escoger familias numerosas para las posesiones. Hay casos en que ese vínculo ha saltado incluso entre generaciones.

—¿Y cuánto tiempo tendría que haber ocupado el demonio el cuerpo de su hermano para volverse tan poderoso?

Diego guiñó un ojo y torció la boca, mientras se acariciaba el lunar.

—Hombre, no soy un experto, tío, pero yo diría que tres años como poco... Aunque la verdad es que la bicha sacude bastante fuerte. Seguramente más, cuatro o así.

—Pues ya podéis ir buscando otra pista —dijo el millonario.

—¿Y eso por qué?

—Porque su hermano murió cuando tenía seis meses.

VERSÍCULO 27



El Gris derribó la puerta de una patada. Miriam estaba justo detrás, un poco a la derecha, con el martillo fuertemente sujeto con las dos manos y preparada para cubrirle la espalda o ayudarle si la niña estaba dentro del baño.

No se dio ninguna de las dos circunstancias.

Era un baño pequeño, sin ventanas, con los grifos dorados, tal vez de oro. El suelo, las paredes y el techo estaban completamente cubiertos de sangre, con pedazos de carne aquí y allí, pegotes coagulados resbalando por las paredes, pedazos de intestino por el suelo y toda clase de vísceras esparcidas al azar. Un verdadero asco.

—Ya sabemos de dónde venía el goteo de sangre —dijo Miriam relajándose.

El Gris entró en el baño. Las botas dejaron huellas teñidas de rojo. En la bañera encontró los pedazos más grandes y casi la totalidad del esqueleto.

—Falta la calavera —le dijo a la centinela—. Es de un hombre. No del niño, ni de Sara.

—¿Podría ser de Álex? —preguntó ella—. Hace tiempo que no le vemos.

—Es posible —afirmó el Gris—. Resulta difícil asegurarlo, porque los huesos están astillados y llenos de mordiscos. Pero son de un hombre, de eso no hay duda.

Salió del baño y cerró la puerta.

—Mira, Gris. —La centinela señaló la ventana. La luz del alba se asomaba lentamente, iluminando el pasillo—. Está amaneciendo.

—No puedo preocuparme por eso ahora. De todos modos, aquí no va a verme mucha gente.

Miriam encogió los hombros y dijo:

—Busquemos a los demás.

El Gris asintió. Continuó avanzando por el pasillo, pero ahora sin correr, andando en silencio, atento a cualquier señal que indicara dónde se encontraban Sara y Diego, o el demonio.

Escucharon una voz. El pasillo torcía a la derecha un poco más adelante. La voz provenía de allí, de alguien que estaba a la vuelta de la esquina.

—¡Abre de una vez! Te digo que no hay peligro. Ya he matado al demonio.

El Gris sacó el cuchillo. La centinela no comprendió qué estaba sucediendo.

—¿Me he vuelto loca o esa voz era igual que la tuya?

No obtuvo respuesta.

El Gris corría a toda velocidad con el cuchillo por delante.



—Los médicos no pudieron determinar la causa de la muerte —terminó de explicar Mario—. Le falló el corazón. Dijeron algo de una nueva enfermedad o un virus desconocido.

Diego bufó, le dio una patada a la mesa. Una muñeca casi tan grande como él cayó al suelo. El niño también la pateó y le arrancó la cabeza.

—¡Tranquilízate! —Sara le sujetó por los hombros—. ¿Por qué te has alterado tanto?

El niño maldijo, meneó la cabeza, se revolvió en los brazos de la rastreadora.

—Era la mejor pista que teníamos —explicó con tono desesperado—. Si el hermano era solo un bebé, no se explica la fuerza y resistencia de Silvia. Volvemos al punto de partida. ¡Y sin saber qué mierdas está pasando en esta familia asquerosa! —Diego se liberó del abrazo de Sara y se plantó frente a Mario, que retrocedió hasta la cama de su hija. Era la primera vez que la rastreadora veía al niño enfurecido—. A menos que nos estés mintiendo...

—Te he dicho la verdad, lo juro.

A Sara le pareció sincero y a punto de sucumbir al pánico, aunque no reflejaba el dolor que se esperaba ver en un padre que ha perdido un bebé de seis meses.

—La verdad, la verdad... ¿Qué sabrás tú de la verdad? —Diego cada vez mostraba más desprecio—. A ti te vendría bien una maldición como la mía. Así ibas a aprender lo que es decir la verdad.

—Niño, esto no lleva a ninguna parte —dijo Sara.

—Pues claro que no, eso intento decirte. El delincuente nos la ha jugado bien. No me digas que te fías de este tío. No para de mentir y embaucar. Oculta algo, estoy convencido. Necesitamos un nigromante.

—¿Un qué? —preguntó Sara.

—Un nigromante —contestó el niño con decisión—. ¿Por qué no lo he pensado antes? Verás, los nigromantes están muy mal vistos, sobre todo porque emplean runas prohibidas. Ya sabes, los ángeles siempre metiendo sus asquerosas alas en todas partes. Pero son los mejores forenses del mundo. Pueden averiguar un montón estudiando un cadáver. Si conseguimos que uno examine a ese bebé muerto, averiguaríamos algo interesante.

—¿Conocéis a alguno?

—Yo no. Suelen ocultarse. No revelan su condición de nigromantes porque se les echarían encima.

—¿Por qué? Esa habilidad forense me parece muy útil.

—Y lo es. Pero no es lo único que hacen. Se rumorea que persiguen el secreto de la resurrección y otras guarradas de ese tipo. Los magos les odian, aseguran que cuando alguien muere de manera inexplicable es porque los nigromantes están haciendo experimentos. El caso es que sus habilidades son útiles, pero casi nadie quiere que anden cerca por si te enredan en sus chanchullos. La gente teme lo que no entiende y más si está relacionado con la muerte.

—Entonces no podremos averiguar nada, me temo.

—Ya veremos. No toda la nigromancia está prohibida. Hay niveles...

Tres golpes secos cortaron las palabras del niño. Alguien llamaba a la puerta. Diego pisoteó los peluches, cruzó la habitación y pegó la oreja a la puerta. Mandó callar con un gesto de la mano.

—Somos nosotros, niño.

—Es el Gris —explicó a Sara y a Mario—. ¡Ja! Ahora veras, delincuente, cuando le cuentes que el hermano de la niña era un bebé. Te vas a enterar.

—Date prisa, niño —susurró Miriam desde el otro lado.

—Ya voy, macho, relajaos un poquito los dos. —Diego empezó a disolver la runa que mantenía la puerta sellada—. Hemos trincado a Mario. Le tenemos aquí mismo. Y la niña casi se nos come, la muy cerda. Se ha cepillado al abogado, le ha cortado la cabeza...

—Corta el rollo, niño —le interrumpió el Gris—. Déjanos entrar.

—¿No estará la niña ahí fuera? Que tú y la rubia repartís bastante, pero a nosotros nos cruje esa bicha.

—¡Abre de una vez! —gritó el Gris—. Te digo que no hay peligro. Ya he matado al demonio.

—¡Cojonudo! —dijo dando un pequeño salto—. Ya está.

Y abrió la puerta.

La sonrisa de su rostro se desvaneció en el acto. Al otro lado estaba Silvia saludando con la mano. Ella sí sonreía.

—Gracias por abrimme, niño —dijo el demonio con la voz del Gris—. Oh, veo que has encontrado a papá —añadió con la voz de Miriam.

Sara llegó a tiempo de empujar la puerta y tirar de Diego hacia atrás.

—La runa —chilló el niño—. Repásala o...

No le dio tiempo a decir más. Las pequeñas manos de Silvia atravesaron la puerta, arrojando astillas y fragmentos de madera en todas direcciones. Las afiladas uñas se movieron enloquecidas, hincándose en el cuerpo de Diego.

El niño soltó un alarido y se retorció de dolor. Se llevó las manos a la pierna derecha, a la altura del gemelo. Enseguida se le quedaron empapadas de sangre. El zarpazo había cortado el pantalón y la carne.

La puerta reventó en pedazos. Sara cayó pesadamente en el suelo, cubierta de virutas de madera. Silvia entró a medias en la habitación, agarró la pierna del niño, apretó y le arrastró hacia afuera. Sara contempló impotente cómo Diego luchaba desesperadamente por aferrarse a algo, al suelo, a las paredes, mientras la niña tiraba de su pierna, dejando un rastro rojo en el suelo.

Entonces algo chocó contra el demonio. Una forma difusa, negra, llegó desde la derecha a toda velocidad y se empotró contra la niña. Diego quedó libre, tirado en el suelo. Miriam apareció a su lado y se agachó junto a él, para examinar rápidamente la pierna.

—Te pondrás bien —dijo—. No llores tanto. —La centinela miró a Sara—. ¡Salid de ahí! Esta habitación no es segura.

—Mario se ha desmayado —explicó la rastreadora.

—¡Que le den por saco! —gritó el niño.

Pero Sara no estaba de acuerdo. Retrocedió hasta la cama y se echó el cuerpo a los hombros. Por suerte no estaba gordo, pero pesaba bastante. Le costó un gran esfuerzo cargar con él. Las paredes temblaban con golpes terribles. El demonio rugía y aullaba. Sara salió al pasillo y vio al Gris de pie, con el puñal en la mano. No parecía herido. El demonio estaba más alejado, a cuatro patas.

El Gris se remangó el brazo derecho hasta el codo y se clavó el cuchillo. Sara lo contempló horrorizada, casi se le cayó el cuerpo de Mario, que seguía sobre sus hombros. El Gris hizo una mueca de dolor, pero no gritó. Sacó la punta del puñal manchada de rojo. Luego puso el brazo herido sobre su arma y derramó la sangre encima. Cuando el cuchillo estuvo empapado, el Gris se agachó y grabó una runa en el suelo.

—¡Marchaos! —les gritó—. Asegurad una habitación. ¡Vamos! ¡Miriam, llévatelos!

Sara le vio trazar el símbolo, con la hoja chorreando sangre, su propia sangre. Recordó que el niño le había dicho que el Gris tenía un modo peculiar de grabar runas. Nunca hubiera adivinado el ingrediente que empleaba.

El demonio no parecía dispuesto a dejar que completara el dibujo. Corrió hacia él, con los brazos y las piernas, saltó a la pared, dio dos zancadas, luego volvió al suelo y se abalanzó sobre el Gris, que seguía en cuclillas. Las zarpas estaban a punto de alcanzar su cabeza.

Sara notó un fuerte tirón que la obligó a darse la vuelta. Miriam la ayudó a mantener el equilibrio, sujetándola con firmeza por los hombros.

—Por allí —dijo señalando el pasillo—. A la sala del fondo.

—Tenemos que ayudarle. No podemos...

—¡Rápido!

La empujó y la obligó a caminar. Sara obedeció y avanzó tan rápido como pudo,

soportando el peso de Mario. Tuvo que apoyarse en las paredes para no caer en varias ocasiones. Oía pisadas y jadeos detrás de ella, además de las maldiciones del niño.

Nada más entrar en la habitación se desplomó en el suelo, agotada. El millonario se llevó un buen golpe en la cabeza, pero no se despertó. Diego entró cojeando, sujetando su pierna herida con una mano. Miriam le sostenía por un brazo.

—Bien, ya estáis a salvo —dijo la centinela, soltando al niño de mala manera. Se la veía irritada—. Os recomiendo que selléis esta puerta.

Y se marchó.



—Una runa interesante —dijo Silvia con un gesto de aprobación.

—Gracias —contestó el Gris.

El demonio contemplaba los sangrientos trazos que el Gris había dibujado en el pasillo.

—Simple, pero fuerte. No sabía que tu sangre tuviese tanta potencia. Mejor así, me vendrá muy bien cuando me la beba.

Se giró bruscamente e hizo un gesto con la mano.

Una silla salió volando. El Gris dio una voltereta y la esquivó. Al terminar de rodar sobre sí mismo, se levantó, retrocedió hasta las escaleras y descendió de dos ágiles saltos, potenciados por las runas de sus muslos.

Se detuvo en el amplio recibidor de la primera planta, frente a la puerta principal. La estancia estaba bañada por la luz del sol. Una luz limpia y fresca, de esas que no están manchadas por la interferencia de las nubes. El recibidor estaba coronado por una ostentosa lámpara de cristal. No había muebles, salvo una mesilla pequeña y un espejo inmenso en una de las paredes.

—¿Ya piensas irte? —preguntó Silvia. Se acercaba a cuatro patas, dejando un rastro de babas y sangre—. Al fin has comprendido tu inferioridad, exorcista. Pero es tarde para huir.

—No era esa mi intención.

—Entiendo. Querías alejarme de tus amigos.

La niña entró en el espacio central. El Gris dio un par de pasos atrás.

—Eres muy aguda.

Empezaron a desplazarse en círculos, mediante pasos laterales, manteniéndose en todo momento el uno frente al otro, midiendo sus posibilidades, calculando, sopesando opciones.

—Esta pelea no tiene sentido —rugió el demonio. Volvía a emplear varias voces simultáneas—. Tu muerte no me interesa.

—¿Intentas convencerme de nuevo?

—Es la última vez. No volveré a hacerte esta oferta.

—Pues no la hagas.

El demonio se movió a la derecha, muy rápido, rompiendo el ritmo. El Gris igualó su velocidad en el sentido opuesto y mantuvo la distancia contrarrestando el efecto de su repentino desplazamiento.

—Tienes la página, ¿verdad? —Silvia siseaba entre cada palabra—. La has encontrado. ¿Dónde estaba?

—En un cuadro.

El rostro del demonio se deformó. No era fácil interpretar esa mueca.

—Bien por papá. No es tan tonto como parece.

—Lo de tu hermano era mentira, ¿verdad? —dijo el Gris—. Lo dijiste para distraerme. Fue un buen truco.

—A medias —reconoció el demonio—. Tuve un hermanito, pero no llegué a conocerle. Murió con solo seis meses, una tragedia. A estas alturas tus amigos ya lo habrán descubierto, se lo habrán sonsacado a papá.

De vez en cuando uno de los dos amagaba y cambiaba de dirección, pero el otro rectificaba y mantenía el equilibrio, para retomar su danza circular.

—Aún no me has explicado cómo resististe el exorcismo. Deberías haber abandonado ese cuerpo. ¿Cómo lo evitaste?

—No esperarás que te lo cuente todo, exorcista.

—Yo te he revelado dónde estaba la página de la Biblia de los Caídos.

—Y yo te he explicado mi situación familiar. Además, podrías estar mintiendo. Enséñame la página y hablaré.

—Ni lo sueñes, demonio. Está en un lugar seguro.

—Lo imaginaba. Por eso sigues vivo. Sabes que no te mataré hasta que sepa dónde la has escondido. Y pareces terco, así que tendré que torturarte —se relamió Silvia. El Gris parpadeó. La luz se reflejó en el espejo, directamente contra sus ojos. Se apresuró a dar un paso—. ¿Qué te pasa, exorcista? Ah, lo olvidaba, no te gusta el sol. Pone en evidencia que no eres un apestoso humano como los demás.

—Digamos que no me gusta ponerme moreno.

La niña sonrió.

—Tienes valor para hacer chistes, aunque sean malos. Pronto se te pasarán las ganas de reír. Bien, exorcista, voy a ofrecerte la única manera en la que podrás salvar a tus amigos. Sé que tú no tienes miedo porque no tienes alma, pero yo sé que aún quedan restos de sentimientos en tu interior. Te vi cuando intentabas expulsarme en la bañera. Me fijé en cómo protegías a tu hembra. Una elección pobre, por cierto. La centinela hubiera sido una mejor opción, y es más bonita. Pero ya no tienes que elegir. Puedes salvarlas a las dos. Solo tienes que entregarme la página y me iré. Así de sencillo. Puedes contarles que me has expulsado, quedarás como un héroe. Y te

quedas a las dos hembras.

—No.

El Gris apretó el mango del puñal, lo elevó un poco, hasta la altura del pecho.

—Un gran error. No puedes superarme y lo sabes.

Silvia saltó hacia él con la velocidad del pensamiento. El Gris se apartó. El demonio frenó, pero chocó contra el espejo y lo agrietó.

—No necesito matarte, monstruo. Tu amo lo hará —dijo el Gris. La niña se preparó para un nuevo ataque, ya no parecía dispuesta a continuar con la conversación—. ¡Espera! Yo también tengo una oferta para ti. —El demonio relajó los músculos—. Estás en una situación muy mala. Puede que nos mates a todos, pero no encontrarás la página. Tu amo sabrá que yo me adelanté, que tú has tenido todo el tiempo del mundo, pero no has sido capaz de encontrarla. Puede que no te mate, tal vez prefiera torturarte eternamente. No me gustaría estar en tu pellejo.

—¿Eso crees? Interesante. ¿Y qué me ofreces a cambio?

—Quiero saber quién es tu amo y si los demonios habéis desarrollado alguna facultad nueva para poseer cuerpos.

Brotaron cuatro carcajadas diferentes de la boca de Silvia, cada una más grotesca y desagradable que la anterior.

—Empiezo a cansarme, exorcista. Aún no has deducido la verdad, eres estúpido. No sé por qué pensaba que eras más inteligente. Pero me has hecho reír. ¿Y si te diera algo que no puedes rechazar? Algo que anhelas saber en lo más hondo de tu corazón. Un conocimiento que yo puedo regalarte.

—Me ofendes, demonio. ¿Crees que a mí puedes embaucarme como haces con la gente normal? He visto miles de veces cómo ofrecéis lo que alguien más desea, cualquier cosa para conseguir un alma. Conmigo no lo conseguirás, os conozco. Y no tienes nada que yo quiera. Crees que trato de robar almas, como hacéis vosotros, pero te equivocas.

—No es eso a lo que yo me refería.

El Gris cambió el cuchillo de posición, lo sujetó con la hoja hacia abajo.

—Tal vez esto otro sí funcione. ¿Qué pierdes por escucharme? —Silvia separó las manos, con las palmas hacia arriba, en gesto de paz. El Gris alzó un poco más el puñal y tensó los músculos—. Veo que no me crees, pero aun así lo intentaré —dijo empleando la voz infantil de la niña—. Lo que tengo para ti es tu bien máspreciado, exorcista, aquello que perdiste junto con tu alma: tu identidad. ¿No te gustaría conocer tu verdadero nombre?

VERSÍCULO 28



—No es para tanto, niño —dijo Sara lo más dulcemente posible—. ¿De verdad no piensas volver a hablarme?

—¡No!

Diego se cruzó de brazos y apartó la mirada. Estaba sentado en el suelo con la espalda contra la pared. Se había enrollado una camiseta alrededor de la herida de su pierna y aunque no se quejaba, saltaba a la vista que le dolía mucho.

La rastreadora había colocado un cojín bajo la cabeza de Mario, que seguía inconsciente en un rincón. Se hallaban en una estancia amplia, repleta de sillas, con un proyector y una pantalla enorme en la pared del fondo. Daba la impresión de que Mario tenía un cine en miniatura en su casa. La puerta era de cristal y Sara no podía evitar una tremenda sensación de fragilidad. El niño le había explicado que la protección se basaba en la runa que había grabado, no el material del que estuviera hecha la puerta, pero ella no lograba sacarse de encima la idea de que cualquiera podría romper un cristal. Se le pasó por la cabeza arrojar una silla contra la puerta, para comprobar la resistencia del símbolo, pero lo descartó, no era momento para entretenerse con juegos.

—Déjame que eche un vistazo a tu pierna.

—¡Que no!

El niño dio un manotazo al aire y luego cruzó de nuevo los brazos.

—Te prometo que no pensaba con claridad. No lo hice a propósito.

—¡Claro que sí! Cargaste con el delincuente, ¡y yo estaba herido! Ese cerdo es el culpable de todo, seguro, y tú le salvaste en lugar de ayudarme a mí.

—Tenías a Miriam para ayudarte. No podía dejarle solo, le hubiera matado el demonio.

—¡Pues que se muera! —Diego dio un puñetazo en el suelo—. Es su hija la que intenta masticarnos. Y no te fíes tanto de Miriam. Cuando las cosas no concuerden con su código asqueroso, verás lo maja que es la tía. Asco de ángeles, de verdad.

Sara no quería hablar de los ángeles, pues el niño se enfurecía, gruñía y se volvía insoportable. Y era muy complicado discutir con alguien que no puede mentir porque eso implica que todo lo que dice es cierto o él piensa que lo es. Además, aunque aún no conocía los detalles de su maldición, parecía más que razonable que tuviera

motivos de sobra para albergar ese rencor perpetuo hacia los ángeles y sus seguidores.

—Niño, no puedes enfadarte conmigo, no lo soportaré. Tú me has enseñado lo poco que sé de este mundillo, y me salvaste de Silvia cuando intentaba atraparme durante el exorcismo, ¿recuerdas? Me ayudaste a cruzar las runas y me pusiste a salvo. ¿Cómo podría desearte algún mal? No tiene sentido.

Lentamente y a regañadientes, Diego giró la cabeza hacia ella. Sara le devolvió una mirada arrepentida y sincera.

—Está bien. ¡Maldita sea! No puedo enfadarme contigo si me miras así.

Era una protesta pero el tono revelaba que en el fondo se alegraba.

Sara tuvo la fuerte impresión de que el niño la apreciaba. Podría preguntárselo directamente, para forzarle a que le diera una respuesta, pero sería aprovecharse de su maldición y no lo hizo. La invadió una gran alegría al constatar que al menos un miembro del grupo se llevaba bien con ella y la tenía en buena consideración.

No pudo evitar darle un beso en la frente. Diego fingió que le molestó la muestra de afecto.

—Y ahora, niño gruñón, vamos a ver esa pierna. ¡Dios! Es el peor vendaje que he visto en mi vida.

La rastreadora retiró la camiseta empapada de sangre.

—¡Ay! ¡Cuidado, tía!

La herida seguía sangrando. Sara no tenía conocimientos suficientes para evaluar la gravedad del zarpazo.

—¿No puedes curarte? El Gris estaba mucho peor que tú y le dejaste como nuevo.

—Yo soy la única persona a la que no puedo curar. ¡Putos ángeles! No tendría mucho sentido que pudiera hacerlo, dada la maldición.

Sara cada vez sentía más curiosidad por conocer todos los detalles de la maldición. No entendía cómo algo supuestamente tan terrible le permitía curar a la gente. A ella le sonaba más bien a bendición, incluso a milagro.

Encontró algo de ropa sobre una de las sillas. Rasgó una camiseta para usarla de venda.

—Está limpia, no te preocupes. Menuda chapuza habías hecho. No te muevas, que no me dejas vendarte. Y no te quejes tanto. Eso es. ¿Lo ves? Ya está. ¿No te sientes mejor?

El niño echó un vistazo al improvisado vendaje con ojo crítico.

—No está mal —reconoció.

—Ahora, ¿qué hacemos?

Diego la miró perplejo, como si acabara de preguntar la mayor estupidez del mundo.

—Nada en absoluto. Esperar. No pienso salir de esta sala hasta que vea la cabeza

de esa niña en la mano del Gris.

Se llevó las manos detrás de la cabeza y se recostó en una esquina.



—La verdad es que ese trato sí me interesa —dijo el Gris, bajando la mano que empuñaba el cuchillo—. Por mi nombre y mi pasado, sí podemos llegar a un acuerdo.

Silvia se frotó las manos, complacida, y aulló. La pequeña niña-demonio dividió su rostro con una sonrisa torcida.

—Excelente, exorcista. Sabía que nos entenderíamos...

Se agachó y rodó a un lado, con una voltereta rapidísima, justo una fracción de segundo antes de que el puñal del Gris cortara el aire donde estaba su cabeza. El Gris saltó sobre ella. La niña le esquivó, retrocedió varios pasos y saltó, para acabar agarrada a la pared opuesta.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó—. Teníamos un trato.

El Gris extrajo su cuchillo de la pared con un tirón limpio.

—Debes de ser un secuaz muy estúpido para intentar engañarme con ese truco tan malo. ¿Crees que es la primera vez que intentan tentarme con mi pasado? Es la artimaña más simplona y poco imaginativa que se puede usar contra alguien con amnesia. Si la mitad de los que me han prometido algo similar hubieran dicho la verdad, a estas alturas recordaría mi vida pasada mejor que si tuviera mis propios recuerdos.

Silvia caminó por la pared con las manos y los pies, hasta situarse enfrente de él, y se posó en el suelo con otra voltereta.

—Estás empezando a cansarme de verdad, exorcista. Hasta ahora he sido paciente, te he dejado pelear, sentirte bien, que pensaras que estás a mi altura. Pero parece ser que no hay forma de que me entregues la página, así que si no puedo lograr mi objetivo, no hay razón para que no te despedace. Ya no me contendré más.

—En algo estamos de acuerdo, demonio, esto es el final. Después de todo, ya he descubierto tu juego. —El Gris dio unas palmadas en el espejo, que ahora estaba a su espalda, desde que habían cambiado sus posiciones—. He visto tu alma, monstruo. Ahora entiendo cómo resististe el exorcismo. Toda esta conversación me da exactamente lo mismo. Solo necesitaba colocarte ante el espejo el tiempo suficiente para estudiarte.

—Se te ha pasado algo por alto, exorcista. Ibas a descubrir la verdad antes o después. Así que esto no cambia nada, no te sientas tan seguro. Y una cosa más. Yo también te he colocado donde quería.

Silvia se arrodilló y golpeó el suelo con sus diminutos puños. El mármol crujió, se abrió una grieta que se propagó a toda velocidad. El Gris reconoció los trazos que

siguió la grieta mientras desgarraba el suelo. Era una runa, y él estaba en el centro.
El suelo se vino abajo y el Gris cayó en el agujero.

VERSÍCULO 29



—No pongas esa cara —dijo el niño—. ¿Nunca has visto una herida?

Sara no podía evitarlo. Le daba una pena tremenda ver a un crío de catorce años sufriendo. No importaba que Diego demostrara ser mucho más que un simple adolescente; ella seguía viendo a un chiquillo desvalido que se estaba desangrando.

—Voy a apretarte más la venda. Tengo que conseguir que deje de sangrar.

—No te molestes. Lo que necesito es morfina, no que me duela más aún. ¡Aaaah! ¡Joder! ¡Para ya!

—Ya está, no es para tanto. Necesitarás algo para usar de muleta. —Sara miró alrededor—. No creo que puedas apoyar esa pierna.

Diego soltó un gemido y apretó los dientes.

—Y el delincuente durmiendo. ¿Es que nada le despierta? Me recuerda a Plata en el cuerpo del gordinflón. ¿Pero qué haces?

Sara rompió una silla de madera destrozándola contra la pared. Separó el respaldo del resto de la estructura, y aisló como pudo una de las piezas de madera más largas.

—Al menos te servirá como bastón —dijo enseñándoselo al niño.

La casa entera vibró en ese instante con un gran estruendo. Sara tuvo que rectificar su posición y apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Los cuadros y las sillas cayeron al suelo.

Diego permaneció bastante calmado, mirando al techo, y sin mostrar miedo en ningún momento.

—El Gris está peleando con la perra del infierno —le dijo a Sara.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué otra cosa podría ser? ¿Un pequeño terremoto en la casa de Mario?

Sara comprobó si algo había caído sobre el millonario, que continuaba inconsciente. Después de ver que estaba bien, regresó con el niño.

—El Gris es el mejor, ¿verdad? Por eso le acompañas.

Diego cambió la posición de la pierna con una mueca de dolor.

—¿Estás asustada?

—Un poco —admitió ella—. Dime que el Gris acabará con ese demonio.

—Has escogido al peor para que te consuele. Yo no puedo mentir, ¿recuerdas? Y un buen consuelo en nuestras circunstancias requiere de una trola que no veas.

—Entonces, ¿no crees que el Gris pueda con la niña?

Diego guardó silencio un rato.

—Eso depende —dijo sin tapujos—. Los demonios puros son invencibles, como los ángeles, es lo que tienen las criaturas de origen divino. Todo el que ha intentado cepillarse a uno ha palmado sin remedio. Luego tenemos a los demonios corrientes, que son esbirros, escoria, pero que reparten bastante. Uno de esos es el que ha poseído a la niña. Los puros no poseen porque no lo necesitan, y además acabarían con el Gris con un estornudo. A los esbirros sí que se los ha cargado el Gris en alguna ocasión, aunque también hemos tenido que salir por patas con alguno que era muy fuerte. Así que la cuestión es lo poderoso que es este en concreto y quién es su amo. Y viendo cómo se ha descojonado de nuestros intentos de expulsarle del cuerpo de Silvia, la cosa no pinta bien.

Sara no sabía qué concluir del tono despreocupado del niño. ¿Ya no tenía miedo? De repente hablaba sin el menor temblor en la voz, como el que está contando el argumento de una película aburrida.

—Pero Elena y Mario dijeron que el Gris es el mejor exorcista —repuso Sara, más para alimentar su propia esperanza que por otro motivo—. ¿No es esa la razón por la que vas con él, porque es el mejor?

—No exactamente. Le acompaño porque me viene de perlas para mi maldición, y la verdad es que me cae bien. Es un poco aburrido, pero es interesante.

—Aún no me has dicho si es o no el mejor —protestó la rastreadora.

En esos momentos le preocupaban más las posibilidades del Gris de acabar con el demonio y salvarles a todos, que las motivaciones personales de Diego.

—El Gris es especial. Ni él mismo conoce sus límites. Es un menda sin alma, en un mundo en el que todo tiene alma, una esencia inmortal, incluso las cosas. Algo como el Gris no debería existir, va en contra de todas las leyes y reglas conocidas. Eso le da ventajas curiosas, como ser inmune a una posesión porque para ello los demonios necesitan fundirse con un alma, y también tiene implicaciones terribles, peores incluso que mi maldición. Vamos, que está bien jodido... A ver, que se me va la olla. No sé si es el mejor o no, pero es capaz de cosas que absolutamente nadie más puede hacer, aunque no sé si eso bastará contra el esbirro de un demonio.

—¿No se supone que mató a un ángel? Por eso Miriam ha venido a detenerle.

El niño puso cara de sorpresa. La rastreadora se sorprendió al descubrir que deseaba que el Gris hubiera matado al ángel, para confirmar que podría con el demonio. Sin embargo, era un pensamiento que debería repugnarla y provocar un rechazo incondicional en su interior. ¿Cómo unirse a alguien que mataba ángeles? Claro que Diego los odiaba, y lo demostraba abiertamente. ¿Por qué continuaba con ellos? Tal vez porque también luchaban contra demonios. Se sintió confusa. La lógica no la ayudaba a clarificar sus ideas. Sus emociones, por otra parte, parecían menos

desorientadas, tenían bastante claro que aquel grupo la agradaba, que quería saber más del mundo fascinante por el que discurría su camino. Ni el peligro ni la aversión de Álex lograban mermar los sentimientos que crecían dentro de ella.

—Una buena apreciación, se me había olvidado... —dijo el niño—. Esa historia del ángel apesta. Es imposible. Nunca jamás ha muerto un ángel. Son divinos, ni con alma ni sin ella te los puedes cargar.

—Pero el demonio dijo que despedazó al ángel ese. Lo escuchamos todos.

Diego volvió a guardar silencio, miró al suelo con gesto reflexivo.

—No tiene sentido —dijo al fin—. Si es verdad, el Gris está definitivamente muerto. Los ángeles no permitirán que viva alguien capaz de matarlos. No, tiene que haber otra explicación.

—Me sorprende lo calmado que estás últimamente.

—Ah, bueno, eso es fácil de explicar. —Diego hizo un gesto con la mano para demostrar lo poco preocupado que estaba—. No tenemos escapatoria, así de sencillo. Yo me como la cabeza cuando puedo huir, pero este no es el caso. Si el Gris no se cepilla a la niña, ella nos matará y nadie podrá evitarlo. Y será una putada. Esos cerdos matan de una manera brutal. Muchos torturan. He conocido casos...

—No es preciso que seas tan sincero —le cortó la rastreadora.

—Perdona, cuando se me suelta la lengua no me controlo. Bien mirado, tu situación es la más triste de todos. Yo, en tu pellejo, me estaría acordando de todos los antepasados del Gris. No sé qué te contó, pero seguro que no te advirtió de esto. Nosotros, a fin de cuentas, sabemos de qué va el rollo, pero tú eres una novata, e ingenua hasta decir basta. Debería haberte avisado, o mejor aún, no debería haber dejado que te involucraras. Menudo caso para estrenarte.

Sara no había pensado en ello desde ese ángulo. No se sentía engañada, pero ¿debería? Quizá Diego había hecho esa reflexión porque la apreciaba, porque le apenaba su situación...

Una voz interrumpió sus pensamientos. Una voz desesperada y aguda, de las que no es posible pasar por alto. Una voz que suplicaba ayuda. Sara se levantó y miró a través de la puerta de cristal, donde estaba grabada la runa de protección. El niño se tumbó en el suelo hasta que se asomó y también pudo echar un vistazo.

Elena se aproximaba por el pasillo, cojeando, ayudándose con las paredes. Gemía y sollozaba, y no paraba de pedir auxilio. Tenía el pelo ensangrentado. La ropa estaba rasgada en varios sitios y andaba descalza. Arrastraba la pierna derecha con mucha dificultad, tirando de ella con la mano mientras un hilo de sangre resbalaba desde el muslo.

—Tenemos que abrir la puerta.

—¡Ni de coña! —gritó el niño desde el suelo.

Sara bajó la vista.

—Si no la dejamos entrar, la matará.

—Es su problema. Que se entienda con su hija.

Elena continuaba avanzando, despacio, dejando un rastro rojo detrás de ella. Miraba a su espalda cada pocos pasos, sin detenerse.

—No puedes ser tan inhumano —dijo Sara agachándose junto al niño—. Es una madre que perdió un bebé de seis meses y que ahora puede perder a su única hija, tal vez morir en sus manos.

Le quitó la estaca y el bote con el ingrediente que servía para disolver runas. Diego forcejeó un poco, pero le atravesó una punzada de dolor en la pierna herida y soltó un alarido de dolor.

—No lo hagas —le advirtió—. Recuerda cómo nos engañó el demonio con el truco de la voz. Seguro que la está usando como cebo, para que salgamos.

La rastreadora consideró la advertencia por un segundo. Estudió los alrededores en busca de algún rastro de la niña, pero no vio nada peligroso. Estaban solos, y tenía la oportunidad de ayudar a Elena antes de que fuera tarde. La alternativa era verla morir allí mismo, ante sus propios ojos, sin hacer nada por evitarlo.

—Está despejado —dijo—. La traeré antes de que aparezca el demonio.

Disolvió la runa ignorando las protestas de Diego, abrió la puerta y salió corriendo.

—¡Date prisa! —gritó el niño.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Mario.

Acababa de recobrar la conciencia y se estaba levantando, apoyándose en una silla.

—El que faltaba... —murmuró el niño—. Podías haber dormido un poco más.

Elena cojeaba mucho, cada vez le costaba más avanzar. Sara corrió hacia ella, al límite de sus fuerzas, con el corazón acelerado por el miedo. Llegó hasta Elena y la ayudó a caminar, sosteniéndola por la cintura y pasándose uno de sus brazos por el cuello.

—Tenemos que darnos prisa. Apóyate en mí.

—¡Aléjate de ella! —gritó alguien. Sara giró la cabeza. El Gris se acercaba corriendo a toda velocidad, con la gabardina negra flotando alrededor de su figura—. ¡Sara, huye!

—¿Qué?

Y entonces lo comprendió. Elena se incorporó de repente, sacó un cuchillo y se lo puso a Sara en el cuello.

—¡Atrás! —ordenó al Gris.

La mujer de Mario se movía perfectamente. La cojera había sido fingida.

—¡La madre que la parió! —gritó el niño y se dirigió a Mario—: Rápido, tenemos que sellar esta puerta. ¡Entra o sal, imbécil, pero no te quedes ahí!

Algo cayó desde el techo con suavidad, justo delante de la puerta de cristal. Se incorporó lentamente y destrozó la puerta de un puñetazo.

—Hola, papá —dijo Silvia.

Sacó a Mario y al niño de la habitación y los arrojó al suelo.

El Gris estaba frente a Elena, que se escudaba con Sara y mantenía el cuchillo contra su cuello.

—Haz algo —dijo Sara tragando saliva—. Lo que sea. No dejes que me atrape.

—Ni se te ocurra, Gris —le advirtió Elena—. La mataré.

Pero no le dio tiempo. El Gris sacó su puñal y lo arrojó a la velocidad del pensamiento. El arma silbó, voló por el aire y se clavó en el brazo de Elena. La mujer gritó y soltó el cuchillo. Sara aprovechó para darle un codazo y se liberó.

—Gracias...

—¡Cuidado! —gritó el Gris.

Demasiado tarde. Silvia llegó corriendo a cuatro patas por la pared y se abalanzó sobre la rastreadora. La redujo sin apenas esfuerzo, la mantuvo de rodillas, sujetándola por el cuello con una mano, una garra deformada de uñas negras.

—Creo que ahora sí vamos a negociar —dijo el demonio—, o tu hembra perderá la cabeza delante de tus propios ojos.

El Gris relajó su postura y abandonó su actitud amenazadora. Sara tenía los ojos fuera de sus cuencas. Estaba aterrorizada y tenía dificultades para respirar debido a la presión de la garra de Silvia.

Elena se situó al lado del demonio. El brazo le sangraba abundantemente, pero no se quejaba. Trataba de detener la hemorragia taponando la herida con la otra mano. Diego se sentó y apoyó la espalda contra la pared. La pierna le dolía mucho. La herida se había abierto cuando la niña le lanzó al suelo.

—¡Elena! —gritó Mario—. ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?

—Cállate —le ordenó el Gris—. No te metas, que ya no es asunto tuyo.

—¿Qué dices? ¡Todo esto es por tu culpa! —rugió el millonario—. Si hubieras hecho tu trabajo, no estaríamos así.

El demonio sonrió.

—Bien dicho, papá.

El Gris rodeó su posición, siempre de frente a Silvia, y llegó hasta donde estaban Mario y el niño. Le dio una bofetada al millonario.

—Escúchame atentamente —dijo sujetándole la cabeza—. No vas a empeorar las cosas. No vuelvas a hablar con ella —dijo señalando a Silvia.

Saltaba a la vista que la situación superaba a Mario. Su enloquecida mirada saltaba del Gris a Elena y a Silvia, sin saber en cuál detenerse.

—Está bien —dijo el Gris volviéndose hacia Silvia—. Negociemos.

Elena se apoyaba sobre el demonio, por su izquierda, con el rostro deformado por

el esfuerzo y el dolor. A la derecha estaba Sara, de rodillas, con una cara aún peor, contraída por el pánico.

—No tan deprisa —rugió Silvia—. Dile a mi padre la verdad. Quiero ver la cara que pone.

—Eso no es importante, ahora —repuso el Gris.

—Para mí, sí, exorcista —le contradijo la niña—. Y para mi madre, también.

Silvia zarandeó el cuello de Sara, lo estrujó, se inclinó sobre ella y lamió su pelo castaño. La lengua que acarició la cabeza de la rastreadora era áspera y muy larga, con una mezcla de colores difíciles de describir y humo surgiendo a su alrededor. Cubrió la cabeza de Sara de babas burbujeantes y pegajosas.

La rastreadora gimió.

—Ella no es tu hija —le dijo el Gris a Mario—. Es un demonio.

—Eso ya lo sé, maldita sea —protestó el millonario—. Tú tenías que expulsarlo de mi hija. Para eso te pagué con mi alma.

Silvia carraspeó y escupió en el suelo.

—No lo ha entendido, exorcista. ¡Explícaselo! Cuéntale cómo fracasaste, cómo fuiste incapaz de ver la verdad hasta hace un momento.

—Ella no es tu hija, Mario —dijo el Gris sin apartar los ojos de demonio—. Nunca lo ha sido. Y no está poseída. Es un demonio de nacimiento, un híbrido, concretamente.

—¿Qué? —soltó Mario perplejo.

—Por eso fallaba el exorcismo —intervino el niño muy sorprendido—. ¡La muy puta! No podíamos separar sus almas porque solo hay una.

—Y no vimos la verdad —siguió el Gris—. Todos asumimos que era una niña normal y corriente a la que habían poseído, pero no lo era. Debería haberlo descubierto antes.

El demonio rio. Una carcajada ruidosa que rebotó entre las paredes.

—No te atormentes, exorcista. Tú no lo has visto durante un par de días. Ese perdedor piensa que es mi padre desde que nací. Incluso ha ofrecido su alma por mí. Encantador, ¿no te parece?

Mario era incapaz de hablar. Intentaba no volverse loco, asimilar que había convivido, criado y protegido a un medio-demonio durante ocho años creyendo que era de su propia sangre.

—Pero hay algo chungo, Gris —advirtió Diego que seguía sentado en el suelo agarrando su ensangrentada pierna—. Si a Elena la violó un demonio, ¿por qué ayuda ahora a ese engendro de hija que le ha salido?

—Porque no la violaron.

—¿Qué? —se escandalizó el niño—. Pero, eso significa... ¡Qué tía más cerda! Se lo ha montado con un demonio. Creo que voy a vomitar.

—Tu teoría era cierta, niño —explicó el Gris—. Lo hizo para vengarse de su marido, de Mario. Esa es la motivación. Y fue ella la que alteró las runas de la bañera para que pudiese escapar y sorprenderme.

Diego sacudió la cabeza.

—No lo pillo, macho. ¿Fue por la pasta? Hay formas más fáciles que acostarse con un asqueroso...

—El dinero no tiene nada que ver —interrumpió Elena, furiosa y agresiva—. Yo te explicaré esa parte con mucho gusto, mocoso, para que Mario pueda oírlo de mis propios labios. Fue una venganza. Quería que sintiera la pérdida de un hijo, como él me hizo a mí. Sí, Mario, lo sé todo. Nuestro primer hijo lo mataste tú, lo sacrificaste. Pensabas que no me enteraría, ¿verdad? Y no solo eso, nunca me quisiste, solo querías tener descendencia.

El niño se levantó con dificultad, apoyándose en la pared. La pierna le dolía mucho. El Gris y Silvia seguían enfrentados, vigilándose mutuamente.

—¿Quieres hablar claro, tía? —se quejó el niño—. ¿Cómo que sacrificó a vuestro hijo? ¿Lo mató? ¿Por qué? Él quería a Silvia cuando creía que era su hija.

—No lo mató directamente —dijo el Gris—. Algo que también deberíamos haber deducido. ¿Recuerdas que Mario hizo un pacto para conseguir su poderío económico? Pensé que había vendido su alma, como ya hemos visto en otras ocasiones.

—Pero tú examinaste su alma —le recordó Diego—. Dijiste que estaba limpio.

—Y es cierto. Porque no vendió su alma, vendió la de su hijo.

Eran muy pocas las ocasiones en las que el niño se quedaba sin algo que decir. Su boca estaba abierta, igual que sus ojos, pero no era capaz de articular ni una sola palabra.

Mario se llevó las manos a la cabeza.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? —dijo Elena—. Ese cerdo me utilizó. Yo era joven y estúpida. Tuvimos un hijo y lo vendió para que su empresa floreciera. ¡Y luego quiso tener otro! Pero no basta con eso. El último proyecto de este malnacido, con su empresa forjada sobre el alma de su hijo, es despedazar la compañía de su propio padre. Así es el gran Mario Tancredo. Solo espero que mi hija le haga sufrir todo lo imaginable antes de comérselo.

—Por supuesto, mamá —dijo el demonio—. Le dejaré para el final. Y prolongaré su agonía hasta que tú me lo pidas.

Mario dejó escapar un grito desesperado. Se acurrucó en el suelo, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Qué asco de familia! —exclamó el niño—. De verdad que yo flipo. Solo de intentar entenderlo me entran unos retortijones que no veas. No sé cuál me produce más náuseas. Seguro que lo podéis arreglar y vivir juntos de nuevo. Sois todos igual

de asquerosos.

—¡A callar, enano! —dijo Silvia endureciendo la voz. Diego se asustó, dio un traspies y cayó al suelo —. Ahora que todos sabemos quiénes somos, vamos a acabar de una vez por todas. Tú, exorcista, puedes salvar la vida de tus amigos. En realidad, son insignificantes. Entrégame la página y les ahorrarás una tortura que ningún ser vivo debería conocer.

Sara no podía mover la cabeza, pero dirigió sus ojos al Gris. Suplicaba desesperada con la mirada.

—Si te doy la página, nos matarás a todos —repuso el Gris—. No me vas a engañar. Libérales, deja que salgan de la casa, y te la entregaré. Yo me quedaré como garantía.

Elena susurró algo al oído de Silvia. El demonio asintió y bufó, pateó el suelo.

—No estás en condiciones de exigir nada. De aquí no se mueve nadie hasta que tenga la página. Tráemela o tu hembra será la primera en morir.

Soltó el cuello de Sara y la agarró por el pelo. La rastreadora aspiró tanto aire como pudo y luego gimió de dolor.

El Gris se acercó a Sara y al demonio.

—Así no lo conseguirás.

—Ya lo veremos —repuso Silvia—. No me da la sensación de que te lo estés tomando en serio, exorcista. Creo que voy a matar a esta pobre ingenua. Solo para que entiendas con quién te la estás jugando. Luego cogeré al niño y empezaremos de nuevo las negociaciones. —La niña aplastó la cabeza de Sara contra el suelo y tiró de su brazo elevándolo al máximo. La rastreadora se retorció y lloró—. ¿La página? —preguntó el demonio.

—Dártela no mejoraría nuestra situación.

—La de ella sí —dijo Silvia.

Apretó la muñeca y dobló el brazo de Sara hacia atrás, sobre la espalda, en el sentido opuesto al natural. El codo se fracturó con un crujido. La rastreadora gritó hasta perder la voz. La sangre del brazo bañaba su propia espalda mientras los huesos se asomaban a través de la piel desgarrada. El demonio la mantenía contra el suelo pisando su espalda.

El Gris permaneció impasible.

—Veo que aún no te decides, exorcista... Me impresionas. Aquel que no tiene alma es capaz de ver cómo sufre una inocente sin inmutarse. Realmente estás vacío por dentro. De ser así, no conseguiré intimidarte, ¿verdad? Tendré que emplearme a fondo. Empezaré por cargarme a esta escandalosa, que grita demasiado. Pero con tranquilidad. Primero arrancaré un brazo. El sano, por supuesto, a ver si así consigo que parpadees al menos, y si no, seguiré con el resto de las extremidades.

La pequeña Silvia soltó el brazo herido de Sara, que cayó en un ángulo imposible,

y agarró el otro, sin dejar de pisar a la rastreadora.

—Espera —dijo el Gris—. Te daré el cuadro, pero suéltala.

—Primero, enséñamelo. Deprisa, exorcista. No sé si podré contener las ganas de dar un sencillo tirón.

Sara ya no gritaba, solo sollozaba. Parecía al borde del desmayo. La sangre resbalaba por su cuello, empapaba su pelo y formaba un charco que se extendía debajo de su cara.

Mario permanecía ajeno a todo, acurrucado en un rincón, con la mirada perdida y el brillo de la locura en los ojos.

El Gris abrió su gabardina negra y sacó el cuadro de uno de los lados.

—Aquí lo tienes.

—Buen truco, exorcista. Luego despedazaré esa gabardina, por cierto.

La niña soltó el brazo de Sara pero no retiró el pie de su espalda.

—No puedes entregárselo, Gris —dijo el niño a su espalda—. Es nuestra única moneda de cambio.

—Recuerda el trato —dijo el Gris, sosteniendo el cuadro con las dos manos—. Ellos se largan y yo me quedo como garantía. —El demonio siseó, sonrió, inclinó levemente la cabeza—. Bien, ahí lo tienes.

Le lanzó el cuadro, un poco hacia su derecha. La pequeña Silvia se separó de Sara y cogió el cuadro al vuelo, era casi tan grande como ella. El Gris aprovechó para acercarse y recoger a Sara. Elena le miró con asco y se apartó de él sosteniendo su brazo herido.

El Gris se llevó a Sara a rastras.

—Ocúpate de ella —le dijo al niño.

—La has cagado, macho —protestó Diego—. Una página de la Biblia de los Caídos es demasiado valiosa...

El demonio vomitó una carcajada escandalosa.

—¡Picasso! Nunca me gustaron sus cuadros —dijo olisqueándolo como un perro.

—¿Picasso? —susurró el niño—. Pero, ¿no era...? Ah, coño, ahora lo pillo. Eres bueno, Gris.

El Gris le guiñó un ojo. Y entonces se giró, corrió y se abalanzó sobre Silvia. El demonio había descubierto el engaño. Atravesó el cuadro con sus zarpas y atrapó al Gris en el aire. Le lanzó con una fuerza brutal contra la pared. El Gris la atravesó y saltaron cascotes en todas direcciones.

Silvia se puso a cuatro patas y fue tras él.

VERSÍCULO 30



Miriam empezaba a desesperarse. Desde que había dejado al niño, a Sara y a Mario a salvo, no lograba dar con el Gris.

Y necesitaría su ayuda.

Los demonios no eran su especialidad, pero no se requería a un experto para saber que este era demasiado fuerte y poderoso como para tratarse de una posesión normal y corriente. Y ahora su misión peligraba.

Había sido un error permitir al Gris seguir adelante con el exorcismo, y ella no cometía errores. Por algo era la favorita de Mikael. Debería haber entregado al Gris inmediatamente, pero no lo había hecho, y ahora todo podía salir mal.

Si la niña mataba al Gris, tendría que entregar su cadáver al cónclave. Mikael la había autorizado a matarle si se resistía, pero no era esa la explicación que tendría que dar al ángel, tendría que reconocer que había sido su falta de juicio lo que le había permitido enfrentarse a un demonio. Y esa era una idea muy poco atractiva, especialmente porque Mikael le quería vivo. No lo había dicho explícitamente, pero ella le conocía, sabía interpretar sus gestos y el tono de su voz. El ángel quería al Gris con vida, y ella suponía que era para matarlo él mismo.

La centinela había estado presente en varios exorcismos en los que el Gris había participado. Nunca había fallado. Siempre liberaba a la víctima, aunque a veces se le escapaba el demonio en cuestión, y siempre lo había logrado con relativa comodidad. Por eso le había consentido seguir adelante, por la confianza que inspiraba en ella.

Y por algo más.

No podía engañarse a sí misma. Sus sentimientos hacia él se habían desarrollado extraordinariamente, más allá de su control, embriagándola, enturbiando su voluntad. No hasta el punto de no cumplir con su misión, eso era impensable, pero sí lo suficiente como para retrasar el momento de entregar al Gris el máximo posible y pasar todo el tiempo que pudiera junto a él. Le carcomía por dentro lo último que le había dicho el Gris, que era una chiquilla emocional porque nunca había estado con un hombre. Jamás hubiera tenido esa imagen de sí misma de no ser por estos últimos días. Ella controlaba sus sentimientos mejor que nadie, y en el plano sentimental era especialmente sencillo. Los hombres le inspiraban un rechazo instintivo desde que la violaron, así que apenas le suponía esfuerzo dominar sus escasos impulsos sexuales.

Hasta que conoció al Gris.

Entonces algo fue creciendo en su interior, algo novedoso, un deseo que ella no conocía y que tardó en comprender que no podía someter a su voluntad. Tal vez se debía al hecho de que podía estar con el Gris sin ensuciar su alma, como él había señalado, o tal vez no. ¿Qué importaba eso? Lo que contaba era la atracción, que estaba ahí, en su interior, y quemaba. Y sabía que eso no podía ser nada bueno.

Así que registró la casa buscándole, intentando llegar a tiempo para ayudarle a vencer al demonio. Tuvo que emplearse a fondo para derribar alguna puerta, o incluso un tabique, con su martillo. Había muchas runas de protección esparcidas por el chalé, y la niña también había ido sembrando las suyas, lo que dificultaba su avance.

Llegó a la entrada, guiada por un temblor que sacudió toda la casa. El suelo se había derrumbado, abriendo un boquete enorme en el centro. No vio a nadie. Había un espejo en la pared inmenso, ennegrecido y agrietado, como si le hubieran apuntado con un lanzallamas. Miriam supo inmediatamente que el Gris había estado allí.

Abandonó el lugar siguiendo más ruidos, voces amortiguadas por la distancia, gritos y muebles cayendo. La centinela apretó el martillo y corrió a la primera planta. En el pasillo se topó con la runa de sangre que había grabado el Gris en el suelo. Era muy fuerte y le impedía el paso. Entró en una habitación. Solo había una puerta, por la que había entrado, con lo que no podía seguir avanzando, a menos que...

Alzó el martillo y lo estrelló contra la pared. Podía oír voces al otro lado. No distinguía la conversación pero era obvio que había varias personas, y desde luego el demonio era una de ellas. Alguien gritaba desesperadamente. Detuvo su siguiente golpe al captar algo con claridad. Estaban hablando de un cuadro y de la Biblia de los Caídos. No le costó imaginar que la pequeña Silvia estaría interesada en el libro y que trataría de arrebatárselo al Gris por todos los medios.

Pegó la oreja a la pared, buscando un punto en el que le llegara la conversación con mayor nitidez. Al parecer estaban en una pausa, porque apenas oía nada.

Miriam dudó. Derribar la pared causaría mucho ruido y alertaría al demonio, con lo que perdería la ocasión de atacar por sorpresa. Por otra parte, el Gris podía necesitar su ayuda; si se retrasaba mucho, tal vez sería demasiado tarde. Resolvió el dilema rápidamente. Ella era una mujer de acción, no se limitaría a escuchar detrás de una pared.

Empuñó el martillo con las dos manos, lo alzó por encima de la cabeza y se dispuso a descargarlo contra la pared con todas sus fuerzas. Pero no llegó a hacerlo.

La pared estalló en su cara, reventó en pedazos. Varios cascotes la derribaron, dejándola medio sepultada, pero alcanzó a ver al Gris atravesar el muro y volar hasta estrellarse contra la pared opuesta. El golpe fue brutal.

Enseguida llegó la niña, saltando y gruñendo, impulsándose con manos y pies. Era muy rápida. El Gris apenas podía levantarse, le faltaba el aliento, pero aún logró esquivar el primer zarpazo de Silvia. Con el segundo no tuvo tanta suerte. El demonio le alcanzó en el costado. El Gris rodó por el suelo tratando de alejarse.

Miriam casi no podía creer lo fuerte que era ese demonio. El Gris estaba perdido, relegado a defenderse y retroceder. Solo era cuestión de tiempo que Silvia le asestara otro golpe y todo habría terminado. Tenía que ayudarlo.

Se liberó de los cascotes, decidida a aprovechar que el demonio no había advertido su presencia, tan centrado como estaba en rematar al Gris. Apuntó y arrojó su martillo al demonio. Echó a correr con un grito de guerra mientras un torrente de adrenalina inundaba su cuerpo.



Sara abrió los ojos. Tenía calor, mucho calor, sobre todo en el brazo derecho. ¡El brazo! ¡Ya no estaba roto! Lo dobló y estiró varias veces, sin poder creer que estuviera perfectamente.

Su último recuerdo era un dolor indescriptible y su brazo colgando inerte, doblado hacia atrás, con el blanco del hueso asomando entre carne desgarrada y sangre. Luego se había desmayado.

Un alarido la sobresaltó. Como estaba tirada en el suelo, se incorporó a medias. El niño estaba a su lado, boca arriba, pateando el suelo con manos y pies. Chillaba con desesperación, como si le estuvieran arrancando la piel a tiras. La rastreadora trató de dar con el problema, pero no veía nada. No sangraba ni tenía nada roto. Sin embargo, Diego no paraba de gritar. El sudor resbalaba por todo su cuerpo. Tenía los ojos desenfocados y no paraba de moverse.

Sara fue incapaz de calmarle. No recordaba haber visto a nadie sufrir tanto. Debía de tener algún problema interior, un veneno, ácido, algo que no se puede ver desde fuera. Trató de sujetarle para que no se lastimara, pero fue inútil. El pequeño cuerpo del niño convulsionaba y brincaba con demasiada fuerza para ella. Continuó botando de un lado a otro hasta que gradualmente se detuvo. Diego se quedó por fin inmóvil, empapado en sudor, con los ojos entrecerrados.

—¡La hostia! Qué dolor —dijo luchando por incorporarse.

Sara le ayudó. Tiró de su brazo y le colocó de modo que pudiera apoyar la espalda contra la pared.

—¿Qué te ha pasado? Me tenías preocupada, niño. ¿Ha sido el demonio?

Diego aún tenía la respiración agitada.

—No, la niña no tiene nada que ver —contestó con una mueca de dolor—. ¿Qué tal tu brazo?

—Perfectamente. Y no lo entiendo. Lo tenía destrozado, doblado hacia atrás, pero... —La rastreadora tuvo una idea—. ¿Fuiste tú? ¿Me curaste?

—Ya te digo —suspiró el niño—. Y ya ves lo que me hace la puta maldición.

—¿Los dolores eran por haberme curado? No lo entiendo. Yo...

—Más tarde. Ayúdame a levantarme. Tenemos que echar una mano al Gris. Si es que podemos...



Álex observaba la pelea, desde su escondite, esperando el momento adecuado. Mientras nadie reparara en él, podría aguardar a que todo estuviera en su favor.

El Gris esquivaba desesperado los ataques del demonio. Le faltaba el aliento desde que se había estrellado contra la pared. Su situación parecía perdida, sin posibilidad de sobrevivir a un demonio como ese. Pero Álex aún confiaba en él. Su compañero había superado innumerables situaciones adversas.

Sin embargo, su confianza se desmoronó en un segundo. A un gesto con la mano de la niña-demonio, uno de los cascotes de la pared derruida salió volando. El Gris no lo vio venir. Le golpeó en la nuca y le derribó. Silvia reptó hasta él. El Gris apenas se movía, luchaba por conservar la conciencia.

—Ha llegado tu hora, exorcista —rugió el demonio. Tiró de su pelo plateado y le forzó a mirarla. El Gris estaba indefenso—. Perdiste la oportunidad de entregarme la página y has agotado mi paciencia. Me beberé tu sangre mientras te desangras.

Y levantó la zarpa en preparación del golpe definitivo, con las uñas negras ensangrentadas apuntando al techo.

Álex ya no podía retrasar su aparición. Si no intervenía, matarían al Gris, y su único propósito en este mundo dejaría de tener sentido. No podía consentirlo.

Se preparó para atacar a Silvia por la espalda. Era consciente de no tener ninguna oportunidad real de derrotar a la niña, pero ya daba lo mismo. Si el Gris moría, de nada serviría esconderse y tratar de sobrevivir.

Apartó esos pensamientos de su cabeza. Aún estaba vivo, y con él, la esperanza de cumplir su objetivo, lo único que Álex anhelaba conseguir algún día, su razón de existir. Tenía que distraer a la niña a cualquier precio, darle tiempo al Gris para recuperarse. Salió de su escondite y... se quedó quieto.

Un objeto surcó el aire veloz como un misil. Era el martillo de Miriam. La centinela emergió de entre los escombros, enloquecida, aullando. El martillo impactó en la zarpa del demonio, desviando el golpe que debía rematar al Gris. Silvia vio a la centinela, pero no dio muestras de importarle su intervención. Volvió a alzar la mano.

Álex ya no podía hacer nada por evitarlo. No había reaccionado a tiempo y estaba muy lejos, y Miriam ya no tenía nada que arrojar a la niña. Habían fracasado.

Por suerte se equivocó. La centinela encontró algo que lanzar para interceptar la zarpa letal del demonio. Su propio cuerpo. En el último instante, saltó sobre el Gris y recibió el golpe por él, en mitad de la espalda.

La zarpa atravesó la chaqueta de cuero, desgarró piel y músculos, y destrozó un par de costillas. Silvia no se lo esperaba. La centinela aprovechó el fugaz desconcierto del demonio para golpearla con la inercia del salto, que le hizo perder el equilibrio. Álex se asombró de la fortaleza de Miriam, de su resistencia al dolor. La sangre de su espalda empapaba todo su cuerpo, caía sobre el Gris, que seguía en el suelo semiinconsciente. La centinela recuperó el martillo y destrozó una de las manos del demonio aplastándola contra la pared.

Silvia no pareció sentir dolor alguno.

Era el momento idóneo. Álex surgió de su escondrijo, en completo silencio, y agarró un ladrillo, uno grande, lo suficiente para ser un proyectil eficaz, pero no tanto como para que el peso le impidiera manejarlo con soltura. Apuntó cuidadosamente, calculó el momento preciso y lo lanzó con todas sus fuerzas.

El ladrillo voló por el aire.



Plata apareció de repente, con sus pisadas resonando en el pasillo. Tenía aspecto de estar enfadado. Sostenía su barriga con las dos manos mientras se acercaba observándolo todo con ojo crítico, balanceándose ligeramente de un lado a otro al caminar.

—Niño, por fin os encuentro. Encantado de verte, querida —inclinó la cabeza ante Sara—. ¿A qué viene tanto ruido? Así no hay quien duerma. ¿Y qué le pasa a Mario? —preguntó mirando al millonario, que yacía en el suelo con la mirada perdida en algún punto del techo.

—¡Plata! Me alegro de verte, macho —dijo Diego—. Pasa de Mario, se le ha ido la olla.

El hombretón asintió.

—Seguro que es por enterarse de que Silvia no es su hija. Esas cosas duelen. No quiero ni imaginarme lo que me pasaría si me enterara de que mi hijo no es mío, sino de otro.

Sara contuvo la respiración. ¿Plata sabía que Silvia no era hija de Mario desde el principio? De ser ese el caso, ¿por qué no se lo había dicho al Gris? ¿Sabría también que su padre era un demonio y que ella era un híbrido? A esas alturas, no le pareció descabellado que así fuera. Ya le habían advertido de que Plata estaba al tanto de muchas cosas, como por ejemplo que el Gris había descuartizado a Samael cuando ni siquiera a Miriam se lo habían dicho los ángeles.

Los cambios de cuerpo y todo lo demás relacionado con Plata no era lo más difícil de comprender. La rastreadora se dio cuenta de que llegar a conocerle, a entender sus motivaciones, era con diferencia el verdadero reto. Tal vez fuera imposible. Plata era demasiado complejo e insólito.

Por eso había algo que la había sorprendido por encima de todo.

—¿Tienes un hijo, Plata? —preguntó Sara, atónita.

—No, que yo sepa. Aún no he encontrado a la mujer adecuada —enrojeció y se rascó la barbilla, nervioso—. Tal vez, algún día... —tosió y carraspeó, se aclaró la garganta sin mirarla a los ojos—. Claro que he estado en cuerpos que tenían hijos, incluso nietos. Una sensación agradable.

—Plata, ¿has visto al Gris? —preguntó Diego. Les llegaban ruidos desde la habitación contigua, en la que había entrado el Gris destrozando la pared cuando le arrojó el demonio. Lo que el niño quería saber era si Plata había intervenido en la pelea.

—No, últimamente no me hace mucho caso. —Se inclinó sobre Diego con aire conspirador—. Creo que le preocupa que ocupe su cuerpo, ¿sabes? Naturalmente, no me lo ha dicho, pero yo tengo olfato para esas cosas. Por cierto, tienes mal aspecto. La maldición, ¿verdad? Mala cosa. Ven, deja que te ayude. Yo te sostengo, apóyate en mí. Así, agárrate a mi brazo.



Miriam estaba empapada en su propia sangre. Manaba de la espalda, del zarpazo que le había dado la niña al escudar al Gris con su propio cuerpo, y resbalaba hasta los pantalones, caliente y pegajosa.

Y no sentía ningún dolor. Su entrenamiento la había preparado para soportar eso y mucho más. Si se detenía a pensarlo, sabía que una herida tan seria no podía ignorarse sin pagar las consecuencias más adelante, pero ahora no tenía tiempo para consideraciones. Los ángeles le habían infligido castigos mucho peores y ella siempre los había superado todos, sin venirse abajo, sin pronunciar una sola súplica. Esta vez no iba a ser diferente.

Además estaba encolerizada, temblaba de rabia. La adrenalina amortiguaba el dolor mejor que cualquier narcótico o método sanador.

El demonio soltó un rugido feroz, como el de un oso, y sacudió el muñón de su brazo derecho. El martillo de la centinela había seccionado la mano. La muñeca destrozada expulsaba sangre como una manguera. Era un líquido denso, de color marrón oscuro y humeante, tan apestoso que mareaba. Silvia alzó el brazo y bañó a Miriam con su maloliente sangre. Le cubrió la mitad de la cara y tiñó de rojo su fabuloso pelo dorado.

Miriam sintió que su rostro se derretía al contacto con la sangre del demonio. El pelo empezó a arder. Era como si hubiera metido la cabeza en un barril de ácido. El dolor bajaba por su cuello según iba cayendo la sangre. Conocía una runa que podía curarla, o al menos evitar que la sangre se extendiera por todo su cuerpo quemándola viva.

Pero no la usó. Eso era lo que el demonio esperaba de ella.

La centinela se apartó del Gris, que seguía al borde de la conciencia en el suelo, para que no le cayera encima la sangre del demonio, y atacó con el martillo. El golpe fue demoledor. Alcanzó a Silvia en el pecho, justo en el centro, y la empotró contra la pared del fondo. No pudo evitar sorprenderse cuando vio que la niña aún se movía. Nadie había sobrevivido nunca a un impacto directo de su martillo con todas sus fuerzas.

Miriam se acercó para rematarla de una vez por todas. El ácido seguía corroyendo la parte izquierda de su cara. Pronto llegaría al hueso. No veía nada por el ojo izquierdo y supo que ya nunca lo recuperaría, y probablemente el oído tampoco. Prefirió no pensar en cómo le iba a quedar el cuero cabelludo. La centinela levantó su martillo una última vez y lo descargó con toda la rabia acumulada en su interior, directamente contra la pequeña cabeza de Silvia.

Volcó hasta el último resto de fuerza en el golpe definitivo. Impulsó su arma con todo el odio que arrastraba desde que la violaron a los doce años, con el sufrimiento del entrenamiento más duro imaginable y los castigos más despiadados, con la frustración por sus sentimientos afectivos reprimidos, insatisfechos, y con la cualidad más poderosa que ella tenía: su voluntad.

El martillo se convirtió en un arma cargada con toda la energía de la centinela más poderosa del mundo. Descendió dejando una estela dorada...

Y falló.

En el último instante un ladrillo llegó volando y la golpeó en el hombro. Aquello la desequilibró y desvió el golpe. El martillo se estrelló contra el suelo, cerca de la cabeza de la niña, pero sin llegar a tocarla.

Miriam giró su cabeza medio derretida y vio a Álex con el único ojo sano que le quedaba. Iba a gritarle algo, a intentar decirle cuánto le odiaba por haberle hecho fallar, cuando notó un golpe en la mano. La muñeca se le partió con un chasquido y se le dobló hacia atrás, hasta que las uñas de los dedos tocaron el brazo. El martillo salió despedido, atravesó la pared y voló recto. Antes de que reaccionara, la centinela ascendió en el aire y volvió a caer. Miró hacia abajo y vio a la niña sonriendo.

Tenía la zarpa dentro de sus tripas. Miriam sintió cómo se revolvía en su interior, destrozando sus órganos vitales. Se quedó sin fuerzas, con una mano rota y sin su arma para intentar defenderse. El calor escapaba de su cuerpo rápidamente, salía por su vientre, mientras sus intestinos se deslizaban por el brazo de la niña.

El suelo se vino abajo y el demonio cayó. Miriam consiguió aferrarse a un mueble con una mano y sujetar sus tripas con la otra. Logró evitar caer por el agujero.

—¿P-Por qué? —consiguió preguntar con un esfuerzo sobrehumano. Escupió sangre al hablar—. Salvé... al... Gris... ¿Por qué me... hiciste... esto?

Álex estaba de pie ante ella. La miró sin parpadear.

—Te dije que no te permitiría que entregaras al Gris a Mikael. —La centinela quiso decir algo pero no pudo—. No trates de hablar o te dolerá más. Hay otra razón, Miriam. Tú conoces mi secreto, lo dedujiste, y no puedo consentir que se lo cuentes a nadie, mucho menos a los ángeles. Tu muerte es necesaria. Mi misión es demasiado importante y transcendente como para ponerla en peligro, y contigo no se puede razonar, nunca me habrías guardado el secreto. Nos conocemos muy bien. Sabes que es verdad. Tú eres la única centinela que jamás, bajo ninguna circunstancia, habría traicionado el código. Por eso vas a morir. Y Mikael no se enterará de nada. Cuando examinen tu cadáver verán que fue un demonio quien acabó contigo, cosa que es cierta. No podrán saber que yo te desestabilicé arrojándote un ladrillo. Adiós, Miriam. Ya he contestado a tu última pregunta.

Álex se dio la vuelta y desapareció.

Miriam no podía moverse. Se quedó tumbada en el suelo, con la mitad de la cabeza abrasada, la espalda destrozada, las tripas escurriéndose entre sus dedos y sin poder creer lo que acaba de oír.

Tampoco esta vez se quejó. Ni un gemido.

VERSÍCULO 31



Diego parecía una mota de polvo al lado de Plata. Era más bajo que la media de chicos de catorce años, mientras que el cuerpo que ocupaba Plata era enorme, especialmente a lo ancho. En consecuencia, Diego pasaba dificultades para apoyarse en el grueso brazo de Plata y andar con comodidad.

Sara les seguía en silencio, fascinada con su conversación. Tenía la sensación de que podría escucharles durante años sin cansarse. Hablaban de tantas cosas extrañas y misteriosas, y de un modo tan natural, que era imposible no sentir interés. Por un momento, la rastreadora llegó a olvidarse de dónde estaban y del peligro que corrían. Solo por un momento.

—Y por eso los ángeles odian a los dragones —terminó de decir Plata, satisfecho de su explicación.

El pasillo tembló con una pequeña sacudida. La pelea estaba cerca, al otro lado de la pared.

—¿Por las alas? —preguntó el niño, poco convencido—. No lo veo muy claro, tío.

—Que sí, niño, confía en mí —dijo el hombretón rebotando paciencia—. ¿Hay algún otro ser inteligente que tenga alas? ¿Y que pueda volar? ¿Lo ves? Es una cuestión de envidia. A los ángeles les gusta sentirse únicos y especiales, y los dragones rivalizan con ellos en el dominio del aire.

A Diego se le escapó un gemido débil. Cojeaba por la herida de la pierna, la que le había hecho el demonio, y le dolía todo el cuerpo por la maldición. Vamos, que estaba hecho una pena.

—¿Sabes, Plata? —dijo con cierto grado de admiración—. Al final me vas a convencer y todo. No puedo evitar encontrar cierta lógica en tus desvaríos. Te quiero, tío, en serio. Eres una pasada, el más cachondo que conozco. No dejes de venir con nosotros cuando cambies de cuerpo, ¿me lo prometes?

—Pues claro, niño. Solo espero que no me toque un cuerpo que esté muy lejos. Una vez salté a un ruso, en pleno Moscú. Hacía un frío insoportable. Cuando regresé ya os habíais ido, y cuando os iba a encontrar de nuevo, tuve que cambiar de cuerpo otra vez. Por cierto, te hubiera gustado. Estaba en un chico de diecisiete años que hacía unas virguerías con un monopatín que ni te imaginas.

—Quita, quita. Yo en un cacharro de esos seguro que me rompo un brazo. Lo que me faltaba ahora...

Sonaron más gritos y golpes. Plata se detuvo y se volvió hacia Sara.

—¿Tú no participas en la conversación, querida? No me gustaría que te sintieras desplazada...

Antes de que terminara la frase se abrió un boquete en la pared. Algo la atravesó a toda velocidad, voló directamente hacia Plata y le golpeó en el hombro. Sara se dio cuenta de que si el inmenso cuerpo del hombretón no la hubiera cubierto, ella habría recibido el impacto. Lo que fuera que había golpeado a Plata rebotó, cambiando de dirección, y salió despedido a través de la ventana, perdiéndose en la distancia.

—¡Era el martillo de Miriam! —gritó el niño.

Eso explicaba los reflejos metálicos que había visto, destellos plateados y dorados. La rastreadora se inclinó, llevada por el pánico.

—¡Plata! ¿Estás bien?

El hombretón no se tenía en pie. Apoyó las manos en el suelo, se sentó y se recostó contra la pared.

—Sí. Ha sido un golpe muy fuerte. Me duele un poco la cabeza.

—¿Me... protegiste? —preguntó Sara—. ¿Lo viste venir y me cubriste?

—¿Eh? —murmuró Plata.

No parecía haberle escuchado. Los ojos le daban vueltas, le costaba no caerse.

—Está mareado —explicó Diego—. No te preocupes por él. No le pasará nada por quedarse aquí. Vamos, busquemos al Gris. Necesito que me ayudes, me cuesta andar.

Sara dedicó una última mirada cargada de preocupación a Plata antes de agarrar al niño por el costado. Se asomaron a la habitación de la que había surgido el martillo de Miriam.

Todo estaba destrozado. En el suelo se abría un agujero enorme. El Gris estaba tumbado entre cascotes, aturdido, respirando con dificultad. Un poco más lejos, al borde del agujero, estaba la centinela, en medio de un charco de sangre que no paraba de aumentar y que caía por el agujero. Sara tardó en reconocerla. Tenía la mitad de la cara quemada, abrasada hasta el hueso. Las manos estaban entrelazadas sobre su vientre abierto, sin contener las vísceras, que se salían por todas partes. La cubrían pedazos de carne y ropa, junto con sangre, mucha, tanta que costaba creer que fuera solo suya.

—¡Maldito demonio! —dijo la rastreadora.

Miriam abrió el único ojo que le quedaba intacto.

—¡Está viva! —exclamó el niño.

Sara no lo podía creer. Pero no duraría mucho. Centinela o no, era imposible recobrarse de semejantes heridas. La invadió una pena inmensa. Apenas la conocía, y

no había trabado una gran relación con ella, pero era una centinela, alguien que había intercedido para evitar que se expusiera al demonio en el exorcismo, y que les había salvado a ella y a Diego cuando les ayudó a llegar a la sala de cine. No se merecía acabar de esa manera, y de un modo tan doloroso. Debía de sufrir mucho, o tal vez no. Sara había oído que en situaciones tan graves se pierde la sensibilidad.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Miriam no la miró. Sara pensó que la centinela no controlaba ya su ojo, o que no la podía oír, pero no era el caso, en realidad estaba enfocando al niño.

—Niño... —susurró con el mayor esfuerzo del mundo. Una burbuja de sangre explotó en su boca—. Cúrame...

¡Se le había olvidado! ¡Diego podía curar! Sara le miró esperanzada. El Gris no estuvo tan grave, pero el niño lo dejó como nuevo. Seguro que con Miriam podría hacer lo mismo, o como poco, estabilizarla para que no muriera.

—No —dijo Diego muy serio—. Lo siento, centinela. Es tu final.

Debía de haber escuchado mal. Sara sacudió la cabeza. No podía ser que el niño se negara a salvarla.

—Por... favor... —susurró Miriam entre burbujas rojas.

—Entiendo tu posición, rubia. —El niño meneó la cabeza con gesto comprensivo—. Cuando la vas a palmar, el mundo cambia de repente, la razón se trastoca, y dices estupideces, suplicas. Yo también lo hice, lo sé muy bien.

—¿De qué estás hablando? —dijo Sara—. Tienes que curarla.

—¡Ni loco! —Diego no la miraba a ella, tenía la vista fija en Miriam—. Eres una centinela. Qué irónico. ¿Piensas que voy a sufrir el tormento más jodido que existe por alguien que trabaja para quienes me maldijeron? No pedirías esa idiotez si estuvieras en tus cabales. ¡Prefiero beberme una bañera llena de mierda! Me habéis condenado al infierno, ¿recuerdas? Espero verte allí cuando me llegue la hora. A ti, y a todos tus amiguitos. Yo no te hubiera matado, Miriam, pero no te daría ni una tirita.

Sus palabras destilaban un odio difícil de creer, casi palpable. Sara no supo qué decir o hacer para intentar que cambiara de opinión. Algo le decía que no serviría de nada. Pero lo peor era que el niño no había perdido la compostura. Su decisión no era producto de una reacción precipitada o irreflexiva. Era la consecuencia de una creencia firmemente asentada en su interior, un rechazo a los ángeles y a todo lo que tuviese algo que ver con ellos. Y si lo había entendido bien, se debía a que le habían condenado a ir al infierno. De ser eso cierto, ¿cómo convencerle de que curara a quien le había condenado?

Aun así, ella no podía aceptarlo. Ver morir a alguien ante sus propios ojos, pudiendo evitarlo, y negarse en redondo..., era inconcebible.

—Hazlo por mí, niño —pidió Sara—. Por favor...

Los ojos de Diego brillaron con determinación. La rastreadora supo que no lo

haría, que no había nada que pudiese hacer o decir para que cambiara de opinión.

—Salid de aquí —dijo el Gris.

Se había puesto en pie sin que Sara se diera cuenta. Le sorprendió ver que sus ojos de ceniza se posaban en Miriam, casi con delicadeza, reflejando algo de dolor. Si no estaba equivocada, al Gris sí le quedaba algo de sus antiguos sentimientos, aunque su voz no lo indicara.

—Gris, aún está viva —dijo señalando a Miriam—. El niño podría salvarla...

—No lo hará. Salid de aquí, esto no ha terminado.

Sara no se había dado por vencida. Iba a replicar, pero el cuerpo de Miriam se movió de repente, desplazándose lateralmente hasta chocar contra la pared. El cuello se partió y la cabeza quedó colgando sobre la espalda. Después, el cuerpo salió disparado en la dirección opuesta y se empotró contra otra pared.

Entonces vio una pequeña garra que aferraba el cadáver de la centinela por el tobillo. Silvia emergió del agujero. Le faltaba una mano, perdía sangre por el muñón, una sangre viscosa y humeante.

—¡Marchaos! —gritó el Gris.

—Huye tú también —le dijo el niño—. No podrás con ella, Gris. Es un híbrido muy fuerte.

El Gris se giró y les fulminó con la mirada.

—¡Largo!

—Deberías haber hecho caso al niño, exorcista —dijo la pequeña Silvia—. Quiero que veas esto. Es un adelanto de lo que te va a pasar.

El demonio arrancó la cabeza de Miriam de un mordisco y la escupió al agujero. Giró el cuerpo sobre su cabeza, esparciendo su sangre en todas direcciones, riendo, lamiendo los chorros rojos que caían sobre ella. Al final también arrojó el cuerpo violentamente.

El Gris se agachó, lo esquivó a duras penas. No se volvió para ver cómo chocaba con la pared a su espalda, pero escuchó el crujir de los huesos.

Silvia se abalanzó sobre él descargando zarpazos. El Gris retrocedió para evitarlos.

—No puedes vencerme, exorcista —gritó el demonio, avanzando lentamente. El Gris resbaló en el charco de sangre donde había yacido Miriam y cayó hacia atrás—. Ha llegado tu hora, asqueroso. Tendrás el fin que te merec...

Silvia pisó el charco de sangre y se quedó paralizada, mirando a su alrededor con espanto.

—No puedes moverte, demonio —dijo el Gris levantándose—. Has perdido.

La niña lo intentó, pero no pudo. Efectivamente, algo la inmovilizaba.

—¿Cómo es posible?

—Una runa —dijo el Gris—. Una trampa.

—Mientes. No veo ninguna.

El Gris inclinó la cabeza.

—Está oculta en el charco. Yo grabo runas con mi propia sangre, ¿recuerdas? Ha sido tu manía de llenarlo todo de sangre lo que me ha permitido ocultarte la runa hasta que has caído en la trampa.

El Gris desenfundó su puñal. Silvia se revolvió, rugiendo con todas sus fuerzas, pero no logró liberarse.

—¡Maldito seas, exorcista! ¿Cómo es posible que conozcas esta runa? Solo los demonios sabrían cómo inmovilizar a un híbrido de esta manera.

—¿Quién crees que me enseñó a usar el alma de otras personas?

Silvia congeló en su rostro una mueca de incredulidad. Luego su cabeza ascendió, separada del cuello por el tajo del cuchillo del Gris, rebotó en el suelo varias veces y finalmente se perdió en el agujero. El cuerpo duró varios segundos de pie antes de desplomarse.

—¡Noooooooooooooooooooo!

Elena entró corriendo. Empuñaba un cuchillo de cocina enorme. El Gris la esquivó sin dificultad y la tumbó de una bofetada.

Sara y Diego entraron en ese momento en la habitación.

—¡Te la has cepillado, Gris! —dijo el niño—. Eres la hostia, macho. Sabía que lo conseguirías. ¡Ay! ¡Eh! ¡Ay! Vale, vale, por un momento creí que lo tenías bastante chungo. Pero me alegro de que lo hayas logrado. No dejas de sorprenderme.

Elena se levantó, les miró a todos con odio y salió corriendo.

—Dejadla —dijo el Gris y se sentó en el suelo a recobrar el aliento.

Sara acudió junto a él.

—¿Estás bien?

Él asintió débilmente.

—Me pondré bien. Solo necesito descansar.

—Parece que hemos acabado el trabajo —dijo el niño con satisfacción—. Somos cojonudos, en serio. Hemos trincado a un demonio. Bueno, un híbrido de esos, pero, ¿cuánta gente puede presumir de ello? No muchos, no. Y yo he estado bastante bien, para qué negarlo...

Sara le dejó hablar, desahogarse. Seguramente era una reacción lógica al miedo que habían pasado. Se merecía relajarse un poco. Ella necesitaría mucho tiempo para poder superar todo lo que había presenciado. La imagen de la muerte de Miriam la acompañaría durante mucho tiempo. Nunca había visto un cuerpo en peor estado. ¿Y la historia de la familia de Mario Tancredo? De eso no se olvidaría jamás.

Demonios, posesiones, híbridos, pactos con almas... Todo formaba un remolino de confusión en su interior. No era lo que había imaginado cuando conoció al Gris en la feria y la invitó a acompañarle.

—Gris, quiero irme de esta casa de una vez.

—Yo también —dijo él.

Sara le ayudó a levantarse. Ya debía de ser mediodía. El cielo estaba despejado y el sol brillaba con intensidad.

—¿Dónde vas? —preguntó Sara.

—A recuperar la cabeza de Miriam —dijo el Gris—. No voy a dejar aquí sus restos.

Y saltó al agujero.

Le llevó más de una hora encontrarla.

VERSÍCULO 32



El Gris entendió enseguida que se hallaba en un lugar más allá de su comprensión, así que no se molestó en examinar el entorno, ni en averiguar cómo había llegado allí. Del mismo modo que tampoco se molestaría más adelante en saber cómo había salido, si es que lograba regresar.

Solo había un objeto sólido, una diminuta isla de roca flotando en la nada sobre la que estaba de pie, de una extensión tan reducida que dar un paso en cualquier dirección implicaba precipitarse al vacío. A un vacío del que no se regresaba, de eso estaba seguro. No había nada más que sus sentidos percibieran. El ambiente oscuro, sombrío, y en tinieblas, con algo de luz repartida de manera irregular, sin poder determinarse su origen. Se apreciaban formas imprecisas, como nubes de fondo. La temperatura era agradable, y el silencio, absoluto.

Pasó un tiempo largo hasta que le envolvieron suaves murmullos, acariciándole de manera casi palpable. Eran los ángeles, naturalmente. El Gris sabía que no podría verlos hasta que ellos así lo desearan, y que los escuchaba porque era su voluntad.

Se arrodilló, con mucho cuidado de no caerse, inclinó la cabeza y aguardó. Era consciente de que probablemente ningún mortal había estado jamás donde él se encontraba ahora. Se alegró de su falta de sentimientos, de no tener que contener sus emociones.

—La muerte de un centinela no puede ser tomada a la ligera —dijo Mikael.

Su voz estaba en todas partes. Era suave, melodiosa, parecía hecha para cantar.

—Sin embargo, nos trajo su cadáver y se ha entregado por su propia voluntad. No es una conducta propia de un criminal. —Esa era la voz de Duma, un ángel a quien el Gris había visto en una sola ocasión, hacía varios años, la primera vez que discutieron qué hacer con él. El Gris se llevó la impresión de que Duma era hasta cierto punto un ángel razonable.

—Miriam no era una inexperta —señaló Mikael—. Era la mejor. Algo no termina de encajar. Además, si esta aquí, ante nosotros, es bajo sospecha del peor de los crímenes.

Otras voces susurraron, fundiéndose. A veces el Gris las entendía, otras solo percibía una sinfonía de sonidos suaves y fluidos. «No podemos consentirlo...», «esclarecer las dudas...».

La luz aumentó. Al menos un ángel se había hecho visible, pero el Gris no alzó la cabeza para mirarle, no hasta que se lo ordenaran.

Más siseos le rodearon. Creyó identificar cuatro voces distintas, pero no podía estar seguro. Los ángeles eran siete, seis tras la muerte de Samael, así que todos debían estar allí, si no, el cónclave no habría empezado.

—Puedes levantarte —le dijo una voz que no conocía.

El Gris obedeció. Se aseguró de apoyar bien ambos pies en el reducido espacio que tenía. Dos ángeles flotaban ante él, hermosos, con las alas blancas desplegadas y resplandecientes. Los dos eran altos y bien proporcionados, de aspecto joven. Irradiaban mucha energía, más de lo habitual, daba la impresión de que estuvieran hechos de luz. El Gris captó mejor su naturaleza. Si sus sentidos no le engañaban, no tenían alma, eran almas, las más poderosas que hubiera admirado en su vida. Su proximidad le hacía daño, le quemaba, pero no dejó que se le notara.

Uno de ellos era Mikael, rubio y arrogante, de mirada retadora. Por si no hubiera bastado con la muerte de Samael, ahora se sumaba la pérdida de Miriam, su centinela favorita. Mal asunto.

El otro, al que no había visto nunca, empezó a hablar:

—Mi nombre es Gad —dijo, y voló un poco a la derecha. El Gris le siguió con la mirada, pero prefirió no girarse en la pequeña roca flotante si no era imprescindible—. Seré el moderador. Hablarás cuando te lo pidamos. Responderás a nuestras preguntas con rapidez y sinceridad. Te contaremos lo que estimemos oportuno para que puedas comprender tu situación y ofrecernos una respuesta adecuada. No estás aquí para entender nada, solo para que nosotros sepamos qué ha sucedido con nuestro hermano, con lo que limita tus preguntas a lo estrictamente necesario para seguir la conversación. —El Gris asintió. Gad ascendió y giró, para colocarse justo sobre su cabeza—. Nuestro hermano Mikael desea interrogarte acerca de la muerte de Miriam. Dispondrá de un breve intervalo para hacerlo antes de entrar en el asunto que ha requerido tu presencia.

Mikael voló hasta situarse muy cerca, dispuso las alas en semicírculo, como si le fuera a abrazar, pero sin llegar a tocarle. El Gris estuvo a punto de retroceder por el dolor que le infligía la cercanía del ángel, pero se controló recordando que no había más roca donde posar los pies.

—No nos has traído el martillo de Miriam —dijo el ángel.

Desde luego no era lo que esperaba oír. El Gris se imaginaba que querría saber cómo murió, asegurarse de que no la había matado él, o algún miembro de su equipo. El Gris había pensado una mentira para encubrir a Álex, pero se alegró de no verse obligado a recurrir a ella.

—Se perdió durante la lucha con el híbrido —explicó—. No sé dónde fue a parar. Mikael no reflejó expresión alguna.

—Nadie puede sostener el arma de un centinela, excepto nosotros, naturalmente —dijo con un leve tono molesto. No le gustaba tener que recalcar algo obvio—. Ni siquiera otro centinela podría. El martillo quemaría el alma de quien lo empuñara, excepto de alguien que no tiene alma...

No era necesario que formulara una pregunta. La insinuación era imposible de pasar por alto.

—Yo no la tengo —contestó el Gris—. El demonio se la arrebató de un golpe. La busqué cuando recogí su cadáver, pero no la encontré.

Mikael replegó las alas, se alejó un poco y descendió. Salió del campo de visión del Gris.

—¿La viste morir?

Era una pregunta peligrosa.

—Sí. —El ángel flotó de nuevo ante sus ojos grises. Movié un ala de un modo sugerente. El Gris entendió que era un gesto, que le instaba a explicarse mejor y a dar más detalles—. Sufrió. Le infligieron heridas terribles y tardó en morir, pero no se rindió. No vaciló ni tuvo miedo. Y me salvó la vida.

Debería haber omitido la última frase. A Mikael no le agradaría que su favorita hubiera dado la vida por salvarle a él, eso suponiendo que le creyera. Se preparó para una réplica dura.

Se equivocó. El ángel le dio la espalda y sacudió las alas.

—Un hermano nuestro ha muerto —dijo Gad. El moderador voló en círculos alrededor de la roca flotante, con lo que el Gris le perdía de vista la mitad del tiempo. El brusco cambio de tema le indicó que el asunto de Miriam estaba zanjado. No sabía a qué conclusiones habría llegado Mikael, pero le pareció que había sido un interrogatorio demasiado superficial, y eso le preocupó. La voz de Gad sonaba igual independientemente de su localización o su velocidad de vuelo—. La luz de Samael se ha extinguido. Un hecho sin precedentes, por el que vas a ser juzgado por los más altos poderes. Tú, aquel que no tiene alma, estás acusado de matar a un ángel. No existe un pecado mayor, por consiguiente la pena también será la mayor que se pueda concebir.

Mikael tomó la palabra.

—Sabemos que fue tu mano la que dio muerte a Samael. ¿Deseas negarlo?

El Gris vio con claridad cómo relampagueaban brevemente los ojos del ángel.

—No lo negaré.

No tenía sentido negar algo que todos sabían. Le desconcertó que no se produjera ninguna reacción. Se preguntó si se hubiera producido de haberlo negado.

—¿Por qué le mataste? —preguntó Mikael.

—Fue en defensa propia —contestó el Gris.

—El cuerpo de nuestro hermano fue hallado descuartizado —dijo un nuevo ángel

materializándose de repente. El Gris no lo conocía de nada. Hablaba con el tono correcto y reposado que les caracterizaba, pero a la vez transmitía su estado de ánimo, y estaba furioso—. Le mutilaste hasta reducirle a trozos insignificantes.

—¿Es importante ese nivel de detalle, Mihr? —preguntó Duma, haciéndose visible.

—Demuestra hasta dónde ha sido capaz de llegar el mortal —respondió Mihr—. No le bastó con matarle, tuvo que seguir profanando su cuerpo. Tal vez buscando la humillación. En cualquier caso, trato de desmentir su afirmación de que fue en defensa propia.

Ahora sí hubo una reacción más o menos general. Los demás ángeles susurraron desde la invisibilidad. Un murmullo ondeó en el ambiente. El Gris no lo comprendió, pero creyó percibir agitación y rabia.

—Debemos expresarnos por orden, hermanos —pidió Gad.

El Gris entendió que el moderador atravesaba alguna dificultad para mantener la calma. El murmullo significaba que varios ángeles hablaban a la vez.

El tal Mihr estiró al máximo las alas, que se encendieron, e irradiaron tanta luz como el propio sol, tan potente, que el Gris tuvo que taparse los ojos con las manos.

—¡Y ni siquiera lo ha negado! —Mihr le señaló con el dedo—. ¿Vamos a permitir que siga con vida? Es un medio demonio y ha matado a nuestro hermano. ¡Propongo que todos demos nuestra aprobación y disolvamos la roca inmediatamente! ¡Que caiga al abismo ahora mismo!

El Gris no sabía qué conllevaría caer al abismo, pero no sería nada bueno, de eso no cabía duda. Al menos ahora entendía por qué estaba de pie en esa roca flotante. Se sintió como un pirata al borde del trampolín del barco, a punto de que le arrojaran al mar.

Identificó a Mihr como uno de los que más le odiaban, tal vez superando incluso a Mikael. Desde luego lo demostraba abiertamente.

—Aún no —dijo Duma—. Yo no lo aprobaré sin saber más. Y no se condenará a nadie sin que todo el cónclave lo apruebe.

—¿Qué pensarías si te hubieran matado a ti? —preguntó Mihr—. ¿Te gustaría que tus hermanos dejaran libre a tu asesino?

—Yo no he dicho que le dejemos libre —se defendió Duma—. Recibirá el castigo que le corresponda, pero aún sabemos muy poco.

—¿Qué necesitas saber? Ha confesado que acabó con Samael.

—Quiero saber cómo lo logró y por qué lo hizo. ¿No has pensado que es una posible amenaza para todos nosotros? Si alguien puede matar a un ángel, estamos ante una situación desconocida. Por primera vez tendremos que aceptar que existe un peligro para nosotros, más allá de los demonios puros.

—Los dos tenéis razón —intervino Mikael—. Acabaremos con él, Mihr, pero

Duma está en lo cierto. Antes tiene que responder a nuestras preguntas y te aseguro que lo hará.

—Mentirá —replicó Mihr, furioso—. Es una pérdida de tiempo.

Voló algo más lejos.

El Gris se sorprendió un poco de que no discutieran en su propio lenguaje, de que le permitieran seguir la conversación. Al principio pensó que el acaloramiento les hacía olvidarse de él, pero muy pronto llegó a otra conclusión, cuando descifró la mirada furtiva que le dedicó Mikael al asegurar que acabarían con él. Estaban convencidos de que le matarían y por tanto no importaba lo que escuchara. Los muertos no hablan.

Dos ángeles más se materializaron. Gad tuvo que llamar al orden de nuevo. Era evidente que Duma había dado con el verdadero problema de fondo, tal y como el Gris sabía que sucedería. A él podían hacerle lo que quisieran, pero eso no borraba el hecho de que un ángel había sido asesinado por un mortal, de que por primera vez en la historia habían dejado de ser intocables y tenían un motivo para conocer el miedo.

Duma retomó el interrogatorio. El Gris se alegró de que fuera él y no Mihr o Mikael.

—Explica cómo mataste a Samael. Ninguna criatura de origen no divino puede hacerlo.

Mikael se desplazó a un lado. El Gris le vigiló cuanto pudo con su visión periférica. Advirtió que esperaba un fallo por su parte, una excusa para acabar con él, como una mentira, por ejemplo, o que se negara a responder.

—Le maté con su espada —explicó. Se produjo otro murmullo, más desafinado que los anteriores. Duma le incitó a seguir hablando—. Hasta donde yo sé, solo vuestras espadas flamígeras pueden matar a un ángel.

Ahora todos los ángeles eran visibles, los seis. Volaban a su alrededor, en todas direcciones, silenciosos y veloces. Solo Gad se mantenía relativamente inmóvil.

Le dio la impresión de que se lanzaban acusaciones entre ellos. Todos tenían las alas desplegadas y volaban de todas las maneras imaginables: de espaldas, boca abajo, inclinados, girando sobre sí mismos... El Gris entendió que su vuelo era parte de su comunicación. No transmitía información como las palabras, pero sí matizaba su tono y actitud. Mihr, por ejemplo, flotaba algo más rápido que los demás. El Gris lo comparó a una persona que habla muy deprisa, dominada por los nervios o la rabia. Otro ángel volaba siempre de espaldas, y el Gris lo tomó como un gesto reflexivo, como alguien que no mira a los ojos a su interlocutor por estar pensando con mucha intensidad. Tal vez se equivocara y solo fueran imaginaciones suyas.

Pero si estaba en lo cierto, el vuelo de Mikael era el que más le preocupaba. Sus alas estaban muy rígidas y le miraba con frecuencia. El Gris lo interpretaba como alguien que aprieta los puños, o las mandíbulas. Un mal gesto, en cualquier caso.

—No sabemos cómo pudo empuñar una de nuestras espadas —dijo uno de los ángeles que no se había presentado—. Debería ser imposible.

—Seguro que está relacionado con su ausencia de alma, como todas las normas que consigue transgredir —sugirió Mihr—. Es una anomalía que nos ha costado muy caro. Por eso debemos acabar con él...

—Hay un problema mucho mayor que la muerte de un ángel —apuntó otro de los desconocidos.

El Gris aguzó el oído. Ese dato no lo conocía. No se hubiera imaginado que había algo que podía inquietarles más que la posibilidad de morir a manos de otros seres. La situación acaba de subir a un nivel que no se esperaba. ¿Qué podía asustar tanto a un ángel?

—Ese es otro problema y no está relacionado con este —dijo Mihr—. Vayamos poco a poco. Primero eliminemos al Gris. Debimos hacerlo hace mucho. ¿Por qué tolerar a alguien que está al margen del flujo natural de la existencia?

—No podemos asegurar que no guarde relación...

Ya no pudo oír más. Empezaron a hablar varios a la vez, mezclando sus indescifrables murmullos. Al final Gad tuvo que imponer el orden una vez más.

Duma planeó hasta él de nuevo.

—¿Por qué le mataste?

Se hizo un silencio total. Se acercaba el momento definitivo. Por fin le habían dado paso para explicar sus motivos, algo que no podía hacer si no le preguntaban directamente. Era una señal de lo intranquilos que estaban. En circunstancias normales, a los ángeles no les importaba lo más mínimo las motivaciones mortales, ni siquiera las consideraban en sus decisiones. Solo se interesaban por los hechos. En esta ocasión necesitaban llegar un poco más lejos, dada la gravedad de la situación.

Solo debía poner un cuidado extremo en lo que decía.

—Le maté porque era un traidor.

Duma se acercó más. Dolió.

—Explica tu concepto de traición. ¿Te traicionó a ti?

—No, os traicionó a vosotros. —El Gris tuvo que hacer una pausa—. Entregó el secreto de vuestras armas, de cómo crearlas...

—¡Mientes! ¡Estás mancillando a un ángel! —le interrumpió Mihr y sacó su espada de fuego.

—¡Basta! —Gad se enfureció—. Está prohibido emplear armas en el cónclave.

Los ángeles se juntaron. Mihr guardó su espada.

—Deja que termine de hablar —ordenó Duma—. Luego decidiremos si miente.

—¿Vamos a dar crédito a este mortal sin alma? —intervino Mikael—. Podría estar inventándose esa historia. Haría lo que sea para salvar su vida.

—¿Y si está diciendo la verdad? —preguntó Duma—. Considera por un instante

que haya más gente con el secreto de nuestras espadas. ¿Y si estallara una rebelión?

—Ya ocurrió en el pasado —dijo otro ángel—. Los vampiros lo intentaron en su día, hace ya muchos milenios. ¿Lo has olvidado? Se consideraron nuestros iguales al ser los únicos inmortales que no eran de origen divino. Pero pagaron cara su traición y su castigo sirve de ejemplo.

—No lo he olvidado —dijo Duma—. Fue el propio Samael quien impartió el castigo. Él en persona les impuso la debilidad mortal ante la luz del sol para que no fueran demasiado poderosos, y ahora está muerto. ¿Te imaginas cómo sentará a los vampiros y a los demás enterarse de la muerte de Samael? ¿Y si se rebelaran de nuevo blindados con nuestras propias armas?

—No se fabrican así como así. Aun suponiendo que alguien sepa cómo hacerlo...

—Eso lo discutiremos más tarde —dijo Mikael—. Averigüemos si el Gris dice la verdad.

Todos se volvieron hacia él.

—Solo necesito que me dejéis hablar y os lo explicaré todo —dijo el Gris. Gad asintió y alzó las alas—. No gano nada mintiendo sobre vuestras armas, si acaso tiempo. ¿Por qué me iba a entregar si no tuviera una razón importante para estar aquí?

—No hubieras podido huir y lo sabes —dijo Mikael.

—Lo hubiera intentado al menos. No me habría rendido sin luchar.

—Tu razonamiento es lógico —concedió Duma—, pero no nos interesa. Ve al grano.

—Maté a Samael para que os reunierais —explicó el Gris—. Para que todos escucharais lo que os voy a revelar. No hay otro modo de llamar al cónclave.

—Podías haber contactado con Mikael —apuntó Duma.

—¿Y si él es un traidor también? No podía arriesgarme. Si lo sois todos, entonces nada importa ya. Pero si solo hay uno, yo no podré con él. Pero vosotros sí, os estoy haciendo un favor.

—¡Un favor! —Mihr se encendió—. Eso suponiendo que no estés mintiendo. ¿Pretendes decirnos que nos estás ayudando al matar a un ángel?

—Exacto.

—Termina tu versión, Gris —dijo Duma—. ¿Por qué entregó Samael el secreto de nuestras espadas? ¿Qué interés podía tener para hacer algo así?

—Confieso que no lo sé...

—Esto es absurdo —dijo Mihr.

—Pero eso no es lo más preocupante —siguió el Gris—. Lo más importante no es por qué, sino a quién. —Los ángeles agitaron las alas—. Si os digo quién tiene vuestro secreto, podréis acabar con esta pequeña crisis en un momento.

—¿Intentas negociar con nosotros, Gris? —dijo Mikael empleando su tono más

suave, el que precedía a sus decisiones más despiadadas—. Veo que ya no hablas con tanto respeto. ¿Crees estar en condición de exigirnos algo a cambio de tu información?

—Mi libertad.

—¡Lo sabía! —Mihr se acercó—. Es una treta para que le perdonemos. ¡Ha matado a Samael! Disolvamos la roca. Que caiga. Se lo está inventando todo.

—Puedo probar que sé quién recibió el secreto —dijo el Gris muy tranquilo.

—Pues dilo —dijo Duma con tono autoritario—. Si es verdad, es tu única posibilidad de salir con vida. Si nos desafías, lo lamentarás.

El Gris se tomó tiempo. Repasó brevemente a las seis figuras que flotaban ante él. Ya no había marcha atrás. Era o todo o nada.

—De acuerdo —dijo al fin—. Os lo diré. Samael entregó...

—¡Nooooooooooooooooo! —gritó Mihr.

Su voz ahogó la del Gris. El ángel extendió las alas al máximo, salió disparado antes de que nadie pudiera reaccionar. Voló a toda velocidad hacia el centro del semicírculo, directo contra el Gris.

El Gris no tenía espacio de maniobra, no pudo evitarlo. El golpe le expulsó de la roca y cayó al abismo.

VERSÍCULO 33



—Volverá, ¿verdad? —preguntó Sara, esperanzada.

Diego se recostó contra la lápida y contempló las estrellas.

—Eso espero —dijo en un suspiro—. Aunque tal vez deberíamos prepararnos para lo peor.

La rastreadora no pudo estudiar su expresión, solo el tono abatido de su voz. El niño estaba arropado por las tinieblas de la noche, entre las sombras alargadas que proyectaban las tumbas. Se quejaba muy poco de la herida de su pierna, y eso que aún tardaría un par de semanas en estar completamente curado.

—¿Cuánto tardará? —Ella estaba convencida de su regreso, se negaba a caer en el pesimismo.

—Ni idea. No sé cuánto dura el cóncave.

Le hubiera gustado preguntarle al niño hasta cuándo le esperaría, qué límite de tiempo se había dado a sí mismo antes de dar al Gris por muerto. Una pregunta que también tendría que hacerse ella misma, dado que los ángeles no enviarían a un mensajero para informar de que le habían ajusticiado, si esa fuera su decisión.

Intuyó que no le gustaría la respuesta de Diego, así que no preguntó. Se imaginó que en algún momento ella se quedaría sola, aguardando entre las tumbas, los nichos y los panteones del cementerio de La Almudena a que regresara el Gris. La idea la llevó a dudar de si podría salir de allí por su cuenta, de la zona apartada en la que se encontraban.

Sara conocía razonablemente el camposanto de La Almudena. Su abuelo estaba enterrado allí y ella lo había visitado en varias ocasiones. Era la necrópolis más grande de Madrid y una de los mayores de Europa. Se decía que el número de personas que allí yacían superaba a los habitantes de la ciudad. Pero a pesar de sus visitas, no reconocía la parte en la que ahora se encontraban. Álex y Diego la habían guiado por el cementerio, siguiendo a un gato negro de ojos verde esmeralda con el que se habían topado al cruzar los tres arcos del pórtico de la entrada. El pequeño felino parecía estar esperándoles.

—Hazlo tú, macho, que a mí siempre me araña —le había dicho el niño a Álex.

Álex acarició al gato. Sara creyó oír cómo le susurraba algo, pero no estuvo segura. El animal frotó su lomo contra la pierna de Álex y luego inició su silencioso

recorrido, deslizándose entre las tumbas, y sobre ellas, con saltos ágiles de una a otra. Le siguieron sin perderle de vista, trazando un camino extraño por la necrópolis. A Sara le dio la sensación de que no atravesaban en línea recta su forma de cruz griega, sino que daban vueltas innecesarias. En algún momento perdió la orientación. Poco después llegaron a un claro bañado por la luz de la luna llena, entre dos impresionantes mausoleos medio enterrados en la vegetación y muchas tumbas de aspecto antiguo.

No es lo que ella esperaba cuando le dijeron que iban a esperar al Gris en su punto de reunión habitual, su «cuartel general», según Diego.

—¿Dónde se ha metido Álex? —preguntó de repente.

—Está un poco más allá —indicó el niño señalando con el dedo gordo por encima de la lápida, a su espalda.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera estás mirando.

—Está sentado en una tumba sin nombre, con una cruz bizantina de piedra bastante sucia que parece a punto de resquebrajarse. Siempre está ahí el tío, tiene fijación con ese lugar.

—¿Quién está enterrado allí?

—No tengo ni pajolera idea. Y mira que le he dado el coñazo, pero nada, es imposible hacerle hablar. Él sí que parece una tumba.

Sara asintió. No sería ella quien intentara sonsacarle nada.

—Tengo que hablar con él —dijo recordando que aún tenía una cuenta pendiente con Álex.

Diego se incorporó de un salto. Se le escapó un gemido por mover tan rápido la pierna herida.

—Genial. Me aburro un poco y se me está helando el culo de estar sentado en esta lápida.

—Eh, verás... —dijo Sara con cierta vacilación—. La verdad es que me gustaría hablar a solas con él. Si no te importa, yo...

—Sí, sí, ya lo he oído antes. —El niño se volvió a sentar, cruzó los brazos sobre el pecho—. Cosas de adultos, ¿no es eso? ¡Hay que joderse! Y yo a esperar aquí solo, entre los muertos. Luego todos me pedís cosas. Que si graba esta runa, que si cúrame un poco... ¡Y una mierda! Eso os voy a contestar la próxima vez.

Sara le dio un beso en la frente. Le sorprendió la facilidad con que le sostuvo la cabeza, evitando su intento de zafarse. Le dejó protestando mientras se alejaba por un sendero toscamente empedrado.

Álex estaba justo donde el niño había dicho, en frente de la tumba, con la mirada enterrada en la cruz bizantina, en alguna de las profundas grietas que la atravesaban. Un rayo de luna caía inclinado sobre él, acariciando su pelo negro y sedoso, reflejando su tez blanca y perfilando los finos rasgos de su cara.

Álex parecía concentrado, envuelto en el silencio y la calma. La rastreadora no se atrevió a perturbar su aparente estado de descanso. Se detuvo a pocos pasos, tratando de no hacer ruido, y esperó.

—Veo que al final te unirás a nosotros —dijo él sin darse la vuelta—. No sé por qué no me sorprende.

—¿Será un problema para ti?

Se colocó al otro lado de la cruz, para poder mirarle a los ojos.

—Lo será para todos. Nos meterás en algún lío.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Álex cambió la postura y se inclinó ligeramente a un lado.

—Eres inexperta y eso no es del todo malo, pero no admites tu condición de novata. Asumes riesgos que no comprendes y cometes errores que nos afectan a todos.

Sara mantuvo la calma. Ya no le sorprendía la actitud de Álex, sabía cómo era, y había venido a zanjar la tensión que había entre ellos, a dejar las cosas claras de una vez.

—¿Tú nunca te equivocas?

—No me lo puedo permitir. —No sonaba arrogante, como correspondía a una respuesta tan categórica, sino natural y sincero—. Y tú no lo puedes entender.

—Tal vez podría si me ayudaras, si me enseñaras lo que no sé. ¿Se te ha ocurrido que podías apoyarme en vez de atacarme continuamente?

Álex la miró con mucha intensidad, directamente a los ojos.

—Te aseguro que si alguna vez te ataco, lo sabrás, no tendrás ninguna duda al respecto. Y yo no tengo por qué enseñarte nada, ni tú querrías aprender lo que de verdad podría enseñarte. Para lo demás ya tienes al niño.

—Ya veo que eres inflexible —se lamentó Sara—. Yo he intentado llevarme bien contigo, pero no hay manera. Ya me has juzgado como inexperta y tú no das segundas oportunidades, por lo que veo.

—¿En serio? Te ayudé a rastrear, ¿o ya se te ha olvidado? Te orienté para que buscaras entre las operaciones financieras de Mario cuando estabas en su caja fuerte. Y luego te cubrí para que no te cogieran. ¿Y para qué sirvió? Para que luego abrieras la puerta a Elena y lo estropearas todo, ofreciendo rehenes al demonio. Casi matan al Gris, y además ese no fue tu único error.

—Es cierto que me equivoqué —admitió Sara—. Pero se te pasa por alto que no podrías haberme orientado en nada si yo no hubiera encontrado la caja fuerte con mis habilidades para rastrear. Solo señalas lo que hago mal, no lo que hago bien.

Álex sacudió la cabeza.

—Ni siquiera entiendes lo que haces mal. ¡No deberías estar aquí! No es tu falta de experiencia, eres tú, tus valores y tu moral lo que nos pone en peligro a todos. Te

daré un ejemplo. Cuando estabais encerrados en la sala de cine, ¿a que el niño no quería abrir la puerta?

Sara recordó la escena en su memoria.

—No, no quería. Pero él tampoco sabía que Elena era una traidora.

—Eso es lo bueno. Ninguno lo sabíais, pero tu intuición te llevó a salir, mientras que él prefirió permanecer dentro y asegurar su supervivencia. Tú y tus ideales os equivocasteis. No es culpa tuya de un modo consciente, eres tú, no estás hecha para este mundo. No sobrevivirás, lo sé. Y lo peor es que puede que alguien más muera contigo. Seguramente no será en el siguiente caso o en el próximo, pero sucederá.

Ahora sí empezaba a notar el calor de la rabia creciendo en su interior.

—Estás diciendo que ser una buena persona es malo —dijo Sara—. ¿Es eso? Nunca he oído un argumento tan absurdo.

—Tú no eres una buena persona —dijo Álex con mucha calma—. Eres una ingenua. Presupones que los demás son buenos. Ese es tu problema, ese y querer salvar al mundo. Pero aquí no estamos para eso. Y no sirve de nada explicártelo.

Al menos ahora entendía el punto de vista de Álex. Y estaba de acuerdo con él en parte, en concreto, la parte que se refería a sus valores y a sus convicciones. En lo que no coincidía era en que eso fuera un problema. Tal vez él lo viera como algo negativo, porque evidentemente eran muy diferentes. Y se alegró de ello. Se juró a sí misma que nunca sería como él. Y ese pensamiento le llevó a otro, a una respuesta que había estado buscando y que ahora veía clara.

Antes de decir nada se dio cuenta de que sus manos acariciaban algo blando y caliente, cubierto de pelo. Bajo la vista y encontró al gato sobre su regazo, ronroneando, mirándola con sus ojos verdes.

—De modo que era eso —dijo esbozando media sonrisa. Álex se extrañó un poco y frunció el ceño—. Por eso me dijiste que me marchara, que el Gris nunca sentiría algo por mí. Estabas mintiendo, ¿verdad? Antes no lo entendía, pero ahora lo veo claro. Me tienes miedo.

—Deberías hablar más claro. No sé a qué te refieres.

En cambio ella creía que sí, y cuanto más lo pensaba, más se convencía.

—El Gris no ha perdido sus sentimientos, al menos no del todo.

—¿Crees que se enamorará de ti?

—No me refería a eso exactamente —dijo Sara ensanchando la sonrisa—, pero algo parecido. El Gris me quiere junto a él. Y tú temes que yo le influencie. Que se vuelva una buena persona, como tú dices, que se haga blando. Con mi presencia has visto que él no es como tú, o que puede llegar a no serlo y eso te da miedo.

Álex bajó la vista. Luego la alzó de nuevo, carraspeó.

—Voy a intentar decirlo despacio para que lo entiendas bien. —Hizo una pausa—. Yo no te tengo miedo. Y aunque así fuera, no importa. Yo estoy aquí para cumplir

una misión y nada más. El resto del mundo puede irse a la mierda. No tengo nada especial contra ti, Sara, nada personal, al menos. Y nos llevaremos relativamente bien mientras no te entrometas en mi camino. No imaginas a dónde puedo llegar si alguien interfiere en mi objetivo, y te aconsejo que no me pongas a prueba en eso.

Era la amenaza más seria que jamás hubiera escuchado en su vida, formulada con frialdad, sin el menor atisbo de rabia, con la voz reposada, pronunciando perfectamente cada palabra, imposible de considerar como un farol.

Repasó rápidamente las acciones de Álex durante los últimos días. Comprobó que concordaban con sus palabras. No había demostrado el menor interés en el exorcismo, ni en nadie, salvo en el Gris. Fuera cual fuese ese objetivo, estaba relacionado con él.

—Entiendo —dijo la rastreadora—. Intentaré no entrometerme en tu objetivo. Pero para eso necesito saber cuál es. Dime qué es eso tan importante que domina tu vida, haciendo que desprecies todo lo demás.

—¿No lo sabes? —Álex ladeó la cabeza. Hizo un gesto que Sara no supo interpretar—. ¿El Gris no te lo ha dicho?

—No.

—Interesante —dijo él—. Es muy sencillo —añadió encogiendo los hombros—. Voy a ayudar al Gris a recuperar su alma, y luego le mataré.

VERSÍCULO 34



Mihr no se resistió. No le hubiera servido de nada.

Los otros cinco ángeles se lanzaron sobre él, reaccionaron en cuanto advirtieron sus intenciones, aunque fue demasiado tarde como para impedir que arrojara al Gris al abismo. Le redujeron y le encadenaron las alas.

Duma perdió el control.

—¿Te has vuelto loco? ¡Has matado al Gris! No tenías derecho a tomar esa decisión por tu cuenta.

Los demás estallaron en un remolino de tensión. Volaron alrededor de Mihr, interrogándole, exigiendo una explicación. Algunos se encendieron por la rabia.

Mihr permaneció en silencio, sin mirar a nadie directamente. Mikael fue el único ángel que conservó la calma.

—No hablará —dijo a sus hermanos—. No insistáis en preguntarle.

Gad llamó una vez más al orden.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el moderador.

—Porque es evidente —contestó Mikael—. Ha matado al Gris para silenciarle, por lo que estaba a punto de decir. Si se ha expuesto para proteger ese secreto no lo contará ahora porque le hagamos preguntas.

—Entonces tendremos que emplear otros métodos para hacerle hablar —rugió Duma—. Sus actos no pueden quedar impunes.

Los ángeles estuvieron de acuerdo. Especialmente, cuando Mihr confirmó las palabras de Mikael. No habló, pero no hizo falta. Su mirada desafiante y su actitud fueron suficientes.

—Debemos replantearnos lo sucedido —sugirió Gad—. Si se ha delatado para evitar que el Gris hablara, tiene que ser por una razón de peso. ¿Estará involucrado en la muerte de Samael?

—No tiene sentido —reflexionó Duma—. Si Mihr tuvo algo que ver con la muerte de Samael, estaría aliado con el Gris. ¿Por qué matarle?

—Luego es evidente que no eran aliados —concluyó Mikael. Voló hasta quedar a menos de un centímetro del rostro de Mihr—. Quiero que prestes atención, hermano. Vas a sufrir. Mucho más que cualquier criatura mortal. Voy a prolongar tu agonía hasta el fin de la existencia. Y creo que sabes de lo que soy capaz. Te juro por lo más

sagrado que ningún ser en toda la creación experimentará un tormento semejante. Solo confesando ahora mismo, no mañana, ni dentro de un tiempo, sino ahora, conseguirás evitarlo. Tú decides.

Se hizo el silencio. Mihr alzó lentamente la cabeza, hasta enfrentarse a los ojos de Mikael.

—¿Crees que no te conozco, hermano? Es verdad, sé de lo que eres capaz. Y también lo sabía antes de matar al Gris. De todos los que estamos aquí, yo soy el único que conoce la verdad, y si estoy en esta situación es porque yo lo he decidido. Ya he sopesado mis posibilidades y las consecuencias. Haz lo que tengas que hacer. No hablaré. ¿Piensas que me descubriría para luego rendirme ante una amenaza?

Los ojos de Mikael relampaguearon, arrojaron destellos de pura rabia.

—Así sea, hermano. Me aseguraré de que lamentos haber decidido proteger ese secreto. Y hablarás, no lo dudes...

—No lo hará —dijo alguien.

Los ángeles se miraron entre ellos, buscando a quien había hablado. El rostro de Mihr se deformó por la sorpresa.

Un punto de luz se acercaba zigzagueando, cambiando de velocidad bruscamente. Se aproximó a ellos, creció y se definió su forma. Ningún ángel pudo creerlo cuando se detuvo ante ellos.

Era el Gris. Y flotaba gracias a dos alas blancas espectaculares. Dos alas que todos conocían perfectamente.

—¡Las alas de Samael! —exclamó Duma.

El Gris se inclinó a un lado, luego recuperó la posición.

—Aún no las controlo bien —dijo—. Por eso he tardado un poco en volver.

—Tienes mucho que explicar, Gris —dijo Gad.

Mikael se adelantó.

—Ahora veo por qué mutilaste el cuerpo de Samael. Para ocultar que te habías apropiado las alas. Pero, ¿por qué nos lo ocultaste? ¡Habla!

—Para que el traidor intentara matarme arrojándome al vacío. Si hubiera sabido que podía sobrevivir, no se hubiera delatado. Y vosotros nunca me hubieseis creído a mí, si os hubiera dicho que uno de vosotros era un traidor.

Mihr sentía un torbellino incontrolado en su interior.

—Es decir —siguió Mikael—, que no sabías cuál de nosotros era.

—Exacto —dijo el Gris—. Tenía que provocarle para que cometiera un error. Por eso necesitaba al cónclave reunido. Si contactaba con Mikael, como sugirió Duma, y él resultaba ser el traidor, me eliminaría sin ninguna dificultad. Os necesitaba a todos.

—Ese punto está claro —dijo Duma—. Explica por qué Samael y Mihr nos traicionaron.

El Gris se desestabilizó de nuevo. Un ángel le ayudó a controlar las alas.

—Samael no os traicionó. En eso mentí para engañar al traidor. Samael descubrió a Mihr, o al menos que alguien más conocía el secreto de vuestras espadas. Por eso lo mataron. No fui yo. Yo le encontré malherido, con un soplo de vida. Le rematé y me hice con sus alas para descubrir quién lo había hecho.

—Y para salvarte tú —apuntó Mikael—. Podías haber intentado salvar a Samael y enfrentarte a su asesino. Pero preferiste esta solución, ¿verdad? Hacer perder el tiempo del asesino examinando un cadáver mutilado, para escapar, para asegurar tu vida en vez de arriesgarla salvando a un ángel.

—¿No apruebas mi decisión? —preguntó el Gris—. Os he entregado a un traidor que ni siquiera sabíais que estaba entre vuestros hermanos. ¿Hubieras preferido que me enfrentara al asesino de Samael? ¿A alguien capaz de matar a un ángel? Me habría despedazado y vosotros seguiríais ignorando la verdad. ¿Tanto me odias, Mikael? ¿Tanto que prefieres mi muerte a haber destapado a un traidor?

Por primera vez el Gris se expresó sin rastro de sumisión, imprimiendo en sus palabras un tono desafiante, que demostraba una fuerte determinación a defender su postura, no a someterse sin más. No era el tono que debería emplear un ser inferior, y eso a Mikael no le gustó. Nada en absoluto.

Duma lo vio con claridad y se apresuró a intervenir.

—Hablas del asesino, Gris, y luego etiquetas a Mihr como un traidor. ¿Insinúas que no fue él quien mató a Samael?

El Gris retiró la vista de Mikael y se dirigió a Duma.

—No, no fue él. De haberme enfrentado a un ángel, yo no habría sobrevivido. Y probablemente tampoco hubiera funcionado mi truco de la mutilación. Mihr lo habría descubierto. Imagino que estaría ocupado con algo, quizá maquinando una coartada. Él no fue la mano ejecutora. Le entregó el secreto de vuestras armas a alguien, y ese alguien mató a Samael cuando este lo averiguó.

Duma y Gad se miraron.

—Eso significa...

—Que ahora es posible matar a un ángel —terminó el Gris—. Vuestras espadas pueden ser usadas contra vosotros.

El Gris creyó ver auténtica preocupación en el rostro de algunos ángeles. Puede que incluso miedo. Dudaba seriamente de que hubiera alguien de origen no divino que hubiera contemplado esa expresión. Solo Mikael le observaba aún con furia.

Gad agitó las alas.

—No es sencillo esgrimir nuestras espadas —dijo en tono pensativo—. Aunque un mortal tuviera una, no lo veo posible. Por eso no las dotamos con un mecanismo de seguridad similar a las de los centinelas, porque no es necesario.

—Yo pensé algo parecido —repuso el Gris—. Pero puede que el asesino tuviera tiempo para entrenar con la espada. No sabemos desde cuándo os lleva traicionando

Mihr. Y hay otra posibilidad. Tal vez no fue solo uno.

—Esto es una locura —dijo Duma, sin esconder su turbación—. No creo que comprendas el alcance de estos hechos, Gris. Dinos a quién entregó Mihr nuestro secreto. No hay tiempo para juegos.

—No lo sé —dijo el Gris. Los ángeles se removieron—. Era un farol. Tenía que hacer creer al traidor que lo sabía. Solo así se descubriría, para proteger el secreto. Un secreto que como habéis comprobado considera más importante que su propia integridad. Dudo que haya muchas cosas que puedan interesar a un ángel por encima de su propia existencia. Vosotros sabréis qué podrá ser.

El murmullo que se alzó parecía indicar lo contrario. El Gris no tuvo ninguna duda de que estaban desconcertados. No sabía si eso era bueno o malo, pero desde luego era importante. Quizá tanto como la Biblia de los Caídos, si era capaz de causar tanta agitación en los ángeles.

—Debemos deliberar sobre todo esto —dijo Gad.

Duma asintió.

—Son muchos los asuntos que reclaman nuestra atención. También tenemos que decidir qué haremos con los centinelas de Samael y Mihr. Hay uno en particular que me preocupa.

—Imagino que te refieres a Raphael —dijo Gad—. Yo también lo había pensado. No se tomará muy bien las noticias...

Mikael voló con mucha fuerza.

—Esos temas no conciernen al mortal —dijo—. Los trataremos en privado. El Gris no es de fiar.

—De momento, su intervención nos ha favorecido —le contradijo Duma.

—No te dejes engañar —dijo Mikael—. Lo ha hecho por algún motivo egoísta. Él no nos tiene ningún aprecio. Lo percibo. Y hay algo que no cuadra, nos oculta algo.

Esta vez fue Gad el que no estuvo de acuerdo.

—Ya no tenemos razones para dudar de él, Mikael. Si crees que oculta algo debes probarlo.

—Lo haré —aseguró el ángel—. Nos ha contado cómo planeó desenmascarar al traidor. Todo su plan se basaba en situarse sobre la roca y provocarle durante el cónclave para que le arrojara al vacío, porque sabía que podía sobrevivir con las alas de Samael.

—Ya nos lo ha explicado —dijo Duma—. Y tiene sentido.

—No del todo —siguió Mikael—. Para hacer todo eso tendría que saber cómo funciona el cónclave. Es la primera vez que alguien que no es un ángel participa en él. De modo que es imposible que tuviera el conocimiento necesario para anticipar un plan que se basa en caer al abismo. ¿Cómo sabía que había un abismo al que caer?

Ahora todos miraban al Gris. La argumentación de Mikael había despertado las

sospechas de los ángeles una vez más.

—Mikael tiene razón —dijo el Gris—. He ocultado algo. Pero no creo que deba saberlo el traidor. Si insistís, lo diré delante de él.

Estuvieron de acuerdo sin necesidad de discutir. Los dos ángeles que el Gris no conocía se llevaron a Mihr.

—Habla —le ordenó Mikael.

—Alguien me contó cómo funciona el cónclave —dijo el Gris—. De ese modo pude trazar mi plan.

—Samael nunca te lo habría dicho —dijo Gad adelantándose a la única respuesta posible.

El Gris asintió.

—No fue él, aunque la respuesta salió de sus labios.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Duma.

—Fue Plata —aclaró el Gris. Esperó un tiempo para que pudieran asimilar lo que acababa de decir—. El traidor no lo sabe, pero cuando mató a Samael, era Plata quien ocupaba su cuerpo.

—¡Por todos los...! —Hasta Mikael estaba sorprendido.

—Nunca entenderé por qué te acompaña siempre —dijo Duma.

—Tampoco yo —confesó el Gris. Y si un ángel no lo sabía, tal vez él nunca lo averiguara.

Duma llegó rápidamente a la conclusión más importante.

—Entonces, puede que Samael no esté muerto.

De nuevo, una decepción. Si dudaban, significaba que tampoco ellos estaban seguros de qué sucedía realmente cuando Plata ocupaba un cuerpo. El Gris había estado convencido de que los ángeles sabrían qué le habría pasado a Samael, pero no era el caso. Plata también era un misterio para ellos.

Los tres ángeles hablaron en su idioma, mientras el Gris esperaba pacientemente. Pasó un tiempo indeterminado hasta que terminaron.

Mikael flotó hasta él.

—El cónclave ha concluido.

VERSÍCULO 35



Una rama crujió en mitad de la noche, entre las tinieblas que flotaban sobre las tumbas, removiendo la oscuridad y haciendo añicos el silencio. El gato saltó del regazo de Sara y se perdió entre los arbustos.

La rastreadora se alarmó, examinó los alrededores. Los rayos de luna se filtraban entre las copas de los árboles como largas espadas blancas. Un ave nocturna trino en alguna parte. No se veía nada. Pero el sonido había venido de alguna parte, en esa dirección...

Y entonces lo vio, detrás de una lápida. Una forma semicircular asomaba tras la piedra de la sepultura. Parecía de color claro, puede que amarillo. Se acercó despacio, intentado no hacer ruido. Bordeó la tumba y encontró lo que esperaba.

Una expresión de pura inocencia en un rostro juvenil, rebelde, con un lunar en la barbilla.

—Lo has oído todo, ¿verdad? —preguntó ella de la forma en que lo hace quien ya conoce la respuesta.

—Hasta la última palabra —admitió el niño esbozando una tímida sonrisa. Se miró su propio trasero, que sobresalía de la tumba y se levantó ayudándose con la muleta—. La verdad es que no había mucho más que hacer por aquí. Y no me va lo de estar solo con tantos muertos, me da mal rollo y eso. Este lugar está bastante guarro —añadió sacudiéndose hojas secas del pantalón—. No te cabrees, tía, es que me aburría.

Sara no estaba enfadada, pero le convenía aparentar lo contrario.

—De acuerdo, no me enfadaré si me cuentas cómo funciona tu maldición —dijo volviendo la cabeza. Álex se había esfumado, ya no estaba sobre la tumba sin nombre. Mucho mejor así. Era el turno de tratar de comprender a Diego de una vez por todas—. Me lo debes, niño.

Diego se rascó el lunar y miró a la luna.

—¿Te lo debo? Oye, que haya espiado una conversación no es algo tan grave. Además, todo lo que te ha contado ese ya lo sabía yo, excepto ese rollo de que estás loquita por el Gris. ¿Iba en serio?

Sara no tenía ganas de hablar de Álex, ni siquiera se sorprendió de escuchar que el niño sabía que el objetivo final de Álex era matar al Gris. Bien mirado, debían de

saber todo, o casi todo, los unos de los otros si eran compañeros. Y eso la ponía a ella en desventaja.

—Me lo debes por Miriam —dijo en tono firme—. La dejaste morir ante mis ojos. Ayúdame a entenderlo, por favor.

—Ya te lo dije. Ellos me maldijeron y ella trabajaba para los ángeles. No era nada personal. ¿Por qué te interesa tanto mi maldición?

—Porque no quiero odiarte. Quiero entenderte.

Diego asintió con gesto reflexivo.

—La verdad es que me parece una razón cojonuda. Eres persuasiva, rastreadora. Y me caes bien. ¡De acuerdo! No creo que te mole la historia, pero por probar... Total, no puedo mentir, así que no tiene sentido ocultar algo obvio. Lo primero, mírame bien. —El niño separó las manos con las palmas hacia arriba y puso una cara peculiar—. ¿Qué tal? ¿Notas algo raro? No, el cuerpo, no, ahí no verás nada. Mira bien mi cara.

Sara lo hizo. Le giró para que la luz de la luna bañara su rostro.

—No sé qué estoy buscando —admitió. Se sintió un poco boba—. Puede que... Me da la sensación de que tienes más bigote, pelusilla, en realidad, pero algo más poblada. Tus ojos... no sé, puede que algo diferentes. No estoy segura.

—¿Es todo? —dijo él decepcionado—. Esperaba algo más. En fin, voy a cargar con esta pinta de crío durante mucho tiempo. Verás, la pelusa y todo eso es porque he crecido. Ahora tengo quince años, aunque siga aparentando doce.

—¿Ayer fue tu cumpleaños? —preguntó la rastreadora sin ver a dónde quería ir a parar, ni qué relación guardaba aquello con la maldición.

—No, vas flipar un rato, tía, así que céntrate. He envejecido un año desde ayer. Yo no crezco como los demás.

Era la enésima vez que tenía que recordarse que Diego no podía mentir. Entonces su memoria recuperó la historia sobre el artificiero que había sido hombre lobo. Diego le había dicho que conoció a su hijo de cinco años y que iban a la misma clase. Lo que no cuadraba era que eso había sucedido hacía dos años.

—Cuando me contaste lo del hijo del artificiero, ¿intentabas decirme que envejeciste nueve años en solo dos?

—En realidad se me escapó —contestó el niño— Ya sabes que soy un poco bocazas. Pero lo esencial es que mi maldición me hace envejecer más deprisa que a los demás. Y siempre sé la edad que tengo, o que tendría si hubiera llevado una vida normal. Por eso sé que ahora tengo quince años. Esos cerdos quieren que me dé cuenta de lo rápido que me acerco a ocupar uno de estos asquerosos cajones —dijo soltando una patada a una lápida.

—¿Y a qué velocidad creces? ¿El doble? ¿El triple?

—¡Bah! —bufó Diego con un gesto de la mano—. Eso no sería divertido para

esos mamones. Crezco como todo Dios. La cosa se acelera cuando curo a alguien.

—No lo entiendo. Te dan la facultad de curar a la gente, pero pierdes tu vida cada vez que lo haces. Entonces podrías vivir como una persona normal sin curar a nadie.

—Evidentemente. Por eso se han asegurado de que tenga un aliciente para curar, para matarme a mí mismo. Esto te va a encantar. Cuando la palme voy a ir al infierno, a pasar allí una temporada por cortesía de mis amigos alados. Cuanto más cure en vida, menos larga será esa temporada. Así que puedo elegir entre no curar nunca y luego broncearme a saber cuánto tiempo en el infierno, o sanar un poco para reducir mi estancia allí abajo. En cualquier caso, salgo perdiendo. Además, curar duele un huevo. Noto cómo la vida me abandona y sufro como un gorrino en el matadero. No mola nada.

Eso aclaraba bastante la situación. Sara no podía imaginar cómo sería vivir sabiendo que tu destino era el infierno inevitablemente, y que matarse a uno mismo era el único modo de reducir la condena. La rabia que debía albergar Diego en su interior sería infinita. Era comprensible que se le revolvieran las tripas con cualquier cosa que le recordara a un ángel, y por supuesto ahora entendía que no quisiera usar su maldición para salvar a uno de los suyos. Aunque no podía dejar de verlo como algo cruel en el caso de Miriam.

No obstante, aún había algún detalle menor que no encajaba.

—Has dicho que sufres al curar, pero cuando curaste al Gris te reíste, te dio un cosquilleo.

—¡Es verdad! Eso es muy bueno. Mira, sanar duele un huevo, te lo aseguro. De hecho cuando te curé a ti lo pasé fatal, y por cierto esa curación es la que me ha hecho perder un año y cumplir los quince... De nada, no te preocupes... Lo curioso es que con el Gris no me duele. Es una pasada. Puedo curar sin dolor, y encima pierdo menos vida de la normal. No sé muy bien cómo funciona el rollo este, pero creo que tiene algo que ver con el alma de la peña, y claro como el Gris no tiene, la maldición funciona mal. Ni te imaginas cómo me puse cuando lo descubrí. Así que los dos estamos encantados. A él no te cuento cómo le viene de bien, con todos los líos en los que se mete... No sé cómo lo hace, pero siempre trinca los casos más chungos. Y en cuanto a mí, he encontrado un modo de sobrellevar esta maldición. Cada vez que trato al Gris es como si les hiciera un corte de manga. Lo que ellos quieren es que me retuerza mientras me mato curando. ¡Qué les den! No pienso sanar a nadie nunca más.

—Es la maldición más rebuscada que he oído jamás. —A Sara no se le ocurrió nada que añadir.

—Ya te digo. Así funciona la mente retorcida de Mikael.

Sara se rascó el cuello. Se sentía algo responsable de que Diego fuera un año más viejo.

—Siento mucho que hayas perdido un año por mi culpa. Te lo agradezco de verdad.

—Fue un poco menos de un año, estaba redondeando. Pero no me lo agradezcas. Yo no curo a nadie que no sea el Gris. En tu caso lo hice porque pensé que íbamos a morir. Estaba convencido de que esa mocosa nos iba a triturar —suspiró—. Así soy yo, en eso me he convertido con esta maldición. Ahora lo entenderás todo mucho mejor. Es fácil ver por qué nadie puede sentirse cómodo a mi lado, junto a un bocazas que siempre te lanza la verdad a la cara, y que solo es un triste que morirá pronto para cumplir condena en el infierno.

Sara estaba muy lejos de entender nada. Supo que le llevaría tiempo descubrir sus propios sentimientos hacia el niño. Sus actos no se podían juzgar como los del resto, ya que estaban impulsados por una maldición que lo cambiaba todo. ¿Cómo enfadarse con él por no guardar un secreto, por ejemplo? Era imposible. Todo era muy confuso y solo el tiempo diría hasta qué punto podría desarrollarse su amistad.

Pero hubo algo de lo que Sara no tuvo ninguna duda. Ella nunca odiaría a Diego.

—Me has mentido a pesar de tu maldición —aseguró.

El niño abrió mucho los ojos, puso una cara divertida.

—Ya me gustaría poder hacerlo. ¿En qué te he mentado, lista?

—En que no me lo has contado todo —dijo ella—. Aún no me has dicho por qué te impusieron la maldición.

Diego sonrió, meneó la cabeza y la señaló con el dedo.

—Tienes razón. Pero esa historia la dejaremos para cuando nos conozcamos mejor, ¿te parece? No voy a contar mis intimidades a cualquiera...

Y Sara comprendió que, después de todo, el niño sí guardaba un secreto.

VERSÍCULO 36



—He pedido a mis hermanos que me dejen a solas contigo, Gris —dijo Mikael.

Estaban los dos en medio de la nada, en un lugar que el Gris no entendía, gobernado por unas reglas que le superaban. Y en la única compañía de un ángel que le odiaba.

—Te escucho.

Mikael suavizó la voz.

—Esto no les concierne a los demás. Solo a nosotros. Verás, Gris, no tengo pruebas, pero no te he creído. No del todo.

—He dicho la verdad —se defendió el Gris—. Y os he ayudado, no puedes negarlo.

—Admito que tu intervención nos ha favorecido, pero no nos ha servido. Es decir, te has ayudado a ti mismo y coincide que nos ha venido bien a nosotros. Pero a mí no me engañas. No, no te defiendas... No insistiré en ese punto, y no lograrás cambiar mi opinión, de modo que no malgastemos el tiempo. Mejor hablemos de otras cosas. Hablemos de Miriam. Su muerte me ha causado un gran disgusto y creo que sabes más de lo que me has dicho.

Al Gris le impresionó que Mikael confesara su afecto por ella. No era sorprendente que sintiera algo profundo por su favorita, solo el hecho de que lo admitiera abiertamente. No le había creído capaz de mostrar sentimientos hacia un mortal que no fueran odio o desprecio.

—Dio su vida por salvarme del demonio. No te he mentado.

—Y yo no te he creído —repitió Mikael—. Ella era demasiado buena. Valía mucho más que tú. Su vida por la tuya no es un cambio justo, y ella no lo habría hecho.

Una nueva posibilidad se abrió en la mente del Gris. La de que Mikael estuviera celoso de que Miriam se sintiera atraída precisamente por él, por una rareza sin alma. De ser ese el caso, su situación era más peligrosa de lo que había previsto.

—Además, Miriam hubiera podido con el demonio —continuó Mikael—. No, su muerte tiene otra explicación. Yo no puedo investigarla debidamente. Con todo lo que ha pasado, mis hermanos y yo vamos a estar ocupados. Pero puedo deducir lo que sucedió. Tú la mataste, Gris. La traicionaste.

—¿Por qué habría de hacer algo así? Me he presentado voluntariamente al cónclave. No tenía ninguna razón para desear su muerte.

—Por la página de la Biblia de los Caídos —dijo Mikael. Hizo una pausa y le miró, estudiándole a fondo, de cerca, casi rozando su cara—. Hace tiempo sospechaba que Mario tenía una, que se la había robado a un vampiro. Envié a un centinela y no la encontró, pero puede que tú sí, y Miriam te la habría arrebatado.

Eso era cierto. La misión de los ángeles era recuperar las páginas de la Biblia de los Caídos, y por extensión, la máxima prioridad de cualquier centinela. Pero no podía saber que la había encontrado. Solo lo suponía. Las motivaciones de Mikael estaban equivocadas, pero su intuición era muy buena. Lo peor era que aunque la página en cuestión no hubiera existido, el ángel hubiera sospechado igualmente. El Gris lo vio claro. Mikael nunca se fiaría de él.

—Solo cumplí mi pacto con Mario Tancredo y me ocupé de su hija. El acuerdo se selló según el código, con una centinela delante. No hay ninguna irregularidad, no tienes de qué quejarte. Y no encontré ninguna página.

La voz de Mikael cambió, le envolvió y resonó en todas partes.

—No cometas el error de pensar que necesito cumplir código alguno para tratar contigo. Has encandilado a mis hermanos con tu actuación de hoy. No te aplastaré por ahora, pero el momento llegará. Gris, hay otro modo de que hubieras sabido del cónclave, aparte de que Plata te lo hubiera contado. Podrías haberlo leído en la página de la Biblia de los Caídos.

El Gris ni siquiera había contemplado esa posibilidad. Los demás ángeles no se habían molestado en profundizar sobre ello, habían aceptado sus palabras. Seguramente porque les había convenido, o quizá porque ahora tenían otros problemas en los que centrarse. Pero Mikael no funcionaba igual. Él sí había meditado más allá de las conclusiones obvias, demostrando una inteligencia muy aguda.

—Si lo tienes tan claro, no hay nada que pueda decir para convencerte —dijo el Gris— Y sin embargo, no tomas medidas. ¿Qué quieres de mí?

—Cuidado con tu tono. No olvides con quién hablas. —No fue el tono lo que molestó a Mikael. El Gris sabía que le irritaba más que hubiera deducido sus intenciones—. Y ahora escucha con atención dos cosas muy sencillas. La primera es que nada de lo que ha sucedido en el cónclave puede saberse, ¿está claro?

Era de esperar. Solo había un inconveniente.

—Ya corre el rumor de que Samael ha muerto. Si no se explica, todo el mundo pensará que fui yo quien lo mató.

—¿Y?

Entonces lo entendió. Los ángeles no querían que se supiera que era posible hacerse con sus armas, y menos aún, matar a uno de ellos. Era mucho mejor que se

creyera que había sido el Gris, porque él era único, nadie podía hacer lo mismo que él. Pero, ¿cómo le afectaría eso a él? Ya tenía suficiente mala fama. Claro que eso no le importaba a Mikael.

No vio razón para discutirlo.

—¿Y la segunda cosa sencilla?

—Quiero que recuperes el martillo de Miriam —dijo Mikael.

Esta petición no se la esperaba. El Gris tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Por qué es tan importante ese martillo?

—Eso no te incumbe.

—No lo haré.

—Lo harás.

—No es asunto mío, vuestros problemas no me conciernen. Tienes razón en una cosa, Mikael. No siento especial aprecio por vosotros, no tiene sentido negarlo. He participado en esta ocasión porque me he visto involucrado contra mi voluntad, seguramente a causa de Plata, pero estamos en paz. Yo seguiré mi camino, que espero que me lleve lejos de vosotros.

—Tu camino puede terminar cuando yo lo decida, no lo olvides. Acabar contigo ni siquiera se puede considerar matar, ya que no tienes alma, así que más te vale ser de alguna utilidad para justificar tu existencia. En realidad, lo que te interesa es que yo piense que eres de alguna utilidad. ¿Me he expresado con claridad?

—Perfectamente —contestó el Gris—. Pero no es suficiente. Yo no soy el esclavo de nadie. Y si eso significa mi fin, que así sea. No valoro tanto mi vida, o mi existencia si así prefieres que la denomine, como para dedicarla a los intereses de otro. Si no puedo seguir mi camino, no me importará acabar con todo aquí y ahora.

—No me has entendido bien, Gris. Conozco ese camino que sigues, ¿o debería decir búsqueda? Sé que ninguna otra cosa guía tus acciones y tu voluntad. Por eso no se te puede convencer de nada, por eso eres tan molesto. Pero se te puede manipular, Gris. Llevas una pluma colgando del cuello, una pluma que enseñas a cada demonio, a cada ser con el que te cruzas, con la esperanza de obtener respuestas, sobre ti, y sobre tu pasado. Pues bien, tráeme el martillo de Miriam y yo te daré respuestas.

Una oferta imposible de rechazar..., si fuera cierta. El Gris no ponía en duda que Mikael supiera mucho de él, puede que absolutamente todo. Pero siempre había sido así y nunca le había revelado nada. Ese hecho no iba a cambiar. El cielo sabría por qué.

—Tal vez lo busque, Mikael —dijo el Gris elevándose hasta llegar a la altura del ángel—. Pero si lo encuentro no te lo daré. Primero me dirás lo que ansío saber. Que te quede claro que si busco el martillo es para tener algo que tú quieres. Así estaremos empatados y negociaremos un intercambio.

El ángel sonrió. Fue una sonrisa hermosa, llena de luz.

—Lo estoy deseando —dijo, y la sonrisa se desvaneció—. Un último detalle. Esas alas no son tuyas.



La brisa nocturna arrastró unas pisadas desiguales y descuidadas.

Sara y el niño se miraron.

—¿Será el Gris? —preguntó ella esperanzada.

—El Gris es más silencioso que un suspiro —susurró Diego refugiándose tras una cruz de piedra. Agarró la muleta como si fuera un garrote—. Esto no me mola un pelo.

Sara le imitó, se escondió entre dos sepulturas, contagiada sin querer del miedo de Diego. Tal vez fuera Álex, aunque no lo creía posible. Había algo extraño en los pasos que se acercaban, eran demasiado irregulares. ¿Quién caminaba así, con semejante descoordinación? Se le ocurrieron un motón de posibilidades, todas espantosas. ¿Qué diablos le estaba haciendo su propia mente?

Una silueta se perfiló entre las sombras, alargada, tambaleante. Parecía rehuir la luz de la luna y no preocuparse por esconder su presencia. Se aproximaba en su dirección, con el hombro derecho inclinado, apoyándose en las tumbas de vez en cuando. Sara entendió el por qué de sus pasos desacompañados. Cojeaba o al menos arrastraba un pie. La figura se detuvo, apenas se la distinguía en las tinieblas. Se apoyó en un árbol, barrió la zona con un movimiento de la cabeza. Y entonces se derrumbó en el suelo.

Dejó escapar un gemido, un gemido que la rastreadora reconoció de inmediato.

—¿Estás loca? —murmuró el niño—. Vuelve aquí.

Pero Sara ya corría a toda velocidad. No paró hasta llegar al árbol, donde yacía el recién llegado. Se arrodilló a toda velocidad y le dio la vuelta. Dos ojos del color de la ceniza le devolvieron la mirada. Estaban un poco apagados.

—¡Niño! ¡Ven aquí! Es el Gris. ¡Y está herido!

—¡Asco de ángeles! —maldijo Diego al llegar junto a ellos—. Gris, tío, ¿no irás a cascarla, macho? —Le dio palmadas en la cara y no precisamente suaves. El Gris no reaccionó. Abrió la boca un poco pero no llegó a decir nada—. Vamos, joder, despierta. ¡No te duermas! ¿Qué te han hecho esos malnacidos? Dímelos, tío...

—Niño, contrólate —dijo Sara zarandeándole por los hombros—. Tú puedes curarle. ¡Hazlo!

Diego asintió con torpeza.

—Se me había olvidado. Menudo pedazo de anormal estoy hecho. Si vuelve a pasarme me das una bofetada, ¿está claro? Me rompes la cara si hace falta. Vale, que se me va la pinza. Vamos a curar al pichón. Ayúdame a darle la vuelta. Es más fácil si

encuentro la herida.

Enseguida vieron que la sangre que les empapaba provenía de la espalda. El Gris tenía dos heridas enormes, una en cada omoplato, le faltaba carne y piel, y estaba todo empapado.

—¿Qué le han hecho? —preguntó Sara—. ¿Le han arrancado dos pedazos de espalda?

—Ni idea, pero no me sorprende nada de esa chusma.

—¿Puedes curarle?

—Está chupado. Apártate de él y observa. Me encanta cuando siento el cosquilleo.

VERSÍCULO 37



—El niño me dijo que esta es tu tumba favorita —dijo la rastreadora cuando el Gris abrió los ojos.

Había amanecido hacía poco. La luz clara de la mañana flotaba por el cementerio, alejando el frío de la noche.

Era la segunda vez que Sara aguardaba junto al Gris, mientras dormía, mientras se recuperaba de sus heridas. Si así eran todos los casos que resolvían, era obvio que el niño era un miembro indispensable en el equipo.

—No tengo ninguna favorita —dijo el Gris. Se incorporó, estiró los brazos e hizo un gesto de aprobación—. El niño ha hecho un buen trabajo.

—Se ha asegurado de que lo supiera. Me bombardeó diciéndome lo bueno que era y lo bien que curaba. Ya le conoces... Se ha quedado dormido. ¿Quieres que le despierte?

El Gris elevó la cabeza. Se cubrió los ojos con la mano.

—Déjale que duerma. Se pone muy pesado si le despiertas.

Sara siguió su mirada.

—Aquí no te ve nadie. No tienes que preocuparte por el sol.

—Lo sé.

—Me ha hecho compañía toda la noche —dijo ella acariciando el gato negro. El animal ronroneó, frotó su hocico contra el brazo de Sara—. Gris, tenemos que hablar.

—No puedo contaros lo que sucedió con los ángeles —dijo él—. Es por vuestra seguridad. Es mejor que no os mezcléis con ellos. Yo mismo intento tener el menor contacto posible.

El Gris sacó una pulsera, la deslizó entre los dedos y jugueteó con ella con suma agilidad. Sara percibió un sutil cambio en su rostro.

—Era de Miriam, ¿verdad? —Él asintió. Sara había reconocido la pulsera con la que la centinela le controlaba y le mantenía localizado—. ¿La echas de menos? Yo diría que sí. Era una mujer increíble... y preciosa.

—La echaré de menos —dijo el Gris. Había dolor en su voz.

Sara sintió un leve pinchazo de envidia. No estaba bien sentir eso de alguien que había muerto.

—Parecía haber algo entre vosotros. ¿Me equivoco?

—Eso queda entre ella y yo —contestó el Gris.

Guardó la pulsera en un bolsillo. Sus ojos de ceniza estaban desenfocados, perdidos en la distancia, entre las escasas nubes que empezaban a cubrir el cielo.

Sara esperó antes de hablar. Le dio la sensación de que él estaba pensando en Miriam, tal vez despidiéndose, y no le pareció apropiado interrumpirle.

—Es la hora de que hagas tus preguntas —dijo el Gris mirándola—. Sigues aquí, con nosotros, y acordamos hablar cuando todo acabara. Ese momento ha llegado. Supongo que aún tienes dudas que te impiden tomar una decisión.

Tenía menos de las que había imaginado hacía un par de días, pero aún no había despejado la más importante de todas.

—No me has dicho por qué me quieres en el grupo —dijo Sara sin rodeos—. Hay rastreadores que lo harían mejor que yo.

El Gris asintió.

—Es cierto, en parte al menos. No hay tantos rastreadores mejores que tú, solo son más experimentados. Mejorarás. Y antes de que digas nada, eso no importa. No te escogí por tus capacidades de rastreo. Te necesito para no olvidar, para mantener ciertas cualidades que estoy perdiendo.

Sara sacudió la cabeza, confusa.

—Tendrás que explicármelo un poco más.

—Cada vez siento menos, Sara —dijo él con pesar, fatigado. Ella lo vio por primera vez como a un enfermo, alguien desvalido que necesita ayuda—. Perdí demasiadas cosas junto con mi alma. Me cuesta recordar qué se siente al ver sonreír a un niño o al escuchar una canción emotiva. Sé que son buenos momentos, probablemente los mejores, pero yo ya no reconozco el calor de la felicidad. Mis emociones no se agitan. ¿Cómo explicarlo...? No me conmueve ver a un mendigo muerto de hambre, se me olvida dar las gracias, no me altero si me insultan o me desprecian. Tampoco puedo recordar la última vez que lloré.

—Debe de ser terrible —dijo ella, comprensiva—. ¿Y yo puedo ayudarte a sentir de nuevo?

—No, nadie puede. Pero tú puedes recordarme qué significa ser una buena persona, un ser humano decente y con valores. Eres un ejemplo que necesito.

—Están los demás. El niño y...

El Gris levantó la mano para interrumpirla.

—Ellos no sirven para eso, ni aunque tuvieran las mejores intenciones del mundo. Álex y el niño están marcados como yo por sus propias cruces. Ellos me acompañan por motivos personales, y eso está bien, porque les convierte en buenos compañeros. Pero no son...

—¿Normales? —dijo ella—. Lo sé.

En otra ocasión tendría que profundizar sobre cómo una persona que quería

matarle se podía considerar un buen compañero. De algún modo supo que ese no era el momento.

—Exacto, no lo son. Mi viaje se cruza con todo tipo de... seres. Pero cada vez tengo menos relación con personas normales y corrientes. Y no quiero olvidar lo que es un ser humano, lo que un día fui yo.

—Aún lo eres, no deberías hablar así... —El gato maulló. Sara le acarició la cabeza—. Te he observado estos días y sé qué tus sentimientos no están muertos, no del todo. Si te lo propones...

—No, Sara, no te engañes. —El Gris miró al cielo de nuevo. Las nubes se abrieron y un rayo de sol descendió justo a su lado. Él extendió la mano y dejó que la luz se posara sobre ella—. No estoy enfermo. Mi problema no se soluciona con terapia ni antidepresivos. No tengo alma y no hay medicinas para eso. Tienes que entenderlo, asumir que las cosas no van a mejorar solo con aplicar un poco de voluntad. Si vienes conmigo, no me curarás, pero puedes ayudarme.

—No soporto esa actitud derrotista —dijo ella más alto de lo que pretendía—. Tal vez no tengas alma, pero tu peor problema es otro. Es tu falta de esperanza.

—¡Mira mi mano bajo el sol! ¡Mírala bien! La esperanza no tiene nada que ver. Tú no lo entiendes, nadie puede hacerlo. Los sentimientos y la memoria no son lo único que perdí. Todo murió para mí. No puedo ver los colores, ¿sabías eso? Ni siquiera el blanco o el negro, solo veo tonos grises. El mundo es un lugar feo y triste para mí. Los sonidos y los olores están distorsionados y vosotros no sois más que sombras, cada vez más difusas. Mira mi mano una vez más, debajo de ella. Nada. Ni siquiera tengo sombra, porque yo no debería estar aquí.

El Gris retiró la mano y la trajo de nuevo a las sombras, lejos de la luz del sol.

Sara se levantó hecha una furia, gesticulando sin parar. El gato se asustó y fue a ocultarse entre los arbustos.

—Desde luego yo sí tengo sentimientos porque se me revuelven las tripas de oírte hablar. ¡Tú eres único, maldita sea, tienes un don! Puedes hacer cosas imposibles para el resto del mundo. ¿Qué idiotez es esa de que no deberías estar aquí? Si tú desaparecieras, se perdería algo irreemplazable. Estoy segura de que hay un propósito que explica tu situación.

Esperaba una réplica furiosa, un contraataque por su breve arrebato. Pero el Gris la miró muy tranquilo, casi sonrió.

—Me recuerdas a alguien. Al padre Jorge. Un hombre santo que me suele confesar cuando tengo un alma. Él cree en mi salvación.

—Seguro que es un hombre sabio.

—O un loco —repuso el Gris—. Pero veo que nunca estaremos de acuerdo.

Sara se encogió de hombros.

—Bueno, no es malo tener puntos de vista diferentes. —Sara miró hacia los

arbustos, buscando al gato. Después de pasar toda la noche con el animal, le echaba de menos.

—No te preocupes por él, volverá —dijo el Gris leyendo sus pensamientos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es tuyo, es para ti ahora que has decidido unirme a nosotros.

Ella asintió con una sonrisa.

—Entonces, dime. ¿Por qué no hicimos algo con Mario? Le dejamos libre.

—¿Hubieras preferido entregarlo a la policía? ¿Acusado de qué?

Era evidente que esa no era una opción.

—¿Y a los ángeles? —sugirió Sara—. Es una persona indecente.

—Los ángeles tienen otras preocupaciones, créeme. Ellos no se involucran en nada a menos que guarde relación con las páginas de la Biblia de los Caídos. Esa es su misión.

—Pero no es justo. Mario es un delincuente y merece un castigo.

—Y lo tendrá —dijo el Gris.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque su mujer está embarazada y una vez más el hijo no es suyo. Lo vi con total claridad.

—¿Otra vez? —Sara estaba boquiabierta—. Pero..., ¿por eso la dejaste escapar? Sé que pudiste atraparla.

—Muy observadora... —dijo el Gris—. Permití que huyera porque quiero que me lleve hasta el demonio que está detrás de todo esto. Tiene que ser uno muy fuerte, quizá un demonio puro incluso.

—¿Y eso no es peligroso?

—Siempre lo es.

—Aun así, Mario...

—Mario Tancredo es irrelevante, olvídate de él. El mundo está lleno de gente así. No es asunto nuestro.

La rastreadora negó con la cabeza, se frotó las manos con insistencia.

—El mundo es asunto de todos nosotros. De hecho, yo voy contigo porque estoy convencida de que tus actos, esos que solo tú puedes realizar, sirven a un fin mayor.

—No, Sara. El mundo no es mi problema. De nuevo basas tus deducciones en una fe que no entiendo, como el padre Jorge.

—Se llama esperanza. Si me das tiempo te enseñaré cómo funciona.

—Ambos os equivocáis. —El Gris endureció la voz—. Mi camino va en una dirección muy concreta, y ni el destino ni la fe ni la esperanza tienen nada que ver. No tenéis en cuenta un dato esencial. Escucha con mucha atención. —Tomó una honda bocanada de aire—. Yo no perdí mi alma. Alguien me la robó, me la arrebató junto a todo lo demás. Yo no elegí ser único, sino que me hicieron así, contra mi

voluntad, y no descansaré hasta vengarme. ¡Jamás! ¿Lo has entendido bien? —Cada vez parecía más furioso, más fuera de sí mismo—. Si puedo, recuperaré mi alma, y si puedo, averiguaré por qué me la quitaron. Pero hay algo que haré seguro, pase lo que pase. Encontraré a quien me lo hizo y le mataré. —El Gris apretaba las mandíbulas y los puños, cada vez más fuerte—. No importa cuánto tiempo me lleve, daré con él y utilizaré hasta el último conocimiento que haya adquirido para que su alma sufra el peor tormento que sea capaz de ocasionarle. —El Gris miró a Sara, que retrocedió un paso. Nunca había visto una mirada como aquella—. Ese es mi objetivo, no otro. El mundo solo tiene que durar hasta que atrape a mi presa, luego me da exactamente igual qué le suceda. ¿Seguro que quieres compartir ese viaje conmigo?

AQUÍ CONCLUYE EL TOMO CERO DE LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS

La respuesta está en La Biblia de los Caídos

MÁS TOMOS DE LA BIBLIA DE LOS CAÍDOS

Los colmillos del asesino. El testamento de Sombra. Tomo 1

El testamento del Gris. Tomo 1



FERNANDO TRUJILLO SANZ, nació el 30 de diciembre de 1973 en Madrid. Pronto se trasladó con sus padres y su abuela a San Sebastián de los Reyes, donde conoció a su amigo César; prácticamente acababan de aprender a leer y poco podían imaginar que juntos escribirían un libro 30 años más tarde. Afición a los libros sí mostró desde bien pronto, sobre todo a historias de fantasía de autores como Tolkien, Asimov o Stephen King. Su gusto por los mundos imposibles se alternaba con el humor de Mafalda y libros como La conjura de los necios. Nunca pensó que fuera capaz de escribir una novela, ni siquiera un párrafo... Fernando es un autor de la nueva generación de escritores que prácticamente empezó su carrera en el mundo del libro digital.

Otras obras del autor

Sal de mis sueños.

El secreto de Tedd y Todd.

La Guerra de los Cielos.

La prisión de Black Rock.

La última jugada.

El secreto del tío Óscar.

A continuación el primer capítulo de cada una de las novelas.

LOS COLMILLOS DEL ASESINO

EL TESTAMENTO DE SOMBRA. TOMO 1. VERSÍCULO 1

—Suelta ese crucifijo, anormal —gruñó Julio, lanzando un zarpazo a las manos de su compañero.

Óscar retrocedió para esquivar el golpe mientras aferraba con más fuerza la cruz de plata que había robado en una iglesia poco antes de acudir allí. Era grande, pesada y estaba recargada con profusión de detalles ornamentales.

—Nunca he visto a un vampiro —dijo con un leve temblor en la voz—. Tener un crucifijo me da confianza.

Julio carraspeó. El sonido rebotó entre las paredes curvadas del andén. Eran las tres de la madrugada y la estación de metro de San Bernardo estaba desierta.

—No eres creyente —se burló—. No te servirá de nada. Pero no temas, los vampiros no beben sangre de idiotas. Tengo entendido que les produce diarrea. Se cagan patas abajo.

Óscar no se dejó provocar ni desvió la atención de las manos de su compañero. Sabía que esperaba una oportunidad para arrebatársele la cruz. Julio podía ser muy molesto cuando se aburría. En el último trabajo que les encargaron, les tocó escoltar a una de las chicas del jefe. Tuvieron que esperar en el coche cerca de cuatro horas mientras la mujer se probaba toda la ropa de un centro comercial. Julio no paró de incordiarle con cualquier pretexto. Y ahora, en aquel solitario andén, no había mucho que hacer.

Además, él sí tenía miedo. No podía admitirlo abiertamente porque eso no ofrecía una buena imagen en alguien de su profesión. Se supone que nada puede asustar a un matón a sueldo, y normalmente ese era el caso, pero no esta vez, no cuando se trataba de un...

—¡Cerrad el pico de una vez! ¡Los dos! —gruñó Emilio, el jefe.

Los dos guardaespaldas obedecieron. Irguieron sus musculosos cuerpos y aguardaron. En eso invertían la mayor parte del tiempo, en esperar. Emilio era un jefe razonable, quizás demasiado para ser el cabecilla de una red de tráfico de drogas que introducía toda clase de sustancias ilegales en Madrid. Hablaba mucho. En opinión de Óscar, Emilio sobreestimaba el poder de la palabra y la conversación, lo cual dejaba poco lugar para la acción intimidatoria, que era la especialidad de los dos guardaespaldas. Como consecuencia, tenían bastante tiempo libre, que Óscar invertía en el gimnasio. Curiosamente, ahora que daba menos palizas a los morosos, estaba más fuerte que nunca. Qué desperdicio.

En cambio, con su anterior jefe, las cosas eran muy diferentes. Allí cuando alguien se pasaba de la raya, Óscar se encargaba de señalarle al insensato su error, de

un modo doloroso, por supuesto, porque si no, se corría el riesgo de que el pobre infeliz no aprendiera la lección.

—No creo que venga —dijo Julio—. En cualquier caso, sea o no un vampiro, es un impuntual.

Emilio consultó el reloj.

—Esperaremos —dijo el jefe—. Su reputación es intachable. Es el mejor, nunca falla, y siempre cumple su palabra. Si se ha comprometido a venir, vendrá.

Óscar se preguntó cómo el jefe sabía tanto del vampiro. No es que figurara en las páginas amarillas, precisamente, aunque en realidad, ningún asesino a sueldo lo hacía.

Julio se había ofrecido para hacer el trabajo él mismo, asegurando que entre él y Óscar podrían liquidar al objetivo sin problemas. Óscar se puso bastante nervioso cuando se enteró del atrevimiento de su estúpido compañero, que por supuesto no había contado con su opinión antes de abrir la bocaza. Por fortuna, Emilio era un hombre sensato y desestimó la oferta, les aseguró que ya tenía al hombre indicado para el trabajo. Óscar suspiró aliviado. Una cosa era proteger al jefe por la calle, intimidar a algún camello que se pasara de la raya, y dar alguna que otra paliza a quien se retrasara en un pago, pero matar a una persona, asesinarla a sangre fría, era algo muy diferente. Hacen falta algo más que músculos para lograrlo; es necesario talento, inteligencia, y otras cualidades que seguro que Julio no tenía. Tal vez el bocazas de su compañero podría liquidar a un delincuente vulgar, en la calle, a solas y sin un plan complejo. Pero se trataba de matar a un juez y de eso solo puede ocuparse un profesional.

Óscar consiguió mantener la compostura cuando Emilio les dijo que iba a contratar a un vampiro. No sonrió ni frunció el ceño, ni preguntó si había oído bien. Por el contrario, se mantuvo serio y esperó a que le jefe explicara que había sido una broma.

Pero no lo era.

Óscar había oído rumores en las calles sobre vampiros, demonios y otras criaturas. Estupideces. La gente dice cualquier cosa cuando está drogada o para asustar a los demás. También se hablaba de fantasmas, ángeles y toda clase de figuras sobrenaturales muy poco originales. Incluso oyó una vez una leyenda sobre un hombre que no tenía alma. Menuda basura. Óscar se estaba cansando de lidiar con tanta chusma en su trabajo, a veces incluso a pesar del dinero que ganaba. Estaba ahorrando y calculaba que en un par de años, o tal vez tres, podría salir de aquel asqueroso mundo.

Sin embargo, su jefe sí creía en esas historias, al menos, en los vampiros. Cuando les explicó que tenía a un asesino infalible y que se trataba del reputado Sombra, Óscar no pudo evitar sorprenderse. Aquel nombre le sonaba, estaba seguro de que lo

había oído antes y en más de una ocasión. La incertidumbre de no recordar más datos le llevó a robar el crucifijo, por si acaso.

Julio le dio una patada a una lata abollada, que fue rodando con un molesto chirrido hasta caer en las vías del metro. Dos ratas salieron corriendo entre los raíles.

—¿No puedes estarte quieto? —le reprendió el jefe.

Julio se encogió de hombros.

—A lo mejor el ruido asusta a los vampiros.

Un periódico que descansaba sobre un banco se elevó en el aire y osciló en un baile lento y pausado. El panel electrónico que mostraba el nombre de la estación parpadeó. De la oscura boca del túnel surgió humo, tal vez niebla. El aire susurró.

—La verdad es que el ruido no nos asusta. —Se giraron. Había un hombre justo detrás de Julio, con una sonrisa turbia en la cara—. Lo cierto es que los que asustamos somos nosotros.

Julio dio un paso atrás, sobresaltado. El recién llegado era un hombre bien parecido, de cabello castaño, un poco más largo de lo que dictaba la moda, pero que le confería cierto aire rebelde y atractivo. Calzaba unas llamativas deportivas de color rojo, vaqueros gastados y una camisa de cuadros por fuera del pantalón, formando un conjunto muy informal. Medía metro ochenta, más o menos, y aunque no estaba ni la mitad de fuerte que los fornidos guardaespaldas de Emilio, se adivinaba cierto tono muscular y bien proporcionado.

—Tú debes de ser Sombra —dijo Emilio.

—El mismo —confirmó el asesino—. Mis disculpas por el retraso. Otro asunto reclamaba mi atención.

Se movía con aire despreocupado, despacio, pero sin dejar de pasear. A Óscar le llamó la atención que tuviera la piel bronceada, le había imaginado tan pálido como una hoja de papel. A pesar de que fuera un vampiro y un asesino implacable, su aspecto no le impresionó. No aparentaba más de treinta años, pocos para un auténtico profesional, a menos, claro, que de verdad fuera inmortal. Lo cierto era que contemplarle estaba disipando sus miedos, empezaba a creer que no se trataba de un vampiro.

—Tengo un trabajo para ti. —El jefe chasqueó los dedos.

Óscar sacó un sobre con documentación y se lo tendió a Sombra, pero la atención del vampiro se había dirigido a otra parte.

—Bonita cruz —dijo. Alargó la mano y acarició los bordes plateados con el dedo índice—. Es una cruz presbiteriana. Su diseño está basado en las cruces celtas medievales de Irlanda y Gran Bretaña. Representa una doctrina protestante del siglo XVI, una opción religiosa interesante.

—Yo no... —Óscar se quedó momentáneamente sin palabras—. ¿No te desagrada?

—¿A mí? —se extrañó el vampiro—. Yo tengo tres, de oro.

—¿Podemos centrarnos en los negocios? —dijo Emilio.

—Desde luego. —Sombra tomó el sobre y extrajo la documentación. La repasó con mucha rapidez, un par de segundos por página—. Un juez... No es una petición habitual.

—¿Ya has leído todo el informe? —preguntó Óscar un tanto asombrado.

—Leo muy deprisa —aseguró Sombra.

Óscar no le creyó. Estaba claro que era un fanfarrón. Sintió el impulso de preguntarle algún dato concreto para desenmascararle, pero supuso que al jefe no le gustaría la idea. El vampiro retomó sus andares tranquilos, deslizándose entre ellos, silencioso, echando algún vistazo esporádico a las páginas del informe.

—¿Algún problema? —quiso saber el jefe.

—En absoluto —contestó Sombra—. Entiendo que este caballero ha interferido en tus negocios y quieres librarte de él.

—Tu tarea es matar y los motivos no te interesan —dijo Emilio—. O al menos eso es lo que dicen de ti. Eso y que nunca fallas.

El vampiro se detuvo. Quedó de espaldas a ellos, mirando las vías del metro.

—Puedes estar seguro de que yo no fallo jamás. La pregunta era por simple curiosidad profesional.

Emilio suspiró.

—Es un juez muy testarudo. No quiere aceptar un soborno y eso que le he ofrecido una cantidad más que razonable... Es una de esas personas con moral, no las soporto. Ha encarcelado a varios miembros de mi organización y se ha convertido en una amenaza para mi red de tráfico de drogas. Lo quiero muerto. Si eres tan bueno como se dice, puedes fijar el precio que te convenga.

—Ya veo. Es una gran oferta, sin duda —dijo Sombra aún mirando a la oscuridad del túnel—. Claro que asesinar a un juez no será fácil. Provocará una investigación...

—¿Y eso qué más te da? —le interrumpió Óscar—. ¿No eres un vampiro?

—Lo soy —dijo Sombra sin volverse.

—Entonces no tendrás problemas en matarle —siguió Óscar—. A no ser que te hayas inventado esa chorrada para cobrar más pasta y dar miedo a los demás.

Sombra se volvió, le miró directamente a los ojos.

—¿Te doy miedo?

Óscar dejó la cruz en el suelo y sacó su pistola.

—No. Y no creo que seas un vampiro —dijo mientras le apuntaba directamente al pecho—. Más bien eres un fante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Julio. Su forzudo compañero retrocedió un paso.

—Guarda el arma —le ordenó el jefe.

Óscar no obedeció.

—¿Por qué? Si es un vampiro de verdad, la bala no le hará nada. ¿No es así?

Sombra empezó a andar hacia él, con una sonrisa encogida en los labios. Se acercaba despacio, zigzagueando.

—Cierto, una bala no puede detenerme.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Julio.

—No lo hagas —insistió el jefe.

El vampiro se acercó más, siempre mirando directamente a Óscar.

—Quieres apretar el gatillo, ¿verdad? Lo veo en tus ojos. —Sombra comenzó a caminar en círculos alrededor de Óscar, que mantenía el cañón apuntándole en todo momento—. Tienes dudas, deseas dispararme y averiguar si de verdad soy o no un vampiro. Suponías que el crucifijo te protegería de mí, pero has comprobado que no y eso te ha puesto nervioso.

Sombra aceleró un poco el paso, estrechando un poco el círculo con cada vuelta. Julio y Emilio le pedían a Óscar que bajara el arma, pero el guardaespaldas no les hacía caso.

—¡Retrocede! —gritó Óscar. Una gota de sudor resbaló por la mejilla. La pistola empezó a temblar en sus manos—. Dispararé, te lo advierto.

El asesino aumentó la velocidad.

—Veo que eres un hombre muy fuerte y musculoso. Si no soy un vampiro, no deberías necesitar esa pistola para reducirme. Como puedes ver, estoy desarmado. —Sombra sacudió su camisa de cuadros para hacer patente que no ocultaba nada. Siguió girando. Pasaba delante de Julio y Emilio cada vez más rápido, siempre bajo la amenaza del cañón de Óscar—. Pero no guardas la pistola. El miedo te domina.

Óscar estiró un poco el brazo. Ahora la pistola estaba a menos de un palmo del pecho de Sombra. La mano le temblaba.

—¡Te he dicho que retrocedas!

—¿Por qué iba a hacerlo? La bala no puede conmigo. Vamos, dispara y compruébalo. No me pasará nada.

—¡Baja el arma, imbécil! —gritó Julio.

—¡Dejad de dar vueltas! —ordenó Emilio.

Sin detener su movimiento alrededor de Óscar, Sombra separó los brazos y colocó su pecho a un centímetro escaso del cañón de la pistola.

—Así, justo en el corazón —dijo. El guardaespaldas, que continuaba girando al ritmo de Sombra para mantenerle encañonado, empezó a sentirse confuso y mareado—. Mantén el pulso, no tiembles tanto. Mucho mejor así... Ahora dispara, acabemos con esto.

—¡Tú te lo has buscado!

—Hazlo —dijo Sombra, con suavidad, casi en un susurro—. No seas cobarde,

vence tu miedo. ¡Dispara!

Sombra sonrió y mostró los colmillos. Se inclinó un poco hacia delante.

Óscar apretó el gatillo. Un disparo atronador resonó en el andén y quedó ahogado por la punzada de un gemido. El corazón de Óscar latía descontrolado. Cuando su mano temblorosa se abrió, la pistola humeante rebotó contra el suelo.

—¿Qué has hecho? —gritó Emilio.

Óscar aún no lo entendía. Hacía un instante que Sombra le provocaba delante de él, rozando la pistola con el pecho, y de repente ya no estaba.

—Te dije que no me pasaría nada —susurró el vampiro al oído de Óscar, desde su espalda.

Emilio se agachó junto a Julio, que yacía en el suelo con una mancha oscura que empapaba su jersey. El disparo le había alcanzado en el cuello. Intentaba hablar, pero solo emitía sonidos incomprensibles, asfixiados por las pequeñas burbujas rojas que emanaban de sus labios.

—¡Maldito estúpido! —gruñó Emilio—. ¡Te ordené guardar el arma!

Julio convulsionó y le salió un borbotón de sangre por la boca. La cabeza cayó inerte sobre su hombro.

Óscar estaba horrorizado. No podía creer lo que había hecho. Había matado a una persona y todo por culpa de ese asqueroso...

Un golpe le obligó a doblar la rodilla. Su brazo se retorció hacia atrás y el codo crujió con un dolor insoportable. Sombra apareció de nuevo ante él, con los colmillos extendidos, blancos y afilados, hermosos, terribles. Le mordió en el hombro del brazo que había mantenido ileso. Óscar aulló. Después sintió un corte en el vientre. Cayó al suelo y notó algo húmedo y caliente que resbalaba hacia las piernas.

Vio las zapatillas rojas de Sombra alejándose, despacio y sin prisa.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Emilio, alarmado, desenfundando su arma.

—¿Otra pistola? —El vampiro avanzaba tranquilo y despreocupado.

—¡Ya basta! Le has dado su merecido a ese estúpido. —Emilio le apuntó—. El trato sigue en pie. El juez...

Óscar solo consiguió ver un borrón. El vampiro se colocó sobre el jefe en un movimiento apenas perceptible. Con un mordisco le arrancó de cuajo la mano que sostenía el arma. Emilio abrió la boca y los ojos en una máscara de estupor ante la visión del muñón sanguinolento. Se tambaleó hasta caer de rodillas. La sangre manaba abundantemente, derramándose sobre el sucio suelo del andén.

El vampiro escupió la mano que aún sostenía la pistola. Su mandíbula estaba manchada de rojo. Se agachó sobre Emilio y clavó los colmillos en el cuello. Los ojos de Emilio apuntaron directamente a Óscar mientras el vampiro sorbía con ansiedad. El muñón se agitaba descontrolado, regando el suelo de sangre.

Después de varios segundos eternos, Sombra soltó el cuerpo de Emilio, que se

desplomó sobre un charco purpúreo.

—¿Por... qué? —preguntó Óscar agonizando.

El vampiro se acercó hacia él.

—No estoy interesado en el trato —dijo Sombra—. El dinero no era el problema, como habrás podido deducir. No quiero matar a ese juez. Y la verdad es que no quiero que nadie lo haga.

Puso su mano alrededor del cuello de Óscar y levantó un poco la cabeza para que pudiera verle mejor.

—Pero... eres un asesino... a sueldo —murmuró el indefenso guardaespaldas.

—Lo soy, pero este caso es diferente. Verás, ese juez que queríais que matara es mi hermano.

Óscar palideció.

—Tu... reputación...

—¡Oh, eso! Tampoco es un problema. Hay dos formas de mantener una reputación intachable. La primera es no fallar nunca, algo que se me da bastante bien. La segunda es para situaciones como esta. Cuando no cumplo con lo que se espera de mí, nadie sale con vida y así no pueden ensuciar mi fama, ni extender rumores que alejen a posibles clientes. Lo entiendes, ¿verdad?

Claro que lo entendía y demasiado bien.

—Piedad... Puedo unirme a ti... convertirme.

El vampiro acarició su barbilla. Abrió la boca, como previendo un sabroso placer, y un rojo brillante goteó de sus colmillos.

—Otra oferta interesante —dijo con gesto reflexivo—. Desgraciadamente para ti, eres demasiado feo para ser vampiro. Se requiere cierto estilo. Además, la conversión es prácticamente imposible. Eso de que solo basta con morder es un mito, como las cruces. Lo que por cierto me recuerda... Toma, sostenlo. —Sombra tomó el crucifijo y lo colocó en el regazo del moribundo—. Tal vez te proporcione algún consuelo.

Lo último que Óscar vio fueron dos afilados colmillos cayendo implacables sobre él, y lo último que sintió fueron dos punzadas atroces en el cuello.

Después, todo fue frío y oscuridad. Ninguna luz, como siempre había creído.

SAL DE MIS SUEÑOS

PRIMER SUEÑO

No tenía ni idea de cómo había llegado al museo. Pero allí estaba, en una amplia galería, rodeado de gente que iba y venía, inmóvil, desorientado, frente a un cuadro que no me gustaba, y lo más desconcertante de todo, completamente desnudo.

Cubrí mis partes íntimas con ambas manos en un acto reflejo. Me encogí, miré en todas direcciones, me sentí completamente abochornado. La gente pasaba a mi lado sin prestarme la menor atención, pero eso no disminuía la terrible angustia que me atormentaba. Retrocedí, sin separar las manos, hasta apoyar la espalda contra la pared. Deseé despertarme con todas mis fuerzas. No era el primer sueño en el que me veía desnudo entre un montón de desconocidos.

Alguien me señaló y se rio. Era un niño que daba tirones al brazo de un hombre, que por fortuna estaba absorto contemplando un cuadro. Yo sabía que aquel hombre era su padre. No los había visto nunca, ni al padre ni al hijo, pero los sueños funcionan así: uno sabe cosas que no debería saber, se encuentra en lugares que no significan nada para sí mismo y suceden acontecimientos que no se pueden explicar. Como por ejemplo, que no sintiera frío en los pies a pesar de estar descalzo sobre el mármol.

—Aquí no... No seas pesado.

Conocía esa voz demasiado bien. Era una voz que escuchaba a diario en el instituto, suave y melódica, femenina, de las que uno imagina siempre acompañada por una sonrisa.

—¿Por qué no? ¿Te da vergüenza besarme en público?

Entonces los vi, a Claudia y a Eloy, juntos y abrazados. Estaban al otro extremo del pasillo, en una esquina algo apartada. Los veía con claridad a pesar de los numerosos visitantes que desfilaban y comentaban las obras de arte. Claudia estaba radiante, con la melena castaña ondeando sobre los hombros, flotando, como si estuviera debajo del agua. Sin duda otro de los efectos irreales del sueño. Eloy era repugnante. En realidad, no se parecía físicamente al chulo que me martirizaba con sus bromas en el instituto. Era mucho más gordo y deforme, babeaba, y tenía los brazos desproporcionadamente grandes, como los de un gorila. Y sin embargo era él. Lo sabía. Mi subconsciente había dotado a Eloy de esa forma tan grotesca, pero seguía siendo él.

Ella se resistía, retiraba la cara, jugaba. Él la aferraba entre sus brazos gigantes, sacaba una lengua asquerosa y larga como una serpiente.

—Vamos, no seas tonta, solo un besito.

Ella rio, pero continuó con el forcejeo. Tonteaba. Yo sentí náuseas. Quería

apartarla de él, salvarla. Pero no podía ir hasta ellos desnudo como estaba. Todo el mundo me vería y se burlaría de mí.

—Una escena enternecedora —dijo alguien a mi lado.

Giré la cabeza, ligeramente sorprendido. Dos rostros idénticos me observaban, sonriendo de un modo dulce e inocente, iluminados por una luz propia. Eran dos rostros encantadores de dos niñas bajitas más jóvenes que yo, de unos diez años, que parecían gemelas. Una era rubia; la otra, morena. Ahí terminaban las diferencias entre ellas.

—¿Me habéis dicho algo?

Me sentí muy incómodo al estar desnudo frente a las chicas, aunque ellas no parecían advertirlo. La rubia se apoyaba en un bastón negro bastante sencillo y pequeño, acomodado a su corta estatura.

La morena se lo arrancó de las manos de mala manera, me miró y frunció los labios. La sonrisa desapareció.

—¿Eres masoquista?

—¿Perdón?

—¿Por qué sigues mirándoles? A Claudia y a Eloy. ¿Eres tonto?

Suspiré.

—Este es el sueño más raro que he tenido...

La rubia extendió la mano. La morena bufó y pateó el suelo. Luego le entregó el bastón, también de mala manera.

—No le hagas caso —dijo la rubia—. Es una gruñona. ¿Te gusta este cuadro?

Miré el cuadro que señalaba la chica, el mismo que había visto nada más empezar el sueño, un segundo antes de darme cuenta de que me encontraba en un museo, y dos segundos antes de comprobar que mi pijama no había viajado conmigo al mundo onírico.

El cuadro retrataba una partida de cartas entre cuatro jugadores. En una esquina había una niña observando la partida, muy pequeña, de unos cinco años, peinada con dos coletas muy graciosas. Junto a la pequeña se sentaba un perro negro enorme. Era obvio que el pintor era pésimo, ya que había dibujado la sombra de la chiquilla al revés que todas las demás. Por suerte para él, su obra estaba expuesta en un museo imaginario.

—No mucho —dije, indiferente. No pude evitar deslizar la vista hacia Claudia. Seguía igual, forcejeando con Eloy, que trataba de besarla. Era como si el tiempo se hubiera detenido para ellos, pero no para mí—. No me gusta el arte. Ni los cuadros ni las esculturas. Me aburren.

—Este cuadro te gustará —insistió la rubia. Daba vueltas al bastón en su mano derecha. La morena contraía el rostro a su lado, impaciente—. Representa una batalla muy importante de nuestra historia. El desembarco de Normandía. Una gran victoria

en la Segunda Guerra Mundial.

No me importaba la Segunda Guerra Mundial. Alemania perdió y los buenos ganaron, es cuanto necesitaba saber. Entonces me di cuenta de que estábamos hablando del cuadro en el que yo había visto una partida de cartas, nada de una batalla. Volví a mirar el cuadro.

Me extrañé al ver una playa. Un terreno salpicado de cadáveres y explosiones. Los soldados salían del agua, sorteaban unas complejas estructuras metálicas, se resguardaban donde podían, morían. Había algo en la pintura, como si tuviera movimiento...

Continué sin sentir interés por el cuadro.

La niña morena le quitó el bastón a la rubia una vez más.

—Mira que eres plasta —le recriminó a la rubia—. Ya te dije que pasa de pinturas. Solo le interesa Claudia. ¿A que sí?

Claudia y Eloy continuaban con su tira y afloja. Yo cubría mis partes con ambas manos, aunque ya no me sentía tan molesto por estar desnudo.

—No entiendo qué hace con él —murmuré observando a la pareja.

La morena resopló.

—¿No lo sabes? ¡Menudo capullo!

—¿Qué quieres decir?

—Es tu sueño. Tú deberías saberlo. Por eso te pregunté si eras masoquista. Estás soñando que a tu chica le acosa un ser repugnante.

—No es mi chica —protesté.

—Eso ya se ve —repuso la morena—. O no la estaría manoseando esa aberración.

La rubia se interpuso entre ellos y alargó la mano. La morena dejó caer el bastón al suelo con una falsa expresión de sorpresa. La rubia se agachó y lo recogió. Le dio vueltas con su mano diminuta.

—Le estás molestando —le dijo la rubia a la morena, con una voz demasiado suave para transmitir autoridad, y añadió dirigiéndose a mí—: Ven, mira el cuadro. La batalla es fascinante.

—Ya te he dicho que no me gusta la hist...

El cuadro había cambiado. Ya no se veía el mar, solo la arena. Los soldados avanzaban y ganaban terreno. En la parte derecha se veían unos búnkeres que escupían balas y toda clase de proyectiles sobre los invasores.

—Así fue como se desarrolló la batalla —comentó la rubia, entusiasmada.

—¿El cuadro cambia el dibujo?

—Claro, en un sueño todo es posible. Observa.

Otra imagen. Otro paso en la conquista de Normandía. Los aliados luchaban contra los alemanes en los búnkeres y los expulsaban. La pintura cambió una vez más. No era un vídeo, no tenía movimiento, pero el cuadro se deformaba y moldeaba

nuevas imágenes, increíblemente reales. Yo observaba perplejo y confundido, mientras la niña rubia narraba la batalla con todo lujo de detalles.

Hasta que la morena le arrebató el bastón.

—Ya está bien de ese peñazo histórico. Sueñas cosas muy aburridas.

—Y muy confusas —asentí—. También sueño con vosotras. Nunca antes me había pasado.

—Y con Eloy. —La chica morena le apuntó con el bastón—. Es un poco raro que le dieras esa forma. Imagino que le odias.

—Yo no... —Ahogué la negativa que había estado a punto de pronunciar. En mi propio sueño no tenía por qué fingir ni guardar las apariencias—. No me cae bien, la verdad.

—Y sin embargo está intentando hacer guarrerías con tu chica.

—Que no es mi...

—Y a ella no parece molestarle.

—Claro que le molesta...

—Te molesta a ti. Y sin embargo es tu mente la que crea esa imagen. Definitivamente eres idiota. ¿Qué crees que pasará ahora? ¿Lo conseguirá? ¿La besará delante de todo el mundo con ese físico monstruoso mientras tú lo contemplas desnudo y con cara de bobo?

Se me revolvieron las tripas solo de imaginarlo.

—Dios, espero que no.

Entonces Eloy se acercó más, rodeó a Claudia con sus brazos simiescos y la apretó contra su cuerpo deforme. Ella alzó la cabeza y sonrió, entornó ligeramente los párpados. La lengua babosa de Eloy serpenteó en el aire, y se acercó a la boca de Claudia. Siseaba.

En ese momento, Eloy perdió el equilibrio un instante. Su pierna izquierda, que era mucho más corta que la derecha, se dobló de un modo irreal. La rodilla crujió. Y capté el sonido tan claro como si se hubiera producido junto a mí. Lo cierto es que me alegré. Claudia se libraría de ese beso inmundado.

O tal vez no.

Eloy recuperó el equilibrio y se puso de nuevo en pie. Con Claudia entre sus brazos, y su cara a escasos centímetros de la suya, giró una pizca el cuello y me miró de soslayo. Me guiñó un ojo.

Grité con todas mis fuerzas, incluso rodeé mi boca con las manos a modo de altavoz, pero mi garganta no produjo sonido alguno.

Eloy se inclinó sobre Claudia y finalmente la besó. Era un beso apasionado y repulsivo, muy acalorado, sucio, de esos que no siembran dudas sobre lo que vendrá a continuación.

Yo no podía apartar la vista. Quería, pero me resultaba imposible.

La lengua de Eloy salió de entre sus labios, que seguían fundidos con los de ella, y rodeó el cuello de Claudia, sin apretar, llenándolo de babas en una caricia nauseabunda.

—Lo dicho —dijo la chica morena—. Eres completamente tonto.

Claudia abrazó a Eloy, correspondiéndole, y eso fue demasiado. No soporté verla entregada a aquel ser.

El sonido desapareció, después los colores y las formas, luego todo dio vueltas...

EL SECRETO DE TEDD Y TODD

PRÓLOGO

Únicamente alguien que ya está muerto por dentro puede encargarse de ultimar los preparativos de su propio funeral sin sentir siquiera un leve estremecimiento. Wilfred Gord arrojó el catálogo de ataúdes tan lejos como pudo, apenas metro y medio, y se recostó en la cama con gesto reflexivo. Aún no había descartado definitivamente la incineración. La idea de que su cuerpo se pudriese dentro de una caja no terminaba de convencerle.

De acuerdo con algunos estudios, los setenta años estaban dentro de la esperanza media de vida para los hombres. Sin embargo, esto no le servía de consuelo a Wilfred. En realidad, nada en absoluto le servía de consuelo.

Su vida había transcurrido con demasiada velocidad. Había logrado lo que tantos sueñan y apenas unos pocos consiguen. Había creado un imperio económico con sus propias manos, partiendo de cero, y se había convertido en el poderoso dueño de un grupo de empresas que abarcaban todas las actividades imaginables. Prácticamente, no existía oficio que no desempeñase alguno de los empleados de Wilfred. Pero a pesar de los incontables éxitos alcanzados a lo largo de su vida, y de los increíbles retos que había superado, ahora se veía irremediabilmente derrotado por un temible enemigo que se cobraría su vida: el cáncer.

Su mansión era una de las más espectaculares de Londres. La ciudad en la que siempre había vivido, y en la que pronto iba a morir.

—No he podido venir antes —dijo Ethan asomándose por la puerta de la habitación.

Los dos formidables guardaespaldas que siempre estaban apostados junto a la entrada le cerraron el paso un instante, para luego dejarle continuar, una vez hubieron verificado su identidad. Ethan les lanzó una fugaz mirada que hubiese sido de enfado de ser otras las circunstancias. Se acercó a la cama donde descansaba Wilfred y se sentó junto a él con la soltura de movimientos propia de un cuerpo que no ha superado los veinte años. Su rostro de piel tersa, sin mácula, y su abundante mata de pelo castaño contrastaban con la cabeza calva de Wilfred y su cara surcada por profundas arrugas. Ambos tenían los ojos marrones; los de Ethan brillaban con la intensidad de la juventud, los de Wilfred estaban apagados y hundidos en sus cuencas.

—Al parecer ya no importa —dijo el anciano con una voz tan débil que apenas era un susurro. Giró lentamente el cuello para poder mirar a Ethan a los ojos. Su expresión de profundo dolor seguía allí, ensombreciendo su juvenil rostro—. Ni uno solo de mis médicos piensa que pueda vivir más de dos o tres meses.

—Ellos no saben lo que yo sé —dijo Ethan tomando la delgada mano de Wilfred—. Aún hay esperanza. Creo haber encontrado el modo.

Los párpados de Wilfred se elevaron casi imperceptiblemente.

—Dijiste que no me podías revelar el secreto —murmuró con dificultad.

—Recuerda lo primero que te expliqué. Hay reglas. No puedo hablar delante de nadie más. Ya me arriesgo demasiado. Piensa en el mayor peligro que puedas imaginar; te aseguro que yo me enfrento a algo mil veces peor.

Tras un considerable esfuerzo, Wilfred consiguió alzar lo suficiente su mano izquierda, hasta asomar por debajo de la sábana. Los guardaespaldas captaron el gesto y abandonaron la estancia, tal y como les habían instruido.

Wilfred aún no sabía qué pensar de Ethan. Por más pruebas indiscutibles que le presentase de su identidad, siempre le quedaría un resquicio de duda en lo más profundo de su ser. Ni sus siete décadas, ni el maldito cáncer habían mermado su capacidad para razonar, de eso estaba completamente seguro, y por muy atractivo que pudiese sonar, esquivar a la muerte era sencillamente imposible. Con todo, no perdía nada por escuchar la sugerencia de Ethan, pese a que tenía otros asuntos que atender. Además, no podía negar que en su interior deseaba oír cualquier cosa que ofreciese una nueva esperanza, por absurda que esta fuese.

Ethan esperó a que la puerta se cerrase antes de volverse hacia el anciano.

—Bien, debes prestar atención a lo poco que puedo contarte —dijo con un tono de voz mucho más bajo que el que había empleado antes—. No estoy seguro, pero lo más probable es que no pueda volver a verte, así que es muy importante que recuerdes todo lo que te voy a decir. ¿Podrás hacerlo?

Wilfred asintió y arrugó la cara, con la esperanza de que aquel insolente entendiese que ese gesto era lo único que sus mermadas fuerzas le permitían para expresar que no era ningún idiota y que su memoria funcionaba mejor que la suya.

—Excelente —repuso Ethan, sin dar muestras de haberse molestado—. Lo primero es que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, menciones mi nombre. Ni siquiera sé si así lo conseguirás, pero es mejor no añadir obstáculos innecesarios.

—¿Por qué no puedo nombrarte? —preguntó Wilfred en un susurro.

—No puedo decírtelo. Si todo sale bien, lo sabrás en su momento —contestó el joven. Wilfred arrugó de nuevo la cara—. Tienes que confiar en mí. Limítate a seguir mis instrucciones y vivirás muchos años, más de los que imaginas. ¿Qué puedes perder?

—El poco tiempo que me queda... Nadie puede vencer a mi enfermedad... Tal vez deberías asumirlo tú también.

—¡Maldición! ¿Es que no te basta con saber quién soy? Tienes que creerme. Estoy haciendo todo esto por ti. Si mi identidad no es suficiente para convencerte de que es posible, no sé qué otra cosa lo será.

El joven rostro de Ethan se contrajo por la desesperación. Apretó los ojos hasta que le dolieron y una lágrima resbaló por su mejilla.

El recuerdo de la vez que Ethan le había revelado quién era atravesó a Wilfred con la rapidez de un rayo. Nunca antes había tenido la sensación de estar hablando con un auténtico loco. Su historia era tan disparatada que sólo una mente desprovista de todo contacto con la realidad habría podido idear algo semejante. A pesar de todo, uno tras otro, los detalles fueron encajando con desconcertante facilidad. Wilfred exigió una prueba de ADN y todo lo que se le ocurrió para cerciorarse de que no se trataba de una broma pesada. Finalmente, sus propias creencias flaquearon lo suficiente como para permitirle aceptar la certeza que arrojaban las pruebas.

—Te creo... —musitó Wilfred—. Habla... Lo recordaré y haré lo que me indiques.

—Hazlo por favor, es tu única posibilidad. —Ethan había abierto los ojos y volvía a mirarle—. Estoy arriesgando mucho más que mi vida por ayudarte.

—¿Más que tu vida?... ¿A qué te refieres?

—Eso da igual. Acuérdate de este nombre. Aidan Zack. Es un policía. Tienes que encontrarlo.

—¿Un policía puede curarme?

—No, pero él es parte de la solución, aunque no lo sabe. Ni siquiera sospecha lo que se le viene encima.

—¿Qué le digo cuando dé con él?

—Ya no puedo revelarte nada más sin romper las normas. Por muy extraño que pueda parecerte todo lo que va a suceder a partir de ahora, no olvides que hay unas reglas que antes o después aprenderás. Todo sigue una lógica y todo tiene consecuencias. No lo olvides.

—Está bien —dijo el anciano sin estar muy convencido siquiera de haber entendido lo que debía hacer—. Encontraré a ese tal Aidan... Luego tendré que improvisar, me temo.

—Debo irme. —Ethan se levantó bruscamente y se inclinó sobre el anciano, que se removió ligeramente sobre la cama—. Ojalá pudiese contarte más. Espero que llegues a comprender de qué va realmente este asunto antes de que sea demasiado tarde. —El joven acercó sus labios a la calva de Wilfred y depositó un beso cuidadosamente, al tiempo que su mano acariciaba la envejecida piel de su rostro—. Cuídate, hijo mío. Siempre velaré por ti.

Ethan se giró para ocultar el pesar que afluía en su semblante. Se alejó resuelto a abandonar la habitación cuanto antes para evitar derrumbarse allí mismo.

—Adiós, padre —dijo Wilfred tan alto como pudo—. Encontraré a ese policía.

Un escalofrío recorrió a Wilfred de una punta a otra de su cuerpo moribundo. Nunca se acostumbraría a que su padre tuviese cincuenta años menos que él.

LA GUERRA DE LOS CIELOS

PRÓLOGO

Nueve de cada diez personas sentirían algún remordimiento al interrumpir el sermón de un cura con una ruidosa canción de un grupo de rock, cuya letra era, como mínimo, inapropiada para la ocasión. Y eso sería aún más cierto si el evento que acabaran de entorpecer de manera tan insensible fuera un funeral.

Sin embargo, Ramsey sólo sintió una ola de felicidad cuando el sacerdote levantó la vista de su Biblia y todos los asistentes giraron sus cabezas para atravesarle con una mirada de indignación. Metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó el móvil tan rápido como pudo, al tiempo que murmuraba una disculpa y se alejaba a toda prisa por los jardines del cementerio.

Cuando uno sólo puede hablar una vez al mes con su mujer, porque se halla casi incomunicada en la otra parte del mundo, colgar su llamada es la última cosa que pasa por la cabeza. Aun así, Ramsey tomó nota mental de cambiar el tono de su moderno teléfono móvil.

—Hola, cielo —saludó mientras seguía caminando entre los árboles apoyándose en su bastón negro. Tuvo que detenerse un segundo para calarse hasta las cejas el sombrero de ala que siempre llevaba, pues el viento amenazaba con arrebatárselo—. Te he echado de menos. ¿Cómo va todo por ahí abajo?

Ramsey se estremeció de frío al recordar que su mujer estaba en la Antártida. Cada vez que pensaba en ello seriamente, un escalofrío recorría su espalda de arriba abajo.

—Yo también a ti, cariño —contestó la voz de su mujer—. Por aquí todo marcha según lo previsto. La visita del congresista Collins y sus burócratas nos ha retrasado un poco pero logramos que dieran su apoyo económico ante el Congreso. ¿Qué tal todo por casa? —preguntó sin disimular su nostalgia.

Ramsey prefirió omitir el reciente suceso en la iglesia: no le pareció a la altura del congresista Collins ni de los presupuestos millonarios para misiones científicas. En lugar de eso, le resumió los mejores momentos que había vivido desde que hablaron el mes pasado, que por desgracia no eran tantos como le hubiera gustado. Los negocios no iban precisamente viento en popa, pero no quería ensombrecer su conversación mensual con noticias desagradables. Su mujer, por su parte, le relató los avances en la investigación del proyecto que lideraban en el Polo Sur. Jane utilizaba la clase de jerga científica que a Ramsey, directivo de una tabacalera, le resultaba casi incomprensible. Pero ella le hablaba con tanta pasión que nunca había sentido la necesidad de cortarla. Sería porque llevaban poco tiempo casados, pensó cínicamente. Al menos había contraído matrimonio en una ceremonia en la que por fortuna los

invitados tuvieron más tacto que él y apagaron sus móviles.

—Entonces, ¿cuánto falta para que concluya el trabajo y regreses a casa? —preguntó Ramsey.

—Si todo continúa así, en dos meses habremos terminado —dijo ella con una nota de alegría.

A Ramsey no le pareció tan buena noticia como a su mujer. Aunque el plazo no se alargaba, él había albergado la esperanza de que estuviese de vuelta antes, pero se abstuvo de decir nada.

—¡Oh, cariño! —La voz de su mujer sonó emocionada al otro lado de la línea—. ¡Es increíble, estoy viendo la aurora austral! Es un espectáculo de luces extraordinario. Ojalá pudieses estar aquí ahora para verlo conmigo.

Ramsey se imaginó a su mujer con el teléfono pegado a la oreja, mirando hacia el cielo del Polo Sur. Sin darse cuenta, se dejó llevar por la ilusión de estar a su lado y alzó la vista como si ella le estuviese señalando dónde mirar. Lo que contempló le dejó boquiabierto.

—Ramsey, ¿sigues ahí? —preguntó su esposa—. No te oigo. ¿Me escuchas?

—Sí, te oigo, perdona es que... juraría... que yo también la veo.

—¿Qué es lo que ves? —replicó sin entenderle.

—La aurora. Veo las luces en el cielo formando una especie de estela de colores —balbuceó Ramsey.

—Vamos, cariño —dijo ella en tono de reproche—. No empieces con tus bromas.

—Te lo juro. Estoy viendo una aurora ahí arriba —insistió—. Es como la que vimos en Alaska el año pasado. ¿La que ves allí es verde con trazos morados?

—Sí —respondió ella con un claro cambio en su voz—. Pero eso no puede ser. Tendrías que estar mucho más al norte para poder ver una aurora boreal. Y no podría ser la misma que veo yo. Escúchame bien, si es otra broma pesada te juro que me quedaré aquí un año...

—¡No es una broma! —cortó él—. La estoy viendo con mis propios ojos. Voy a hacer una foto con el móvil y te la mando, así podrás comprobar que no miento.

Dejándose arrastrar por una inesperada excitación, Ramsey se alejó de la arboleda para mejorar su visión. Mientras salía hacia un lateral del cementerio, observó que la gente se detenía y levantaba la cabeza hacia arriba. En ese instante, un espectacular y silencioso fogonazo llenó el cielo en su totalidad. Ramsey se tapó los ojos de manera instintiva, y, cuando retiró la mano, contempló cómo el firmamento se vestía de diferentes colores. Primero se tiñó completamente de rojo y en unos segundos varió la tonalidad, pasando sucesivamente por una escala que iba del amarillo al añil.

—¿Ramsey? —gritó su mujer por el teléfono—. Algo ha pasado aquí. La aurora ha desaparecido con una especie de explosión de luz. —La voz de su esposa sonaba asustada—. El cielo está cambiando de color...

No podía creer lo que le estaba diciendo. Era sencillamente imposible. Le estaba relatando con todo lujo de detalles lo mismo que él presenciaba, a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia.

—¿Ahora está de color amarillo? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —contestó ella—. ¿Ahí también está pasando lo mismo? Su voz de científica denotaba tensión y excitación al mismo tiempo.

En ese instante se cortó la comunicación. El móvil no emitió un pitido que indicase que la línea estaba saturada o comunicando, simplemente se sumió en el silencio. Ramsey lo miró y vio que estaba apagado. Sintióse cada vez más nervioso, intentó en vano volver a encenderlo. No respondía a ningún botón aunque aquella mañana le había cargado la batería por completo. Ramsey se dirigió de vuelta al funeral con la intención de pedir prestado otro móvil, pero algo en su interior le decía que el resto también habría dejado de funcionar.

No llegó a dar dos pasos por la acera cuando se detuvo ante una extraña imagen que a su cerebro le costó procesar. Un niño intentaba reclamar la atención de su madre, pero ella contemplaba atónita el cielo cambiante. El chico tiraba insistentemente de un perro que permanecía inmóvil, como una pequeña figura de porcelana. Dos de sus patas estaban posadas firmemente en el suelo, mientras que las otras se mantenían en el aire en un equilibrio imposible. Ramsey lo miró sin saber qué hacer. El perro seguía petrificado, como si fuese una fotografía de sí mismo hecha mientras caminaba detrás de su dueño. El pequeño rompió a llorar y la madre por fin se volvió hacia él.

Luchando por comprender lo que sucedía, algo llamó su atención en el límite de su visión periférica. Ramsey se volvió y se quedó aún más estupefacto. Una ardilla se había congelado a mitad de un salto entre las ramas de dos árboles. Aquello no podía ser. Ramsey se frotó los ojos y volvió a mirar con la esperanza de que todo hubiera sido una ilusión, pero no, la ardilla seguía allí, suspendida ingravida en el aire, ajena por completo a la atracción de la gravedad. Un molesto cosquilleo le mordió la nuca.

El cielo continuó cambiando de color. Completamente desconcertado, a Ramsey sólo se le ocurría pensar que aquel misterioso fogonazo había paralizado a los animales. Se preguntó estúpidamente si su mujer estaría viendo pingüinos que se negaban a efectuar movimiento alguno. Trató de reponerse y actuar. «Eso es lo que se me da bien», pensó. Dio la vuelta hacia la carretera dispuesto a entrar de nuevo en la iglesia y pedir ayuda, pero no pudo separarse del suelo. La orden había salido de su cerebro, de eso estaba seguro, pero su pie no le respondió.

Sin saber cómo ni en qué momento, había perdido totalmente el control de sus movimientos. Aún era consciente de cuanto sucedía en torno a él pero no podía siquiera girar los ojos. Su vista estaba fija en la carretera y no era capaz de sentir su propio cuerpo. Lo veía todo como si fuera una película con la cámara fija en un

punto, sin que pudiese hacer nada por interactuar con el entorno. Era un penoso consuelo, pero se tranquilizó levemente al comprobar que las personas que se encontraban a su alrededor también estaban paralizadas. La madre y su hijo, reclinados sobre el perro. Una pareja al otro lado de la calle, mirando el firmamento. Y un grupo de seis niños, cruzando un paso de cebra.

De no ser por el latir de su corazón y el murmullo de la leve brisa matinal, Ramsey hubiera pensado que el mismo tiempo se había detenido. Pero eso no podía ser. Las hojas seguían cayendo de los árboles, y una bolsa de plástico describía círculos en el aire, empujada por el viento. Por lo visto, sólo los animales y las personas resultaban afectados.

Ramsey oyó el sonido de un motor acercándose por su izquierda, pero no pudo girar la cabeza. Delante de él, los escolares seguían inmóviles en medio de la calle. Un estremecimiento de horror le sacudió mientras anticipaba la tragedia. Su mente gritaba con todas sus fuerzas, pero sus labios permanecían cerrados, desobedientes. La parte delantera de un camión de limpieza asomó ante sus ojos. Avanzaba a poca velocidad, pero constante. La figura del conductor, visible tras el cristal, permanecía tan quieta como los demás. Ramsey, impotente, contempló horrorizado cómo el camión se echaba encima de los pequeños. Sus cuerpos fueron arrollados por aquel vehículo de gran tonelaje, que apenas se desvió ligeramente hacia un lado. Un crujido de ramas rotas llegó a sus oídos. Pero Ramsey apenas tuvo tiempo de compadecer a los niños: la cadena de acontecimientos se precipitó a su alrededor.

Comenzó con un fuerte chisporroteo, acompañado de un pequeño destello en su mano derecha. Ramsey comprendió que el móvil que seguía sujetando había explotado, dejando salir una pequeña espiral de humo. Al menos comprobó que no sentía dolor; en realidad, ni siquiera sentía su mano. No era el mejor de los consuelos, pero esperaba que los niños no hubieran notado cómo el camión les pasaba por encima. Casi a continuación, vislumbró pequeñas explosiones en el interior de todos los vehículos que tenía cerca. Supuso que se trataba de los aparatos de radio. Segundos más tarde, el motor del camión, que comenzaba a alejarse, estalló y el capó se alzó hasta chocar contra la luna delantera. Eso no le hizo detenerse: siguió su curso por la avenida mientras los motores de los vehículos que rebasaba iban reventando secuencialmente. Varios coches comenzaron a arder y Ramsey supo que muchos de ellos no estarían vacíos, sino con sus ocupantes completamente paralizados viendo cómo las llamas consumían sus cuerpos. Nunca antes se había sentido tan aliviado de que su hijo Michael tuviese una moto.

Escuchó violentas detonaciones amortiguadas por la distancia, y pronto varias columnas de humo asomaron retorciéndose perezosamente a lo lejos, en la ciudad. Si en un sitio relativamente aislado como el cementerio ya habían muerto varias personas en unos segundos, no quiso imaginar lo que estaría pasando en una zona

llena de aparatos eléctricos y vehículos circulando por todas partes.

Y entonces, sin previo aviso, el movimiento y el dominio de su cuerpo volvieron a formar parte de él. Dejó caer el móvil, que empezaba a quemarle en la mano, y luego se unió a los gritos provenientes de todas partes que reflejaban el temor y la locura que todos estaban sufriendo. Ramsey vio al camión chocar inofensivamente contra un árbol y al conductor bajándose de él, con el brazo envuelto en llamas. La gente corría despavorida en todas direcciones, chillando histérica.

Algo retumbó por encima de sus cabezas. Ramsey miró hacia arriba mientras captaba con toda claridad un tintineo metálico muy molesto. Sus ojos se encontraron con una enorme masa de acero cayendo hacia él. Pudo distinguir los colores de la Panamerican Airways dibujados en el costado del avión mientras se cernía sobre ellos. Ni siquiera hizo una tentativa de huir. Su último pensamiento, justo antes de morir aplastado, fue para su familia. Le pidió a Dios que respetara su vida.

El inexplicable fenómeno, que pasaría a ser conocido como la Onda, tuvo el desconcertante efecto de sembrar las mismas preguntas en las amedrentadas mentes de todos los supervivientes. ¿Qué había causado aquella vorágine de destrucción? Y lo más importante: ¿por qué?

LA PRISIÓN DE BLACK ROCK

CAPÍTULO 1

A Kevin se le cayeron los ojos al suelo. Uno de ellos le rebotó en la pierna y fue a parar debajo de un mueble; el otro se estrelló justo delante de él y no pudo evitar pisarlo.

—¡Mierda! —soltó muy molesto. Tomó aire muy despacio, apretando con fuerza los párpados, y luego lo expulsó de golpe.

Kevin Peyton era un hombre meticuloso, cuidaba los detalles, y estaba convencido de que por eso contaba con tan buena reputación en su profesión. Los clientes reconocían su minucioso toque personal en los trabajos que realizaba y le felicitaban por ello.

—Ha quedado perfecto —le había dicho una señora en una ocasión, tras admirar el resultado de su labor con mucho interés—. Mejor que antes del accidente, incluso.

Kevin se había limitado a asentir muy respetuoso y se abstuvo de decir nada. Lo cierto es que no hubiera tenido la menor idea de qué replicar a semejante comentario. Era lo único que jamás hubiera creído oír. Además, aquella era una clienta habitual, y eso era algo muy raro en su profesión.

Esta vez no le felicitarían. Se reprendió por haber sido tan torpe mientras se quitaba la mascarilla y recogió los ojos del suelo. Le costó sacar el que estaba debajo del mueble pero finalmente lo logró. Los tiró a la basura y contempló el cadáver pensativo, en busca de una solución para aquel terrible contratiempo. Recordó que una vez, hacía bastante tiempo, tuvo un problema similar: un donante de ojos. El difunto tenía que estar presentable, así que Kevin recurrió a unas bolitas de algodón bajo los párpados para evitar que se hundiesen en sus cuencas.

También consideró fugazmente presentar el cadáver con gafas de sol. Fue algo involuntario, motivado por los nervios, sin duda. Lo descartó enseguida y lo reservó como último recurso. Las bolas de algodón servirían perfectamente y constituían un recurso considerablemente más elegante.

Afortunadamente, todo salió a la perfección y dos horas más tarde el difunto estaba impecable para ser expuesto ante sus familiares. Un buen traje, maquillaje y el pañuelo amarillo que tanto había recalcado su mujer que le pusiera alrededor del cuello. No era una petición inusual en absoluto, Kevin había vestido cadáveres de todas las maneras imaginables. Sin embargo, le dio vueltas al posible significado de aquella prenda mientras preparaba el cuerpo sin llegar a ninguna conclusión interesante.

Terminó pronto. Aún faltaba una hora para que abriera la funeraria. La familia del fallecido no llegaría hasta las diez de la mañana y su socio ya estaría presente para

entonces. Le pareció un momento idóneo para ir a desayunar.

El bar de Norman era la mejor opción dado que estaba enfrente de la funeraria y a Kevin no le gustaba tener que coger el coche, apenas se alejaba del Far Southest Side. El frío de Chicago le abrazó en cuanto pisó a la calle. Kevin estaba acostumbrado a las bajas temperaturas y un grueso jersey de lana era más que suficiente para él.

Tan temprano estaría cerrado, pero seguro que Norman ya se encontraría allí, preparándolo todo para servir los desayunos, y puede que no le viniera mal un poco de compañía. Además, Kevin quería ver a su amigo a solas.

Norman Smith era un hombre agradable con un magnetismo especial. Era prácticamente imposible no reírse con sus ocurrencias y su alegre acento irlandés. Su afilada lengua soltaba réplicas divertidas para cualquier situación y era muy raro verle enfadado o decaído. Kevin le conocía desde hacía más de diez años, cuando abrió la funeraria. Tras un primer día durísimo, adecentando el local para desempeñar su nueva función, Kevin cruzó la calle y entró en el bar irlandés de enfrente, decidido a tomar una copa para relajarse. Norman le dio conversación y cuando salió por la puerta ya sabía dónde iría a la mañana siguiente a desayunar.

Se cayeron bien. Y su amistad se desarrolló de una manera muy saludable durante los primeros ocho años, hasta que Kevin descubrió el secreto de Norman: el juego. Póquer, ruleta, apuestas..., todo valía. Un año y medio antes, Norman sufrió un revés, supuestamente inesperado, y lo perdió todo. Como consecuencia, estuvo a punto de perder el bar también. Kevin se apiadó de él y le prestó dinero. Una suma considerable. Le supuso un gran esfuerzo, pues su mujer le había abandonado tres años atrás sin decir palabra y se había quedado solo con su hija de dieciocho años: la persona más importante de su vida.

Ahora las tornas habían cambiado. La inminente entrada en la universidad de su preciosa Stacy, unida a una mala racha en la funeraria, le situaban en una coyuntura económica bastante delicada. El futuro de su pequeña estaba en juego y por tanto necesitaba recuperar su dinero, o parte de él al menos. El problema radicaba en pedírselo a Norman. Era legítimamente suyo y había vencido el plazo en el que su amigo debería habérselo devuelto. Sin embargo, Norman ni siquiera había mencionado el asunto, como si nunca hubiera sucedido. A Kevin eso le enfurecía por dentro. En su opinión, como buen amigo, Norman debería tomar la iniciativa y devolverle el dinero sin forzarle a que se lo pidiera. O, como mínimo, explicar el motivo de por qué aún no había cumplido con lo pactado y cuándo podría hacerlo. No obstante parecía que Norman no lo veía de esa manera, así que Kevin tendría que sacar el asunto aunque le costara. Imaginó que pondría a Norman en una posición incómoda, lo cual le hizo sentir incómodo a él. Luego se enfadó consigo mismo por ese sentimiento. Sólo estaba reclamando lo que le correspondía, no había nada de malo en ello, y además era por el bien de su hija. Pero aun así...

Tal vez, en esta ocasión, Norman le diría algo. Lo mejor sería presentarse en el bar y mantener una charla a solas, lo más distendida posible, que no se notase el pequeño rencor que aquella cuestión le producía. En el peor de los casos podría manipular la conversación para que girase en torno a algún tema de deudas, por si se daba por aludido. No, seguro que no haría falta llegar a algo así.

Kevin cruzó a grandes zancadas la calle, desplazándose con suma agilidad. Era muy alto, metro noventa y cinco, y estaba en perfecta forma. Su cuerpo era muy agradecido con el ejercicio y se moldeaba estupendamente. Prácticamente todos los músculos estaban marcados, sin llegar a dar la imagen de alguien que no salía de un gimnasio. Además era un hombre muy guapo, siempre se lo habían dicho. A Kevin le incomodaba escuchar piropos, se ruborizaba, pero sabía que eran verdad, no se podía negar la evidencia. Sus inconfundibles ojos de color escarlata y el tono pelirrojo de su lacio cabello eran los principales responsables de su belleza natural.

Kevin entró en el bar y no vio a nadie. Estuvo a punto de llamar a Norman con un grito pensando que se encontraría en el almacén, pero entonces vio la silueta de un hombre al otro extremo de la barra. Enseguida se dio cuenta de que algo no encajaba. No era el clásico cliente irlandés que frecuentaba el local de Norman. Kevin Abandonó sus cavilaciones y prestó atención. Escuchó un leve sollozo que parecía provenir del desconocido. Entonces recordó que la puerta del establecimiento estaba abierta, sólo había tenido que empujarla. Lo normal era que hubiese estado cerrada y que Norman hubiera tenido que abrirle. Notó algo más, un olor... extraño.

—Buenos días —saludó al desconocido—. ¿Ha visto al camarero?

El hombre no se giró y continuó de espaldas a él. Kevin dudó por un instante qué hacer. El desconocido estaba sentado en un taburete y apoyaba un codo sobre la barra. Era moreno, de estatura media, y parecía delgado, aunque resultaba difícil saberlo con certeza porque una gabardina negra ocultaba su contorno. Kevin se acercó despacio, haciendo ruido al pisar para no asustarle. Definitivamente, allí estaba sucediendo algo fuera de lo común. El hombre se movió. Sus hombros subieron y bajaron muy deprisa, y Kevin escuchó un débil gemido.

—¿Se encuentra bien, amigo? —Kevin alargó el brazo lentamente hacia el hombro del desconocido. Se dio cuenta de que su mano temblaba sin saber por qué—. No pretendo molestarle. —Dio un suave tirón y el hombre se volvió despacio—. No se alarme. Sólo quiero...

Kevin dio un paso atrás en un acto reflejo. Tropezó con un taburete y cayó torpemente al suelo. Se levantó como un resorte. El corazón le latía descontrolado y un torrente de adrenalina irrumpió en su organismo. Miró al hombre fijamente y luego bajó la vista a su mano izquierda.

Sujetaba una pistola enorme.

—L-Lárguese —dijo el hombre con la voz entrecortada.

—Tranquilo, amigo —dijo Kevin luchando por controlarse—. Yo no soy nadie... Sólo venía a...

—No me importa quién sea. Sólo quiero una última copa.

Y entonces Kevin lo comprendió, o eso creyó. El hombre no le apuntaba con la pistola, más bien la sostenía indiferente. Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas hasta unirse bajo la barbilla. Sus ojos eran muy extraños. Parecían desenfocados y no le miraban directamente. Su rostro era fino y pálido, propio de alguien que contó con cierto atractivo en su juventud. Era evidente que se había frotado mucho la cara a juzgar por la irritación de sus párpados. Kevin perdió rápidamente el miedo a que el tipo le disparara. No era esa la intención de aquel sujeto, y tampoco había venido a atracar el bar. La explicación le llenó de una angustia que jamás había sentido antes. A menos que se equivocara estrepitosamente, aquel hombre estaba a punto de suicidarse.

—Yo puedo servirle lo que quiera. El bar es de un amigo mío.

—Eso estaría bien. —El hombre se pasó la mano por debajo de la nariz y se limpió la cara—. Un whisky estaría muy bien.

Kevin asintió y saltó la barra con mucho cuidado. Todavía le temblaban las manos.

—¿Alguno en especial?

—Me da exactamente lo mismo, como si me pone ron...

—No, no, el whisky será perfecto. —Kevin encontró una botella, puso dos vasos sobre la mesa y los llenó—. A su salud.

El desconocido acercó la mano al vaso y lo golpeó con el dorso de manera involuntaria. Rompió a llorar de nuevo cuando el vaso se estrelló contra el suelo esparciendo cristales en todas direcciones. Kevin se apresuró a poner otro y a rellenarlo de alcohol rápidamente.

—Vamos, relájese. No pasa nada.

El hombre tardó un poco en recobrar la compostura. Su agitada respiración le impedía hablar. Con algo de esfuerzo, finalmente logró coger el vaso y se lo bebió de un trago. Kevin le imitó.

—Bien, creo que ya es hora... —dijo el hombre algo más calmado.

—¡No! Tomemos otra —le cortó Kevin—. No sé usted, pero yo tengo sed. Sería una pena desperdiciar esta botella.

—Por mí puede beberse el bar entero. Yo sólo voy a...

—¡No lo haga! —Las palabras le salieron solas. Kevin ni siquiera entendía por qué le importaba tanto aquel individuo, pero no podía dejar que se suicidara sin más. Sencillamente no era lo correcto—. No sé cuál es su problema, amigo, pero seguro que tiene solución...

—¿Y usted qué sabrá? —estalló el hombre gesticulando de manera descontrolada.

La pistola subía y bajaba describiendo círculos en el aire—. ¿Acaso me conoce? ¡No tiene ni idea de mis problemas!

—Eso es verdad —se apresuró a decir Kevin en el mejor tono conciliador que logró emplear—. No le conozco, pero estoy seguro de que es alguien inteligente... —Kevin dudó, no se le ocurría qué más decir. La tensión del momento le estaba aplastando—. Lo veo en sus ojos, en su expresión. Se nota que se trata de una persona con buen fondo.

El hombre se detuvo y pareció calmarse un poco.

—N-No lo soy... O no estaría a punto de abrirme un agujero en la cabeza.

—Sí que lo es. Lo que ocurre es que debe de estar atravesando una mala racha. A todos nos puede ocurrir. —Kevin consideró que no lo estaba haciendo del todo mal. La expresión del hombre se suavizaba levemente—. Nadie puede sobrevivir en este mundo cruel por sí solo. Seguro que algún familiar suyo...

—No tengo a nadie.

La mención de la familia fue un error y Kevin se reprendió por ello, aunque tampoco podía saberlo. Bastante estaba haciendo sin haber vivido jamás una situación tan delicada.

—Eso es duro. Pero seguro que a alguien le importará usted.

—Duele bastante... A nadie le importo y nadie me echará de menos. Todo seguirá igual cuando no esté. Es mejor acabar con el dolor... Estoy harto de sufrir.

El desconocido se metió el cañón de la pistola en la boca y cerró los ojos con fuerza. Los párpados se volvieron blancos y dos nuevas lágrimas brotaron debajo de ellos.

A Kevin se le disparó el corazón de nuevo por la impresión.

—¡No lo haga, se lo suplico! ¡A mí sí me importa! —El hombre respiraba muy deprisa—. No estaría aquí con usted si me diera lo mismo. Podría haberme marchado y he permanecido a su lado. ¡Tiene que creerme!

El terrible momento de incertidumbre se alargó durante varios segundos interminables. Kevin creyó de verdad que en cualquier momento vería los sesos de aquel pobre desgraciado saltando por los aires, a tan solo un par de metros de distancia de él.

Entonces el hombre abrió los ojos. No se sacó el cañón de la boca, pero su respiración perdió algo de velocidad. La imagen era impactante. Kevin no sabía cómo reaccionar. El hombre que estaba ante él temblaba, resoplaba con cada exhalación como si hubiese corrido varios kilómetros. El cañón del arma estaba empapado de saliva, que empezaba a resbalar por su barbilla uniéndose a las lágrimas que se derramaban desde los ojos. Unos ojos que tenían algo extraño. Kevin los estudió con verdadera atención por primera vez. Parecían los de un muerto y eso era algo que él conocía muy bien. Lo cierto era que casi podía asegurar haber tratado cadáveres

cuyos ojos reflejaban más vida que los que tenía delante. Su color era grisáceo, de una tonalidad poco frecuente, y carecían de cualquier rastro de brillo; estaban completamente apagados. Juraría que no le habían mirado a él directamente ni una sola vez.

Se concentró en la siguiente tarea que tenía por delante.

—Deme la pistola, por favor. No quiere hacerlo, sabe que no es la respuesta. Puede contarme lo que quiera y yo le ayudaré, entre los dos daremos con la solución.

—El hombre sacudió la cabeza pero continuó sin mirarle. Sus temblores estaban descendiendo, al igual que el ritmo respiratorio. Kevin tomó una profunda bocanada de aire—. Escúcheme, hablar conmigo no puede reportarle ningún mal. Si de verdad quiere suicidarse puede hacerlo igual más tarde o mañana, pero no pierde nada por mantener una conversación. Y para hablar necesita sacarse la pistola de la boca.

Aquello produjo algún cambio. El extraño individuo por fin reaccionó y se sacó el cañón de la boca. Lo hizo despacio, con mucho cuidado.

—Tal vez... Tal vez tenga razón.

—Claro que la tengo. Hablar nunca dañó a nadie. ¿Hablará conmigo?

—Tal vez —balbuceó el hombre inseguro—. Pero no creo que le guste mi conversación.

—Eso no es problema, pero tiene que darme el arma. Me asusto sólo con ver una pistola. Entréguemela. Luego se la devolveré, lo prometo.

Kevin extendió el brazo hacia él con la mano abierta. El hombre abrió mucho los ojos al principio, como si le diese miedo la idea, pero luego se relajó y alargó una mano temblorosa con el arma hacia Kevin. Se detuvo antes de entregarla.

—¿No será una mentira? La gente siempre me miente.

—Yo no —prometió Kevin en tono firme—. Puede confiar en mí.

Finalmente se la dio. Kevin no pudo evitar dejar escapar todo el aire de sus pulmones en un prolongado suspiro.

Sostuvo la pistola con miedo, como si se tratara de una bomba. Cada día se relacionaba con la muerte en su trabajo, pero no le agradaba lo más mínimo coger un instrumento que, paradójicamente, tantos clientes le proporcionaba. Nunca antes había tenido una pistola en sus manos a pesar de que era fácil conseguir una en Chicago. La mayoría de sus amistades guardaban un arma de algún tipo en casa, pero él no. Kevin detestaba las armas. En la funeraria se había encargado de disimular agujeros de bala en los cadáveres que le llegaban con demasiada frecuencia y el simple hecho de ver el cañón de una pistola le alteraba.

Sujeto el arma con las dos manos intentando que no el temblaran. Tenía que tener un seguro en alguna parte, pero no supo dar con él; no entendía nada de armas. Encontró frío el tacto del metal y eso le extrañó. Debería estar caliente por la presión con la que el hombre la empuñaba.

—Creo que no la quiero —dijo el desconocido con la voz normalizada de repente.

Kevin le observó con curiosidad. Aunque sus ojos seguían tristes, le pareció ver un leve destello de felicidad en su rostro; sus labios se curvaron en una tímida sonrisa por un instante. Puede que le hubiese sentado bien deshacerse del arma.

—Es lo mejor —dijo Kevin, por fin algo más relajado—. Yo me la quedaré para evitar accidentes.

—Sí, sí, usted se la quedará —repitió aturdido el desconocido—. ¡Cielo santo! He estado a punto de hacerlo. Doy pena... Debe usted pensar...

—No da pena. Únicamente tiene problemas y se siente solo.

—Eso no me excusa. No soy más que un patético perdedor. Una basura...

—Lo importante es que no lo ha hecho. Tiene una oportunidad de cambiar las cosas.

—Sí, bueno... No me encuentro bien. —El hombre se bajó del taburete y caminó hacia la salida con paso tambaleante. Se inclinaba de un lado a otro y se apoyaba en la barra para mantenerse en pie—. Creo que iré al médico. Gracias por todo —añadió distraído.

—Pero... ¡Oiga! —gritó Kevin.

No podía creerlo. Después del momento más tirante de toda su vida, era impensable que aquello terminase de aquella manera. No supo qué decir, se quedó completamente paralizado.

Vio al extraño personaje salir del bar sin dar crédito a sus propios ojos. Miró el arma que aún sujetaba y se dijo que bastante bien había acabado todo. Hacía unos instantes había estado convencido de presenciar un suicidio, y un poco antes había temido por su propia vida. Demasiado para empezar la jornada. Se dispuso a tomar otra copa de whisky, y lo hubiera hecho, pero un estruendo se lo impidió.

—¡Tire el arma! ¡Las manos sobre la cabeza! —le gritaron.

Se giró despacio. Dos policías de uniforme le apuntaban con sus pistolas. La puerta del bar estaba hecha pedazos, la habían derribado al entrar.

—¿Cómo dicen? —balbuceó Kevin sin entender nada.

Los dos policías tenían los ojos clavados en él. Ni siquiera pestañeaban.

—He dicho que tire el arma —dijo uno de ellos en tono inflexible.

Kevin miró su mano derecha. Se sorprendió al ver la pistola que él mismo empuñaba. Por un momento había olvidado lo sucedido por la sorpresa de ver a la policía de Chicago encañonándole.

—Por supuesto —se apresuró a decir. Dejó el arma sobre la barra a toda velocidad—. No es mía, es de un tipo que...

No pudo completar la frase. En cuanto soltó la pistola uno de los policías se acercó a él a toda prisa y le aplastó la cara contra la barra del bar.

—¡Las manos a la espalda! —ordenó.

—¿Qué es esto? Yo no he hecho nada.

El agente le esposó sin demasiados miramientos.

—Tiene derecho a permanecer en silencio...

—Esto es absurdo...

El policía le dio un tirón de las esposas y terminó de leerle sus derechos. Kevin estaba absolutamente desconcertado. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Ha comprendido sus derechos?

—Perfectamente, pero yo no he hecho nada. Se equivocan de persona.

—Eso lo dudo mucho y en cualquier caso lo decidirá un jurado.

¿Un jurado? Aquello cada vez tenía menos sentido. Llegaron más policías; uno de ellos recogió la pistola con guantes de goma y la metió en una bolsa de plástico. Le arrojó una mirada severa.

—Esa pistola no es mía.

—Claro, claro —repuso el policía que le había esposado—. Por eso la tenía en sus manos cuando llegamos.

Era obvio que no le creerían. La verdad sonaría absurda.

—¿Puedo saber al menos de qué se me acusa? —preguntó Kevin.

—De asesinato.

—¿Cómo? No puede ser. No he matado ni a una mosca en toda mi vida. Y además, ¿dónde está el cadáver?

Entonces lo vio. Dos personas salieron de la parte de atrás del bar transportando una camilla. Había un cuerpo y tenía un balazo entre los ojos.

Casi se desmayó al reconocerle. Era el dueño del bar. Su amigo Norman Smith.

LA ÚLTIMA JUGADA

CAPÍTULO 1

La pequeña sierra dejó de girar cuando el esternón se quebró con un chasquido seco. Sus dientes, teñidos de rojo, siguieron rodando unos segundos, perdiendo velocidad gradualmente hasta detenerse por completo.

Álvaro dejó la sierra a un lado y separó las costillas. La masa roja quedó a la vista, palpitando con ritmo constante.

—Es un corazón muy grande —dijo la enfermera.

—Sí que lo es, pero hay que extraerlo —apuntó Álvaro en tono aburrido.

Ya había realizado varios trasplantes de corazón y no sentía nada remotamente parecido a un reto. Se trataba de un procedimiento rutinario para él. El paciente obtendría un corazón nuevo y pasaría el resto de su vida tratando de prolongarla el máximo posible. Acataría dócilmente un sinfín de normas, que implicarían renunciar a gran cantidad de vicios y actividades que la inmensa mayoría de las personas consideraba placenteras, y lucharía por aferrarse a este asqueroso mundo cuanto le fuese posible.

Álvaro le envidió.

—Bien, vamos allá —dijo dirigiéndose a su equipo—. No quiero ni un solo...

La puerta se abrió de repente, cortando su discurso. Álvaro clavó una dura mirada en el entrometido y consideró retirarse la máscara antes de hablar. Quería asegurarse de que se escucharan con claridad todos los insultos con que iba a inflar su explicación de por qué no era aconsejable irrumpir en un quirófano.

El recién llegado ni siquiera vestía una bata, iba con ropa de calle y lucía una sonrisa despreocupada, tan campante.

Álvaro dejó el instrumental sobre una mesa y se acercó al intruso. Su compañero y las dos enfermeras estaban tan sorprendidos que no reaccionaron. El desconocido se aproximó a Álvaro y le tendió un sobre negro con los bordes blancos antes de que pronunciase una sola palabra. Álvaro agarró el sobre de mala manera, intuyendo cuál era su contenido. El mensajero no esperó ni un segundo; se dio la vuelta y salió del quirófano.

Sin duda era una resolución legal destinada a detener el trasplante de corazón. Era un mal asunto. Álvaro no había prestado la debida atención a los pormenores de la situación de su paciente, no le importaban en absoluto. Recordaba vagamente que había dos mujeres luchando por decidir qué era lo más conveniente. Una estaba a favor del trasplante, su mujer si no le fallaba la memoria, y la otra se oponía, esa debía de ser su hermana. ¿O era al revés?

En cualquier caso, el dictamen de los médicos no parecía contar con el peso

suficiente para garantizarle a ese pobre desgraciado, a quien no se consideraba en plenas facultades mentales para decidir su propia suerte, un nuevo y saludable corazón. En parte era por su culpa; no es que se hubiera volcado en comunicar su opinión médica profesional. Informó del estado del paciente, recomendó el trasplante y luego dejó la mente en blanco mientras aquellas arpías se despedazaban mutuamente en su lucha por demostrar quién quería más al paciente, y por consiguiente, quién debía decidir.

Estaba claro que la perdedora había recurrido a métodos legales para insistir en salirse con la suya. Algún juez medio idiota, que no entendía nada de medicina, habría resuelto detener la intervención para que los médicos acudiesen a un tribunal a exponerle la situación una y otra vez hasta que su señoría entendiese que debía dar la razón a los profesionales del sector y apoyar el trasplante; de ahí que ahora le notificasen por escrito que no operase al paciente.

Álvaro conoció un caso similar unos años atrás. Se trataba de una amputación de pierna, pero el sobrecito llegó tarde y se encontró con una pierna que no estaba unida ya a ningún cuerpo. En esta ocasión, el paciente sólo tenía el pecho abierto de par en par. Iban mejorando.

—¿Qué es? —preguntó su compañero.

Álvaro suspiró con desgana.

—Imagínatelo —dijo mientras rasgaba el sobre con sus guantes manchados de sangre—. Lástima que no lo hubieran enviado unas horas antes. Nos habríamos ahorrado rajar al paciente. Le va a quedar una cicatriz preciosa, y todo para nada. Eso sucede cuando...

Álvaro cerró la boca y se tragó el resto de la frase. No se trataba de una notificación legal, ni siquiera era una carta oficial. El papel estaba plegado sobre sí mismo dos veces. Álvaro lo desdobló a toda prisa, sin poner cuidado alguno. Jamás había visto algo parecido. La carta estaba escrita a mano, con una caligrafía muy elegante, de trazos estilizados y terminaciones alargadas, impregnada de un cierto aire antiguo e imperecedero. Algo recargada, tal vez. La tinta era roja y presentaba un tono a veces muy vivo, otras, apagado. Álvaro no pudo imaginar una pluma o bolígrafo capaz de extender una tinta que reflejase semejantes oscilaciones. Tampoco le resultaba fácil creer en una mano que dibujase aquellas letras, y sin embargo, sabía que ningún ordenador ni máquina de escribir hubiese podido dar ese toque a aquella carta.

Leyó con gran atención. Se extrañó un poco al ver que sus guantes de látex no dejaban manchas de sangre sobre el papel de la carta como lo habían hecho en el sobre que la contenía. Las palabras se formaban en su mente con una naturalidad sorprendente, fluían con suavidad y le impedían dejar de leer. Por un instante, olvidó el lugar en el que se encontraba y qué estaba haciendo.

Cuando terminó la lectura, Álvaro lo entendió todo a la perfección.

Arrojó la carta al suelo, despreocupado, y se fue hacia la puerta mientras se quitaba la mascarilla y los guantes.

—¿Dónde vas? —preguntó la enfermera.

—¡Eh! ¡Que tenemos a un tipo abierto sobre la camilla! —gritó el otro cirujano, asombrado.

Álvaro no les hizo el menor caso. Comenzó a quitarse la bata sin dejar de andar. Al llegar a la puerta la tiró al suelo y salió sin decir nada. Nadie supo cómo reaccionar. Las dos enfermeras y el cirujano cruzaron una mirada de incertidumbre al no saber por qué Álvaro les había abandonado de ese modo tan frío y precipitado.

—Deben de haberle dado una mala noticia —aventuró la enfermera agachándose para recoger la carta—. Tal vez un pariente haya sufrido un accidente.

El otro médico no estuvo de acuerdo con esa conjetura. Álvaro se hubiese marchado corriendo y habría dado alguna explicación. No hubiera dejado el quirófano con un paso tan tranquilo. No, no era eso. Demasiado... indiferente.

—¡Más te vale tener una buena excusa o pienso dar parte de esto, imbécil! —gritó el cirujano—. ¿Y bien? ¿Qué pone en esa carta?

El rostro de la enfermera se había deformado en una mueca imprecisa. El médico estaba perdiendo la paciencia. Arrancó el papel de las manos de la enfermera y lo examinó en busca de una aclaración.

No la encontró. El papel estaba en blanco.



Judith llegó a casa algo deprimida. Colgó el abrigo y no vio en el espejo de la entrada el rostro angelical que todo el mundo le atribuía. En su lugar contempló a una jovencita de unos veinte años, a pesar de que tenía treinta, de mirada triste y aspecto derrotado. Con gusto le hubiese soltado una bofetada a ver si reaccionaba.

Sobre la mesa de la cocina, encontró un montón de cartas que la asistenta había dejado allí tras recoger el correo. Judith las repasó rápidamente. Todo propaganda. Sus ojos se detuvieron un instante en un sobre negro con los bordes blancos que sobresalía entre los demás. No había nada escrito en él, así que dedujo que no sería importante. Y si lo era, ¿qué más daba? Que hubiesen indicado su contenido en el exterior.

Arrojó un par de troncos a la chimenea y encendió el fuego para intentar relajarse. El olor a leña quemada le encantaba. Cuando las llamas comenzaron a bailar sobre la madera, lanzó todo el correo al fuego y se quedó ensimismada viendo arder la condenada propaganda. Perdió la noción del tiempo.

John Lennon la trajo de vuelta a la realidad de la mano de Imagine, su canción

favorita, mientras el móvil vibraba sobre la mesilla.

—¿Sí?

—Por fin coges el teléfono —dijo la voz de Néstor. Judith maldijo haber contestado sin mirar antes quién llamaba—. Sólo pretendo que hablemos.

—Ahora no, Néstor. No me encuentro muy bien.

—¿Entonces, cuándo? Me merezco una explicación —dijo Néstor sin poder disimular su enfado—. Me pediste tiempo y creo que he sido más que razonable. Llevo esperando cuatro meses.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero no pasa nada por esperar un poco más.

—¡Eso se acabó! —gritó Néstor. Judith retiró un poco el móvil—. Puedo hacer cualquier cosa por ti, pero al menos dame una razón. No me trago la excusa que me diste para dejarme. Eras feliz conmigo, Judith. Lo sé, se te notaba.

Ella también lo sabía. Se permitió un momento de flaqueza y una avalancha de recuerdos felices invadió su mente con una fuerza demoledora. Se vio a sí misma con Néstor seis meses atrás. Estaban en la cama tumbados entre las sabanas, acababan de acostarse juntos...

Judith sacudió la cabeza con brusquedad. Era un error revivir esas escenas, un descuido que no se podía permitir.

—No puedo decirte nada nuevo, Néstor —dijo con un nudo en la garganta—. Necesito un poco más de tiempo.

Néstor tardó en responder.

—Ya no puedo más, Judith, lo siento. Llevo meses aguardando, dándole vueltas, sin una explicación por tu parte. Me volveré loco. Tienes que decidir de una vez. O compartes conmigo lo que sea que te esté ocurriendo o esto se acabó definitivamente.

—No me presiones, Néstor. Solo necesito un poco más de tiempo. Lo estoy haciendo por ti, no me obligues a escoger ahora.

—Ya no lo soporto más —dijo con la voz destrozada—. O me dejas entrar de nuevo en tu vida o me perderás para siempre —sentenció.

—Entonces te perderé.

Judith colgó y luego estrelló el teléfono contra la pared. El móvil saltó en pedazos. Permaneció sentada con la mirada perdida en las llamas onduladas de la chimenea durante un tiempo indeterminado, hasta que su rabia se fue desvaneciendo lentamente.

Empezó a adormecerse, a sentir cómo su cuerpo se relajaba, y agradeció que su mente le permitiese distanciarse del mundo. Se tumbó en el sofá y se cubrió con una manta.

Se despertó con un sobresalto. Una sensación desconocida la apremiaba, como una especie de alarma. Tal vez había tenido una pesadilla. Se incorporó a medias y se frotó los ojos. Aún era de día, así que no podía haber dormido demasiado. Sin

embargo, el fuego estaba prácticamente extinguido. Una par de brasas anaranjadas sobresalían entre los restos de cenizas. Los leños se habían consumido y no quedaba nada más que... Aquello no podía ser. Debía de seguir dormida porque era imposible lo que sus ojos estaban viendo.

Judith se arrodilló junto a la chimenea y cogió el sobre negro de bordes blancos, que estaba parcialmente sepultado bajo las cenizas. ¿Cómo era posible que no hubiese ardido?

Lo abrió a toda velocidad, presa de una gran excitación, y extrajo un papel sencillo sobre el que reposaban unas letras rojas trazadas con una caligrafía imposible de confundir. Judith leyó con mucha atención el contenido.

Cuando terminó, dejó la carta en el suelo, fue a su cuarto a cambiarse de ropa y luego se marchó de casa.



Lo primero que hizo Héctor fue ir al banco para averiguar cuánto podía conseguir. Fue bastante decepcionante.

No le cogió por sorpresa enterarse de lo poco que valía su vida. Había exprimido todo cuanto tenía de valor para solicitar un préstamo por el mayor importe posible.

—Si usted contase con un aval podríamos aumentar la cantidad —dijo la eficiente señorita que le atendió en el banco—. Quizás algún familiar suyo pueda aportar...

—¡No! —gritó Héctor—. Quiero el máximo que pueda obtener yo solo, sin involucrar a nadie más.

Su casa era lo único que el banco consideraba valioso. Y tampoco resultaba demasiado. El triste apartamento en el que vivía apenas alcanzaba los cuarenta metros cuadrados, y era suyo gracias a una herencia. Cuarenta y tres años y esa era toda su fortuna.

Hasta la semana siguiente no hizo nada más. Llevó al banco la documentación que le exigieron y el resto del tiempo permaneció en casa. En dos ocasiones salió a la calle, una para comprar algo de comida, la otra para ir al médico. Su psiquiatra le hizo las preguntas de siempre. Héctor las contestó distraído, recogió las recetas y pasó por la farmacia para comprar los ansiolíticos y los antidepresivos.

Por fin le concedieron el préstamo, diez días después de entregar la documentación y formalizar la solicitud. Héctor puso una transferencia por el total del importe a otra cuenta de un banco distinto y dejó solo un euro en la suya.

—Es una cantidad importante —dijo la cajera alzando las cejas—. La comisión de la operación será muy elevada.

—Me da lo mismo —repuso Héctor.

Luego fue al otro banco y preguntó cuándo podía retirar todo el dinero en

efectivo. De nuevo se alzaron las cejas de quien le atendía. El empleado le pidió amablemente que esperara y se fue a hablar con un compañero. Héctor imaginó que estaba consultando a un superior.

—En tres días estará disponible su dinero —informó el cajero.

Héctor regresó a su casa y esperó pacientemente a que transcurriese el periodo indicado. A los tres días regresó al banco, vestido con la misma ropa, y retiró el dinero. Fue todo muy sencillo y muy rápido. Había imaginado que tendría que firmar muchos papeles e incluso contestar varias preguntas. No sucedió nada de eso. Le entregaron el dinero y le pidieron que lo contara.

—No es necesario, me fío de ustedes —dijo Héctor.

Firmó una única vez y salió del banco con el dinero guardado en una mochila naranja, de esas que utilizan los chavales para ir al instituto. Tomó un taxi que le llevó hasta su destino en unos razonables veinte minutos. Héctor pagó al taxista y luego se quedó sentado en la calle, en las escaleras de un edificio de oficinas. Sujetaba la mochila contra su pecho con los dos brazos. En dos ocasiones, los transeúntes dejaron caer monedas a sus pies. Héctor no las recogió.

Allí permaneció dos horas más hasta que vio a su objetivo al otro lado de la calle. Una mujer rubia, muy delgada, llegó caminando con un niño que cojeaba. El chico aparentaba unos diez años y tenía una prótesis que sustituía su pierna derecha.

Héctor se levantó en cuanto les vio y cruzó la calle sin mirar. Un coche tuvo que dar un frenazo para no llevárselo por delante.

—¡La madre que te parió! —gritó el conductor—. ¡Mira por dónde vas, anormal!

La mujer rubia se giró atraída por el escándalo y vio a Héctor acercándose a ella.

—No se alarme —dijo Héctor intentando sonar muy tranquilo—. Sólo he venido a entregarle esto —añadió ofreciéndole la mochila.

La mujer le miró extrañada. Una mezcla indescifrable de emociones se dibujó en su rostro. Héctor temió que fuese a echar a correr. Quizá lo hubiera hecho de no estar su hijo con ella.

—¿Quién es este hombre, mamá? —preguntó el chico—. Está muy sucio y su ropa está rota.

La madre no reaccionó. Siguió congelada con una mueca de terror y rabia en la cara. Apretaba la mandíbula con mucha fuerza. Héctor comprendió que hacía lo imposible por dominarse.

—Sólo quiero hacer cuanto esté en mi mano —dijo muy serio—. No he podido reunir más. Dentro hay setenta y dos mil euros. —Héctor le acercó la mochila.

La mujer continuó sin moverse.

—No tienes por qué hacerlo —logró decir con mucha dificultad.

—Yo creo que sí. Aunque sólo sea por su hijo, tiene que tomar esta mochila. —La dejó en el suelo y retrocedió dos pasos. El niño cojeó junto a su madre y se agachó

para coger la mochila. Héctor miró su pierna falsa y añadió—: Ojalá hubiera podido hacer algo más.

Se fue sin despedirse. Regresó a su casa y esperó. Dos días más tarde recibió la carta. La encontró por la mañana, al despertarse, tirada en el suelo, como si alguien la hubiera deslizado por debajo de la puerta. Era un sobre negro con los bordes blancos. Héctor leyó el contenido y luego salió de su casa.

No se molestó en cerrar la puerta.



El cuello de Dante siempre estaba arropado por una camisa impecable y una corbata con un nudo Windsor perfecto. Por eso resultó tan chocante verle entrar en su despacho con el botón de la camisa desabrochado y la corbata aflojada, sin su acostumbrado alfiler, rebotando contra su pecho al son de sus pasos.

Dante tomó un informe financiero, resumido en trece folios, lo metió en una carpeta vacía y salió de su despacho. Recorrió el pasillo de vuelta a la reunión ajeno a las miradas furtivas que le dedicaban sus empleados.

Apenas le quedaba pelo en la cabeza, y los escasos mechones que aún resistían eran totalmente blancos. Su rostro estaba ajado por una piel muy erosionada, surcada por incontables arrugas. Una barriga enorme, una espalda ancha y dos ojos oscuros eran los atributos que más resaltaban de él a primera vista. Dante tenía sesenta y tres años, y jubilarse dentro de dos era el último de sus pensamientos.

En la sala de reuniones le esperaba su abogado y único amigo junto a su principal asesor financiero.

—¿Has comprobado los datos que te envié? —preguntó el asesor.

—Los tengo aquí mismo —dijo Dante agitando en alto la carpeta. Tomó asiento y luego sacó el informe—. ¿Es este el informe al que te refieres?

El asesor financiero confirmó con un vistazo que era el complejo análisis que su equipo había confeccionado durante las últimas dos semanas.

—El mismo. Como verás las cifras son correctas y revelan...

—Todo está en orden. Estoy de acuerdo con las cifras.

—Entonces, parece que estamos todos conformes —dijo el abogado.

El asesor financiero apenas pudo contener su alegría.

—Es una operación inmobiliaria segura. En unos cinco años, cuando revaloricen el terreno, vamos a multiplicar la inversión por diez. No te arrepentirás...

—Desde luego que no —repuso Dante—, porque no vamos a realizar esa operación.

Se produjo un silencio incómodo.

—No lo entiendo —dijo el asesor—. Estás de acuerdo con el informe. ¿Cuál es el

problema? Tenemos sobornadas a las personas clave, no hay riesgo.

—¿No lo ves claro, Dante? —preguntó el abogado, sorprendido—. Es tu tipo de operación, has participado en miles como esa.

—Conozco muy bien los negocios que he hecho —dijo Dante, impasible—. Y en este no voy a entrar. Quiero vender.

—¿Qué? Eso no tiene sentido —dijo el asesor—. Solo tenemos que esperar cinco años y nos forraremos. No podemos desaprovechar esta oportunidad.

—Sí podemos —le contrarió Dante—. No me interesa invertir, quiero liquidez.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es absurdo!

El asesor cerró enseguida la boca, consciente de que había estallado delante de su jefe. Aún así era evidente que no podía contenerse. El rechazo de una ocasión tan clara de enriquecerse aún más era casi imposible de aceptar para su insaciable ambición.

El abogado intervino antes de que todo empeorase y logró que el asesor financiero abandonase la sala antes de que Dante dijese nada.

—Debes reconocer que tenía razón —le dijo a Dante cuando estuvieron a solas—. Era un gran negocio. Además, miles de familias se quedarán sin sus viviendas si nos retiramos.

—No es mi problema —repuso Dante—. Alguien se encargará de construir sus viviendas. Yo tengo otras prioridades.

—Estás muy cambiado desde hace unos meses —reflexionó el abogado—. Lo que ha sucedido hoy no es propio de ti.

—Eso es asunto mío.

Dante recogió el informe de la mesa y abrió la carpeta para guardarlo dentro, pero no llegó a hacerlo. Su mano se detuvo en el aire.

—¿Te ocurre algo? —preguntó el abogado al verle paralizado con la mano alzada.

Dante no contestó. Se quedó mirando una carta que descansaba en el interior de la carpeta y que estaba seguro que él no había puesto allí. Dejó el informe y sacó el sobre. Era negro y tenía los bordes blancos, sin referencias en el exterior. Lo abrió y extrajo una hoja de papel escrita en tinta roja. Dante se maravilló por la excepcional caligrafía que tenía ante él. Leyó con mucha atención.

—¿Qué estás mirando? —preguntó el abogado—. Solo es una hoja en blanco.

Dante terminó de leer y lo dejó todo sobre la mesa. Atravesó la sala de reuniones sin mirar siquiera al abogado y se esfumó.

Dos minutos más tarde, salía por la puerta del edificio con su abrigo puesto.

EL SECRETO DEL TÍO ÓSCAR

CAPÍTULO 1

Lucas dio un pequeño salto al oír su nombre en el testamento. Fue un acto involuntario, no se lo esperaba. Tampoco el resto de la familia. Uno a uno, sus parientes fueron volviendo los rostros hacia él, salvo su abuela, que se había quedado medio sorda, la pobre, y no había oído una sola de las palabras, serias y aburridas, con las que el abogado había procedido a leer el reparto de bienes.

Lucas notó que la tensión se iba concentrando en su persona, sobre sus hombros. Era una sensación agobiante y pesada, y su nerviosismo aumentó. Parecía que él era el único que no había prestado atención al discurso del abogado, cuya voz no había sido más que un murmullo de fondo hasta que pronunció su nombre. En ese instante, Lucas dejó de observar a los perros a través del amplio ventanal que daba al jardín y se giró hacia el interior del salón.

Había acudido allí para apoyar a su padre y al resto de la familia, pero en ningún momento se le había pasado por la cabeza que su tío Óscar le hubiese dejado nada en herencia. A juzgar por las miradas que le arrojaban sus parientes, no era el único que pensaba de ese modo. Lucas intentó disimular su vergüenza por haber sido sorprendido de espaldas al resto de la familia. Buscó ayuda en su padre, pero se sorprendió al encontrar sus ojos apuntándole de un modo extraño debajo de un ceño fruncido. Se apartó de la ventana rezando para que algo sucediese. Cualquier cosa, con tal de que acaparase el interés general.

—¿Puede repetir ese último punto? —preguntó Sergio al abogado con una nota de irritación en la voz.

Sergio era el mayor de los hijos del difunto Óscar. Tenía veintidós años, tres más que Lucas, y era un niño mimado que acostumbraba a abrir la boca y soltar lo primero que se le ocurriese sin considerar las consecuencias. A Lucas no se le había pasado por alto la fugaz mueca de desprecio que su primo le había dedicado al dirigirse al abogado. Era evidente que estaba enfadado. Mal asunto. Con todo, agradeció la pregunta que había hecho. Así podría enterarse del motivo de que todos estuviesen pendientes de él.

—Por supuesto —dijo el abogado, indiferente. Su calma estaba forjada por la experiencia de innumerables situaciones legales en las que se habían producido confrontaciones familiares. Su misión era dejar perfectamente claro el reparto de los bienes que había dispuesto el difunto. Las disputas que se originasen no le incumbían—. Veamos... Por último, cedo mi Volkswagen Escarabajo del ochenta y uno a mi sobrino Lucas —leyó esforzándose en vocalizar adecuadamente.

De nuevo la familia atravesó con los ojos al favorecido sobrino. Lucas se encogió

de hombros. Estaba tan asombrado como el resto, tal vez incluso más. Su relación con su tío Óscar siempre había sido bastante superficial. En los últimos años, solo habían coincidido en reuniones familiares y apenas habían intercambiado un frío saludo. No tenían casi nada en común, ni siquiera la pasión por los coches, lo que acrecentaba el misterio en torno al inesperado legado.

Todos los miembros de la familia habían oído alguna historia de aquel coche. Lucas no era una excepción, aunque nunca había mostrado mucho interés por el tema. Era un clásico o algo así. Un modelo de hace casi treinta años sobre el que su tío había volcado una respetable cantidad de su limitado tiempo libre. El valor sentimental que se adivinaba en el Escarabajo era incalculable, lo que llevó a Lucas a reflexionar sobre otro detalle, mucho más importante.

Óscar era un hombre inmensamente rico, que contaba con varias empresas y propiedades de enorme valor. Ahí debería de haber recaído toda la atención, en el dinero, no en un coche. Eso es lo natural.

—¡Es imposible! —estalló Sergio—. Tiene que ser un error.

Lucas estaba de acuerdo con su primo. Entendía que a Sergio le indignase que algo que su padre apreciaba tanto no fuese para un hijo. Tuvo el impulso de acercarse al abogado y preguntarle si podía renunciar al Escarabajo, pero su primo se levantó bruscamente y dio un paso hacia él con gesto amenazador. No cabía duda de que estaba furioso. Habría pelea.

El hermano de Sergio, Rubén, se apresuró a intervenir. Se interpuso en su camino y le sujetó por los hombros. Varios familiares se levantaron y se arremolinaron alrededor de Sergio.

Lucas perdió de vista a su primo entre el revuelo de cuerpos y las voces apaciguadoras. Sacudió la cabeza sin comprender nada. ¿Tanto suponía el Escarabajo para Sergio? Debía de haber algo más. Puede que el reparto del resto del patrimonio de Óscar también hubiese estado salpicado de imprevistos y su primo se hubiese ido cargando de rabia poco a poco. El Escarabajo no podía medirse con el imperio económico de su tío. En cualquier caso, Lucas registró mentalmente la lectura de un testamento como una actividad potencialmente peligrosa y se juró que nunca volvería a distraerse.

La calma se fue restableciendo poco a poco. Sergio abandonó el salón y los demás fueron volviendo perezosamente a sus asientos. Los cuchicheos brotaron de grupos aislados de dos o tres personas que comentaban ansiosos sus impresiones respecto de la herencia.

A Lucas no le apetecía hablar. Se quedó junto a su padre, quien le resumió los detalles del reparto de bienes. Prácticamente todo había recaído en los hijos de Óscar, Sergio y Rubén, y en Claudia, su mujer y hermana del padre de Lucas. El hermano de Óscar también había recibido una parte considerable de la empresa. A Lucas todo

aquello le pareció muy razonable y muy esclarecedor al mismo tiempo.

—¿Nadie más ha recibido nada? —preguntó algo alarmado.

—Sólo tú —contestó su padre, confirmando sus temores.

Lucas era el único que había obtenido algo sin ser un familiar directo. Ni siquiera los hijos de Jaime, el hermano de Óscar, que sí contaban con un lazo de sangre con el difunto, se habían llevado algo. Era todo muy confuso.

Sintió el repentino impulso de largarse de allí cuanto antes. Pronto dejarían de limitarse a observarle y empezarían a hostigarle con todo tipo de preguntas indiscretas. En la familia había verdaderos especialistas en insinuaciones y dobles sentidos. Además, en el fondo, Lucas no sentía dolor por la muerte de su tío. Sí le apenaba ver a la familia abatida, sobre todo a su padre, quien sufría por su hermana Claudia, ahora convertida en viuda. Hasta cierto punto, era normal que no acusara una tristeza tan profunda como la de sus primos, por ejemplo, dado que apenas mantuvo relación alguna con Óscar en vida... ¿O es que él era un ser frío y distante que no albergaba emociones para un familiar que acababa de fallecer? Examinó su interior en busca de una aflicción más intensa, algo más acorde con los rostros sombríos de sus parientes que le permitiese sentirse más próximo a ellos. No encontró nada.

Óscar había muerto en un accidente de tráfico a la edad de cincuenta y dos años. Se salió de su carril y colisionó con un autobús que circulaba en sentido opuesto. La tragedia de la muerte y su juventud habían desatado la desolación de la familia.

El abogado consideró que ya era hora de volver al trabajo y requirió con mucha educación una firma por parte de los herederos. Lucas esperó cuanto pudo y finalmente se acercó a la mesa intentando actuar con normalidad. Firmó a toda prisa donde el abogado le indicó. Sólo quería volver junto a su padre y dejar de ser el centro de atención.

—Un momento, por favor. No tan rápido —pidió el abogado. Lucas se detuvo y se giró hacia él—. Esto es suyo, señor. —Lucas tomó un juego de llaves que le tendía amablemente el abogado—. Puede recoger el vehículo en el garaje.

—Gracias —murmuró Lucas con algo de esfuerzo.

Regresó a su silla y fingió no darse cuenta de que hubiese alguien más allí. Cuando las voces formaron de nuevo un murmullo general, Lucas se levantó y fue a calentar sus manos en la chimenea.

El salón del lujoso chalé de Óscar y Claudia estaba muy concurrido. Los numerosos parientes revoloteaban de un lado a otro admirando la decoración y dejando caer comentarios cargados de envidia, que se estrellaban contra el suelo como si fuesen bombas. La onda expansiva de varios de ellos llegó hasta los oídos de Lucas mientras el joven luchaba por ignorarlos. No estaba interesado en la valoración de la herencia que sus parientes iban a descuartizar sin piedad con sus afiladas

opiniones.

Lucas cogió el atizador y empezó a remover las brasas, distraído. Notó un golpe en la pierna, por detrás de la rodilla.

—Mil perdones, caballero —dijo una voz.

Lucas vio un bastón negro rebotando torpemente entre sus rodillas. Dio un paso atrás y reconoció a su dueño. Era un anciano bajito que se hacía llamar Tedd. Lucas no sabía su apellido, juraría que nunca lo había escuchado. Su padre se lo había presentado hacía unos años como un amigo de la familia. Tenía el pelo blanco y muy largo, y siempre lo llevaba sujeto en una coleta. Un velo blanquecino cubría sus dos ojos, privándole de la vista, de ahí su inseparable bastón. Si no recordaba mal, Tedd acostumbraba a negar su ceguera, y no le gustaba que se mencionara en voz alta. Era todo un personaje. Había sido un gran maestro del ajedrez en sus tiempos, o eso le habían dicho a Lucas, pero esos tiempos debían de ser muy lejanos a juzgar por las profundas arrugas que surcaban su rostro.

—No ha sido nada —contestó Lucas haciéndose a un lado.

Tedd se acercó a la chimenea. Lucas dudó si brindarle su ayuda.

—Un coche magnífico, muchacho —dijo el anciano.

—Eso creo —dijo Lucas—. No lo he visto, pero he oído hablar de él. Tengo entendido que Óscar lo apreciaba mucho.

—Más de lo que puedas imaginar —confirmó Tedd—. Apuesto a que era su posesión más preciada —añadió en un susurro, en tono conspirador—. Todavía recuerdo cómo se iluminó su cara cuando lo vio por primera vez.

—¿Estaba usted con él?

Tedd afirmó con la cabeza.

—Naturalmente. Fui yo quien se lo regaló.

Luego dio un paso y tropezó con un tronco que estaba tirado en el suelo. Lucas le agarró por el brazo para evitar que se cayese. Entonces reparó en un fabuloso reloj de pulsera que llevaba en la muñeca. ¿Para qué querría un ciego un reloj?

Lo olvidó y se centró en lo último que había dicho Tedd.

—Siendo sincero, estoy muy sorprendido —dijo Lucas sintiendo que no le correspondía quedarse el Escarabajo. Era evidente que algún abogado había metido la pata con el papeleo y el coche había ido a parar a sus manos erróneamente—. Puede que deba quedarse usted con el coche si era suyo. No entiendo por qué Óscar querría entregármelo a mí.

—Yo tampoco, pero sus razones tendría. Nunca he dudado de Óscar. Si él quería que tú tuvieses el Escarabajo, así debe ser. Que nadie te haga pensar de otro modo, muchacho —afirmó el anciano con mucha seguridad.

Lucas asintió poco convencido. Tedd inclinó levemente la cabeza apuntando con los ojos hacia una posición indeterminada y se fue tras un camarero que cargaba con

una bandeja llena de bebidas. Lucas le vio sortear dos sillas por el camino sin que su bastón llegara a detectarlas y luego chocar de lleno con su prima Elena, que era tan ancha como una mesa de billar.

El servicio estaba distribuyendo todo tipo de aperitivos. En pocos minutos las conversaciones subieron de tono y el ambiente se impregnó de los matices propios de una fiesta. El padre de Lucas mantenía una conversación agitada con un primo de Óscar y una mujer que Lucas no conocía, pero que imaginaba era su esposa por el modo en que estaba enroscada al brazo de su acompañante.

Media hora más tarde, y después de un incómodo interrogatorio acerca del coche por parte de uno de sus primos lejanos, Lucas tropezó mentalmente con la escapatoria que estaba buscando. Era increíblemente sencillo: el Escarabajo. Ahora tenía coche propio. No necesitaba esperar a su padre para marcharse de allí y, de todos modos, tenía que llevarse el Escarabajo. Se despidió rápidamente de su padre, que seguía charlando con el primo de Óscar. Luego se deslizó intentando pasar inadvertido entre la gente hasta dar con su tía Claudia.

No podía irse sin despedirse de la viuda. Claudia estaba sentada en un sofá con su hijo Rubén. Había perdido algo de peso, o eso le pareció a Lucas. Sus ojos miraban desenfocados a su alrededor y sus movimientos eran demasiado lentos. Aún así, a Lucas le pareció que aguantaba razonablemente bien, dadas las circunstancias. Verla allí, sin terminar de derrumbarse, hizo que se sintiese mal por sus deseos de largarse cuanto antes. Seguramente ella era la primera que prefería marcharse y tumbarse en la cama, pero permanecía donde debía, sin rechistar. Por lo menos a Sergio no se le veía por ninguna parte.

Lucas dio un abrazo sincero a su tía, que terminó con un fuerte beso en la mejilla. Después, estrechó la mano de Rubén. Su primo le dijo que no se preocupara por Sergio, que todo había sido una bobada provocada por los nervios y la tensión. Lucas asintió satisfecho y les transmitió sus mejores deseos.

El mayordomo de la familia condujo a Lucas al garaje. Era un tipo alto, vestido con un traje impecable y con la espalda más recta que Lucas había visto hasta el momento. Se había dirigido a él con un refinado «Si el señor tiene la bondad de seguirme». Lucas no estaba acostumbrado a unos modales tan exquisitos.

Al abrir la puerta del garaje, Lucas se quedó impactado con su herencia. Era difícil creer que aquel coche contase con casi tres décadas. ¡Estaba mejor cuidado que el de su padre! Se había imaginado algún cacharro antiguo, de línea cuadrada, y medio oxidado, en el que su tío invertía su tiempo para conseguir que arrancase de nuevo, como un reto personal. La fabulosa estampa que tenía ante sus ojos no podía distar más de esa idea. El Escarabajo era una preciosidad de color negro que cautivó a Lucas inmediatamente con su línea suave y redondeada. Estaba lleno de personalidad. Lucas vio un rostro magníficamente esculpido en el diseño del frontal. Sus ojos,

perfectamente redondos, le contemplaban con una fuerza sobrecogedora, magnética.

Se acercó lentamente al Escarabajo, como si tuviese miedo de espantarlo y que huyese. Saboreó con la vista cada una de las curvas que adornaban su silueta mientras lo rodeaba para verlo por detrás.

No llegó a completar el círculo alrededor del coche.

Había algo tirado al otro lado... ¡Eran dos piernas! Lucas rebasó el Escarabajo y encontró a su primo Sergio en el suelo, inconsciente.

—¡Busca ayuda! —le gritó al mayordomo.

Lucas no sabía qué hacer. Se puso muy nervioso. Le vino a la cabeza la idea de que no era bueno mover a un herido. Claro que no sabía qué le había pasado a Sergio, tal vez no estaba herido. Se agachó junto a él e intentó averiguar en qué estado se encontraba su primo. No había sangre en el suelo. El pecho se movía, respiraba.

Antes de que tuviese que decidir qué más hacer, el mayordomo regresó con ayuda. Claudia, Rubén y su padre entraron en el garaje apresuradamente. Lucas explicó que habían encontrado así a Sergio, pero el mayordomo ya se había ocupado de informarles. Su padre palpó el cuerpo de Sergio en varios puntos, en una especie de examen físico rudimentario.

—No encuentro nada anormal, salvo que está inconsciente —concluyó—. No tiene nada roto. Respira y tiene pulso.

—¿Lo ves? Está bien, mamá —observó Rubén abrazando a su madre para intentar que se calmase—. Deberíamos llevarle dentro.

Claudia se deshacía en sollozos en los brazos de Rubén. Sus manos temblaban y miraba a Sergio con los ojos muy abiertos.

—Es lo mejor —dijo el padre de Lucas—. Habrá sido la tensión acumulada. Llévemole a la cama y que descanse. Llamaré a un médico para que venga a verle por si acaso, aunque seguro que no hace falta —añadió mirando a su hermana.

Levantaron a Sergio y se lo llevaron. Lucas acompañó a Claudia, que cada vez parecía más frágil. Al cruzar la cocina les envolvió una nube de familiares preocupados, que les costó un poco atravesar. Dejaron a Sergio en su cuarto y Lucas vio a su padre intentando consolar a Claudia.

Ya no había nada que pudiese hacer de utilidad, así que Lucas decidió irse. Regresó al garaje y se metió en el Escarabajo a toda velocidad, como si temiese que algo más pudiese retrasar su partida.

El interior del vehículo estaba impecable. La tapicería era de cuero. Óscar tenía que haber trabajado muy duro para conservarlo en ese estado. ¡Hasta olía a nuevo! Lucas admiró unos segundos el Escarabajo desde dentro. La palanca de cambios era un tubo negro coronado por una bola del mismo color. El salpicadero era sencillo comparado con los de los vehículos modernos, pero aun así, le resultó agradable y cálido. Definitivamente, era mucho más de lo que había esperado. Introdujo la llave y

giró el contacto.

El motor arrancó a la primera. Lucas posó el pie delicadamente sobre el pedal del acelerador y el Escarabajo contestó con un suave ronroneo. Salió del garaje y disfrutó de su nueva adquisición conduciendo por las calles de la Moraleja. Escudado en aquella virguería, Lucas ya no desentonaba con aquel lujoso barrio del norte de Madrid.



Sergio despertó en una cama que tardó en reconocer como la suya. Se removió bajo el edredón y se dio cuenta de que había alguien en la habitación con él. Le dolía la cabeza y sus oídos zumbaban de un modo muy molesto.

—¿Qué tal estás? —preguntó Claudia dándole un abrazo.

Sergio asintió pesadamente. Intentó librarse del abrazo de su madre pero era más fuerte de lo que había supuesto, o él estaba muy débil.

—No le agobies, mamá —dijo Rubén—. Acaba de despertarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sergio sentándose al borde de la cama con muchas dificultades. Se mareó un poco—. Me va a estallar la cabeza. Necesito una aspirina.

Su madre se la dio con un vaso de agua.

—Toma, cariño —Sergio se metió la aspirina en la boca y se bebió el vaso de golpe—. Verás que enseguida te encuentras mejor.

—¿No recuerdas qué te ocurrió? —preguntó Rubén—. Te encontramos tirado en el garaje, sin sentido.

Sergio se frotó la frente. Pensar suponía más esfuerzo que de costumbre.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Algo más de una hora, una siestecita de nada —contestó su hermano intentando sonar despreocupado. Claudia tomó la mano de su hijo y se quedó observándole con gesto protector—. El médico te examinó y encontró un buen chichón en ese melón que tienes sobre los hombros. Poca cosa. ¿Cómo te lo hiciste?

Ahora Sergio tenía el ceño fruncido y se estaba palpando la cabeza. Los recuerdos comenzaron a emerger del torbellino de confusión que era su mente.

—Me dieron en la cabeza...

—¿Cómo que te dieron? —preguntó Rubén, alarmado—. ¿Te refieres a otra persona? ¿Seguro que no resbalaste o algo parecido?

—Eh..., dos veces —prosiguió Sergio con los ojos desenfocados, esforzándose en recordar—. Me caí al suelo con el primer golpe... y me volvieron a dar.

—¿Quién fue? ¿Quién te atacó?

—Yo... fui al Escarabajo. No pude abrir la puerta, entonces acerqué la cabeza

para mirar a través del cristal. Estaba vacío. De repente, sentí el primer golpe en la frente y caí al suelo de rodillas. Apoyé las manos y empecé a levantarme cuando otro porrazo mucho más fuerte me tumbó de nuevo.

—¿Pero quién fue?!

—La puerta se abrió sola y se estrelló contra mi cabeza... dos veces. Fue el coche —razonó Sergio—. El Escarabajo me atacó.

